UNA NOVELA INSPIRADA EN HECHOS REALES

EL ÚLTIMO TREN A Estambul

AYŞE KULIN

NOVELA

NEWTON COMPTON EDITORES

Ayşe Kulin

El último tren a Estambul

Traducción de Víctor Palomeque

Newton Compton Editores
Barcelona, 2023

Título original: *Nefes Nefese*
Traducción del inglés: *Last Train to Istanbul*

© 2002, Ayşe Kulin. Publicado gracias al acuerdo con Barbaros Altug.
© 2009, de la traduccion por Víctor Palomeque Ortiz
© 2023, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: mayo de 2023

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Av. de la Riera de Cassoles, 20. 3.º B. Barcelona, 08012 (España)
www.newtoncomptoneditores.com
Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-12614-58-9
Código IBIC: FA

Diseño de interiores: David Pablo
Composición y conversión a formato digital: Grafime Digital, S.L.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*

Ankara, 1941

Aunque al salir por la mañana Macit había advertido a Sabiha que volvería tarde a casa, sus remordimientos le empezaron a inquietar cuando se dio cuenta de que eran más de las ocho. Se disculpó para salir de la sala de juntas, fue a su despacho y marcó el número de casa en el ruidoso disco del teléfono negro.

Cuando Sabiha contestó, dijo:

–Tenemos otra reunión esta noche. Por favor, no me esperes para cenar.

–¡Otra vez no! –respondió irritada su mujer–. Hace casi tres semanas que no cenamos juntos. En serio, cariño, ¿es que ninguno de ellos tiene esposa e hijos esperándole en casa?

–Por el amor de Dios, ¿te das cuenta de lo que dices? Tenemos al ejército búlgaro a la vuelta de la esquina y tú me hablas de la cena. ¡Mujeres! –dijo, y colgó.

Su mujer era igual que su madre: el cuidado del hogar, las horas de comida y sueño de los niños, la familia que se reúne para cenar… Esas eran las prioridades de una buena ama de casa. «El intento de Atatürk de convertirlas en mujeres de mundo fue en vano –pensó–. Obviamente, nuestras mujeres solo sirven como madres o como amas de casa». E incluso de eso empezaba a dudar. ¿No había descuidado Sabiha sus deberes maternos dejando que una niñera educara a su hija? También empezaba a encontrar extraño su comportamiento como esposa. Al principio se exasperaba al pensar que la actitud distante de su mujer podía ser una protesta silenciosa por sus inacabables reuniones, que se prolongaban hasta la madrugada. ¿Qué derecho tenía ella a enfadarse por las horas que trabajara? Después de todo, ¿era él el causante de la guerra? ¿Tenía él la culpa de esas largas noches? Si finalmente acababan entrando en guerra, ¿qué mujer de las que conocía volvería a ver el rostro de su marido?

Así pensaba Macit, pero en el fondo sabía que la actitud de Sabiha no se debía solamente a su egoísmo. Parecía estar al borde de una crisis nerviosa. Hacía ya algún tiempo que aquella joven que adoraba los pícnics, asistir a las carreras de caballos cuando hacía sol y jugar a las cartas los días de lluvia, no parecía ya disfrutar con nada. Solía

encontrarla profundamente dormida al llegar a casa. Si la abrazaba al acostarse, ella se giraba dándole la espalda. En las raras ocasiones en que conseguían irse a la cama juntos, siempre encontraba alguna excusa para dormirse enseguida. Era obvio que tenía un problema, pero había elegido el peor momento para padecer una crisis nerviosa. ¿Cómo encontraría el tiempo para cuidarla si le superaba el trabajo? Aunque las reuniones acabaran de madrugada, Macit tenía que volver al ministerio a las siete de la mañana.

Vivían tiempos muy convulsos. Turquía estaba entre la espada y la pared: por un lado, Gran Bretaña, preocupada solo por sus intereses, insistía en que el país fuera su aliado; por otro lado, estaba la actitud amenazante de Alemania. Por si eso fuera poco, Rusia tendía a los turcos una mano envenenada. Sus ambiciones sobre Kars, Ardahan, el Bósforo y los Dardanelos colgaba como una espada de Damocles sobre Turquía. Hiciera lo que hiciera, si el país elegía el bando equivocado, Rusia se lo haría pagar con el Bósforo y los Dardanelos. Era una pesadilla que duraba ya dos años.

La Gran Guerra había enseñado al presidente Inönü el precio de estar en el bando perdedor, y había aprendido bien la lección. Habría dado cualquier cosa por saber quién se alzaría esta vez con la victoria, pero ningún adivino podría anticipar el resultado. La predicción quedaba a cargo del Ministerio de Exteriores y del gabinete del jefe general del Estado Mayor. Cualquier posible eventualidad se había discutido, valorado y registrado durante aquellas interminables reuniones nocturnas.

Macit estaba orgulloso de ser miembro del gabinete. Al mismo tiempo, desde que Italia había atacado Grecia, el cerco se había estrechado. Los empleados del gobierno y sus familias empezaban a ponerse comprensiblemente nerviosos.

Ankara, la capital, se preparaba para otro verano abrasador. En los años cuarenta, las estaciones estaban claramente definidas: los inviernos eran extremadamente fríos y con nieve, los veranos, insoportablemente calurosos. Empezaba a resultar obvio que el verano que se acercaba sería caliente como el infierno.

Una semana antes, el embajador alemán Von Papen había traído al primer ministro un mensaje personal de Hitler. Los oficiales aguardaban el final de la reunión con ansiedad.

Macit predijo acertadamente el contenido del mensaje. A primera vista, la carta estaría repleta de buenos deseos e intenciones. Hitler ofrecía a Turquía todo tipo de armamento y ayuda para reforzar el control del Bósforo y Dardanelos, y prometía no traer un solo soldado a suelo turco. Entre líneas, sin embargo, se podía leer que Turquía tenía que tomar una decisión, y que, si no se alineaba con Alemania, cuando acabara la guerra se tomarían medidas acerca de los canales

que el país tendría que acatar.

Tras una larga entrevista, Inönü anunció:

–Los alemanes exigen que no pongamos a prueba su paciencia, lo que implica que podrían llegar a un acuerdo con Rusia a nuestras espaldas. –Y añadió–: Gran Bretaña está combatiendo en Grecia y ha sufrido una debacle en Libia, de manera que no podemos esperar su ayuda. Por este motivo, no deberíamos arriesgarnos a irritar a los alemanes. Caballeros, debemos encontrar el modo de proteger nuestros intereses.

Buscaban una manera de ganar tiempo, un camino que salvara a Turquía sin tener que decir sí o no a ninguno de los bandos, una forma de halagarles sin que se enfadaran.

En la mañana que siguió a aquella larga noche, el primer ministro invitó al embajador británico al ministerio a fin de explicarle la peligrosa y delicada situación en que se hallaba Turquía, abocada a las jornadas más terroríficas y devastadoras que se recordaran durante esta nueva guerra mundial. La guerra era como un bosque en llamas, con el fuego propagándose en todas direcciones, y ambos bandos esperaban algo de Turquía.

En su oficina, Macit encendió un cigarrillo, le dio dos caladas y lo apagó en el cenicero de cristal antes de regresar a la sala de juntas. El ministro de Exteriores y el secretario general ya se habían retirado.

Su ayudante le comunicó:

–Bey Macit, parece que el presidente en persona ha pedido revisar las valoraciones de la jornada. Le he preparado los informes. El presidente le espera en su despacho.

Macit corrió de vuelta a su oficina, en la parte de la mansión presidencial asignada al Ministerio de Asuntos Exteriores. Hacía ya algunos meses que trabajaban allí, de manera que pudieran informar y recibir instrucciones de Inönü sin demora. Macit sacó del cajón los archivos de apuntes que había actualizado horas atrás, los hojeó y salió apresuradamente.

Inönü estaba sentado en la silla presidencial de una mesa enorme. Parecía más ingenuo, pequeño e irritado de lo normal. Empezó a repasar los papeles que su secretario había recibido de Macit y colocado frente a él. Mientras hojeaba las páginas era como si estuviera escuchando las voces de mil zorros en su cabeza, pero no decía nada. Los hombres en torno a la mesa también guardaban silencio.

De pronto, preguntó:

–¿Han escuchado la radio hoy?

–Sí, señor. Nuestros colegas han estado escuchando todas las emisoras europeas. He entregado nuestro informe al secretario general hace un momento. No han tenido ni un segundo de descanso, señor, y aún ahora siguen atentos a la radio búlgara y preparando un informe

cada media hora.

–Nuestros agentes en Bulgaria también nos informan a diario. Sin embargo, aún no se sabe si Hitler avanzará hacia el sur o hacia el norte para atacar a los rusos, señor –añadió otro joven oficial.

Macit permaneció en la habitación cuando los jóvenes la abandonaron.

–Señor –empezó el ministro de Exteriores–, gracias a usted hemos podido tomar las precauciones oportunas para mantenernos a flote. Le aseguro que puede usted ir a Yalova con la conciencia tranquila. Le mantendremos informado minuto a minuto del desarrollo de los acontecimientos.

Macit oyó murmurar a Inönü:

–Ojalá supiera qué dirección van a tomar los alemanes. ¡Ah, si pudiera saberlo!

El acuerdo alcanzado entre Bulgaria y los alemanes significaba que estos eran ahora vecinos de Turquía. A Inönü le aterrorizaba desconocer el siguiente movimiento de Hitler. Su armamento moderno y su poderoso ejército estaban al otro lado de sus fronteras. Hitler podía querer avanzar hacia Egipto a través de Turquía. O podía también avanzar hacia el Cáucaso. Tan solo sus colaboradores más inmediatos sabrían cuál era el siguiente objetivo, de modo que Turquía tenía que estar preparada para cualquier eventualidad. El peor de los panoramas sería que los alemanes llegaran a un entendimiento con Rusia, lo que supondría un desastre para Turquía.

Macit esperó a que hubiera leído los informes y regresó a la sala de juntas con el secretario general. Otra larga reunión, con más informes que leer, evaluar y recopilar antes de poder presentárselos a Inönü. Horas más tarde, mientras caminaba de regreso a casa, se sintió preocupado. El gobierno estaba pagando un alto precio para evitar ese fuego que estaba asolando el mundo.

En los hogares, todas las mujeres se quejaban a coro de lo caro que estaba todo. Si incluso los funcionarios de Ankara y sus familias estaban angustiados, ¿quién sabe cómo se sentirían los pobres en Anatolia? En un esfuerzo por proteger a sus funcionarios, el Estado estaba proporcionando sus productos textiles, calzado y azúcar a precios muy reducidos. Para prevenir el acaparamiento y el estraperlo, aplicaba además un sistema de racionamiento que consistía en sellar las cartillas. Pero a pesar de estas precauciones, el mercado negro prosperó. Muchas personas sin escrúpulos esperaban la ocasión de enriquecerse vendiendo los productos de los que se habían apropiado. La mayoría de la población estaba furiosa, pero se resignaba: no podía encontrar o permitirse productos básicos, y solo tenía pan y cereales para comer. El presidente consideraba que su prioridad, convertida en una cuestión de vida o muerte, era evitar que su país entrara en

guerra. Era inútil referirle las quejas del pueblo. Para un hombre como él, que había experimentado en primera persona el infierno de la guerra, todo lo que no fuera su objetivo principal ocupaba un segundo plano.

Macit estaba agotado. Era casi seguro que Inönü se desplazaría a Yalova al día siguiente, lo que quizás significara que probablemente no habría reuniones a deshoras la semana próxima. Podría llegar antes a casa y así evitar temporalmente los reproches de Sabiha.

–As de picas.

–Dos de diamantes.

–Paso.

–Paso… No, perdón, cuatro de picas.

Las muchachas miraron a Sabiha por encima de sus cartas. Al otro lado de la mesa, ella se ruborizó. Tenía un aspecto delgado y quebradizo en su pálido traje malva.

–Estás muy distraída hoy –dijo Hümeyra–, ¿qué te sucede, querida?

–No es nada. Es solo que anoche no pude dormir. No consigo concentrarme. ¿Podría Nesrin ocupar mi lugar?

–¡De ningún modo! Bebe un poco de té. Te sentará bien.

–Tengo que irme antes de las cinco de todos modos, Hümeyra.

–¿Por qué?

–Tengo que recoger a Hülya de la clase de ballet de Marga a las cinco.

–¿Eso no lo hace la niñera?

–Hoy tiene cosas que hacer.

–Oh, por el amor de Dios, ¿qué otras cosas tiene que hacer una niñera?

–Quiere comprar algunas cosas antes de volver a Inglaterra a finales de mes.

–No sabía que se iba, Sabiha. ¿Cómo es eso?

–Bueno, Hülya se ha hecho mayor. Ya no es ninguna niña y no necesita a una niñera mimándola todo el día.

–Yo pensaba que también le enseñaba inglés.

–Ya ha aprendido suficiente, y su padre quiere que empiece a valerse por sí misma y a ser más independiente.

Las damas dejaron sus cartas sobre el tapete y se levantaron. Sabiha atravesó la habitación hacia donde se iba a servir el refrigerio. Ella no quería té ni ninguna de las pastas que había encima de la mesa. Únicamente deseaba marcharse lo antes posible para poder respirar aire fresco. Cogió una taza y sorbió la infusión, esperando que no le hicieran más preguntas. Las demás mujeres siguieron a Sabiha a la mesita del té, moviéndose al ritmo de la música que emitía la radio. La música cesó de pronto y se oyó la voz apremiante del presentador.

–Damas y caballeros, interrumpimos la emisión para hacerles llegar noticias importantes sobre la reunión del comité estatal, celebrada esta mañana y presidida por el primer ministro.

Inmediatamente, las damas cambiaron su trayectoria de la mesa de té a la radio.

–¡Chist! ¡Chist! ¡Escuchad! –dijo Belkis.

Sabiha caminó también hacia el aparato sujetando la taza y su plato. Las manos le temblaban al escuchar las pésimas noticias. Las tropas de Tracia habían retrocedido hasta el frente de Çatalca y, aparentemente, se estaban atrincherando. El gobierno ordenaba a todos los civiles de Estambul construir refugios en los sótanos. Además, se recomendaba a los que tuvieran una casa en Anatolia que se mudaran allí, proporcionándoles transporte gratuito a ellos y a un equipaje máximo de cincuenta quilos.

–Dios mío, qué noticias tan lúgubres. ¡Hümeyra, apaga esa radio, por el amor de Dios! –exclamó Nesrin.

–No, por favor, no lo hagas. Podrían decir algo de Francia –dijo Sabiha–. Me pregunto qué…

Nesrin la interrumpió:

–¿Y qué más da Francia? ¿A quién le importa? –Sabiha la miró consternada y dejó la taza y el plato en la mesa.

–Deberías probar la tarta de frutas, te gustará –le ofreció Hümeyra.

Sabiha declinó la oferta diciendo:

–Creo que cogí un resfriado en las carreras el fin de semana pasado. Tengo náuseas, querida. No tengo apetito.

–¿Habéis oído? Están evacuando Edirne –continuó Belkis–. ¡O sea, que la guerra está a la vuelta de la esquina!

–Mi marido estará totalmente insoportable –afirmó Necla, rotunda–. Casi no abre la boca últimamente. ¿Os imagináis cómo estará si vamos a la guerra?

La conversación de sus amigas estaba asfixiando a Sabiha. Mientras estaban entretenidas con el té y la tarta, se disculpó ante Hümeyra y abandonó la casa apresuradamente.

El aroma embriagador de las glicinas y las lilas llenaban el aire de Ankara. La hermosa glicina se enredaba en los muros del jardín y sus flores colgaban como racimos de uvas, como si quisieran compensar su melancolía. Solo su traje color malva pálido armonizaba con el ambiente. Mil y un pensamientos invadían su mente de camino a su casa en Kavaklidere. Se disculpó al topar con un anciano y casi cae de bruces al tropezar con una piedra.

Sabiha se sentía desgraciada. No era capaz de prestar atención a su marido ni a su hija. Todo empezaba a derrumbarse. Se estaba distanciando poco a poco de los que la rodeaban. Tener una hija fue una decepción desde el primer momento, ya que ella esperaba un

varón; a su marido únicamente le interesaba su trabajo, sus padres siempre estaban enfermos y ella tenía cada vez menos en común con sus amigas. Era casi como si la propia vida se le escapara poco a poco.

Macit estaba tan ocupado que parecía, al menos así se le antojaba a ella, no darse cuenta de los cambios que su esposa estaba experimentando. Eso hacía más fácil que ella se apartara de él. Respecto a sus amigas, últimamente había empezado a improvisar excusas para no asistir a sus reuniones. Incluso había empezado a mentir: la niñera no tenía que hacer ninguna compra, ni ella tenía que recoger a Hülya de la escuela de ballet de *madame* Marga. Lo único cierto era que la niñera iba a regresar a Inglaterra. Esa era la voluntad de Macit, quien opinaba que Hülya ya no necesitaba a una niñera ahora que iba a la escuela, y que la propia Sabiha debía dedicar más tiempo a cuidar de su hija.

Sabiha reconocía que hacía algún tiempo que había perdido el control de su vida. ¡Esta maldita guerra estaba arruinándola! Con el agravante de que no era una guerra que se librara en casa. A pesar de ello, en las tiendas no se encontraba nada, no podías viajar y la contienda se había convertido en el único tema de conversación. Macit ya era un «prisionero de guerra»: ¡se diría que él mismo era un soldado! Habían sido tan felices… Lo habían pasado tan bien, meses atrás; antes de que su hermana se hubiera ido, antes de que empezara la guerra. Sabiha echaba de menos aquellos tiempos pasados. Y, sin embargo, no podía evitar sentirse afortunada cuando leía los periódicos o escuchaba la radio. Por lo menos sus vidas estaban a salvo en Ankara. Ni la policía ni el ejército llamaba a su puerta a horas intempestivas. No había gente que se paseara luciendo insignias amarillas en el pecho, como asnos marcados. ¡Asnos marcados! ¿De dónde había sacado esas palabras? Seguramente de Necla. Era la única que se atrevería a hacer un comentario tan grosero. De pronto, Sabiha se acordó: fue hacía dos semanas, durante una partida de *bridge*. Necla estaba de un humor cruel y dijo:

–Obligan a los pobres judíos a llevar una insignia amarilla en la ropa, como asnos marcados.

–¿Se puede saber qué dices? –gritó Sabiha–. ¿Cómo puedes comparar a esas personas con animales? ¡Toda una esposa de diplomático y ni siquiera sabes lo que dices!

Casi rompiendo a llorar, Necla preguntó a sus amigas:

–Pero ¿qué le ha dado? ¿Por qué me grita de ese modo?

–Esta guerra nos ha afectado a todas, chicas –apostilló su anfitriona, intentando calmar los ánimos–. Hoy en día, la más mínima chispa provoca una explosión. Venga, sigamos con el juego. ¿A quién le toca?

De camino a casa, Sabiha se avergonzó al recordar su arrebato. Era obvio que no estaba de buen humor. De hecho, le ocurría lo mismo

todos los días al leer las noticias en la prensa sensacionalista: los nazis arrasan Europa, los emigrantes huyen, Francia… ¡Oh! Sabiha alargó el brazo para alcanzar una flor de glicina, pero cuando iba a cogerla retiró la mano. No pudo arrancarla. Sintió que se le hacía un repentino nudo en la garganta. Las lágrimas le inundaban los ojos al entrar en su calle. Jadeaba, falta de aire, mientras anochecía. Un día triste se convertía en otra noche triste.

Seguramente, Macit llegaría tarde a casa. Hülya empezaría con su retahíla incesante durante la cena. Sentada frente a ella, la niñera hablaría, sin duda, de la guerra. Ankara, tan llena de buenos recuerdos para Sabiha, ahora solo le ofrecía tristeza. No, no solo tristeza, sino también monotonía y días lóbregos. La vida era una cosa gris.

Macit abrió la puerta de entrada todo lo silenciosamente que pudo. No quería despertar a su esposa si estaba dormida. Entró de puntillas en el dormitorio y, gracias a la luz rosácea de la lamparita de noche, vio que no era así. Con el cabello esparcido sobre la almohada, Sabiha yacía mirando a su esposo con ojos hinchados e insomnes.

–¿Qué sucede? ¿Por qué llorabas? –preguntó Macit.

Sabiha se incorporó de un salto.

–Estoy muy nerviosa. El cartero trajo esta carta a última hora. La dejó en el felpudo de entrada y me la encontré al sacar la basura. Toma, léela.

–¿Quién la envía? ¿Tu madre? ¿Tu padre vuelve a estar enfermo?

–No viene de Estambul, Macit. La carta la envía Selva.

–¿En serio?

–Macit, estoy muy asustada. Tenemos que hacer algo. Tenemos que traerla de vuelta. Esto no puede seguir así. Tarde o temprano, mi madre se enterará de lo que está pasando en Francia y te juro que tendrá un ataque al corazón.

Macit cogió la carta e intentó leerla a la tenue luz de la lamparita.

–Selva no querrá venir dejando atrás a Rafo –dijo–. Y tampoco Rafo querrá volver.

–Pero esto no puede seguir así. Selva tiene que pensar en nuestra madre. He pedido a la operadora que me comunique con Francia. Dios sabe cuánto llevará eso, quizás por la mañana… o a lo largo del día.

–¿Por qué lo has hecho, Sabiha? ¿Cuántas veces te he dicho que no llames a Selva desde casa?

–Bueno, está claro que no puedo ir a casa de nadie a llamar por teléfono a estas horas de la noche. Tengo que hablar con mi hermana. Tengo que convencerla antes de que sea demasiado tarde.

–Voy a cancelar la llamada –dijo Macit, precipitándose fuera del cuarto.

–¿Cómo puedes hacer eso? Se trata de mi hermana, ¿es que no lo

entiendes?

Macit regresó al dormitorio.

–Sabiha, trabajo para el Ministerio de Exteriores, los alemanes están en la frontera, la guerra está a tiro de piedra y tú pides llamar a una judía que está en Francia. ¿En qué problemas quieres meternos?

–¡Estoy harta del dichoso Ministerio de Exteriores, harta de verdad! Siempre imaginando que hay espías siguiéndome…

–Queda muy poco para que Hülya empiece las vacaciones y podáis ir a Estambul con tus padres. No sé si tu padre será tan comprensivo como yo en lo referente a tu hermana.

Sabiha oyó a su marido atravesar el pasillo, llamar a la operadora, cancelar la conferencia y entrar en la sala de estar. Sabiha empezó a llorar de nuevo, en silencio.

Macit salió al balcón, encendió un cigarrillo y miró al lejano horizonte azul de medianoche. Solían gustarle las noches frescas de Ankara, pero esta vez se sintió incómodo y frío por primera vez. Se empezó a frotar los brazos para intentar entrar en calor, pero no era el clima lo que le hacía sentir así. Atravesaban una época lo suficientemente peligrosa como para ponerle la piel de gallina a cualquiera que supiera lo que estaba pasando. Ni los hombres en la calle ni sus caprichosas mujeres gimoteando en los hogares sabían lo cerca que realmente estaban del borde del precipicio. Tan solo encendían la radio, escuchaban las noticias y empezaban a quejarse del mercado negro y de la carestía de la vida; luego se metían bajo las sábanas y se quedaban dormidos. No se enteraban de nada. Nadie podría medir el alcance del desastre que Turquía iba a afrontar si cualquiera de los bandos la arrastraba a la guerra. ¿Cómo iba a ser nadie consciente de la cuerda floja que Inönü y su equipo transitaban? El gobierno intentaba por todos los medios no alarmar a la población para que no cundiera el pánico. Macit se preguntaba si sería mejor revelar la verdad, para que todos pudieran afrontar los hechos, o tomar el papel de un padre protector que escuda a sus hijos de las malas noticias.

No hacía mucho tiempo, apenas unos meses, que el país había sido absorbido por el torbellino de la guerra. ¿La guerra? Era incluso peor que eso: era un pozo ciego, ¡una asquerosa fosa séptica! Macit tiró con rabia la colilla del cigarro, que cayó sin un destello en algún lugar de la noche oscura. Recordó las historias que su padre, héroe de guerra, relataba. Solía hablar de esta oscuridad y de la lumbre de los cigarrillos por la noche –una, dos brasas, tres brasas, cinco, diez brasas. Brasas… cuerpos sin brazos ni piernas, cadáveres decapitados. Gente hambrienta y miserable infestada de piojos. Esqueléticos animales heridos. Niños abandonados muriendo de hambre. Mujeres que habían dejado de ser seres humanos y hombres sin dinero, ni

hogar, ni esperanza. Recordaba vagamente a su padre aparecer con ese aspecto en la puerta del jardín, un saco de huesos con un uniforme harapiento y cubierto de piojos. Se tambaleó hasta el borde de la piscina y se derrumbó. El recuerdo quedó grabado en la mente de Macit, aunque no sabía si fue testigo de ello o si se lo contaron más tarde. Lo que sí recordaba era que el jardinero no reconoció a su señor, confundiéndolo con un mendigo. Le llevó algún tiempo darse cuenta de quién era aquel hombre. El bey Ruhi alto, fuerte y sociable se había convertido en un cadáver, un esqueleto sin alma con una pierna a rastras, desaparecido el antiguo brillo de sus ojos. ¡Eso era la guerra! Macit estaba convencido de que la victoria debía conquistarse en los despachos, no en el campo de batalla. Estaba trabajando tan duro y hasta tan tarde para salvar a su nación de ese aciago destino, pero ¿cómo podría explicárselo a su sollozante esposa?

Notó que se había acostumbrado al frío del balcón. Se desplomó sobre una butaca de mimbre y se abandonó a los recuerdos.

Macit había contribuido con su esfuerzo a la firma del acuerdo de 1939 entre Inglaterra y Francia. Según ese pacto, franceses e ingleses satisfarían las necesidades básicas del ejército turco tan pronto como les fuera posible. A cambio, Turquía debía vender a Francia el cromo que produjera durante la guerra. El ministro turco de Asuntos Exteriores y Macit habían viajado expresamente a Francia para firmar el tratado. Llegaron a París con grandes aspiraciones, pero desgraciadamente el resultado final no fue tan satisfactorio como esperaban. Francia necesitaba desesperadamente el dinero que iba a ganar vendiendo el cromo turco, pero a pesar de la insistencia de Numan para suministrar el metal durante toda la contienda, Francia firmó únicamente por dos años. Gran Bretaña también redujo drásticamente el suministro de armas, tanques y cañones antiaéreos que iba a dar a Turquía.

El ejército turco necesitaba ciento once millones de balas y seis mil quinientas ametralladoras, pero los ingleses solo pudieron proporcionarles dos millones de las primeras y doscientas de las segundas. ¿Se suponía que Turquía debería intervenir con ese escaso suministro si Alemania atacaba a los Balcanes? ¿Cómo iban a detenerlos si lo hacían? Es concebible que un hombre luche con las manos desnudas para salvar a su país, pero ¿luchar por los británicos? ¿Por el pueblo que había azuzado a los árabes contra los turcos en la Gran Guerra, porque tenía las miras puestas en Mosul y en Kirkuk? Eso era mucho suponer. Obedeciendo a sus propios intereses, otras naciones de Europa habían apoyado, a su vez, a varias tribus primitivas de Oriente Medio que querían la independencia.

Si de Macit dependiera, no habría movido un dedo por ninguna. ¡Que los europeos se mataran entre ellos! ¿No bastaba con que se

arrastraran poco a poco a la guerra los unos a los otros? Macit estaba seguro de que, si obligaban a Turquía a entrar en guerra, por algún extraño motivo el país acabaría pagando los platos rotos que la ambición de las grandes potencias provocara.

En el viaje de vuelta desde París, durante una cena en el tren, Macit descubrió que había algo más que preocupaba al ministro cuando este se dirigió a la delegación:

–Caballeros, según mi opinión los ingleses no tienen armas suficientes, y los franceses absolutamente ninguna. Que no hayan podido proporcionar los suministros no se debe a su mala intención, sino a su imposibilidad. Fui plenamente consciente de este hecho durante nuestras conversaciones en París. Tengo muchos interrogantes en mente, y empiezo a dudar de su victoria final. Me pregunto si no habremos apostado a caballo perdedor al firmar unos acuerdos que nos convierten en sus aliados.

Tras un año de inacabables debates sobre quién iba a ganar la guerra y a qué bando debíamos prestar nuestro apoyo, se decidió que lo correcto era ayudar a Francia e Inglaterra. Luego, en París, descubrieron su situación armamentística. Se dieron cuenta, poco a poco, de que podían estar bailando con la más fea. Aunque no volvieron a Ankara con las manos vacías, se sentían muy decepcionados por no haber satisfecho, ni siquiera medianamente, sus expectativas.

Tras las conversaciones, durante su última velada en París, Macit se las ingenió para cumplir con la promesa que le había hecho a Sabiha: reunirse con Selva. Dijo a sus amigos que tenía que visitar a un pariente que vivía en la ciudad, y ellos fueron lo suficientemente educados como para no hacer preguntas.

Macit quiso reunirse con Selva en el Café de Flore porque estaba en un lugar apartado, lejos de ojos curiosos. Ella llegó con montones de regalos para su madre, su hermana y su sobrina. Dio dos besos y un fuerte abrazo a Macit. Era obvio cuán feliz le hacía ver a alguien de su país. Preguntó por todos con pelos y señales: si Sabiha todavía peinaba a Hülya con grandes cintas de raso, si seguían invitando a los mismos amigos a sus veladas de los viernes, quién era la compañera de *bridge* de su hermana, si su madre cerraba la casa de verano a final de temporada o cuando empezaba el frío… Preguntó incluso por su padre, que tan disgustado estaba con ella.

Macit miraba hacia la montaña de regalos que su cuñada había amontonado en una silla. Con expresión avergonzada, dijo:

–No puedo cargar con todo esto, Selva, en serio. Tengo una maleta muy pequeña.

–Macit, por favor, no me niegues el placer de regalar unas cuantas cosas a mi familia –suplicó–. Quizás no vuelva a presentarse la

oportunidad. Puedo ir corriendo a Lafayette a por otra maleta.

–No, por el amor de Dios, no me hagas esto. ¿Qué van a pensar mis amigos de mí? Hemos venido por asuntos oficiales. Pensarán que he comprado tantas cosas para mí y mi familia que he tenido que comprar otra maleta para meterlas.

–Llévate al menos los perfumes de lavanda que le he comprado a mi hermana y a mi madre. También hay dulces para Hülya…

–No tendrías que haberte molestado. Debes de haberte gastado mucho dinero. Es una lástima.

Superado el proceso de intercambio de novedades, hubo un repentino silencio en la conversación. Solamente entonces percibió Macit las ojeras en el rostro de Selva, y reparó en su aspecto pálido y demacrado a la luz del sol poniente. Todavía llevaba la gabardina verde que Macit conocía tan bien, lo que significaba que no podía permitirse comprar otra en París. Así estaban las cosas para la hija del pachá Fazil Reshat, nacida en cuna de oro.

¡Lo que se hace por amor! Macit se preguntaba si Sabiha habría tenido el valor necesario para hacer lo mismo si sus padres no le hubieran dado su aprobación. No estaba seguro de querer saber la respuesta. Sabiha podría no haber elegido sufrir penalidades en nombre del amor. ¿Se habría casado con él si perteneciera a otra religión, si hubiera sido armenio, por ejemplo? ¡Claro que no! ¡Ni en un millón de años! No le cabía duda de que el hecho de pertenecer a una antigua y respetada familia de Estambul, de tener una buena educación y un buen trabajo había influido notablemente en su elección. Pero ¿debería estar decepcionado? ¿No había hecho él algo parecido? ¿No era Sabiha una joven hermosa, inteligente, con una buena educación, criada en una respetada familia y, además, equilibrada? Recordó entonces el sensato consejo que Sabiha había dado a su hermana cuando Selva se estaba empezando a enamorar perdidamente. No había servido de mucho, pero eso ahora no importaba:

–El amor es como un fuego que acaba consumiéndose a sí mismo. ¿Qué harás cuando eso pase? Cuando recuperes el sentido común, si te arrepientes y quieres divorciarte de Rafo, no será como divorciarte de cualquier otro. Nadie querrá casarse contigo después de eso. Acabarás como una solterona.

–Porque seré como los despojos de un marido judío, ¿no es así? –respondió Selva–. No te preocupes, hermanita: aunque ese «fuego», como tú lo llamas, se extinga, nuestra amistad sobrevivirá. Seremos buenos amigos además de amantes.

–¿Y si, Dios no lo quiera, le pasara algo a Rafo? ¿Volverás a casa como la viuda Alfandari, la viuda de un judío?

–Nunca haré tal cosa. No volveré a casa del padre que me repudia

por haberme enamorado de un hombre que no es musulmán. ¿Quién sabe?, quizás para entonces yo misma tenga hijos, o incluso nietos.

Al darse cuenta de que no conseguiría nada hablando con Selva, Sabiha lo intentó con su padre:

–Los tiempos cambian, padre, ya no existen esas diferencias. Por favor, no hagas nada de lo que te puedas arrepentir. Padre, te lo suplico, actúa con sensatez, por favor. Mira la nuera del pachá Sami: es griega, ¿no? ¿Y qué pasa con bey Vecdi?, su mujer es alemana. ¿Qué tiene de malo? Además, tú te educaste en Europa, deberías tener una mentalidad más abierta.

–Si se casa con ese hombre, nunca más podrá llamarse hija mía. Tendrá que olvidar que alguna vez fui su padre.

–Pero, padre, ¿cómo podría olvidar que es hija tuya?

El pachá Fazil oteaba el horizonte a través de la ventana mientras pronunciaba sus últimas palabras a propósito del tema:

–Querrás decir que lo era.

Esta terrible situación había afectado mucho a la familia. Era un drama que no solo duraba días, semanas o meses, sino incontables años. El intento frustrado del pachá Fazil de pegarse un tiro no había detenido a Selva, quien se limitó a esperar que se recuperara para volver con su amante. Entonces fue el turno de la madre, quien cayó en cama gravemente enferma, necesitada de cuidados y atención constante. Fazil se negaba a salir de casa. La familia estaba tan avergonzada que no se atrevía a mirar a la cara a ninguno de sus amigos. Nada bueno había salido de ese incidente, pero al menos habían podido diferenciar entre amigos y enemigos. Incluso aquellos a los que consideraban íntimos cuchicheaban a sus espaldas y culpaban al padre por haber educado a sus hijas en escuelas cristianas, sin reparar en que ellos también lo habían hecho.

Igual que casi todas las hijas de los amigos de la familia, Sabiha y Selva estudiaron primaria en el colegio americano de Gedik Pasha, secundaria en el instituto francés y, finalmente, asistieron a la Universidad Americana. Ambas hablaban inglés y francés desde pequeñas.

Macit recordó lo mucho que le impresionó, años atrás, ver por primera vez a su esposa recitando poemas de Baudelaire y Byron. Incluso a su madre, que Dios la tenga en su gloria, le impresionó:

–El tipo de esposa adecuado para un diplomático –fue su comentario.

La voz de Selva trajo a Macit de vuelta a la realidad:

–¿Entrará Turquía en la guerra?

–No, no lo hará.

–¿Estás convencido?

–Estamos haciendo todo lo posible para evitarlo. Está claro que no podemos permitirnos otra guerra, Selva.

–Macit, hay algo que quiero preguntarte.
–Por favor.
–Mi padre, ¿crees… crees que me perdonará algún día?
–Para serte sincero, no lo sé, Selva. Es un tema vetado entre tu hermana y yo, ya no hablamos de ello.
–¿En serio?
–Sí, no hay nada más que decir.
–¿De verdad piensas eso, Macit?
Él bebió un poco de café antes de responder:
–Lo que yo piense no tiene importancia. Tú hiciste lo que querías. ¿Eres feliz, al menos? ¿Valió la pena toda la agitación que causaste?
–Me ofende tu actitud. Hablas como si no conocieras a Rafo.
–No sé por qué debería ofenderte que diga la verdad. No quisiste escuchar a nadie en ningún momento, simplemente te largaste y quemaste las naves; hiciste daño a tu padre, a tu madre y a Sabiha. Solamente espero que valiera la pena. Todos deseamos que no tengas motivos para arrepentirte.
–Amo a Rafo con todo mi corazón y no me arrepiento de nada, pero soy muy desgraciada.
Las lágrimas inundaban sus ojos. Macit tomó sus manos trémulas entre las suyas.
–Vamos, Selva, no deberías sentirte desgraciada si le amas tanto. Piensa en todo lo que habéis tenido que pasar para estar juntos. Eres una mujer muy fuerte, siempre has sabido lo que querías y has tenido el valor de luchar por ello. Estoy seguro de que incluso tu padre te concede eso. Puede que aún no te haya perdonado, pero estoy convencido de que, en lo más profundo de su corazón, te sigue queriendo muchísimo.
–Echo tanto de menos a todo el mundo…
–El tiempo cura todas las heridas. Espera un poco más.
–La cuestión es cuánto más –contestó Selva, angustiada.
Macit se preguntó si realmente quedaría tiempo. Se trataba de algo muy precioso, hoy en día. El tiempo era oro, especialmente desde hacía algunos meses. ¿No era tiempo lo que la delegación turca pretendía ganar con su viaje a París? Tiempo era lo que el presidente Inönü ansiaba más que nada. ¡Tiempo! Para pensar, para distraer la atención, tiempo ganado al tiempo, tiempo para evitar la guerra. De hecho, la respuesta de Inönü a las preguntas relacionadas con la guerra era «el tiempo lo dirá».
Esa era la respuesta que Macit tenía que dar ahora a su cuñada:
–No lo sé, Selva. El tiempo lo dirá.
Macit se dio cuenta de que estaba empleando tácticas diplomáticas incluso en su vida privada. Siempre había pensado que las cosas podían cambiar muy rápidamente y dar resultados imprevistos. En las

actuales circunstancias, Europa no podría hallar consuelo ni esperanza en las previsiones.

Antes de dejar a Selva, Macit le cogió las manos con fuerza y le miró a los ojos:

–Todo puede cambiar, Selva, y más rápido de lo que pensamos. Si pasara algo que pusiera tu vida en peligro, deberías volver a casa de inmediato.

–No puedo volver sin Rafo, Macit.

–Pues deberías. Es un hombre, sabe cuidar de sí mismo.

–Hemos jurado estar juntos durante toda la vida. Él no querrá regresar, ya sabes por todo lo que pasó, todas las injurias… No podría dejarle.

–Piénsatelo bien. Una vida es todo lo que tenemos, y somos los únicos responsables de ella.

–Macit, por favor, entiéndeme: ya no respondo solo por mi vida.

–Más a mi favor. Incluso en alta mar, las mujeres y los niños son los primeros en abandonar el barco. Son las normas.

–No lo entiendes, no estoy hablando de Rafo.

Macit, que ya se disponía a marcharse, se volvió a sentar.

–¡Oh! ¿Quieres decir…?

–Sí.

–¿Cuándo?

–A principios de año.

–¿Por qué no me lo has dicho antes?

–Esperaba que te dieras cuenta.

Mirándola con más detenimiento, Macit reparó en que, ciertamente, había ganado peso en la cintura y su pecho era más abultado de lo que recordaba. Su rostro, por el contrario, estaba demacrado. Pensó que estaba loca por quedarse embarazada en tiempos de guerra. Macit, a regañadientes, le deseó lo mejor.

–¿Quieres que se lo diga a Sabiha?

–Ya le he escrito una carta, aunque es posible que aún no la haya recibido. Si vuelves a casa mañana, quizás llegues tú antes que ella, pero me gustaría que se enterara por mí.

–Por supuesto.

–También le he escrito a mi madre.

–Recapacita, Selva. Ahora tienes más motivos para volver a Estambul.

–No puedo criar a un hijo sin su padre. No te preocupes, Macit, Rafo también piensa que quedarse aquí es peligroso. Está estudiando algunas ofertas de empleo fuera de la ciudad, en el campo. Quizás dejemos París en menos de un mes.

Finalmente, Rafo y Selva pudieron cambiar París por Marsella, pero ¿de qué les serviría, si incluso allí llegaba la sombra del nazismo? El nuevo gobierno del mariscal Pétain transigía con las tácticas de Hitler

para salvar de la invasión al sur del país, a costa de sacrificar a los judíos franceses.

Estos, que creían poder pasar desapercibidos si se trasladaban a zonas remotas de Francia, se dieron cuenta poco a poco de que se equivocaban. Como el humo, los alemanes llegaban a todas partes. Era imposible huir de ellos.

Rafo había empezado a trabajar en Marsella con un amigo suyo, farmacéutico. La madre de Selva vendió un anillo de diamantes en una subasta y consiguió enviarle el dinero a su hija menor sin que su marido se enterara. Rafo invirtió el dinero en asociarse con su amigo. Vivían en un altillo enfrente de la tienda. Selva daba lecciones de inglés y de piano a tres jóvenes vecinas. Hicieron algunos amigos, pero la mejor amiga de Selva seguía siendo su hermana. Escribía a Sabiha diariamente explicándole cómo les iba: su embarazo estaba yendo bien, sin náuseas matutinas; tampoco tenían problemas económicos, aunque estaban viviendo al día. El único lujo era el teléfono que habían instalado para que pudiera estar en contacto con su hermana.

Sin embargo, eran conscientes de que el círculo se iba estrechando a su alrededor. Selva había llegado a oír rumores de hombres a los que la policía había obligado a bajarse los pantalones para comprobar si estaban circuncidados. Afortunadamente, Rafo no había sufrido una humillación semejante. Todos sus amigos los tenían por turcos porque hablaban en ese idioma entre ellos. En marzo, Selva empezó a ayunar por Ramadán y se aseguró de que todos lo supieran. Pero a pesar de sus esfuerzos, temía que tarde o temprano se supiera la verdad.

Macit sabía que la mayor preocupación de su esposa era su hermana, pero no había nada que él pudiera hacer. En estos días los dramas personales eran insignificantes granos de arena en el desierto de problemas que afrontaba la nación. Volvió adentro después del segundo cigarrillo, tiritando mientras caminaba hacia el dormitorio. Se detuvo antes de entrar para oír la respiración profunda de su mujer, que había conseguido quedarse dormida. Fue al lavabo de puntillas y se desnudó allí para no molestarla. Después se metió en la cama tibia, pero no pudo dormirse; empezó a dar vueltas hasta que oyó el timbre del teléfono.

–¡Dios mío! –pensó–. Seguro que se han olvidado de cancelar la conferencia.

Se lanzó fuera de la cama y corrió pasillo adelante, sin pararse siquiera a ponerse las zapatillas. Al llegar al teléfono, contestó sin aliento:

–¿Diga?

–Señor, disculpe las molestias; sé que debo haberle despertado,

pero…

–¿Sí? ¿Diga? ¿Quién es?

–Soy yo, Tarik… Tarik Arica.

–¡Ah, Tarik! –Macit respiró aliviado–. ¿Qué sucede?

–Siento tener que llamarle tan tarde, espero no haber despertado al resto de la familia.

–Dime, ¿qué sucede?

–Me temo que nada bueno. Estoy de guardia en la oficina y… bueno, los alemanes iniciaron su ataque sobre Rodas hace media hora.

Macit se desplomó en el sillón.

–No me lo puedo creer –musitó.

–Me temo que es cierto. El secretario general, el ministro y el jefe del Estado Mayor se reúnen en veinte minutos. El presidente ha sido informado.

–Entiendo –dijo Macit–. Voy de camino, gracias.

Volvió sigilosamente al dormitorio. Sabiha seguía profundamente dormida. Entró en el baño y se puso la ropa que se había quitado antes.

Cuando Sabiha oyó que se cerraba la puerta, se incorporó y estuvo un rato a oscuras, luego encendió la lámpara de su mesita de noche. Las lágrimas corrían por su rostro y mojaban su camisón rosa.

Alzó los brazos y clamó:

–¡Oh, Dios! Por favor, protege a mi querida Selva; sálvala de aquel infierno. Te lo suplico, Señor.

Se llevó las manos a la cara y se empezó a mecer, desesperada.

–Perdóname, hermanita –susurró–. Perdóname, Selva.

Estambul, 1933

Selva estaba secando su larga melena rubia al sol, peinándola con un cepillo de marfil mientras la agitaba, esparciendo al viento cientos de gotas de agua que eran como diminutas esferas de cristal. Sabiha la miraba con envidia y exclamó:

–No te seques ahí el pelo, vas a mancharme el vestido.

–Debes de estar de broma, ¿desde cuándo deja manchas el agua?

–Te aseguro que el agua mancha la seda.

Selva se alejó de la ventana, se sentó en su cama con las piernas cruzadas y siguió secándose el pelo.

–Podrías llevarme contigo, ¿no?

–No, de eso nada.

–Pero, ¿por qué?

–Sencillamente porque eres demasiado joven. Quizás el año que viene.

–Pero si soy más alta que tú.

Sabiha dirigió a su hermana una mirada de enfado. Iba a contestarle, pero trató de contenerse. Sabía lo orgullosa que Selva estaba de su melena, de modo que no pudo resistirse:

–¿Sabes? Ya es hora de que te cortes el pelo. Pronto podrás barrer el suelo con él.

–Padre no me deja cortármelo.

–¡Mientes! Es solo que tú no quieres hacerlo, y ya está.

–A lo mejor.

–Está pasado de moda, Selva, casi te llega a los tobillos. Es difícil lavarlo y es difícil secarlo. Llevas esa especie de moño enorme en la cabeza desde hace años, dos trenzas recogidas en un moño… ¿Es que no te cansas, por el amor de Dios?

–Para nada.

–Pues muy bien, pero si quieres venir a tomar té con nosotras tendrás que hacerte algo diferente en el pelo. No puedo ir por ahí con alguien que se parece a la reina Victoria. Espero que lo entiendas.

–Lo entiendo, Sabiha.

A Sabiha no le sorprendió la respuesta de su hermana. Selva era una de esas personas que te decía lo que querías oír y luego hacía lo que le

parecía. Era imposible discutir con ella, de modo que Sabiha cambió de tema. Mientras se probaba collares frente al espejo, le preguntó:

–¿Cuál crees que me queda mejor?

–¡Ese! –sugirió Selva.

–No, creo que este está mejor. Combina mejor. ¿Me ayudas con el cierre, por favor?

Apartó el cabello y se agachó frente a su hermana para que pudiera abrocharlo. Selva elogió la elección:

–Tenías razón, es perfecto. Serás la más bonita de la fiesta.

Sabiha se miró al espejo. Los tres ramales de perlas eran el complemento perfecto para su vestido de seda verde.

«Muy elegante», pensó. Se retocó el cabello, metiendo los lados detrás de las orejas. Tenía muy buen aspecto y estaba sonriendo a su reflejo cuando su madre abrió la puerta del dormitorio.

–Han llegado tus amigas, cariño, date prisa. Y, por lo que más quieras, no vuelvas tarde a casa. ¡Tienes que llegar antes que tu padre, o tendremos problemas!

Sabiha le tiró un beso a su hermana y salió con su madre del dormitorio. Volvió corriendo un momento más tarde, abrazó a Selva y le dijo:

–Te prometo que podrás venir conmigo la próxima vez –y salió de nuevo a toda prisa.

Selva la escuchó alejarse y se levantó, trenzó su melena y se puso las horquillas como solía hacerlo a diario, mientras avanzaba hacia el espejo.

–«Jamás le perdonaré, señor mío; no, no, jamás. Nunca le perdonaré, lord Seymour. Confiaba ciegamente en usted… Ahora, déjeme» –dijo, señalando hacia la puerta.

Al oírla, su madre volvió al dormitorio y le preguntó:

–¿Qué estás haciendo, cariño?

–¡Ay, madre! No te había oído –se rio–. Estoy ensayando para la obra de fin de curso, hago de Isabel I de Inglaterra.

–¿Quién hace de rey?

–No hay ningún rey, madre. Cuando Enrique Viii murió se armó la gorda. La obra es sobre la rivalidad entre dos mujeres que luchan por el trono de Inglaterra. Mualla hace de María Estuardo y Rafo de lord Seymour. También hay otros papeles: sacerdotes, lores, etc. Madre, ¿puedo invitar a los actores a tomar el té la semana que viene, por favor? Dime que sí, por favor.

–Puedes invitar únicamente a las chicas.

–Pero, madre, ¿cómo vamos a ensayar solo las chicas? ¿Quién hará los papeles masculinos?

–¡Ay, Señor! ¿Qué le voy a decir a tu padre esta vez? Ya sabes lo que opina de estas cosas. Sabes cuánto me costó convencerle para que te

dejara ir a las fiestas.

–¿Cómo que padre? Eres tú la que no me deja ir a fiestas.

–Pero, cariño, todavía no has cumplido los dieciocho.

–No te preocupes, madre, no querré ir a las fiestas ni aunque tenga dieciocho años. Solamente digo que quiero ir para tomarle el pelo a mi hermana.

–¿Y puedo saber por qué no querrás ir?

–¿Crees que no sé por qué van las chicas a esas fiestas? Todo lo que quieren es encontrar un marido.

–¿Y tú cómo sabes eso?

–He oído a Sabiha hablar con sus amigas. Parece que todas buscan lo mismo; lo único que tienen en la cabeza es «encontrar un marido adecuado».

–¿Y se puede saber qué tiene eso de malo? A esas fiestas solo acuden jóvenes casaderos bien educados. Todos hablan varios idiomas y tienen un comportamiento impecable. Además, se celebran en casa, donde los mayores pueden controlar la situación.

–Eso ya lo sé, y es lo que más me fastidia: son las madres las que organizan esas reuniones para poder encontrarles un buen marido a sus hijas.

–¿Y qué tiene de malo? ¿Qué hay de malo en que una madre quiera un buen matrimonio para su hija?

–Pues que eso no es lo que yo quiero.

–Muy bien, pues entonces tu padre y yo no tendremos que hacer nada; será todo a la vieja usanza, como conmigo. ¡Ya veremos la cara que pones cuando la casamentera llame a la puerta!

–¡Por el amor de Dios, no es eso lo que quiero decir!

–Pues claro que no, no creo que te contentaras con eso.

–Jamás, ¡por encima de mi cadáver!

–Eso es lo que yo creía. ¿Y en qué estás pensando, entonces?

–La verdad es que no lo sé. Es que me parece un poco absurdo que apiñen a los «jóvenes casaderos» y las «señoritas refinadas» para intentar… hum… Me rindo, no sé cómo explicarlo.

–A lo mejor lo que no puedes explicar es cómo piensas encontrar al hombre adecuado para ser tu marido. ¿O es que hoy en día te los encuentras allá donde vayas?

–Lo que te digo es que pienso encontrar a mi marido por mis propios medios. No soportaría casarme con alguien que ha tenido que ganar una competición organizada por madres ansiosas.

–¡Genial! Estás hablando como la niña que eres. ¿Qué sabrás tú de conseguir un marido? Ya está bien, será mejor que sigas ensayando.

Cuando su madre iba a salir del cuarto, Selva la llamó:

–¡Madre, espera! ¿Qué hay del ensayo de la semana que viene, en casa? ¿Puedo al menos invitar a un chico? Solamente al que tiene el

papel principal.
–¿Y cómo se llama el afortunado?
–Rafo. Rafael Alfandari.
–¿Alfandari? ¿El hijo del famoso médico?
–El nieto.
–Bueno, ¿qué puedo decir? Supongo que estará bien. Creo que tu padre conoce a la familia. A lo mejor no se opone.
La señora Leman dejó la habitación y Selva siguió ensayando el papel frente al espejo.
Esa misma tarde, mientras Selva estudiaba, su madre entró agitada al dormitorio.
–Selva, ya son las cinco y media y tu hermana aún no ha vuelto.
–Seguro que no es tan tarde, el reloj todavía no ha dado la media.
Cuando acabó de decir esas palabras, el cuco asomó en el reloj del recibidor, como cada media hora.
–Ya lo ves –dijo la señora Lenam.
–No te asustes, madre, llegará en cualquier momento.
–Espero que regrese antes que tu padre.
Selva se acercó a la ventana y miró a la calle.
–Ahí está Sabiha, ya llega.
Madre e hija se apretujaron en la ventana abalconada y vieron a la hermana mayor correr hacia la casa, vestido y mantón ondeando al viento tras ella.
–¡No corras, que te vas a caer! –gritó su madre, como si Sabiha pudiera oírla.
Kalfa, el criado, había abierto la puerta antes de que Selva bajara la escalera. Sabiha estaba radiante, sus ojos centelleaban y su cara resplandecía.
Asomada al pasamanos, Leman le preguntó:
–¿Qué tal ha ido? ¿Te lo has pasado bien? ¿Había gente interesante?
–Lo que mamá quiere decir es si había algún joven casadero interesante.
Leman se enfadó por la apostilla de su hija:
–Ya basta, Selva, ya has dicho lo que tenías que decir y empiezas a resultar cargante.
Selva se dio cuenta de que había sobrepasado el límite.
–Perdón, madre.
Sabiha entregó a Kalfa el mantón y salió corriendo hacia su habitación. Una vez allí, se arrojó sobre la cama y se quedó mirando al vacío con los ojos iluminados y las manos unidas bajo la barbilla.
Su madre la siguió al dormitorio.
–Cariño, vas a arruinar el vestido. No deberías recostarte con esa preciosidad puesta. Venga, no te hagas la interesante: ¿quién estaba?, ¿qué tal te ha ido?

–Ay, madre, ha sido maravilloso. Había un chico que se llamaba Macit, creo que es el sobrino de la señora Necmiye. Ha estudiado en París y trabaja para el Ministerio de Asuntos Exteriores. Es genial; quiero decir, tan guapo…

–¿Y…?

–Bueno, no sabría decirte. Ha bailado con Necla, pero la mayor parte del tiempo ha estado hablando conmigo. Parecía que le gustaba yo.

–¿No te dije que serías la más bonita? –interrumpió Selva.

–Las otras chicas también iban muy guapas, pero él estuvo conmigo casi todo el rato.

–¿Y los demás? ¿Quién más había?

–Veamos: estaba, por ejemplo, Burhan, el hermano de Necla.

–¿Y ese qué tal? ¿A qué se dedica?

–¿Quién?

–Ese Burhan.

–Oh, la verdad es que no lo sé. Me lo dijo, pero no me acuerdo.

–Entiendo, parece que estás más interesada en ese tal Macit. Averiguaré más sobre él, antes de que la cosa pase a mayores.

–No hay nada que averiguar, madre, ya te lo he dicho todo.

–Más vale que te quites ese vestido antes de que lo estropees del todo. Tu padre estará a punto de llegar –concluyó Leman mientras salía de la habitación.

Selva observaba a Sabiha desnudarse. No pudo evitar contemplarla mientras se quitaba la ropa y se valoraba frente al espejo.

–¿De verdad te has enamorado, Sabiha?

–No creo. ¿Puede una enamorarse en un solo día? Pero la verdad es que está como un tren.

–Le he preguntado a mamá si puedo invitar a algunos amigos de la escuela la semana que viene. ¿Por qué no se lo decimos a él también?

–¿Con todas esas chiquillas? Debes de estar de broma. Se moriría de aburrimiento.

No le hacía gracia que Macit conociera a Selva. Al fin y al cabo, era más alta e incluso más guapa que ella.

–También voy a invitar a Rafo.

–¿Ese muchacho judío?

–Sí, «ese muchacho judío» –repitió Selva, haciéndole burla a su hermana.

–¡Menos humos! ¿Es que es mentira?, ¿es judío o no?

–Pues sí que lo es, pero es diferente del resto. Es mucho más inteligente, muy educado y muy maduro.

–No sigas, ahórratelo. Sea como fuere, es un imposible.

–¿Imposible? ¿Es que una no puede tener amigos sin pensar en casarse con ellos, es eso?

–La vida es corta, Selva. ¿Es que no te ha hablado padre de lo valioso

que es el tiempo? No hay que desperdiciarlo.

–Si la vida es tan corta, ¿no es más motivo para aprovechar al máximo lo que tenemos, para llevar la vida que queramos?

–¿Quiere eso decir que lo que tú quieres es a Rafo?

Selva no contestó.

–Rafo –continuó Sabiha– es todo un caballero, no te lo niego; así que no veo por qué no podéis ser amigos…

–Y si es un caballero, ¿por qué no podría casarme con él?

–No seas estúpida, sabes que eso es imposible.

–¿Por qué? ¿No se supone que la República de Turquía se fundó para acabar con esos prejuicios estúpidos?

–¡Déjalo ya, Selva! Ni tú ni yo fundamos la República, así que deja de darme la lata con tanto «nosotras esto, nosotras lo otro». Además, los que sí que la fundaron no estaban pensando en casar a chicas turcas con chicos que no fueran musulmanes, eso seguro. Pero vaya, esta es la típica discusión de Selva, no entiendo cómo sigues con esas ideas disparatadas. Estás comportándote como una cría, y ya está.

Selva no quiso seguir discutiendo y Sabiha empezó a divagar: si su hermana se había fijado en ese tal Rafo, no habría rivalidad posible entre ellas por Macit. ¿Por qué se fijarían siempre los hombres en muchachas como Selva? Ni siquiera se arreglaban, no vestían bien y no coqueteaban. A Selva la salvaba su larga melena y su cuello de cisne; era educada y sincera, cualidades que algunos tipos apreciaban. «¡Caray con la mosquita muerta!», pensó. Sabiha estaba celosa.

Fue su abuela paterna la que sembró en su corazón la semilla de los celos, siempre tan dispuesta a elogiar la altura de su hermana. Sabiha recordaba que su abuela medía el crecimiento de las hermanas contra la puerta del baño casi a diario, y su alegría cuando Selva, dos años menor que Sabiha, llegó a medir lo mismo que ella. Pensaba que ambas, con sus ojos opalinos, estaban cortadas con el mismo patrón, y deseaba que su nieta fuese alta y esbelta. Mientras marcaba su altura con un lápiz, solía regañar a Sabiha:

–No bebes suficiente leche. Fíjate en Selva: cada día se hace más alta. Te vas a quedar enana si no vas con cuidado.

Sabiha había llegado a oír incluso cómo su abuela reñía a Leman cuando intentaba borrar las marcas de lápiz de la puerta del baño con agua y jabón. No pudo evitar oír a su madre decirle:

–No sigas con esto, por favor. Estás sometiendo a Sabiha a una presión innecesaria.

–Lo hago a propósito para animarla a tomar más productos lácteos.

–Señora, no es tan sencillo. Es una cuestión de genes: Selva ha salido a mi abuelo, pero Sabiha no. Es tan simple como eso, y poco puede hacerse al respecto.

–¡Ay, Dios! ¡Ay, Dios! ¿Cómo puedes decir eso? ¿Es que quieres tener

una hija enana?

–No es ninguna enana, tiene la altura normal para su edad; es la otra la que parece un espárrago.

–Ser alto es algo maravilloso. Favorece tanto a los hombres como a las mujeres, y sencillamente me encanta.

–No creo que les quede bien a las mujeres, las mujeres deberían ser menudas. ¿No dicen que el buen perfume viene en frascos pequeños?

Sabiha era demasiado pequeña para apreciar la sabiduría del refrán y volvió a su cuarto. Era la niñita hermosa de papá, igual que Selva era la hija inteligente. No importaba que el bey Fazil Reshat intentara ocultar su debilidad por su hija pequeña, era algo que saltaba a la vista. Su admiración resultaba obvia a cualquiera que observara la mirada orgullosa en sus ojos. No le impresionaban las largas pestañas que enmarcaban los preciosos ojos verdes de Sabiha, iguales a los de su madre. Había aprendido muy bien que su padre admiraba más la inteligencia que la belleza, era algo a lo que estaba acostumbrada; y ahora también el tema de la altura. ¡Un frasco pequeño de verdad! Ella era lo que era: un frasco diminuto. Aunque su cara fuera más hermosa, eso no importaba; seguía siendo la enana, comparada con su hermana. Sabiha hundió el rostro en la almohada y empezó a llorar.

Selva estaba sentada, contemplando inocentemente a su hermana, ignorante de que esta se sentía culpable por estar maquinando la manera de evitar posibles rivalidades respecto a Macit.

–Rafo es todo un caballero –dijo Sabiha–, y no únicamente eso, sino que además es un chico muy guapo. No creo que le haga daño a nadie que coquetees un poco.

–¿Lo dices en serio?

–Claro, ¿por qué no? ¿Por qué no lo invitas a ir contigo al baile de fin de curso?

–Debes de estar bromeando. Nunca me lo permitirían.

–Puedo ir yo contigo.

Selva se arrojó a los brazos de su hermana y la ahogó en un mar de besos.

–No sabía que estimaras tanto a Rafo, ¿por qué no lo dijiste antes?

–Bueno, lo importante es que lo he dicho ahora.

Selva miraba a su hermana con sus enormes ojos pardos y se preguntó: «¿A qué vendrá este cambio de opinión repentino?».

Sabiha también pensaba: ¿cómo reaccionaría Macit si su hermana menor empezaba a verse con un judío? ¿Le daría importancia? En realidad, ella pensaba que no; después de todo, un hombre educado en Francia debía de tener una mentalidad más abierta. ¿Por qué debería a él importarle que su hermana flirteara con un muchacho de otra religión? Mejor con él que con nadie en absoluto: si Selva estuviera libre, Macit podría llegar a interesarse por ella porque es más alta y de

ojos más grandes y dulces, y tiene ideas progresistas.

–De acuerdo, entonces: los invitaremos a los dos a tomar el té. Tu invitado será Rafo, mientras que yo serviré a Macit.

Selva aplaudió la idea.

Una semana más tarde, todos ellos disfrutaban de una agradable tarde de té. Los compañeros de Selva ensayaron su obra de teatro y luego dieron cuerda al gramófono para bailar el foxtrot al ritmo de sus setenta y ocho revoluciones, con los discos que habían traído.

Al día siguiente, la señora Leman no pudo evitar preguntarle a su hija mayor acerca de Rafo:

–¿Te fijaste en cómo miraba Selva a ese chico judío? ¡Se lo comía con los ojos cada vez que abría la boca!

–Es un jovencito muy educado. Por lo que a mí respecta, opino que tiene más de caballero que esos dandis turcos tan presuntuosos.

–Los Alfandari son una familia antigua y bien situada. Vienen de un linaje de doctores palaciegos, así que está claro que tienen *savoir-faire*, pero el caso es que esta niña… bueno, ya sabes cómo es, tan tozuda e impredecible. Tiene unas ideas muy suyas.

–Sí, madre, pero el propio Rafael no se atrevería a dar el siguiente paso con Selva. No te preocupes, por favor. Además, ten en cuenta que yo estaré al tanto; si noto algo inadecuado, te lo diré.

La promesa de Sabiha consiguió que Leman se relajara un poco. El mismo grupo de gente asistió a varios conciertos y pícnics tras ese primer té, y en todas las ocasiones Leman mandó a Kalfa con ellos para espiarlos.

Poco después, Sabiha y Macit se comprometieron. Sin embargo, Leman insistía, según la tradición, en que Selva acompañara a la pareja cada vez que se vieran. Sabiha se aprovechó de esta situación: los tres salían juntos de la casa y se reunían más tarde con Rafo, que los estaba esperando en el lugar que hubieran acordado. Las dos parejas tomaban entonces caminos separados hasta que llegaba la hora de regresar. Para cuando Sabiha quiso darse cuenta de lo peligroso que era este juego, ya fue demasiado tarde.

Dieciocho meses más tarde, Sabiha y Macit contrajeron matrimonio. Tras una ceremonia espléndida, los recién casados se mudaron a Ankara para que Macit pudiera ocupar su puesto en el Ministerio de Exteriores.

Selva empezó a estudiar Literatura en la universidad, mientras que Rafo decidió seguir la tradición familiar y se matriculó en Farmacia. Rafo solía pasar a recoger a Selva después de clase o incluso, si tenía tiempo, asistía a algunas por el mero hecho de estar cerca de ella. Ciertos estudiantes se sentían ofendidos y le provocaban por atreverse a cortejar a una chica musulmana. Uno de ellos recriminó a Selva:

–¿Es que no has podido encontrar a alguien de tu misma religión en

todo Estambul?

Otro de Oriente Medio la amenazó:

–¡En mi país te habríamos pegado un tiro por mucho menos que esto!

–¿Acaso te enorgulleces de esas ideas primitivas? –le respondió Selva–. Me pregunto cómo se concilia disparar a una persona y ser musulmán.

El acoso y los insultos constantes hacia ambos hicieron crecer la tensión hasta que, a dos años de acabar la carrera, Rafo tuvo que dejar la universidad. A Selva le atormentaba que hubiera tenido que dejar los estudios por su culpa. Empezó a saltarse las clases y abandonó la universidad definitivamente antes de final de curso. Explicarle a su padre la situación iba a ser verdaderamente difícil.

Los rumores sobre el enamoramiento entre el hijo de los Alfandari y la hija menor del pachá Fazil Reshat se difundieron poco a poco entre los amigos de la familia. Cuando llegaron a oídos de Leman, esta hizo todo lo posible para que su marido no se enterara: prohibió a Rafo visitar a Selva y no dejaba a su hija salir sola a la calle. Esta pasaba el tiempo tocando el piano, leyendo libros y escribiéndole a su hermana en Ankara. A los únicos que veía era a los amigos más próximos a la familia y a parientes cercanos.

A Fazil Reshat no le gustaba que su mujer fuera tan estricta con Selva. Creía que Leman se estaba excediendo en su control sobre ella ahora que Sabiha ya no vivía con ellos. Se le ocurrió que enviarían a Selva con su hermana una temporada, con la excusa de ayudarla a cuidar del bebé que acababa de nacer. A Leman le gustó la idea y albergaba la esperanza de que su hija encontrara allí un buen marido.

Aleccionada por las muchas cartas que su madre le había escrito, Sabiha se ocupó de presentarle a Selva a todos los amigos posibles. Empezó a organizar fiestas en casa y se llevaba a su hermana pequeña siempre que la invitaban a alguna. A través de Macit, pudo presentarle a todos los solteros que trabajaban en el ministerio. Muchos de aquellos jóvenes se quedaron prendados de Selva, pero a ella no parecía interesarle ninguno, así que los dejó a todos en Ankara y regresó a Estambul.

Leman empezó a presionar a Selva para que se fuera una temporada a casa de un tío suyo en Chipre. La mujer anhelaba que la distancia extinguiera la llama que ardía en el corazón de su hija, y que los rumores cesaran así de una vez por todas. Ninguno de sus desesperados esfuerzos sirvió de nada: Selva mantenía vivo el fuego del amor escribiéndole cartas a Rafo desde allá donde estuviese.

Era inevitable que Fazil Reshat acabara enterándose de la situación. Cuando lo hizo, se puso furioso e interrogó a su hija:

–¿Es cierto lo que he oído? Haz el favor de decirme que no son más que falsas acusaciones difundidas por gente indeseable. Dime que son

solo rumores malintencionados.

–Ojalá pudiera, padre, pero amo a Rafael Alfandari con todo mi corazón y me casaré con él si me das tu consentimiento.

–¡Jamás! ¡Por encima de mi cadáver! ¿Cómo esperas que consienta algo así? Hacerlo tiraría por tierra nuestros valores familiares y nos convertiría en un hazmerreír. ¿Así es como me pagas haber cuidado de ti y haberte enviado a colegios extranjeros?

–Pensaba que la educación tenía que expandir mis horizontes. Creía que intentabas darme oportunidades, padre.

–He dado una buena educación a mis hijas con la esperanza de que algún día me hicieran abuelo, no para que se rebelaran contra mí.

–Rebelarme contra ti es lo último que quiero, padre, todo lo que pido es poder elegir a mi compañero de vida. Después de todo no te estoy pidiendo que aceptes a alguien inmoral o despreciable como yerno, lo único que puedes echarle en cara es que no sea musulmán. ¿Acaso no nos has repetido una y otra vez que las personas deberían elegir libremente su credo y que toda religión es sagrada?

La gravedad del asunto originó una ira que difícilmente podía asociarse a un caballero como el pachá Fazil Reshat. Consiguió reprimirla con su hija, pero tras repudiarla empezó a destrozar cuantos espejos y objetos de cristal encontró a su paso.

Sabiha llegó desde Ankara para intentar calmar a su padre y convencer a su hermana de que desistiera de su obsesión. Tanto ella como su madre pasaron días inacabables tratando de hacer entrar en razón a Selva.

Leman estaba fuera de sí: era incapaz de conciliar el sueño y se pasaba las noches caminando arriba y abajo por la casa rasgándose las vestiduras.

–¿Cómo hemos podido acabar así? ¿Cómo permití a esta serpiente deslizarse hasta mi casa? ¿Cómo no lo vi venir?

La desesperación de su madre hacía que Sabiha se sintiera terriblemente culpable, pero no hallaba el coraje para decirle la verdad. Si tan solo se atreviera a decirle «no es culpa tuya, madre, sino mía: utilicé a Rafo para quitarme a Selva de en medio». Esas palabras podrían aliviar un poco su conciencia. Llegó a desear incluso haber sido católica para que todo fuera tan sencillo como confesarse, arrepentirse y aceptar la penitencia que el sacerdote impusiera. De ese modo habría podido al menos librarse de esa carga.

Cuando se convenció de que Selva era un caso perdido, Sabiha se volcó en su padre. Para él, su primogénita era la que había hecho la elección correcta, la que tenía el marido ideal; pero ni siquiera en eso podía ella encontrar consuelo, consciente del mal que había hecho para conseguirlo.

Fazil se sentía totalmente traicionado. Había criado a sus hijas para

que formaran parte del mundo moderno, tal como se esperaba de los súbditos de la nueva república, tal como lo habría hecho si hubieran sido varones. Habían recibido una buena educación, hablaban varias lenguas y estaban capacitadas para desempeñar un papel activo en la sociedad; pero ahora empezaba a cambiar de opinión. ¿A qué le había conducido albergar tantas esperanzas para con sus hijas?, ¿no se había casado su hija mayor antes de cumplir los diecinueve, tal y como se hacía antiguamente? Y la pequeña, esa muchacha lista, sensata y sosegada de personalidad propia, ¿no le había traicionado de la forma más cruel? Si estuviera durmiendo, todo esto no sería más que una pesadilla horrible. Y lo peor era que su hija había usado contra él todas las enseñanzas que le había inculcado.

Fazil se dio cuenta de que se había equivocado. La única salida honorable que le quedaba a un oficial y un caballero como él era pagar el error con su propia vida. Estaba convencido de que, si Selva le veía morir, se daría cuenta de lo estúpida que había sido; solo cambiaría de opinión cuando se diera cuenta de que su padre solamente había podido hallar consuelo en la muerte.

Selva le escribió una carta a su padre diciéndole que, ya que la familia no aprobaba el matrimonio, ella no se casaría con Rafo, pero que tampoco lo pensaba abandonar. Fazil Reshat siguió adelante con la idea de suicidarse, pero únicamente quedó en un intento gracias a Kalfa, quien consiguió arrebatarle el arma haciendo que se disparara en el hombro.

Este chantaje emocional irritó más que asustó a Selva.

–Vivir en esta ciudad se ha vuelto imposible –le dijo a su hermana–. Nos vamos a vivir a Francia. Su familia también se opone al matrimonio, así que no tenemos más alternativa.

La señora Leman se tragó su orgullo y mandó pedir a Rafo que reconsiderara el tema de la mudanza. Quizás podría convertirse al islam, ya que el único problema que había era religioso. Si lo hiciera, tal vez lograrían convencer a Fazil Reshat para que lo admitiera en la familia. Selva no dio a Rafo la oportunidad de responder a una sugerencia tan ridícula. Le dijo a su hermana:

–Antes que pedirle que cambie su religion por mí, le dejaría. ¿Qué clase de personas sois? ¿Y si se diera la vuelta a la tortilla? ¿Cómo os sentaría a vosotros que él me pidiera que me hiciera judía para contentar a su familia?

Pidieron entonces la intervención de Macit. Quizás la joven rebelde escucharía a su cuñado, al que tanto quería.

–Macit, seguro que conoces el modo de vida judío. Ellos sostienen que los hijos deben adoptar la religión de la madre. ¿Te haces una idea de lo que supondría para ellos tener una nuera con un credo diferente? Ay, Macit, ¿a qué viene tanto escándalo con la religión?

Algo que debería traer alegría a nuestras vidas las ha convertido en una pesadilla.

–Escucha, Selva, podemos hablar de religión hasta el fin de los tiempos si quieres, pero vamos a intentar solucionar primero este problema. Lo primero: ¿por qué eres tan reacia a pedirle a Rafo que se convierta al islam?

–Es una cuestión de principios, Macit, nos enamoramos sabiendo exactamente quiénes éramos. Todos tenemos derecho a creer en quien queramos. Si él me pidiera que me convirtiera, yo me sentiría herida y furiosa. No, Macit, ¡jamás! Rafo no va a cambiar de religión. Por favor, discúlpame ante mi padre.

–Discúlpate tú misma. Intenta hablar con él de nuevo.

–No quiere verme.

Leman estaba desesperada, atrapada entre un marido y una hija, a cada cuál más tozudo. Llegó a perder el control y a sollozar:

–¡Dejad que se case con el judío! ¡Por Dios, que no tengamos que soportar la vergüenza de que nuestra hija no sea más que la querida de algún otro!

Selva y Rafo se casaron en septiembre en el juzgado de Beyoglu, en Estambul, en presencia de dos testigos y unos cuantos amigos. Tras la ceremonia, el grupo cenó en el Hotel Pera Palace, donde la pareja pasó la noche de bodas antes de partir hacia París a la mañana siguiente. En la estación no había ningún miembro de la familia de él, pero Sabiha y su madre sí que fueron a despedirlos. Leman ignoró a Rafo, pero agitaba el brazo despidiéndose de Selva mientras el tren abandonaba la estación. Selva devolvía el gesto, pero su aparente calma ocultaba una gran agitación interior. Las tres mujeres siguieron así hasta que el tren se perdió en la distancia.

De vuelta a casa, Sabiha sintió de pronto un dolor agudo, como si le estuvieran clavando un cuchillo. La hermana de la que había estado celosa durante tantos años desaparecía ahora con el humo negro de un tren. Ya no habría rivalidad, ni por dividirse el cariño de unos padres ni por compartir la admiración de un marido, serían todo suyos ahora que Selva estaba a cientos de kilómetros de distancia. Pero Sabiha no sentía alivio, sino una tristeza inconsolable.

Cerca de un mes más tarde, Sabiha fue requerida de nuevo en Estambul. Leman había tenido un ataque agudo de asma y la presión sanguínea se le había disparado incontroladamente. De hecho, desde la partida de Selva, tanto el padre como la madre se habían puesto enfermos alternativamente. Parecía que se estaban viniendo abajo: si no era la presión arterial, eran las molestias en el pecho; si no eran las molestias en el pecho, era el reuma; siempre una cosa detrás de otra. A cada nuevo problema, Sabiha llegaba desde Ankara en el tren nocturno y se quedaba con ellos hasta que estaban recuperados.

Cuando volvía a casa, Sabiha se quitaba el disfraz de enfermera y se ponía el de esposa de diplomático para desempeñar las actividades que eso implicaba. Los cócteles, cenas y recepciones que tanto solían gustarle se habían convertido en obligaciones tediosas a las que se forzaba a atender, por más que ya no disfrutara siendo parte de ese juego. Se sentía permanentemente desgraciada y culpable por ser la causante de todo. Sí, ella era el demonio que había traído el sufrimiento y la confusión a su familia para satisfacer sus propios fines. Ocasionalmente, intentaba hablar de ello con Macit, pero él se limitaba a repetir que ella no tenía culpa de nada, que la cabezota de su hermana no habría cambiado de opinión hiciera lo que hiciese. Resultaba evidente que su marido estaba harto de ese asunto: lo pasado, pasado estaba; ¿de qué iba a servir abrir viejas heridas?

Ankara

Sabiha había hecho algunas amigas en Ankara, sobre todo entre las madres que iban a recoger a sus hijos a la misma escuela que ella. También entre las esposas de los colegas de su marido, la mayoría criadas como ella en Estambul. Estas solían reunirse para jugar al pinacle o al *bridge*. De hecho, Sabiha tenía su propio grupo de *bridge*. Sin embargo, desde que Selva se había casado y mudado a París, la mayoría de las veces prefería quedarse en casa leyendo un libro o tocando el piano. Temía que, si asistía a las partidas, la inevitable sesión de chismorreo conduciría a Selva, y ella no quería enfrentarse a sus preguntas.

A pesar de sus muchos achaques, Leman era más hábil a la hora de lidiar con los chismosos. Cada vez que salía el tema en su presencia, ella decía:

–Nuestra hija se fue a vivir su propia vida, a pesar de que nosotros nos oponíamos. Podemos estar separados, pero eso no impide que la incluyamos en nuestras plegarias. No hay nada más que decir.

Sabiha reaccionaba a estas palabras pensando: «eso está bien para ti, madre; tú no tienes motivos para sentirte culpable».

El mejor amigo de Sabiha en Ankara, aquel en quien más confiaba, era uno de los jóvenes empleados de Macit, Tarik Arica. Este había nacido en Malatya, en la parte oriental de Anatolia, había estudiado primaria allí, más tarde secundaria y por último había asistido al Liceo de Sivas. Esta educación le dio una base sólida para sus clases en la Escuela de Ciencias Políticas de Estambul, donde obtuvo unos resultados excelentes que le permitieron entrar a trabajar en el ministerio. Era un tipo brillante, deseoso de aprender, lo que le hizo acreedor de una promoción rápida. Su único problema era que no hablaba otras lenguas, algo que él estaba dispuesto a enmendar: los fines de semana tomaba clases de francés y estudiaba muy duro. Al enterarse por Macit de que Sabiha hablaba un francés excelente, le preguntó si podría ayudarle, a lo que ella accedió con mucho gusto. En las tardes que no tenía ningún compromiso, solía visitar a Sabiha para sentarse a hablar en francés con ella hasta la hora de cenar. Selva le enviaba revistas francesas a su hermana, quien a su vez se las

pasaba a Tarik y le ayudaba a resolver crucigramas en aquel idioma. Sabiha llegó a tomar cariño a aquel joven brillante, tranquilo y honrado, que no albergaba ni un ápice de malicia. De algún modo, sentía que Tarik y Selva tenían muchas cosas en común. Cierto día, Sabiha reunió el coraje suficiente para hablarle a Tarik del escándalo de su hermana. Fue todo un alivio poder contárselo a alguien, un peso que se quitaba de encima. Su depresión podía estar causada por su afán de ocultar la verdad, ya que se la había ocultado a todo el mundo en Ankara. Si al menos su marido no la hiciera callar cuando hablaba de ello…

Macit reaccionaba de ese modo para evitar que su esposa se disgustara, pero no se daba cuenta de que lo que ella necesitaba era abrir su corazón y dejar salir todo lo que tenía dentro, llorar y patalear para liberar toda la tensión acumulada. Le alivió tener por fin a alguien de confianza como Tarik, que supiera escucharla. Él había sabido leer entre líneas, de manera que entendía perfectamente el problema y no necesitaba hacer preguntas dolorosas, tan solo se limitaba a escuchar. Tarik nunca le habló a Macit de este tema, era algo entre Sabiha y él.

Un puesto en el extranjero

Macit entró en la sala de juntas de la planta baja del Ministerio de Exteriores y encontró a sus compañeros charlando alrededor de la mesa. Pronto llegó el ministro y la reunión empezó de manera oficial.

Desde hacía algún tiempo, Inglaterra venía insistiendo para que Turquía le declarara la guerra a Italia y se uniera a Yugoslavia y a Grecia en primera línea. El presidente Inönü había estado dándole largas continuamente para evitar involucrarse en el conflicto. Inglaterra acababa de enviar otro comunicado al gobierno: le pedía que Turquía declarara públicamente que consideraría como ataque una eventual invasión de Bulgaria por parte de los alemanes. Querían también que Turquía enviara tropas a algunas islas de Grecia para impedir que Alemania las atacara. Tras leer el mensaje, los allí reunidos empezaron a intercambiar opiniones.

–El presidente no está de acuerdo en nada –empezó el ministro de Exteriores–, y yo comparto plenamente su opinión. Tomar ese curso de acción podría ser interpretado de manera errónea, a pesar de hacerlo con la mejor intención.

–Pero, señor, no estaríamos enviando a nuestras tropas a invadir las islas, sino a protegerlas de los alemanes –dijo uno de los delegados.

–Soy consciente de que el presidente no desea tener la más mínima confrontación con Grecia –interrumpió el ministro–. Podemos tener la mejor de las intenciones, pero los griegos podrían malinterpretarlas. Deberíamos evitar cualquier posibilidad de conflicto con nuestros vecinos en tiempos tan agitados como estos. Cuando Hitler atacó los Balcanes, Turquía y Grecia iniciaron la relación más amistosa que han tenido en toda la historia. Esta relación no debe ser puesta en peligro bajo ninguna circunstancia.

–Hay algo más que deberíamos tomar en consideración –dijo Macit–, si enviamos tropas a Grecia, seremos atacados por Hitler inmediatamente. ¿Cómo nos defenderíamos entonces? Los aliados no nos han proporcionado todavía las armas que nos prometieron.

–Y tengo dudas de que lo hagan –añadió el ministro.

Inglaterra había firmado un acuerdo con Grecia según el cual la defenderían si era atacada, pero cuando los italianos atacaron,

Inglaterra se limitó a enviar dos escuadrones aéreos.

–Firmamos un acuerdo con ellos en París, pero, tal y como apuntaba el bey Macit, nada ha salido de él hasta ahora –dijo el primer ministro–. No han podido entregar ninguna de las armas prometidas.

–Y eso a pesar de que usted señaló la importancia de tener un ejército bien equipado para disuadir de cualquier ataque a los Balcanes, señor –se dirigió Macit al ministro de Exteriores.

–El incumplimiento del pacto no es una cuestión de falta de voluntad, sino de su imposibilidad de respetarlo –dijo el ministro–. Puede que eso sea una bendición encubierta: al no haber ellos suministrado el material, nosotros tampoco tenemos por qué cumplir nuestra parte del acuerdo.

El ministro de Exteriores no encontró necesario ocultar la alegría que su propio razonamiento le ocasionaba. Aparentemente, al resto de la asamblea tampoco se lo pareció.

–¿Cómo dice el refrán? «No hay mal que por bien no venga».

Inönü tenía ahora la excusa que buscaba para no entrar en guerra, parecía que la suerte le sonreía. Si los italianos atacaban y ocupaban Grecia, estarían a las puertas de Turquía; y si esta no tenía armas suficientes para defenderse, ¿de qué le serviría estar aliada con Inglaterra?

Tras horas de debate el ministro pudo esbozar un borrador de la respuesta que iban a dar a los británicos. Macit lo cogió y abrió la puerta para que el ministro se retirara.

–Se lo entregaré tan pronto como esté listo –le aseguró respetuosamente.

–Estaré en mi despacho –dijo el ministro al secretario general–. Debemos recordar que hay otras cuestiones importantes que también debemos tratar, incluido el puesto de París. Como usted ya sabe, necesitan más personal desesperadamente, no debemos decepcionarles.

Macit volvió a casa a primera hora de la mañana. Se desvistió en el cuarto de estar y se echó en el sofá para no molestar a Sabiha. Estaba completamente exhausto y cayó profundamente dormido sin echar de menos la cama. A pesar de su cansancio, las pesadillas continuaban invadiendo su mente, como si esas largas reuniones se prolongaran aún ahora para asediarle. Soñó que los alemanes habían atacado Ankara y arrastraban a su esposa y a su hija a un tren que las llevaría a un campo de trabajo. Él corría desesperadamente, intentando subir a ese tren para poder estar con ellas.

Cuando Macit se encontró con Tarik en la oficina la mañana siguiente, los dos estaban todavía muy cansados.

–¿Haces algo este fin de semana? –preguntó Macit.

–Tengo clase de francés el domingo de nueve a doce, pero nada más

aparte de eso.

–Entonces no hagas planes. Le preguntaré a Halit si está libre para ir a comer los tres juntos en la terraza del Çiftlik, si hace buen tiempo, y luego podemos ir a casa a jugar al *bridge*. ¿Qué te parece?

–Me parece estupendo –contestó Tarik–. ¿Cómo está Sabiha?

–Bien, bien. Bueno, en realidad ni bien ni mal; creo que nunca entenderé por qué son así las mujeres. Bueno, da igual, acuérdate de lo del domingo. Seguro que a Sabiha le encantará que vengas a casa.

Macit estaba a punto de entrar a otra de esas largas reuniones. Cogió los expedientes de su despacho, se los metió bajo el brazo y estaba saliendo cuando sonó el teléfono. Lo cogió Tarik:

–¿Diga…? Sí, señor. Sí…, sí…, por supuesto que puedo. Estaré ahí en un minuto, señor.

Se levantó, se abrochó la chaqueta y le dijo a su secretaria que el secretario general deseaba verle.

–Si llama alguien, dile… demonios, da igual, volveré en un momento.

–Espero que no sea nada serio –dijo ella mientras Tarik salía del despacho. Se preguntaba por qué el jefe querría hablar con Tarik y no con el bey Macit.

Tarik regresó a su oficina media hora más tarde, con la misma expresión de sorpresa que tenía cuando la abandonó. Cuando Macit volvió alrededor de una hora después, vio que Tarik estaba vaciando los cajones de su escritorio y apilando sus cosas encima.

–Cuando acabes de ordenar, podríamos ir a comer algo –dijo Macit–. Hay acontecimientos interesantes de los que tenemos que hablar.

Tarik devolvió los expedientes al cajón con apremio.

–Yo también tengo algo que contarte.

–¿De verdad?

–Antes de nada, quiero agradecerte la alta valoración que escribiste en mi expediente.

–¿De qué va todo esto?

–Me he enterado hoy.

–Se supone que los informes son estrictamente confidenciales.

–Sí, por supuesto. Solo leí lo fundamental, pero me consta que añadiste comentarios muy positivos.

–¿Quién te lo dijo?

–El secretario general.

–¡Esto es increíble!

–Bey Macit, te lo contaré todo mientras comemos. De todos modos, te avanzo que vas a tener que encontrar a alguien que me sustituya en la partida de *bridge* del domingo, porque yo no podré asistir.

–¿Se puede saber de qué estás hablando, Tarik?

–No voy a estar en Ankara el domingo.

–Espero que no sea nada malo. Alá no quiera que haya ninguna

muerte o enfermedad en la familia.
–No, gracias a Dios que no.
–Sabiha estará decepcionada.
Los dos compañeros continuaron con la conversación mientras bajaban las escaleras.
–Cuando la señora Sabiha se entere de adonde voy, va a estar muy feliz por mí.
Macit se paró en seco y miró a su amigo Tarik directamente a los ojos:
–¿Me estás diciendo que te vas a casar, por casualidad?
–Te estoy hablando de un puesto en el extranjero, Macit. Me acaban de nombrar secretario adjunto en París.
–Ah, era eso.
–¿Es que lo sabías?
–Sabía que lo estaban hablando. No cabía duda de que podrías ocuparte del puesto, pero estaba el problema del idioma. El ministro de Exteriores me preguntó acerca de tus progresos con el francés. Le comenté lo de tus clases del fin de semana y lo de tus prácticas de conversación con Sabiha.
–Sí, ya me lo había dicho él. Me aseguró que todo quedaba en orden aquí y que podría mejorar mi francés una vez llegara allí.
–Estoy de acuerdo, eres uno de los hombres más brillantes del ministerio, amigo mío. Me alegro por ti, pero es una zona ocupada y peligrosa.
–Sí, claro. Por eso han preferido enviar a un soltero.
–Enhorabuena. –Macit le puso a Tarik la mano en el hombro–. Estoy convencido de que te irá muy bien. También Sabiha se sentirá feliz y triste a la vez, ya sabes cuánto valora tu amistad. ¿Cuándo te vas?
–Por lo visto tengo que viajar inmediatamente. Había planeado ir a visitar a mi familia en Malatya en mi día libre, pero no va a poder ser. No sé cuándo volveré a verlos. Ni qué decir tiene que iré a despedirme de Sabiha. Puede que quiera que le lleve algo a su hermana.
Macit intentó ocultar su sorpresa al darse cuenta de que Sabiha le había contado el secreto que no le había contado a nadie más en Ankara.
–Vamos, te voy a llevar a mi restaurante favorito, el Karpish. Tu comida de despedida corre de mi cuenta.
–Gracias –dijo Tarik. La expresión de sorpresa de su rostro estaba dando paso a una de preocupación con un toque de orgullo.

Sabiha demostró tener sentimientos encontrados sobre el nuevo puesto de Tarik. Por un lado, perdía a su íntimo y leal amigo; por otro, esperaba que el hecho de que él estuviera en París pudiera ayudar a Selva de algún modo. De darse el caso, Selva y su bebé podrían al

menos refugiarse en la embajada. Tarik también podría ayudar a Rafo si fuese necesario. Cuando salió el tema mientras se despedían, Macit se apresuró a señalar que Tarik estaba destinado a París, mientras que Selva y su familia estaban en Marsella.

–No te preocupes por eso –la alivió Tarik–. Seguro que podré ponerme en contacto con ellos. Los llamaré en cuanto llegue a París.

Cuando Sabiha fue a la cocina a por el té, Macit se dirigió a Tarik para advertirle:

–Ten cuidado, Tarik, se trata de un asunto muy delicado. No te metas en problemas, por favor. Eres un diplomático turco y el deber es lo primero. No debes poner en peligro tu posición por Selva y Rafo.

Cuando Tarik se marchaba, Sabiha estaba llorando y le temblaba la voz:

–Te echaré de menos, Tarik. Pierdo a un muy buen amigo –sollozó.

–No me estás perdiendo en absoluto. *Inshallah*, nos volveremos a ver cuando haya acabado mi misión. Si sé defenderme en francés, te lo debo a ti, Sabiha.

Besó gentilmente la mano de su amiga, como Macit y el bey Numan solían hacerlo en estas ocasiones, sin que su frente llegara a tocar la mano como era costumbre en su tierra. ¿Cómo iba a saber nadie que esta era la primera vez que eso ocurría? Lo que realmente deseaba no era besar la mano de Sabiha, sino apretarla fuerte entre las suyas. Quería abrazar su esbelta figura e inhalar el aroma de su larga melena rubia. La mujer de sus sueños, la mujer con la que podría casarse un día, tenía que parecerse a Sabiha. Aquello que nunca antes había querido admitir le llegaba ahora claramente, mientras cruzaba el largo corredor que le llevaba a la salida. Allá donde fuera, jamás olvidaría la belleza de Sabiha ni sus tristes ojos verdes. Se dio cuenta de que ella ocuparía siempre un lugar especial en su corazón.

Cuando Tarik se hubo marchado, Sabiha se fue directa al dormitorio y permaneció estirada e inmóvil sobre la cama, con los ojos cerrados. Macit la siguió.

–Hay algo que quiero proponerte –empezó.

–¿Lo del cuarto jugador para la partida de mañana?

–No, cariño, lo único es que he estado pensando… Pasas mucho tiempo sola, últimamente –Sabiha abrió los ojos y miró a su marido mientras hablaba–. Todo indica que vamos a estar muy ocupados en la oficina en los próximos días y no tendré tiempo para estar contigo. Parece que afrontamos una nueva crisis cada día. Me preguntaba…

–¿Qué te preguntabas?

–¿Por qué no invitamos a tus padres a casa? Ahora que están evacuando Estambul, podrían pasar una temporada con nosotros. Les supondría un cambio a mejor y tú no tendrías que preocuparte por

ellos.

–¡Es una idea excelente! –Sabiha se incorporó.

–Sí, yo también lo creo –continuó Macit con un tono de reproche en su voz– y más ahora que no tienes con quién compartir tu secreto.

–¿Cómo? ¿Qué quieres decir con eso?

–Bueno, me parece curioso que no le hayas hablado a nadie aquí de Selva, pero que Tarik parezca estar al corriente de la situación.

–Él me escuchaba, Macit.

–¿Acaso intentaste hablarle de ello a alguien más, Sabiha?

–¿A quién podía recurrir?

–¿Qué sé yo? A Birsen, a Necla o a Hümeyra, a quienes ves al menos una vez a la semana. ¿Es que no tienes amigas? Además, ¿por qué estás tan obsesionada con hablar de Selva? Si te soy sincero, no entiendo por qué insistes en seguir torturándote con ese tema.

–Ni lo entenderás nunca –le reprochó Sabiha con cierto tono de orgullo. ¿O es que no había una nota de celos en la observación de Macit?

De Estambul a París

Tarik metió la carta que le había escrito a su madre junto con algunos cheques en un sobre y lo selló cuidadosamente. Le entristecía no poder visitar a su familia en el día libre, y pensar que no sabía cuándo volvería a verlos le resultaba descorazonador. Lo que más le fastidiaba era que su padre no hubiera vivido lo suficiente como para ser testigo de su ascenso. Le habría gustado ir a visitar su tumba y decir una oración de agradecimiento:

«Querido padre, tus sacrificios no han sido en vano. Descansa en paz, seguro en el convencimiento de que viviré mi vida de la manera honorable que tú habrías querido.»

Afortunadamente, sus compañeros de piso en Ankara le devolvieron la fianza que había pagado por su habitación, y él pudo enviarle ese dinero a su madre. Esperaba ser capaz de ahorrar algún dinero en París para seguir manteniéndola.

No solo no había podido visitar a su familia antes de irse, sino que ni siquiera tuvo tiempo de cortarse el pelo antes de partir. En cuanto le dijeron lo de su ascenso, consiguió escabullirse de la oficina, comprar una maleta y reservar un billete para el tren nocturno a Estambul. Sus amigos le habían recomendado que hiciera sus compras allí. Macit le había dado los nombres de varias tiendas y le insistió para que se comprara al menos un buen abrigo.

Tarik metió cuidadosamente en la maleta su traje gris y tres camisas blancas, entre las que colocó la carta y el pequeño obsequio que Sabiha le había hecho. Esperaba que no hubiera metido dinero en el sobre, pero no reunió coraje para abrirlo y comprobarlo. Amigos suyos que habían viajado le habían advertido de que los alemanes acostumbraban a hurgar en las maletas.

Tarik lo dejó todo listo para coger el tren la noche siguiente. Colgó su nuevo traje azul oscuro, recién planchado, en el armario; puso el pasaporte, la billetera y el billete del tren sobre la cajonera, al lado del reloj de bolsillo que conservaba como recuerdo de su padre. Desenganchó una fotografía del marco del espejo y se quedó mirándola unos momentos. Era la foto de un grupo, tomada en las carreras. Los seis rostros se veían diminutos, pero Sabiha resaltaba con

su largo pelo rubio. Metió la foto en su billetera.

Estaba a punto de embarcarse en una aventura que no se habría atrevido a soñar mientras estudiaba en el Liceo de Sivas. La sola idea le causaba escalofríos. Apagó la bombilla desnuda del techo y encendió la lámpara de la mesita de noche, sosteniendo en la mano su libro de francés mientras se metía en la cama.

«*Moi, je m'appelle* Tarik Arica –se repitió a sí mismo–. Me llamo Tarik Arica. *Je viens d'Ankara. Je suis le Consul Générale de Turquie*. Vengo de Ankara, soy el cónsul general de Turquía… ¡Por Dios, pues claro que no!»

No, no era cierto en absoluto. Sería solamente el secretario adjunto; quedaba un largo camino para llegar a ser cónsul, o incluso vicecónsul.

«Señor cónsul –musitó mientras cerraba fuerte los ojos–, ¿o qué tal señor embajador? Sí, señor embajador, Su Excelencia Bey Tarik.»

Intentó imaginarse a sí mismo de frac y con sombrero de copa, con una bufanda blanca alrededor del cuello y sujetando un bastón con empuñadura de plata; sin embargo, la única visión que llegaba a su mente era la de una mujer rubia.

Estaba inclinada sobre un escritorio repleto de libros, sus largos dedos apartaban del rostro los rubios cabellos. No era más que una ilusión, pero veía claramente sus ojos verdes. Quizás su hija se llamaba Hülya –que quiere decir «ilusión»– en honor a los ojos soñadores de su madre. Aun así, contemplaba la escena en sus sueños: la misma mujer esbelta se le acercaba y le hablaba en francés, le hacía una pregunta y esperaba la respuesta mirándole directamente a los ojos. A Tarik le empezaron a sudar las manos, ¿qué iba a pensar de él esta hermosa mujer si él le respondía con su cómico acento? Una visión como esa, una belleza tal… trató de aclararse la garganta antes de empezar a hablar.

«*Oui, je voudrais beaucoup, eh… avoir, eh…* Sí, me encantaría tomar…

»"No te pongas nervioso, Tarik, por favor –dijo la visión–. Cálmate y piensa primero en lo que vas a decir".

»Mi acento es horrible, estoy avergonzado.

»"Jamás había oído algo parecido. Uno no debe preocuparse por su acento. Está claro que cualquiera que hable en un idioma que no es el suyo mantendrá su acento, y el francés no es nuestra lengua materna. Macit tiene acento, y yo también".

»No, tú no. Tú no lo tienes.

»"A lo mejor nuestro acento es mejor porque tuvimos una niñera francesa cuando éramos pequeños, pero te aseguro que nadie puede empezar a hablar una nueva lengua sin tener acento. No tienes por qué avergonzarte, Tarik. Ahora repite lo que has dicho antes y yo te corregiré si cometes un fallo."»

Tarik sentía la agonía de su sueño. Era feliz hasta el delirio, pero le sudaban las manos y le latía tan rápido el corazón que parecía un pájaro batiendo sus alas. No solo estaba excitado porque le preocupara cometer un error, sino sobre todo porque le asustaba enamorarse.

Se levantó de la cama y empezó a dar vueltas por la habitación. No, no se trataba de amor; si acaso, pensaba, de una forma de admiración. ¿Sería la frustración de ansiar lo inalcanzable? Sabiha era la mujer ideal para alguien del este de Turquía: rubia, hermosa, bien educada y con todas las habilidades sociales. Hablaba varias lenguas y era capaz de alternar con cualquier tipo de gente, de todos los estratos de la sociedad. Nunca antes se había encontrado con ninguna mujer así. Y además de todo eso, se trataba de la esposa de su jefe, la mujer de su amigo. ¿No había sido Macit quien había escrito un informe tan excelente sobre él, la persona que le había ayudado tanto a ascender? Tarik tenía claro que Sabiha poseía todas las virtudes que él deseaba en una esposa, en caso de que se casara alguna vez. ¡Ya está: no era amor, era solo admiración!

De vuelta a la cama, Tarik quiso dormir sin soñar, pero esta vez la excitación por el día siguiente no le dejó pegar ojo. Regresar a Estambul por primera vez desde sus días como universitario… Estaba deseando volver a la ciudad de las cúpulas y los plataneros. Pensaba en los días en que caminar por el barrio de Pera, en Beyoglu, era toda una aventura. ¡Y ahora iba a regresar a esa hermosa ciudad como diplomático!

Le esperaba un día muy ajetreado. Macit le había recomendado hacer sus compras en las galerías Karlman y comer en el Rejans, un restaurante ruso, donde podría degustar un pollo a la Kiev regado con vodka amarillo al compás de las cuerdas de una balalaica. Otra de las cosas que, según Macit, no se podía perder era una visita al Garden Bar de Tepebasi o al Hotel Park para tomar una última copa. Tarik no acostumbraba a beber si estaba solo, pero pensaba que tenía que aprovechar el par de días que iba a estar en Estambul, como si fueran una muestra de los tiempos de refinamiento que le esperaban. Realmente no le interesaba la compañía de los dandis y de los pedantes que frecuentaban los bares y restaurantes de Estambul, pero al menos ellos hablaban su idioma.

¿Y luego qué?

¿Qué iba a ser de él una vez subiera a ese tren y se mezclara con los demás pasajeros? Seguramente ellos no hablarían turco. Su destino era un país ocupado. Toda Europa estaba en guerra. ¿Y si la guerra llegaba hasta Turquía? ¿Y si no podía volver a su país nunca más? Tenía dinero suficiente para un par de semanas y podía defenderse en francés, pero y si quedaba atrapado en esa agitación, ¿qué iba a hacer entonces? Recordó las palabras en francés que había pronunciado

hacía unos momentos. El miedo se reflejaba en su voz mientras se repetía:

«*Je suis le deuxième secrétaire a l'ambassade de Turquie.*»

Mientras repasaba esta frase en su mente, otra más le venía a los labios:

«¡Que Dios me ampare!»

Eran casi las cinco de la mañana cuando se quedó dormido.

Ese año la primavera había traído a Estambul el sufrimiento. Las ojeras que la preocupación había llevado a los rostros de todo el mundo no pasaron desapercibidas para Tarik. El temor a la guerra les afectaba a todos sin excepción, jóvenes y viejos, hombres y mujeres, ricos y pobres… nadie quedaba exento. El gobierno había recomendado en la radio y en los periódicos que se construyeran búnkeres y refugios. Los bloques de pisos de más de tres plantas debían convertir su planta baja en un refugio, y proteger las ventanas con sacos de arena. Como resultado, la ciudad tenía el aspecto de una enorme superficie en construcción. A pesar de ello, Beyoglu seguía siendo tan tumultuosa, alegre y colorista como Tarik la recordaba.

Al dejar la estación Haydarpaşa en el lado asiático de Estambul, Tarik pudo percibir el salado aroma del aire marítimo. Tomó el transbordador hacia Karaköy, en la parte europea. A pesar del frío, se sentó en la cubierta exterior para contemplar las blancas y espumosas olas del mar. Una vez en Karaköy, cogió un taxi, se sentó al lado del conductor y le entregó una nota con la dirección del hotel donde se iba a alojar.

El taxista le llevó a Pera a través de Yüksek Kaldirim y se detuvo en la puerta del Grand Hotel de Londres. Había sacos de arena apilados frente al hotel, tal y como había visto en otros edificios durante el breve trayecto.

–Mire todo eso –dijo el taxista señalando a los sacos–, pone a la gente histérica. No estamos en guerra, pero fíjese en el desorden. Casi no podemos conducir por la calle.

–Siempre es mejor ser precavidos –le contestó Tarik–. Dios no quiera que haya un repentino ataque aéreo. ¿Dónde se iba a refugiar la gente en ese caso?

–Eso lo dicta el destino, señor. Nadie sabe cuándo llegará su hora.

Las palabras del taxista le provocaron escalofríos. Era el típico fatalismo de los turcos. Tarik pensaba que abandonarse al destino era más propio de las gentes de Oriente Medio, pero este taxista de Estambul opinaba exactamente igual. Salió del coche y antes incluso de abonar la carrera se quedó mirando el panorama que se desplegaba frente a él: las siluetas abombadas de las cúpulas de las mezquitas, los plataneros en las montañas y los minaretes señalando al cielo

conformaban una visión sobrecogedora. Los árboles del amor de las laderas empezaban a florecer y Estambul tenía el aspecto de una acuarela, con vistosos violetas, azules y verdes mezclados con toques de tinta china. Abandonaría esta extraordinaria ciudad para ir a zona de guerra en menos de tres días.

Pagó al taxista y cogió su equipaje. No pudo evitar imitar el tono del conductor y repetirse a sí mismo:

«Eso lo dicta el destino, señor. Nadie sabe cuándo llegará su hora.»

Al subir la escalinata de la entrada se encontró de cara con el portero, vestido como un guardia de palacio. Soltó la maleta cuando este, presuntuoso, llamó al botones para que le ayudara.

Justo cuando el botones puso la maleta en el carrito, hubo una explosión terrorífica y Tarik cayó de bruces al suelo. Pronto se desató el infierno. Había un estrépito de cristales rotos y la gente gritaba pidiendo ayuda por todas partes. Tarik levantó la cabeza y vio al botones en el suelo, a su lado.

–¿Estás bien? –le preguntó.

El chico volvió la cabeza, tenía una expresión de aturdimiento. Los mocos en su labio superior conformaban un bigote grasiento.

–¿Dónde demonios estamos? ¿Estamos vivos o muertos? –estaba muy confundido.

–No estamos muertos, chico, estamos frente a la entrada del hotel.

–No le creo, señor.

–Ha explotado una bomba cerca –le explicaba Tarik mientras intentaba ponerse en pie. Se había hecho daño en las rodillas y tenía problemas para enderezarse. Toda la zona estaba cubierta por una nube de humo y de polvo. A su alrededor, otras víctimas de la explosión emergían una detrás de otra de debajo de las escaleras o de detrás de las puertas. Siguieron unos momentos de silencio, roto tan solo por el aullido agónico de un perro, que desembocaron en el estruendo del fin de los tiempos: los niños empezaron a llorar, hombres y mujeres pedían ayuda, la policía hacía sonar sus silbatos y los coches, sus bocinas. Tarik consiguió ponerse en pie, tenía cristales en el pelo y su ropa estaba mugrienta. El botones seguía estirado bocabajo y Tarik intentó levantarle:

–Venga, chico, tienes que intentar incorporarte.

El muchacho se sentó, pero seguía visiblemente aturdido. Cuando Tarik comprendió que no podría ponerle en pie, se arrodilló a su lado y le palmeó la cara. El chico empezó a llorar.

La gente se arremolinaba ahora en el vestíbulo del hotel, presa del pánico. Tarik buscó su maleta con la mirada y vio que el carrito del botones estaba volcado en mitad de la calle. Consiguió abrirse paso hacia su equipaje a través de las multitudes aterrorizadas. La gente corría en todas direcciones, intentando comprender qué había

ocurrido. Sonaban sirenas por todas partes.

Al volver con el carrito y su maleta, el botones se había puesto en pie, pero miraba a su alrededor en estado de *shock*.

–¿Te encuentras mejor ahora? Mira, he recuperado tu carro. Venga, de vuelta al trabajo.

–¿Ha sido una bomba, señor?

–Sí, me temo que así es.

–¿Dónde?

–La verdad es que lo ignoro, pero se sabrá pronto. Debe de haber sido muy cerca.

–¿Ha muerto alguien?

–Eso tampoco lo sé.

Tarik condujo al chico al vestíbulo, intentando ambos no pisar los cristales rotos. Allí encontraron un caos absoluto y el recepcionista había desaparecido. Varios huéspedes se trataban las heridas con sus pañuelos blancos inmaculados. Tarik miró a su alrededor. ¿Qué iba a hacer él ahora? Reparó entonces en que sus pantalones estaban hechos jirones a la altura de las rodillas.

–¡Maldición! –murmuró. Su traje nuevo estaba destrozado y él se sintió furioso.

Decidió subir las escaleras en busca de alguna habitación libre. Recorrió los pasillos comprobando puerta tras puerta. Las tres primeras estaban cerradas; la cuarta cedió, pero dentro había esparcidas algunas pertenencias y las camas estaban sin hacer. Probó con una puerta en el lado opuesto del pasillo. Afortunadamente, esta estaba libre: las camas hechas y los armarios vacíos; era seguro que nadie se alojaba allí, así que Tarik cerró la puerta, puso su maleta encima de la cama, la abrió y extrajo su viejo traje gris. Después fue al lavabo, se sacudió los cristales del pelo y se refrescó. Poco después regresó al vestíbulo vistiendo el traje gris. Encontró al recepcionista en su puesto, dirigiéndose agitado a unos huéspedes.

–No estaba aquí cuando llegué, de modo que me vi obligado a buscar yo mismo una habitación. Aquí tiene la llave –le dijo Tarik, alargándole la llave que colgaba de la cerradura de su habitación–. Soy Tarik Arica, de Ankara. El Ministerio de Exteriores ha reservado un cuarto a mi nombre.

El recepcionista parecía confuso. Miró brevemente a Tarik y cogió la llave sin decir una palabra, resultaba obvio que seguía conmocionado.

–¿Han podido averiguar qué ha sucedido? –le preguntó Tarik.

–Al parecer ha explotado una bomba en el Hotel Pera Palace, aquí al lado. Hay seis muertos y muchos heridos –contestó el recepcionista.

–¿Muertos…?

–Según creo, el embajador británico en Sofía está de visita en Estambul. Dicen que ha venido para reunirse con Inönü. Me pregunto

si habrá una relación, quizás se trate de un intento de acabar con su vida.

–¿Se refiere al señor Randall?

–Oh, ¿así que lo conoce? –reaccionó sorprendido el recepcionista.

–No, no lo conozco, pero he oído hablar de él. ¿Ha fallecido?

–Los que trabajaban en la recepción están todos muertos –contestó el hombre tocando madera–, pero parece que el embajador acababa de entrar en el bar unos segundos antes y está sano y salvo.

Tarik salió del hotel y cruzó la calle hacia el Pera Palace. La policía intentaba dispersar a la multitud que se arremolinaba enfrente, mientras los médicos y los enfermeros llevaban a los heridos a las ambulancias que esperaban sobre los adoquines arrancados y los retorcidos raíles del tranvía. Se escurrió por entre la multitud y se acercó a un grupo de jóvenes con aspecto de periodistas que estaban ocupados sacando fotografías. Le preguntó a uno de ellos cómo había pasado.

–Parece que la bomba estaba dentro de una maleta, en el vestíbulo.

Tarik se preguntó a quién iría dirigida la bomba. Probablemente al embajador británico y a su homólogo turco, Hugessen.

Tarik no pudo evitar compadecerse por los pobres que estaban detrás de la recepción cuando la bomba estalló, por no mencionar a los transeúntes inocentes que pasaban por allí, dedicados a su quehacer diario. Recordó las palabras del taxista: «nadie sabe cuándo llegará su hora».

Marsella, 1940-1941

Selva se sirvió una taza de café caliente, inhalando su aroma y pensando en lo interesante que resultaba el modo en que el ser humano se adapta a cualquier situación. Cuando Rafo y ella se mudaron a Francia, ella odiaba este café amargo servido en tazas enormes. Tuvo suerte de que Sabiha le enviara unas cuantas cajas de té y un juego de seis delicados vasos para servirlo. Fue a través de Macit, quien visitaba Francia a menudo en aquella época. Era una delicia tomar ese té con Rafo para desayunar.

Selva se acostumbró al café amargo después del nacimiento de su hijo. Lo bebía para mantenerse despierta hasta la última toma nocturna del bebé. Lo que había empezado como una manera de no quedarse dormida se acabó convirtiendo en una adicción. Rafo no podía entender cómo se podía beber «ese veneno». Había algunas otras cosas a las que su marido no podía acostumbrarse en Francia.

–Por el amor de Dios, no critiques las cosas delante de los demás –le pidió ella la primera vez que él dejó ver su falta de entusiasmo–. Pensarán que eres un paleto. Imagínate, alguien que no aprecia la mejor cocina del mundo.

–No me importa lo que piensen. La mejor cocina del mundo es la turca, ¿qué culpa tengo yo de que sean unos ignorantes? –insistía Rafo–. Jamás podré entender por qué la cocina francesa tiene tan buena reputación. Esas salsas tan pesadas que te alteran la digestión y la idea de comer caracoles me dan ganas de vomitar. Y luego está ese queso que apesta a pies sudados…

Selva intentaba detenerlo, pero él no se rendía:

–¿Existe algo capaz de competir con el sabor de unas verduras frescas cocinadas en aceite de oliva, por ejemplo? ¿Me puedes explicar su excusa para arruinar el delicioso sabor del pescado con todas esas salsas?

–¿Y se puede saber por qué hemos venido aquí, si tanto odias su comida?

–Porque sus vinos son absolutamente excepcionales.

–Puede que lo sean, pero nosotros no nos los podemos permitir, ¿no es así? –le recordó Selva.

–Podremos, cariño, podremos; confía en mí, ten un poco de paciencia. Mira lo bien que nos hemos administrado este mes. Si seguimos así unos cuantos meses más, podremos permitirnos los mejores vinos del país.

Selva no se habría sentido muy decepcionada si Rafo no hubiera podido cumplir su promesa, pero lo hizo, y todo se volvió del revés. Selva estaba en la mesa del comedor, ayudando a Yvonne, la hija de su vecina, con sus deberes de inglés, cuando de pronto se oyó alboroto afuera. Ambas corrieron a la ventana. Yvonne, que solo tenía nueve años, estaba tan excitada por ver a la policía en sus motocicletas que empezó a aplaudir. Parecían estatuas con la espalda tan recta sobre sus vehículos. Selva sintió de inmediato que se le aceleraba el corazón como un pájaro que aleteara desesperado. Se puso la mano sobre su hinchado vientre y suplicó:

–Señor, por favor, protege a nuestro hijo.

Cuando Yvonne se hubo ido, Selva cruzó corriendo la calle hacia la farmacia en la que trabajaba Rafo. Cuando vio su rostro pálido, creyó que abortaría. Pero no lo hizo, y el bebé, un varón diminuto, nació un mes más tarde con dos semanas de adelanto. Le llamaron Fazil como al padre de Selva. No es que ella no se preocupara por las objeciones que pondría su padre a que el hijo de un judío llevara su nombre, pero dejó a un lado esos prejuicios porque ella aún lo quería mucho y lo añoraba, a pesar de que seguía enfadada con él.

Habían decidido que si el bebé era un chico le harían la circuncisión después de siete días, como ordenaba la tradición judía. Sin embargo, la ominosa presencia de los nazis de aquellos días les hizo cambiar de opinión. El día que tomaron esta decisión, Rafo no durmió en toda la noche.

Selva sorbía el café y empezó a repasar las cuentas en su libreta: estaban hechas un desastre. Para cuando los nazis ocuparon París y el norte de Francia, Selva y Rafo ya viajaban hacia Marsella. Esperaban estar seguros allí, pero los acontecimientos sufrieron un giro inesperado.

El general Pétain, que había derrocado el gobierno de Vichy y se había proclamado presidente, había decidido cooperar con los alemanes en un intento de salvar de la ocupación al resto del país. Había empezado por acceder a todas sus demandas en su esfuerzo por no ofenderles. La policía de Vichy había iniciado incluso la persecución de los judíos. De Gaulle, contrario a toda colaboración, se había exiliado a Inglaterra para formar allí su Gobierno de la Francia Libre. Desgraciadamente, ni la Resistencia clandestina ni De Gaulle en Inglaterra podían hacer mucho para ayudar a los judíos.

Selva perdió a dos de sus alumnos cuando sus padres judíos optaron por abandonar la zona. Paradójicamente, eso resultó ser una bendición

encubierta, porque otros padres que planeaban refugiarse en Estados Unidos acudieron a Selva para que diera clases a sus hijos, de modo que se encontró pronto con tres nuevos alumnos, y tuvo que decir que no a otros tantos por falta de tiempo para hacerse cargo de ellos. Selva estaba encantada de tener más chicos a los que enseñar, pero Rafo le advirtió que fuera cautelosa.

–Por el amor de Dios, Selva, ten cuidado. Los fascistas están por todas partes, acabarán reparando en todos esos chicos yendo y viniendo.

–¿Y qué hay de malo en enseñar inglés, Rafo? ¿Es que está prohibido dar clase?

–No, pero está prohibido ser judío.

Selva estaba más frustrada día tras día. No había sido capaz de perdonar a su padre por menospreciar a la gente que profesaba una fe diferente. Él, por su parte, no había perdonado a su hija por razones que se reservaba; probablemente, la principal era que su hija se había rebelado contra sus deseos, que había ido en contra del cabeza de familia. Selva siempre se había negado a creer que su padre se hubiera opuesto al matrimonio partiendo solo de aspectos religiosos. No era capaz de admitir que el hombre al que tanto amaba y respetaba fuera un fanático religioso. ¿A qué venía tanto escándalo con la religión? Pensaba que esta debería expresarse en un amplio espectro de ceremonias sin prejuicios racistas, ceremonias celebradas en mezquitas, iglesias y sinagogas por igual. Se trata de pertenecer a cualquiera de estas comunidades que adoran a Dios, de ir a los lugares en los que la gente le tendía la mano y hallaba la paz en sus corazones. Selva recordaba la alegría del Ramadán en casa: la excitación de preparar la comida para la noche, antes de romper el ayuno; el cuidado de no saltarse ninguna oración en ese período; la serenidad de los mayores con sus pañuelos blancos en la cabeza antes de sus plegarias; el aura de misterio que envolvía la llamada del almuecín. Todo eso era emocionante, entonces. Sí, la religión era algo maravilloso; pero solamente si formaba parte de la vida y no se empleaba para separar a las personas. ¿Es que no podía la gente de diferentes religiones amarse la una a la otra? Ay, padre, ¿valía la pena sacrificar a tu hija por la religión? ¿Valió la pena vetar a tu yerno por el hecho de rezar en una sinagoga?

Selva recordaba bien los minuciosos debates que solía tener con su padre a propósito del tema. Por aquel entonces, Fazil no tenía idea de lo que iba a pasar y disfrutaba también de aquellas discusiones filosóficas con su hija. Aquella chica tan lista leía voluntariosamente cualquier libro que él le recomendara para luego discutir los detalles con su padre durante horas y horas. Este señalaba a menudo que, cuanto más se interesaba la gente por la ciencia, el conocimiento y la cultura, atribuían menos importancia a la religión. Le decía a su hija

que la mayoría de fanáticos e integristas venían de entornos pobres e ignorantes. En la época en la que Selva se enamoró perdidamente de Rafo, discutía a propósito estos temas en más profundidad. ¿Respetar otras religiones? ¡Por supuesto! Esa era una de las condiciones de la modernidad.

¿Qué fue de aquello de inspirarse en otras religiones? ¿Por qué le daba su padre libros para que conociera las religiones de Extremo Oriente, sino porque quería que su hija entendiera que todo el mundo era diferente? Había personas que no pensaban lo mismo, que tenían religiones diversas. Era ella la que tendría que alcanzar sus propias conclusiones.

Había esperado poder utilizar las opiniones de su padre para defenderse en lo respectivo a Rafo. Le habría querido recordar todas y cada una de sus palabras. Desgraciadamente, cuando acabó enterándose del romance, levantó un muro entre ellos y sentenció:

–Por encima de mi cadáver. No puedes casarte con él, no te doy mi consentimiento.

Al principio, Selva le preguntaba por qué. Aunque su padre tenía una mentalidad abierta, se oponía a un matrimonio que iba en contra de sus costumbres y tradiciones. Pronto supo, para su consternación, que había dado una buena educación a sus hijas con fines egoístas: no fue para ampliar sus horizontes, sino para que criaran a sus nietos como buenos musulmanes. Por desgracia, finalmente tuvo que transigir.

–Muy bien, lo haremos a tu manera. No pienso casarme tampoco con ningún otro, ni con uno de los compañeros de Macit en el ministerio, ni con el hijo de ningún pachá, ni con nadie. Tendrá que ser con Rafael o con ninguno.

Rafo parecía resignado ante su destino. Era más consciente que la propia Selva de las trabas a las que tendrían que hacer frente. ¿Cómo iba a reaccionar su familia? ¿Y sus amigos? ¿Cómo podría sustentar a una chica que estaba acostumbrada a tener lo mejor? Eran responsabilidades con las que tendría que cargar.

Selva había escrito a Rafo durante el tiempo que estuvo en Ankara con su hermana. No eran cartas de amor, sino las palabras de una amiga. Estando allí, Selva tuvo la oportunidad de observar a cuantos la rodeaban, en su mayoría personas que, al igual que su hermana, habían hecho buenos matrimonios. De esta experiencia aprendió que, si una persona elegía como pareja a alguien procedente de un entorno similar al suyo, el matrimonio tenía más posibilidades de durar más allá de que se apagara el fuego de la pasión. Sobre todo, después de haber tenido hijos.

Selva regresó a Estambul habiéndose convencido de que no le interesaba ninguno de los chicos que le habían presentado. No sintió nada por ninguno de los jóvenes diplomáticos que había conocido a

través de su cuñado; no era una cuestión de tozudez, sino que simplemente no tenía nada en común con aquellos muchachos. Según su opinión, solo se preocupaban de sí mismos y por encontrar, según los dictados de sus madres, alguna adinerada aspirante a esposa. No podía hablar con ninguno de ellos, y la posibilidad de una conversación profunda quedaba completamente descartada. Nadie pudo hacerla sonreír, y mucho menos vagar con ella sin rumbo y despreocupadamente por las calles. Únicamente querían llevarla a bailar al Ankara Palace tras las recepciones a las que asistían, ponerle los brazos alrededor de la cintura y bailar el vals con sus chirriantes zapatos de charol. Algunos trataron de besarla y llegaron a sentir el contacto de sus labios contra los de ella, pero no sintió nada. Estaba cansada de todos ellos. De vuelta en casa de Sabiha, se echaba en la cama del cuarto de su pequeña sobrina. Contemplaba las sombras que las luces de la calle proyectaban en el techo.

Solo iba a vivir una vez, ¿esperaban que desperdiciara su oportunidad? ¿Y todo por qué? Por la tozudez de su padre, que se comportaba de manera extraña, totalmente en contra de su naturaleza, y al hacerlo estaba envenenando la vida de su hija. No iba a poder casarse, ni ser feliz, ni conocer el amor que da un hijo. En resumidas cuentas, no iban a dejarla vivir su vida. ¿Y por qué? Solo porque el pachá Fazil Reshat lo decía, por culpa de lo que dirían los parientes, vecinos y conocidos. ¿Acaso era más importante lo que la gente pensara que su felicidad? ¡Por supuesto que no! Con todo esto en mente, decidió escribir a Rafo y preguntarle si aún la quería.

Y Rafo, por supuesto, la quería; pero al mismo tiempo, era reacio a perturbar la vida de Selva. Le asustaba no ser capaz de ofrecerle la vida a la que estaba acostumbrada. Como su familia también le repudiaría, tendrían que vivir de lo que él pudiera ganar. ¿Estaba Selva preparada para eso? Le recomendó que esperara y tomara una decisión cuidadosamente meditada, no quería que hiciera nada de lo que se pudiera arrepentir.

Selva ya había pensado en todo eso cuando la enviaron a vivir con su tío a Chipre. Ella aceptaba los riesgos, aceptaba afrontar los problemas que tendrían y vivir en un país extranjero, lejos de su familia. Incluso vivir con poco dinero. Había pensado en todo y tenía respuestas para todas las preguntas. Nunca había hablado de ello con Rafo porque estaba segura de conocer la respuesta, sabía que él quería estar con ella tanto como ella con él.

Después de un año difícil en Chipre, Selva había tomado una decisión y así se lo hizo saber a Rafo. Le desconcertó descubrir, sin embargo, que Sabiha, quien había sido su confidente y apoyo incondicional, había cambiado de opinión. ¿No la había animado ella a seguir adelante en su relación con Rafo? Ahora se pasaba la noche en vela,

intentando convencerla para cambiar de parecer. Era como si nunca hubiera sido cómplice de sus encuentros clandestinos con Rafo.

–¿Cómo iba yo a saber que estarías tan loca como para dejar que las cosas llegaran tan lejos? –le repetía Sabiha–. ¿Cómo iba yo a saber que te ibas a enamorar, y menos aún que te querrías casar con ese hombre? ¡Nunca, jamás se me hubiera ocurrido!

¿Y qué había de su padre, la persona a la que siempre había amado y respetado por encima de todas las demás durante toda su vida? Incluso había intentado suicidarse, con la esperanza de que ella cambiara de opinión. Por lo que respectaba a Selva, ese era, de hecho, el punto de no retorno.

–Salgamos de aquí lo antes posible, Rafo –le dijo–. Vayamos a un lugar donde los valores sean diferentes, no tan extremos. Huyamos del chantaje emocional de nuestras familias.

Finalmente se fueron, pero el tormento que habían soportado en Estambul se antojaba ahora una minucia comparado con la humillación y el sufrimiento que los alemanes estaban infligiendo a los judíos. Aquellos, con sus ojos acerados y sus expresiones pétreas, estaban haciendo pasar un infierno a los judíos en Francia. Selva los aborrecía y se preguntaba cómo se sentiría Rafo en lo más profundo de su alma.

Mientras Selva repasaba los ingresos en su libro de contabilidad, oyó los pasos del cartero. Le traía un par de recibos y una carta de Sabiha.

Cerró el libro de cuentas, se sirvió una taza de café recién hecho, se sentó en la butaca enfrente de la ventana con los pies en una banqueta y abrió la carta. Estaba a punto de saborear los mejores momentos de la jornada. Tenía alrededor de una hora para devorar cada palabra de la carta y soñar con la vieja patria antes de que el pequeño Fazil se despertara.

Su hermana le hablaba de alguien llamado Tarik. Recordaba vagamente ese nombre… ¡Sí, eso es!, Sabiha ya le había mencionado antes. Tarik había sido destinado a París y llegaría muy pronto. Al parecer le enviaba dinero a través de él, y le daba instrucciones para que le llamara en caso de tener cualquier problema.

«Por el amor de Dios, Sabiha, ¿se supone que tengo que llamar a este tal Tarik cada vez que tenga un pequeño contratiempo? –se preguntaba Selva–. ¡Y si necesitáramos escapar…! Pero ¿qué estás diciendo? ¿Escapar, huir adónde? ¿No hemos huido ya bastante? ¿No hemos escapado de todo el odio que nos profesaban las murmuraciones de nuestros amigos, vecinos y de las miradas de desprecio de incluso nuestro carnicero? ¿No hemos tenido que huir de la ira que levantó que una chica musulmana se viera con un chico judío, y que ese chico la eligiera más tarde como esposa? ¿Adónde se supone que tenemos que huir esta vez? ¿Es que nunca vamos a estar

en paz? Es como si los que no nos dejaron acabar la universidad se hubieran puesto el uniforme nazi y nos hubieran perseguido hasta aquí.

»En fin, da igual… a Hülya le iba muy bien en el colegio. Mamá, papá y Sabiha asistieron a la ceremonia de final de curso. Como de costumbre, Macit estaba demasiado ocupado en el ministerio para poder ir. Parecía que el cambio de aires había mejorado la salud de papá, está mucho más relajado en Ankara. ¡Claro que estará relajado! Allí nadie le conoce, nadie le señala como "el hombre cuya hija se escapó con un judío". A mamá también le está sentando bien el clima seco de Ankara, al menos ya no tiene ataques de asma y también le ayuda que papá esté más calmado. La pobre lleva consigo una fotografía del pequeño Fazil allá donde va. Bueno, por lo menos papá no ha puesto pegas a que su nieto se llame como él. ¿Quién sabe? A lo mejor, algún día…»

De repente se oyó un gran estrépito en la calle. Selva se levantó corriendo para ver de qué se trataba. La taza de café que sostenía cayó al suelo con un golpe que despertó al pequeño Fazil, que empezó a llorar. Dos personas perseguían a un hombre, arrasándolo todo a su paso; una mujer gritaba desesperadamente. Selva limpió el café derramado sobre el suelo y la carta, y fue a ver a Fazil.

–No llores, amor mío –le consolaba–. Sé que a tu padre no le gusta que salgamos, pero ambos necesitamos que nos dé el aire.

Selva apenas abandonaba el apartamento. Rafo intentaba protegerla de todas las cosas terribles que estaban pasando en la calle e inventaba todo tipo de excusas para que no saliera. Incluso volvía a casa a la hora de comer para evitar que ella fuera a buscarlo. Se mantenía firme en la creencia de que debía estar protegida mientras se acostumbraban a su nueva vida en Francia y a criar a un bebé. Las calles de Marsella se hacían cada vez más intransitables y deprimentes.

No había sido fácil para ellos romper con el tipo de vida fácil y cómoda que estaban acostumbrados a llevar con sus familias en Estambul, pero habían elegido cambiarlo todo por estar juntos e intentaban adaptarse con todas sus fuerzas. Sin embargo, aquello se parecía demasiado a cambiar de identidad.

Selva ya no era la niñita mimada del pachá Fazil Reshat, que vivía en una mansión durante el invierno y en un chalet junto al mar en el verano. Había dejado de ser la niña rica que llevaba vestidos de alta costura y a la que todos admiraban. Ahora era simplemente la esposa de un mancebo de farmacia judío. Rafo no había conseguido la ciudadanía francesa y, por lo tanto, no pudo registrarse legalmente como socio de la botica. Había rellenado los papeles, pero ante el régimen colaboracionista de Vichy, su socio le sugirió que debería

posponer el asunto de la ciudadanía por el momento. Dicho de otro modo, tenía que posponer su propia existencia.

Rafo era el hijo mediano de la familia Alfandari, que era muy respetada, no solamente en su entorno más inmediato, sino también entre la comunidad médica de Estambul. Cuatro generaciones de Alfandari habían servido como doctores en Palacio. El más querido deseo de su madre era que Rafo siguiera los pasos de la familia y se hiciera farmacéutico, un sueño que se hizo añicos cuando tuvo que dejar los estudios a causa de Selva. No solo ya no era un turco de origen judío, sino que Rafael Alfandari no llegaba a ser ahora ni siquiera un francés de origen judío. La decisión de no circuncidar a su hijo, además, había puesto en duda incluso su calidad de judío. Rafo acabó por no tener identidad, ni país, ni religión.

Era algo indudable que amaba a Selva, pero nunca había imaginado que tendría que romper con todo. Teniendo en cuenta que ni Selva ni él habían deseado nunca algo así, se preguntaba cómo podían haber llegado a esa situación.

Rafo podría haber pensado en tener un hijo cuando conoció a Selva, cuando aún era un alumno de uniforme. La chica más alta de su clase era muy diferente a todas las demás, y le llamó la atención. Se hicieron muy amigos.

Un día le invitaron a tomar el té a la mansión donde vivía esa chica. ¡Qué excitada y orgullosa se sintió su madre! Ella misma almidonó su camisa y planchó sus pantalones. Su hijo no podía llegar a la fiesta con las manos vacías, ¿qué debería llevar: bombones o flores, flores o bombones? Le acribilló a preguntas cuando volvió a casa: ¿era tan opulenta la mansión por dentro como por fuera? ¿Estaban en casa el pachá y su esposa? ¿Los había conocido Rafo? ¿Cuántos invitados eran? ¿Qué habían tomado para merendar, pastas importadas o hechas en casa? ¿Habían tomado infusión o refrescos? ¿Quién había servido el té?

Más tarde volvieron a invitar a Rafo a la mansión, y luego a otros lugares. Había empezado a ir con Selva a todas partes, como si fuera su sombra. Con Selva, con la chica de rubias trenzas recogidas en un moño; Selva, la joven tranquila de grandes ojos castaños, siempre un tanto perpleja pero cuya cara se iluminaba al reírse; la muchacha que no solo tenía mucho que decir, sino que además era capaz de escucharte atentamente.

La relación entre Selva y su hermana cambió el verano en que Sabiha se comprometió. Dejaban su casa de campo de las islas Príncipe, en el mar de Mármara, y cogían un transbordador hacia la parte europea de Estambul. Una vez allí, Sabiha y Selva iban a un café en el barrio de Pera y esperaban a Macit. Rafo se les unía un poco más tarde. Selva y

él dejaban luego a la pareja y se aventuraban por las calles. Una vez incluso se subieron al tranvía y cruzaron el puente de Gálata sobre el Cuerno de Oro para ir a Eyüp a visitar la mezquita del sultán. Se dedicaron allí a caminar por el cementerio, deteniéndose para leer los interesantes versos grabados en las lápidas. En otra ocasión, pasearon por el cuerno dorado hasta llegar al muelle de Feshane. Lo habían pasado realmente bien explorando el barrio griego de Fener. Rafo también llevó a Selva a Tatavla, donde estaban todas las tabernas griegas. Ella se sentía como si hubiera descubierto un mundo nuevo y fascinante, le sorprendía descubrir la inmensa variedad de colores y de culturas que se extendían más allá de su estrecho entorno. Ansiaba conocer más.

Una tarde de septiembre, tras dejar a Sabiha y a Macit en el Café Marquise, Rafo llevó a Selva, por fin, a su casa. Sus padres estaban fuera, en su residencia de verano de Tarabya, al lado del Bósforo. Los muebles del salón estaban cubiertos con fundas; las alfombras, enrolladas cuidadosamente y apoyadas contra la pared; los candelabros de cristal, envueltos en periódicos. Estaba bastante oscuro. Selva se sentó al borde del sofá, al lado de Rafo. El llevó suavemente el rostro de Selva hacia sí y la besó.

–¿Quieres hacerme el amor? –le preguntó Selva, para su sorpresa–. Rafo, te he hecho una pregunta…

–No, no sé a qué te refieres. Sí… no, quiero decir… ¿Qué clase de pregunta es esa?

–Creo que está bastante claro. ¿Sí o no?

–Ya sabes que sí quiero, pero es obvio que no debo… Quiero decir, no te he besado por eso.

–No te he preguntado cuál es el motivo, te he preguntado si quieres.

–Selva, cariño, sabes que no haría nada que te hiciera daño.

–Esa no es la respuesta a mi pregunta.

Rafo la miró fijamente, intentando averiguar a qué se refería. Selva aguardaba una respuesta con los ojos abiertos de par en par.

–Sí, estoy deseando hacer el amor contigo.

–¿Por qué?

–Porque te amo, claro.

–¿De verdad me amas?

–¿Es que lo dudas?

–Nunca me lo habías dicho.

–Quizás porque no me atrevía.

–¿Y eso por qué?

–No quería que te enfadaras conmigo.

–¿Cómo voy a enfadarme porque me quieras?

–Bueno, creí que podías pensar que estaba siendo descarado.

–Vale, digamos que ya está dicho. Como puedes ver, no estoy

enfadada.

Rafo inclinó la cabeza y la volvió a besar.

–Imagina por un momento, Rafo, que a pesar de que me ames acabaras casándote con otra persona y haciéndole el amor. Y lo mismo vale para mí, claro.

–No es posible cambiar el destino, Selva.

–¿No lo es?

Mientras Rafo inclinaba la cabeza para besarla por tercera vez, se dio cuenta de que estaba dándole a Selva las riendas del porvenir de ambos. Pasaron el resto del día en ese cuarto oscuro hasta que llegó el momento de volver a reunirse con Sabiha. No consiguió encontrar el coraje para volver a besar a Selva, y ella ni le animó ni le desanimó a hacerlo. Rafo, por su parte, no tenía claro si sus insinuaciones tendrían o no un efecto negativo. Su mente y su corazón estaban muy agitados. Habría deseado deshacer sus trenzas y derramar su largo cabello rubio sobre su esbelta figura. Suponía que su cuerpo sería suave, aterciopelado y blanco como la nieve. Finalmente, tuvo que contentarse con seguir conversando; una conversación guiada por Selva.

Cuando el reloj dio las seis y les avisó de que era hora de recoger, ella se levantó, caminó lentamente hacia la puerta y abandonó la habitación sin intercambiar un último beso. Bajaron la escalera de mármol de la mano y caminaron así por las estrechas calles de Pera. Cogieron el metro entre Tünel y Karaköy, en cuyo embarcadero los esperaba Sabiha para tomar el barco de vuelta a las islas Príncipe.

–¿Qué habéis hecho hoy? –preguntó Sabiha.

–Hemos ido a casa de Rafo –contestó Selva.

–¿Cómo? –se sorprendió–. ¿Había alguien en la casa?

–No.

–¿Y qué es lo que hacíais allí?

–¿Qué haces cuando estás en casa? Charlamos.

–Dios bendito, vosotros dos estáis siempre hablando; podríais haber ido al cine.

–Nunca nos quedamos sin tema de conversación –dijo Selva mientras se volvía para darle a Rafo un beso de despedida en la mejilla. Rafo se quedó parado, sintió como si una corriente eléctrica le recorriera desde la mejilla hasta el corazón. Era algo completamente diferente de lo que había sentido al besar a Selva en los labios, como si ella se estuviera encargando de él; como si estuviera haciendo pública su relación. Rafo sintió un inexplicable afecto hacia ella mientras caminaba hacia la parada del autobús a Tarabya. Se sentía orgulloso. «Ay, Señor. ¡Me quiere! –pensaba–. ¡Madre, madre, Selva me ama!»

Rakela, la madre de Rafo, ya no se mostraba tan entusiasta como cuando su hijo le dijo por primera vez que le habían invitado a casa

del pachá Fazil Reshat. Entonces se sintió orgullosa de que uno de sus hijos hubiera trabado amistad con la hija de una de las familias más prominentes de Turquía. Su suegra no se mostró tan entusiasmada:

–¿Qué tiene eso de especial? Recuerda que tu marido es un Alfandari.

Rakela nunca se habría enterado de lo que estaba pasando si una de sus amigas no le hubiera contado los rumores que hablaban de su hijo. Últimamente ya estaba teniendo serias discusiones con Rafael. Le consideraba el más inteligente de todos sus hijos, así que su decisión de dejar la universidad fue una gran impresión. Rafael no era como sus hermanos, siempre había sido capaz de pensar por sí mismo. Era él quien criticaba que su familia hablara ladino, un dialecto judeoespañol, en lugar de turco en casa. No le encontraba el sentido a hablar el idioma de un país que les había torturado y expulsado hacía siglos. Rakela pensaba que la decisión de su hijo de dejar la universidad tenía algo que ver con eso. Quizás se hubiera sentido particularmente ofendido por algún incidente en la facultad y lo había convertido en una cuestión de honor y orgullo. Había percibido, de hecho, que Rafo tenía rachas depresivas desde la muerte de su padre. ¿Se sentiría culpable por no haberle podido ayudar? Ningún miembro de la familia reparó en el mal estado del corazón de Salvador Alfandari hasta la noche de aquel ataque fatal. Rakela atosigaba a su hijo con sus preguntas: ¿por qué estudiaba Farmacia si lo encontraba tan difícil? ¿Por qué no escogía al menos otra carrera? ¿Por qué no se tomaba un año sabático y retomaba los estudios al año siguiente?

Cuando su amiga Rosa la visitó aquella tarde, lo que tenía que contarle era la comidilla de aquellos días. Por supuesto, la historia no guardaba ninguna semejanza con la realidad. Según Rosa, fue el pachá Fazil Reshat quien hizo que expulsaran a Rafo de la universidad porque este tuvo el descaro de molestar a su hija.

Fue la primera vez en su vida que Rakela maldijo a los turcos. Al día siguiente, solicitó la ayuda de todos los patriarcas de la familia, a quienes Rafael quería y admiraba, para que intervinieran y le aconsejaran.

Se culpó a sí misma de no haber previsto esa desgracia. Su amado hijo había tenido que dejar los estudios por culpa de ese despreciable diablo rubio disfrazado. ¡Con los sueños y esperanzas que albergaba para él! Se suponía que iba a patentar una serie de perfumes con base de lavanda. Ella había hablado de ese proyecto con un sobrino suyo en Francia, quien podía incluso distribuir el producto por ellos. ¿Quién sabe? Quizás Rafael podría haberse convertido en el dueño de su propia perfumería. Se habían discutido incluso los nombres; entre ellos estaban *Les Nuits du Bosphore* o *Essence d'Orient* para la gama femenina, y *Raff* para los productos masculinos.

Cuando finalmente discutió el problema de Selva con su hijo, recibió

un nuevo golpe: Rafo había ido tan lejos como para considerar la posibilidad de casarse con ella. La consternación de Rakela por el fracaso académico de su hijo no era nada comparado con la idea de que estuviera pensando casarse con una chica musulmana.

La Pascua no significaba ese año nada para Rakela. No se había molestado siquiera en bajar del ático y lavar sus preciosas piñatas; no tenía ánimo para preparar la comida típica de la fiesta, su pescado con huevo y limón; ni siquiera supervisó la elaboración del pan *matzá*.

El resto de la familia no estaba mucho mejor. Todos y cada uno de sus miembros había intentado disuadir a Rafo de dar ese paso. Unos le habían reprendido, otros, aconsejado e incluso algunos recurrieron al chantaje emocional. Rafo empezaba a considerarse afortunado porque su padre hubiera fallecido dos años atrás. Le estremecía pensar cómo podría haber reaccionado. El único en adoptar una postura completamente neutra fue su tío Jack.

–No hay mal que por bien no venga –le decía a su hermana mayor Rakela–. Piensa en las ventajas que tendrá tu hijo si se convierte en el yerno del pachá Fazil Reshat. En lugar de desear que tu hijo deje a esa chica, deberías rezar para que sea aceptado en esa familia.

Pero Rafo no fue aceptado en la familia, ni Selva cambió de idea.

Él no había tenido la oportunidad de expresar sus temores acerca del futuro de ambos. ¿Era una locura lo que iban a hacer? Al principio pensaba que el fuego que sentía en su interior podría apagarse, o que convencerían a Selva de que cambiara de opinión. Pero ella no tenía esa intención, no pensaba rendirse. Él tampoco tenía el valor de defraudarla. Se sentía orgulloso de ser amado por la chica a la que tanto admiraba. Y también estaba la excitación de morder el fruto prohibido. Muchos de sus amigos le tenían envidia, como si fuera el héroe de un cuento de hadas; desgraciadamente, sus familiares, y más concretamente su madre, no compartían ese punto de vista.

Rakela no se rindió:

–Cualquiera diría que eres Aladino, enamorado de la hija del sultán –le repetía, llorando desconsoladamente–. ¿Es que no ves que ni siquiera se han dignado a hablar con nosotros? Todo lo que sabemos es lo furiosos y decepcionados que están el pachá y su esposa. ¿Y qué pasa conmigo? ¿Qué hay de nuestra familia, por el amor de Dios? ¡Ni que nosotros estuviéramos encantados con esa larguirucha! A nadie le importa cómo nos sentimos, lo descorazonados y avergonzados que estamos. ¿Es que ya no tienes dignidad?

La mucha dignidad que Rafo conservaba era precisamente la que hacía que no abandonara a Selva.

Ella todavía pensaba que al final las dos familias cederían y aceptarían la situación, sobre todo después de haber tenido hijos. Rafael, por su parte, sabía perfectamente que, si educaban a su hijo

como musulmán, su familia nunca se lo perdonaría. Del mismo modo, si lo criaran como judío, era la familia de Selva la que no les iba a perdonar.

–El tiempo todo lo cura –decía ella–. Nos van a echar de menos cuando nos vayamos a vivir fuera. Seguro que se ablandan cuando comprueben lo sólida que es nuestra relación. Tú confía en mí.

Rafo había imaginado todas las posibilidades en su mente. Sabía que iban a tener dificultades económicas y problemas para adaptarse a la vida en un país extranjero. Sabía también que a veces iban a sentirse solos. Lo que nunca imaginó era el infierno por el que estaban atravesando estos días, estaba lejos de sus peores pesadillas.

Aquí estaba él, en Marsella, sin un pasaporte válido, supuesto mancebo aunque hubiera aportado el dinero que le convertía en socio. Era digno de compasión, temeroso de circuncidar a su bebé y en una posición en la que podía ser obligado en cualquier momento a ir a un campo de trabajo, lejos de su mujer e hijo. Estaba jugando con la muerte a pesar de no haber cometido delito alguno. Le habían condenado a la horca sin juicio previo. Desde luego, había previsto dificultades, pero nunca de esta magnitud.

Tales eran los pensamientos que cruzaban por la mente de Rafo, sentado entre las cajas de cartón en el almacén de la botica. Estaba esperando a que amainara la conmoción que se oía en la calle. No pudo evitar maldecir al destino.

Había perdido la noción del tiempo que llevaba sentado incómodamente en la oscuridad, aguardando a que todo estuviera despejado. Cuando intentó levantarse, se dio cuenta de que tenía la espalda tensa.

–Ya se han ido –le avisó Benoît–. Ya puedes salir, no creo que vuelvan. ¿Por qué no vais al consulado turco? Si yo fuera tú, habría ido hace tiempo.

La luz que entraba por la puerta cegó a Rafo, quien se restregó los ojos y los entrecerró.

–Estás obsesionado con eso –respondió.

–Te prometo que he oído en muchas partes que los que tengan pasaporte turco podrán salvar su pellejo.

–No te creas todo lo que oigas –dijo Rafo frotándose la espalda.

–Te juro que es verdad. ¿Por qué crees que las colas a la puerta del consulado son cada día más largas?

–La gente que hace cola es la que abandonó Turquía después de la Gran Guerra. De hecho, tenemos amigos entre ellos. Mi situación es diferente.

–Rafo, la mayoría de ellos tienen la nacionalidad francesa. Renunciaron hace años a la nacionalidad turca y ahora hacen cola durante días para recuperar su antiguo pasaporte.

–¿Dónde has aprendido todo eso, Benoît? Tú ya eres ciudadano francés, nadie sabe que tu madre era judía, así que ¿a ti qué te importa?

–He estado averiguando cosas para ti. Uno de los empleados del consulado es el inquilino de mi tía. Cuando fui a verla el otro día, llegó él para pagar el alquiler. Es un buen hombre. Habla francés. Nos tomamos un café juntos.

–¿Y?

–Le hablé de ti. Oh, por el amor de Dios, no te pongas así, no le dije tu nombre. Únicamente mencioné que tenía un amigo que era de Estambul, que tenía un permiso de residencia pero no la ciudadanía. «Que venga a verme –dijo–. Aunque su pasaporte haya caducado, le haremos otro en el momento y ya está.»

–No me lo creo.

–Te juro que dijo eso.

–Me estás tomando el pelo.

–Rafo, te digo la verdad. ¿Por qué no dejas que tu mujer rellene la solicitud por ti, si tienes dudas?

–Ya le he dicho a Selva que regrese a Estambul, pero no me quiere hacer caso. Ha jurado no volver, así que un pasaporte turco no solucionará el problema.

–Sí que lo hará, Rafo, créeme.

–¿Cómo?

–No lo sé a ciencia cierta. A lo mejor los turcos tienen alguna especie de acuerdo con Alemania. Quizás sean incluso sus aliados. ¿Cómo voy yo a saberlo? Soy un boticario, no un diplomático.

–Tonterías –dijo Rafo–. Turquía nunca se pondría de parte de los alemanes.

–¿Y por qué no? ¿No lo hicieron en la última guerra?

Rafo hubiera querido decirle «sí que lo hicieron, pero fue un gran error», pero guardó silencio. Se estiró para desentumecer la espalda e intentó cambiar de tema:

–Salgamos de aquí. Llevo horas en esta jaula.

–Han sido veintitrés minutos –enmendó Benoît.

–Veintitrés minutos que parecen veintitrés horas.

Bajaron la escalera que comunicaba el almacén con la farmacia. Rafo todavía se frotaba la espalda cuando entró un anciano en la tienda.

–Bienvenido –le saludó Rafo.

El hombre no dijo una sola palabra.

–¿En qué puedo ayudarle, *monsieur*?

–No lo sé muy bien. La verdad es que no quiero nada en concreto. Deme una aspirina, por favor; sí, solo una aspirina.

–*Monsieur*, está usted temblando. ¿Se encuentra bien? ¿Quiere usted sentarse?

Benoît ofreció al anciano una silla de detrás del mostrador.
–Siéntese aquí y cálmese –le dijo.
El viejo se sentó, apoyó los codos en las rodillas y acunó la cabeza entre las manos. Temblaba visiblemente.
–¿Epilepsia? –murmuró Rafo a Benoît.
–No, está llorando.
Los dos amigos se miraron.
–¿Quiere un poco de agua?
–¿Un calmante, quizás?
El anciano negó con la cabeza y siguió llorando un rato antes de enderezarse.
–Devuélvanme la dignidad, caballeros –empezó–. No deseo nada más, ni agua ni medicamentos.
–Estos tiempos son duros para todo el mundo –le interrumpió Benoît–. La vida no es fácil para nadie.
–¿Conocen a ese viejo y decrépito Pétain, el conspirador, el traidor? Yo solía admirarle, tiempo atrás. Pensaba que era un héroe. Incluso tenía una foto suya enmarcada en mi escritorio. Ojalá hubiera sabido entonces lo que sé ahora.
–El mariscal Pétain cree estar protegiendo a los franceses. De no haber cooperado, las tropas de invasión hubieran llegado hasta donde estamos –suavizó Benoît–. ¿Habría sido mejor eso?
–Mi joven amigo, el hipócrita de Pétain no es capaz de evitar que se expandan hacia el sur. No te engañes a ti mismo, estarán aquí antes de lo que crees. Cuando llegue ese día, estaremos condenados. Ya lo verás, cuando ese día llegue lo perderemos todo. De todos modos, ya lo perdimos todo cuando el gobierno de Vichy tomó el poder. Incluso la dignidad.
Benoît miraba inquieto a su alrededor.
–Está usted alterado, *monsieur*. No diga usted eso, por favor; podría oírle alguien.
–Hace un momento pararon a un hombre que caminaba dos pasos por delante de mí. Le pidieron un documento que le identificara, pero parece que él no llevaba ninguno encima. Le iban a poner las esposas, pero él se resistió. Le arrastraron hasta su *jeep*. ¿Sabéis lo que le harían allí? ¿Sabéis cómo comprueban si un hombre es judío? Por fortuna, yo no soy más que piel y huesos, así que pude esconderme detrás de un árbol. Empecé a correr calle abajo yendo de árbol en árbol para escapar de ellos. No había corrido tanto en quince años, al menos. Me ocultaba en todas las calles que encontraba. Me oriné encima, mirad. Yo tampoco llevaba ningún documento que me identificara. Tenía que salir corriendo, de otro modo habría tenido que enseñarles el pene a esos bastardos que se hacen llamar a sí mismos policías. Eché a correr… ¿Por qué eché a correr, hijo? No soy un ladrón, ni tampoco

un asesino, ni soy culpable de nada. Tengo ochenta y dos años, hijo. Ya no me quedan fuerzas. No puedo seguir huyendo.

Rafo fingió no darse cuenta de la mancha de humedad en los pantalones del anciano.

–¡Dadme unas pastillas para dormir!

–No puedo venderlas sin receta –dijo Benoît–. Su doctor tendrá que hacerle una.

–No tengo ningún doctor. Se fue. Los jóvenes y los listos se han marchado. Los que somos escoria nos quedamos atrás, no pudimos hacerlo. ¿Por qué no eres un buen chico y me das unas pastillas para dormir?

Rafo cogió dos pastillas de una caja y se las dio al hombre.

–Con eso tendrá para esta noche. Debería descansar bien hoy –le dijo, negándose a coger su dinero.

El anciano se levantó, se metió las pastillas en el bolsillo y se tambaleó fuera de la tienda. Volvió a entrar al instante con aspecto confundido.

–Caballeros, ¿dónde estamos? Creo que no conozco este distrito. Estoy seguro de haber visitado a un amigo en el hospital de esa plaza, pero no sé cómo regresar. ¿Hay alguna parada de autobús cerca?

Benoît acompañó al hombre a la calle:

–Déjeme mostrarle el camino.

Cuando volvió, Rafo estaba enojado.

–Podríamos haber pasado sin cobijar a ese maldito informante –dijo.

–Por el amor de Dios, Rafo, haz el favor de dejar de decir esas cosas. Hasta las paredes oyen hoy en día. Podrías meternos en problemas si sigues comportándote de ese modo, sobre todo delante de extraños. Ese pobre hombre no tenía nada que perder, ¿es que no lo has visto? No habría sido tan franco ni aunque tuviera quince años menos.

–¿Estaba diciendo la verdad, Benoît? ¿Es posible que la policía haya caído tan bajo?

–Sinceramente, no lo sé. No lo creo, seguramente estaba exagerando.

–Supongo que debería ir al consulado turco después de todo. Si van a pisotearme y a meterse conmigo, mejor que lo hagan en casa.

–Vamos, Rafo, nadie se meterá contigo allí. Muchos alemanes judíos han huido a Turquía. Un primo mío por parte de madre, León Arnt, y un buen amigo, Auerbach, consiguieron escapar y ahora dan clase de Química en la Universidad de Estambul. Hazlo, Rafo, haz las maletas y vete antes de que sea demasiado tarde. Olvida tu orgullo, se lo debes a tu mujer y a tu hijo.

–No es solo cuestión de orgullo. Si fuera únicamente eso no habría venido aquí en primer lugar. ¿Sabes lo que me espera allí? Para empezar, ¿mi hijo será judío o musulmán? Sea lo que sea, causará indignación. Nuestras familias y amigos se desentenderán de nosotros.

No está tan mal sentirse solo en un país en el que no conoces a nadie. ¿Puedes hacerte una idea de lo que es sentirte ignorado por todo el mundo en el lugar donde está tu familia y tus amigos? Mi suegro ni siquiera quiere oír hablar de su hija. Y por mi parte, imagínate: ya ni siquiera reservan mi lugar en Pascua. ¿Por qué crees que vinimos aquí?

–Sí, lo entiendo. Debe de ser difícil, muy difícil; pero como dije antes, nadie lo está pasando bien hoy en día. Todos estamos atravesando nuestro propio infierno.

Rafo no respondió. Permanecía en la puerta, contemplando al encorvado anciano dando traspiés calle abajo. Todavía estaba temblando.

Ankara, 1941

Volviendo a casa desde el ministerio, Macit estaba contento de tener cosas que contarle a su suegro mientras se tomaran el raki.

Después de vivir bajo el mismo techo durante algún tiempo, Macit había llegado a apreciar la compañía del pachá Fazil Reshat. Al principio le inquietaba la presencia de este viejo caballero otomano. Aunque aún vistiera a la antigua usanza, se había adaptado bien a la nueva república. Fuese o no de manera intencional, el pachá había ido tomando confianza con Macit y empezaba a revelar las debilidades que su magnífica estatura ocultaba. A pesar de sus ideas progresistas, no había acabado de aceptar la caída del imperio y el hecho de que hubieran hecho exiliar al sultán; por lo que a él respectaba, la guerra de Liberación debería haberse librado bajo su bandera. Si era un cambio lo que hacía falta, debería haber sido el sultán el que cambiara, pero no el régimen. La gente que vivía en suelo otomano no era tan culta como los europeos y no tenía la capacidad de gobernarse a sí misma. Solo un líder como el sultán o el padishá podía gobernarla, alguien que también tuviera autoridad religiosa. Hablara de lo que hablara, el viejo tenía cuidado de no mencionar la república; prefería palabras como «otomano», «suelo otomano» o «administración otomana». Como la mayoría de los pachás otomanos, Fazil Reshat era un hombre bien educado que odiaba a los fanáticos. Sostenía la opinión de que los reaccionarios estaban destruyendo el país. Del mismo modo, se oponía a ser gobernado por políticos sin ningún tipo de autoridad religiosa. Estaba particularmente en contra del «gobierno del pueblo». Macit consideraba absurdas esas ideas, pero siempre le escuchaba en silencio, respetuosamente, y se abstenía de hacer comentarios. No era capaz de entender cómo una persona tan culta y que se había adaptado tan bien a la vida moderna podía seguir hablando de la importancia del sultán.

Aunque el pachá Fazil Reshat defendiera al sultán, era un hombre con un conocimiento preciso de una gran variedad de asuntos y disfrutaba de la vida al máximo. Cada noche esperaba a Macit sentado a una pequeña mesa, con una selección de *mezze* que preparaba él mismo. Se sentaban juntos en unos taburetes en el pequeño pasillo

entre la cocina y el comedor, y charlaban sobre los sucesos de la jornada mientras sorbían raki helado y picoteaban queso blanco y garbanzos tostados. Macit estaba convencido de que el pachá elegía ese pequeño pasillo para que las mujeres de la casa no se unieran a ellos. Era obvio que, después de escuchar durante todo el día la cháchara de su esposa, su hija y su nieta, el pobre hombre necesitaba un respiro por la noche.

Fazil Reshat escuchaba siempre a Macit atentamente y acostumbraba a hacer algún comentario inesperado y mordaz. Estaba seguro, por ejemplo, de que aliarse con los alemanes tendría resultados desastrosos. En su opinión, eran los alemanes los que siempre se las ingeniaban para suscitar problemas en el mundo. Aunque nunca mencionaba a Selva ni a Rafo, estaba furioso por las atrocidades que cometían con los judíos. Esperaba el día en que la historia juzgara a Alemania y le hiciera pagar por las injusticias cometidas. Macit no podía entender cómo un hombre tan sabio era incapaz de perdonar a su hija pequeña.

El pachá preparó el raki en el mármol de la cocina. Ambos cogieron sus vasos y dieron el primer sorbo.

–Hoy ha pasado algo muy importante, señor –empezó Macit–. El embajador británico ha entregado al presidente Inönü una carta de su gobierno.

–¡Caramba! ¿Y qué es lo que quieren?

–Quieren dos cosas de nosotros: la primera, que firmemos un acuerdo con Rusia…

–¡Jamás!

–Bueno, en realidad hemos estado aplazando ese asunto durante algún tiempo. En fin, la otra cosa es, de hecho, lo que estábamos esperando, aunque parezca algo negativo. Como en las actuales circunstancias estamos tan aislados geográfica y estratégicamente, parece que los británicos no podrán venir en nuestra ayuda en caso de que nos atacaran.

–Vaya, vaya, vaya… mira por dónde: se supone que nosotros tenemos que correr en su ayuda, pero ellos no pueden hacer lo mismo por nosotros. ¡Qué grandes aliados! Verdaderamente, han perfeccionado el arte de la puñalada trapera.

–En realidad estamos bastante satisfechos con esa respuesta, señor. Dicen que, visto que su posición les impide ayudarnos, considerarían algo sensato que nos pusiéramos en contacto con los alemanes para evitar, al menos, el riesgo de que nos ataquen.

–¡No me digas! En otras palabras, el viejo zorro de nuestro presidente ha resuelto el problema gracias a su oportuna sordera.

Macit reprimió una carcajada.

–Inönü puede tener problemas de audición, señor, pero conserva un

buen cerebro. Ahora que Hitler ha atacado a Rusia, el presidente se ha relajado un poco. ¿Sabe usted que, cuando le despertaron para darle la noticia del ataque alemán a los rusos, empezó a reírse a carcajadas y no pudo parar durante un buen rato? ¿Puede usted creer lo genial que era el plan de Inönü? De habernos aliado con los británicos, ahora tendríamos que vérnoslas con el señor Hitler. Tal como están las cosas, no habiéndonos unido a Inglaterra ni a Alemania hemos evitado convertirnos en enemigos de los dos. Y por si eso fuera poco, ahora los ingleses nos animan a mantener buenas relaciones con los alemanes.

–¿Y cómo llegaron los ingleses a esa espléndida decisión?

–Es la única manera de evitar que Alemania invada Turquía. Existe otra cuestión, por supuesto.

–¿De qué se trata?

–Tenemos que informar a los británicos de nuestras negociaciones por escrito, y no deberemos ir más allá de los acuerdos a los que lleguemos.

–¿Sabes, hijo? –dijo el pachá con voz trémula–, me cuesta digerir que unos malditos extranjeros nos digan lo que tenemos que hacer. ¿Te das cuenta de lo bajo que han caído los grandes otomanos?

–Pero, señor, ¿acaso no pasaba lo mismo antes de la república? ¿Cómo se supone que vamos a equipar a nuestras tropas habiendo heredado de los otomanos una deuda en oro tan aplastante? ¿Teníamos que esperar que los ingleses se apiadaran de nosotros?

–No estoy defendiendo a los otomanos, hijo. Soy consciente de todos y cada uno de nuestros errores, pero aun así resulta doloroso.

–No son sus errores, señor. Son errores que se han ido acumulando a lo largo de los siglos. Si Dios quiere, ahora tenemos la oportunidad de allanar el camino para una nación más fuerte y rica que legar a nuestros hijos.

–Sí, la verdad es que pusimos las cosas difíciles. Dios quiera que vosotros tengáis éxito –deseó tristemente el pachá Fazil Reshat.

–Entiendo cómo se siente, señor, pero créame si le digo que Inönü está haciendo cuanto está en su mano para proteger el honor de nuestro país. Lo sé porque yo trato con la correspondencia de Hitler. En febrero, los alemanes nos enviaron una carta amistosa en la que prometían que sus tropas no se acercarían a las fronteras turcas. Pero había una condición que decía: «siempre y cuando el gobierno turco no nos haga cambiar de opinión».

–¿Y?

–En su repuesta, Inönü daba las gracias a Hitler adecuadamente, pero añadió una restricción que parafraseaba sus palabras.

–¿Qué decía?

–Decía: «siempre y cuando el gobierno alemán no obligue al gobierno turco a tomar las medidas oportunas para cambiar su actitud

amistosa». Lo mismo en otras palabras. Antes de eso, Hitler siempre se dirigía con cierta dureza a los países militarmente más débiles. Puede que la respuesta orgullosa y casi altiva de Inönü le desconcertara un poco.

La conversación se habría prolongado durante más tiempo si Sabiha no se les hubiera unido, trayendo una carta y varias fotografías.

–Mira, Macit. Acaba de llegar una carta que nos enviaron hace siglos. Selva nos manda unas fotos del pequeño Fazil –dijo mirando a su padre–. El niño debe de haber crecido desde que envió esta carta. Los críos crecen tanto a esa edad… Échale un vistazo, querido. ¿A que es mono? Tiene los mismos ojos y la misma nariz que Selva.

Macit miró las fotos con total normalidad, evitando el contacto visual con su suegro, y las devolvió al sobre.

–Sí, es muy guapo.

–¿No crees que se parece a Selva? Sobre todo, alrededor de la boca…

–Sabiha, estaba en medio de una conversación muy importante con tu padre.

–Siempre dices lo mismo. Hables de lo que hables es importante –contestó airada.

Sabiha dejó el sobre con las fotografías en la pequeña mesa, donde su padre pudiera verlo, y se fue. Fazil Reshat se sirvió un poco más de raki de la botella sin mirar el sobre.

–Le traeré más hielo –se ofreció Macit, yendo hacia la cocina.

El refrigerador consistía en un pequeño armario de madera forrado de zinc. Compraban grandes bloques de hielo en un restaurante, los rompían y los metían en el armario. Dentro de este había unas cuantas botellas marrones de cerveza Tekel, y entre ellas una jarra de agua. La señora Leman había hecho que un mozo de su casa de verano llevara el frigorífico hasta la parte asiática de Estambul, y de allí en tren hasta la casa de Sabiha en Ankara.

Cuando la sirvienta vio que Macit intentaba picar un poco de hielo, trató de detenerle.

–Por favor, señor, permítame a mí. Después de romperlo, también tendré que lavarlo.

Macit regresó adonde estaba sentado su suegro. El viejo estaba mirando las fotografías una por una y metiéndolas de nuevo en el sobre con manos temblorosas. Macit volvió a la cocina con sigilo, para no molestarle.

Marsella

Selva estaba leyendo el periódico cuando vio un titular escalofriante.

Según el último edicto publicado por el gobierno de Vichy, se obligaba a todos los judíos a registrarse, junto con todas sus pertenencias, ante las autoridades pertinentes. Aquellos que no lo hicieran serían penalizados y enviados a campos de concentración.

Habían publicado también la lista de los que irían a los campos por no haber obedecido las órdenes o bien por haberse retrasado al hacerlo a causa de su negligencia. Selva temblaba mientras repasaba la lista. Afortunadamente, el nombre de Rafo no figuraba en ningún papel legal de la farmacia. De todas formas, la administración Vichy, con sus espías y sus perros de caza, eran incluso más eficientes localizando judíos que los propios nazis. ¿Y si acababan descubriendo que la madre de Benoît era judía? No quería ni pensarlo.

Tras la Gran Guerra, muchos turcos, sobre todo de Estambul, emigraron a Francia. Se establecieron principalmente en París, Lyon y Marsella. Los hijos de esas familias se casaron luego con franceses y tuvieron sus propias familias. La madre de Benoît era una de ellos. Se había mudado a Francia con su familia desde Estambul y cuando tenía veintiún años se casó con un francés que no profesaba la fe judía.

Benoît y su madre iban a Estambul de vacaciones todos los veranos. Pasaban parte de ellos en casa de los Alfandari, en Tarabya. ¡Cuántas veces habrían nadado en las oscuras aguas del Bósforo! ¡Cuántas habrían jugado al escondite en las arboledas que lo rodeaban, o habrían ido a pescar a sus orillas!

Antes de que los alemanes ocuparan París, cuando Rafo buscaba desesperadamente un lugar seguro para su familia fuera de la ciudad, fue Benoît quien le sugirió que podían ir a Marsella. Le ofreció a Rafo convertirse en su socio una vez hubiera arreglado su situación financiera.

Algunos amigos de la familia de Selva habían viajado entonces a París. Leyó la lista en el periódico con el corazón en un puño por si se encontraba con alguno de sus nombres. Doenyas, Alhadef, Eskenasy… algunos apellidos sonaban familiares. ¿Eskenasy no era el apellido de la compañera de póker de su abuela Ester? Su difunta abuela se

entristeció mucho cuando decidieron irse a París. Selva le preguntaría a Rafo a qué hora iría a casa a comer, seguro que él sabría quién era quién. ¿Pero para qué? Se sentiría muy disgustado si conociera a alguien.

El pequeño Fazil estaba sentado en su orinal mientras Selva leía el periódico. El bebé empezó a llorar al mismo tiempo que empezó a sonar el teléfono. «Debe de tener una especie de resorte interno –pensó–. Hace lo mismo cada vez que llaman.»

–*Un moment, s'il vous plaît* –contestó, y se apresuró hacia Fazil.

El bebé había volcado el orinal. A su madre le llevó algún tiempo vaciarlo, recoger y limpiar al niño.

«¡Dios mío! –se dijo a sí misma–. Olvidé el teléfono.»

Cogió el auricular, preocupada por si la otra persona había colgado.

–¿Diga? ¿Diga?

Respondió una voz de hombre:

–¿La señora Selva? Le habla Tarik Arica. Su hermana me dio su teléfono. Soy el secretario adjunto del Consulado de Turquía en París.

–Ah, bey Tarik, claro que sé quién es. Sabiha le menciona a menudo en sus cartas.

–Es muy amable de su parte. Siento haber llamado en un momento inoportuno. Puedo llamar en cualquier otro momento, si lo desea.

–No, no, bey Tarik, ahora está bien. No cuelgues, por favor. Estaba cambiando a Fazil. Quiero decir, a mi hijo. Me disponía a acostarlo, pero se ha puesto a trastear con sus juguetes. ¡Ay, bey Tarik! Echo tanto de menos mi hogar… sobre todo ahora que hablo contigo. Echo de menos hablar mi idioma… ahora podemos hablar tranquilamente.

–Le prometí a tu hermana que te llamaría en cuanto llegara a París. Por desgracia, he estado terriblemente ocupado desde el primer día y no he podido llamarte antes. Las cosas están bastante agitadas. En fin, tu hermana te envía muchos besos y abrazos. Tengo también un par de cosas que darte, intentaré enviártelas cuanto antes.

–No hay ninguna prisa. Podrías dárselas a alguien que viniera aquí. No las envíes por correo, por favor; no estoy segura de recibirlas.

–Sí, tienes razón. Sé que tenemos que enviar a un mensajero a Marsella la semana que viene. Te enviaré tus cosas con él.

–¿Tuviste un buen viaje, bey Tarik? ¿Conseguiste llegar sin que los alemanes te acosaran? –preguntó Selva, intentando alargar la conversación.

No quería que esta acabara. Aparte de las pocas ocasiones en que hablaba con su madre y su hermana, y con Rafo por supuesto, no tenía oportunidad de hablar en turco. No le había reconocido a nadie, ni siquiera a sí misma, que echaba de menos utilizar su lengua materna. Intentaba ahora satisfacer su deseo hablando con este hombre al que apenas conocía. Escucharle era como respirar el aire de Estambul.

–El viaje fue agotador. No pude conseguir un tren directo desde Estambul el día que yo quería, así que tuve que viajar en autobús hasta Edirne; un autobús muy destartalado, por cierto. Tomé después un tren horrible entre Edirne y Varna y desde allí, un barco de vapor igualmente horrible a Constanza, donde tomé un tren más. Los vagones estaban helados y no había nada para comer. Los alemanes paraban el tren a cada rato para inspeccionarlo, pero a mí me trataron bien. Íbamos cambiando de tren. Fue toda una aventura, pero finalmente estoy aquí.

–¡Bienvenido! –exclamó Selva con entusiasmo–. La verdad es que estaba esperando tu llamada. Mi hermana siempre te menciona en sus cartas. Por la manera en que habla de ti, siento que ahora tengo un buen amigo en Francia, aunque estemos en ciudades diferentes.

–Gracias, señora Selva. ¿Va todo bien por ahí abajo? Por favor, no dudes en llamarme si necesitas cualquier cosa.

–De momento nos las arreglamos.

–Espero que tú y tu marido tengáis pasaportes turcos.

–Los tenemos, pero solicitamos la ciudadanía francesa, así que el de Rafo está caducado.

–¡Craso error! Tenéis que ir inmediatamente a nuestro consulado en Marsella y poner todos vuestros papeles en regla. Insisto en que lo hagáis, insisto en que lo hagáis de inmediato. Hoy mismo.

–¿En serio? Se lo diré a Rafo cuando llegue a casa. Estábamos un poco avergonzados, quiero decir… Da igual, se lo diré cuando llegue.

–Señora Selva…

–Por favor, llámame Selva.

–Tendrás que darme tiempo para acostumbrarme, Selva. Llamaré a nuestro consulado en Marsella hoy mismo y les daré vuestros nombres. No hay nada de lo que avergonzarse. Debéis preguntar directamente por Nazim Kender, es nuestro cónsul allí. Le pondré en antecedentes de inmediato.

Selva se quedó callada. No sabía qué decirle a este hombre al que apenas conocía, pero que tanto se preocupaba por ellos.

–Selva, por lo que más quieras, haz lo que te digo sin demora. Si tenéis en regla vuestra documentación turca, no podrán tocaros.

–Gracias, bey Tarik –dijo con voz temblorosa–. Gracias por preocuparte. Lamento que mi hermana te haya encargado esto, pero…

–Te aseguro que esto es serio. No tiene nada que ver con Sabiha. No sé si debería decirte esto, pero según fuentes fiables, el ejército alemán marchará pronto hacia el sur. La ocupación se está propagando. Si no tenéis los papeles en regla, podéis llegar a lamentarlo; no digáis que no os lo he advertido.

Estaba muy serio, su voz había cambiado por completo. No prolongó la conversación por más tiempo; le deseó un buen día y colgó.

Selva se dirigió a la cajonera de su dormitorio y cogió los pasaportes. Desde que dejaron Estambul el día después de su boda, no había tenido tiempo de cambiar su apellido; en su pasaporte aún figuraba su nombre de soltera, Behice Selva Kirimli. Había usado ese pasaporte en la visita que hizo a Italia con sus padres, un año antes de abandonar Turquía con Rafo. La señora Leman había organizado esas vacaciones para intentar arreglar las cosas entre padre e hija. Eligió Italia porque sabía cuánto admiraba Fazil Reshat ese país. Creía que las impresionantes vistas, la deliciosa comida y los magníficos vinos producirían un acercamiento. Leman esperaba que el cálido sol italiano ayudara de algún modo a romper el hielo. Lamentablemente, era una visión demasiado optimista por su parte y sus esperanzas no se materializaron: ambos permanecieron distanciados y se hablaban solamente cuando era estrictamente necesario. Volvieron a casa una semana más tarde, todavía resentidos el uno con el otro. La refinada arquitectura ornamental de Italia, el helado Frascati y la variada oferta de pasta habían satisfecho sus ojos y sus paladares, pero no habían hecho nada por restaurar el amor en sus corazones.

Selva jugueteaba con los pasaportes. El pequeño Fazil se había quedado dormido en la cama. Decidió que lo dejaría con su padre cuando se despertara e iría al consulado ella misma. Le diría a Rafo que se llevaba también su pasaporte y, si conseguía prorrogarlo, le contaría por qué lo había hecho. El consulado podría decidir no hacerlo, pensó; después de todo, Rafo había cometido un crimen imperdonable, un sacrilegio, según Sabiha: se había casado con una musulmana. Aunque pareciera mentira, los turcos que se casaban con chicas griegas, armenias o judías no recibían el mismo tratamiento que Rafo. Los hombres turcos podían casarse con quien quisieran, pero no así las mujeres. Una sensación de injusticia se apoderó del corazón de Selva mientras metía los pasaportes en el bolso. El teléfono sonó de nuevo.

–¿Diga?

–Selva, soy Tarik Arica desde París, de nuevo –contestó una voz que ahora reconoció sin problemas–. Te he conseguido cita para ir al consulado, te esperan a las tres y media de la tarde.

–No deberías haberte molestado, bey Tarik. Iba a ir de todas formas.

–Hay una cola muy larga en la puerta. No quería que tuvieras que esperar tanto, así que les he dado tu nombre. Así podrás ver al cónsul directamente.

Selva estaba desconcertada cuando colgó. ¿Estaba loco ese hombre, o algo parecido? ¿Por qué habría asumido la molestia de formar todo ese lío para conseguirle una cita?

La cola a las puertas del consulado sorprendió realmente a Selva. Una multitud de hombres y mujeres de mediana edad se apelotonaba en el

lado derecho de la verja, hablando entre ellos y dándose empujones mientras esperaban. Selva hizo lo que Tarik le había dicho: fue directa a la puerta y llamó al timbre. El hombre que abrió la puerta la regañó en francés:

–Aquel hombre le dará número para la cola –le señaló.

Fue entonces cuando Selva vio al oficial que estaba al otro lado de la verja.

–Vengo a ver al cónsul. Tengo una cita.

–¿Me dice su nombre?

–Selva Kirimli.

–Espere aquí.

El *kavass* que ejercía de portero del consulado regresó poco después. Esta vez fue mucho más cortés:

–Por favor, *madame*, sígame –le dijo a Selva, guiándola escaleras arriba por el viejo edificio. Se detuvieron en el vestíbulo, frente al escritorio de un secretario.

–Tome asiento, por favor –le pidió el viejo oficinista con acento armenio–. El cónsul está reunido en estos momentos. La anunciaré tan pronto como quede libre.

Selva se sentó en el borde de la única silla que había frente al escritorio y esperó. Veinte minutos después, el secretario le comunicó que el cónsul estaba disponible. Selva se levantó, se alisó la falda, se retocó el flequillo y avanzó a grandes zancadas por el largo pasillo que conducía al despacho del cónsul. Esperó unos momentos antes de llamar a la puerta.

–Pase, por favor –le invitó una voz desde dentro.

Ella abrió la puerta y entró. El joven que estaba sentado a la mesa se puso en pie de un salto, rodeó el escritorio y le estrechó la mano a Selva. Le sorprendió estar frente a un hombre alto y guapo, esperaba que el cónsul fuera calvo y rechoncho.

–Hola, tome asiento.

Selva se sentó en la butaca que le señalaba.

–Soy Nazim Kender. Su cuñado, el bey Macit, es un colega al que admiro mucho. Bey Tarik, nuestro amigo en París, me ha informado de que es usted la hermana de la señora Sabiha. Me pidió que le diera una cita, pero ¿por qué no nos llamó usted misma? Tendría que haberme dicho que era usted la cuñada del bey Macit. De haber sabido que estaba aquí, la habría llamado yo mismo hace tiempo; intentamos reunirnos con los turcos que viven en Marsella, al menos una vez al mes. *Inshallah*, espero que esté usted bien. ¿La puedo ayudar en algo?

Selva se preguntó si el hombre sentado frente a ella sabría algo de Rafo, si sabría que su marido era judío.

–Querría poder ofrecerle algún refrigerio, pero entenderá que dadas las circunstancias los suministros sean escasos. Hemos agotado incluso

el café turco que nos enviaron la semana pasada.
–Gracias, pero no quiero tomar nada –Selva estaba impaciente, sentada al borde de la butaca.
–El bey Tarik me comentó que tenía algunos documentos que necesitaba poner al día. Imagino que se trata de la renovación de sus pasaportes.
–Sí, así es. Fue muy amable por parte de Tarik Bey haberse tomado la molestia de concertar esta cita. Supuse que no sería necesario, pero entendí el motivo cuando vi la cola en la calle.
–Las colas, sí… Están relacionadas con el requisito de que los ciudadanos turcos que residan en el extranjero deban registrarse en los consulados de Turquía. Podrían perder su ciudadanía si no lo hicieran. Lamentablemente, parece ser que muchos de nuestros ciudadanos judíos no hicieron caso de ese requisito. ¿Por qué deberían hacerlo una vez conseguida la ciudadanía francesa? Me consta que algunos de ellos no hicieron nada en absoluto por pura dejadez y ahora son hombres sin patria. Todo lo que tienen son viejos y maltratados pasaportes otomanos escritos en caligrafía arábica. Es ahora, vista la actitud del gobierno de Vichy, cuando se apresuran a renovarlos. ¿Qué otra cosa pueden hacer, los pobres? Las autoridades locales no parecen tener en cuenta ningún tipo de detalle, ni siquiera la edad: los cogen a todos, jóvenes y viejos, y los mandan a los campos. Si pueden mostrarnos cualquier cosa que pruebe que una vez fueron ciudadanos turcos, hacemos todo lo posible por ayudarles. Por desgracia, eso no es siempre fácil y en ocasiones no hay nada que podamos hacer. Como los alemanes esperan que nos pongamos de su lado en la guerra, parece que no quieren molestarnos por el momento. En fin, ya es suficiente: imagino que sus pasaportes serán de la República, por supuesto, y no se tratará de renovarlos, sino más bien de prorrogarlos. ¿Estoy en lo cierto?
–Bueno, sí… la caligrafía es latina, pero… quiero decir…
–Los prorrogaremos ahora mismo.
–El caso es que el pasaporte de mi marido está caducado. ¿Podrán hacerlo igualmente?
–Por supuesto.
–Creo que debo decirle que mi marido es Rafael Alfandari.
–Pero es ciudadano turco, ¿no es así?
–Sí, él es turco.
–¿Entonces por qué debería haber algún problema en prorrogar su pasaporte?
Selva se movía inquieta en la silla. Su actitud delataba que se sentía muy incómoda.
–Espero tener el honor de poder conocerle –dijo el joven sentado frente a ella–. Recuerde que, como le he dicho, organizamos

encuentros con la comunidad turca en Marsella de vez en cuando. Espero sinceramente que acepte mi invitación para unirse a nosotros en la próxima reunión.

La cara de Selva se iluminó. Era de esperar que la gente que conociera aquí no sería tan hiriente y condescendiente como sus supuestos amigos en Estambul.

–¡Oh, muchísimas gracias! Nos encantaría, por supuesto.

–¿Me permite sus pasaportes, por favor?

Selva los sacó del bolso.

–Me temo que nuestros apellidos no son los mismos. ¿Podría usted cambiarlos si le doy también mi certificado de matrimonio? –preguntó.

Selva rompió el silencio que siguió.

–Dejamos Estambul el día después de nuestra boda y no tuvimos tiempo de cambiar el nombre en mi pasaporte.

Selva puso sobre el escritorio los pasaportes y el certificado de matrimonio.

El atractivo cónsul hojeó el certificado y se dirigió finalmente a Selva, escogiendo cuidadosamente sus palabras:

–Selva –dijo–, podemos hacer los cambios que sean necesarios, por supuesto; sin embargo, ya que lo ha aplazado durante tanto tiempo, le recomiendo que no cambie nada por el momento.

–¿Por qué? –preguntó Selva, casi indignada.

–Porque es difícil saber cuál será el siguiente paso de los alemanes. No le aconsejo que cambie su apellido de Kirimli a Alfandari por ahora. Voy a serle franco: estamos dispuestos a ayudar a nuestros ciudadanos judíos, se lo aseguro; pero, como le dije antes, hay ocasiones en que nuestras capacidades se ven limitadas y fracasamos. Además, usted tiene un hijo pequeño, ¿no es así?

–¿Cómo sabe usted eso?

–El bey Tarik me lo dijo. Opino que por el bien de su hijo no debería cambiar nada hasta que esta guerra haya finalizado. Desde luego, añadiré a su pasaporte el nombre de su hijo, que es…

–En otras palabras, espera usted que salve nuestro pellejo y arroje a mi marido a las llamas. ¿Es eso?

–Exagera usted, señora Selva. Estoy dispuesto a hacer lo que me pida, tan solo le sugiero que sea precavida. Quizás debería discutir este asunto con su marido antes de tomar ninguna decisión. –Leyó de nuevo los nombres de los pasaportes y añadió–: Estoy seguro de que el señor Alfandari estará de acuerdo con mi consejo.

–Muchas gracias, pero somos completamente inseparables. Por favor, haga los cambios que sean oportunos para que en los tres pasaportes figure el apellido Alfandari.

–Bien, como quiera. Permítame felicitarla por su valentía. Su marido

es un hombre afortunado.

El joven cónsul se levantó y acompañó a Selva hasta la puerta.

–En dos días podrá recoger sus pasaportes actualizados. Ni qué decir tiene que, si entre tanto puedo hacer algo por usted, no tiene más que decírmelo.

–Gracias. Muchas gracias.

–Por favor, salude usted de mi parte al bey Macit y a su muy encantadora hermana. Mantienen ustedes el contacto, ¿verdad?

–Intentamos cartearnos, pero desgraciadamente no es fácil. Las cartas que nos enviamos tardan siglos en llegar a su destino, pero qué se le va a hacer.

Selva extendió la mano, agradeció al cónsul su ayuda una vez más y abandonó la estancia. Se apresuró al cruzar el pasillo. Al regresar a casa, le diría a su marido que el cónsul turco de Marsella era el hombre más atractivo que había conocido jamás.

París

Tarik aporreaba las teclas de su máquina de escribir Remington con la misma intensidad que si fuera un pianista dando un concierto. Su lenguaje corporal reflejaba las palabras que estaba escribiendo: alzaba una mano, asentía con la cabeza y golpeaba una tecla; levantaba la otra mano, asentía de nuevo y repetía la operación, parando de vez en cuando, mientras buscaba una letra en concreto. Tarik localizaba y apuntaba a la letra elegida antes de lanzar el dedo como si estuviera disparando un arma: tac, tac, tac.

Como Embajada de Turquía, es un honor para nosotros notificarles la posición de nuestro gobierno respecto a la cláusula legal 2333 del suyo, aprobada el seis de febrero de 1941. Según esta, se requiere que las personas judías se registren junto con sus posesiones. La cláusula incluye también a los judíos que tengan la nacionalidad turca. Turquía no distingue entre sus ciudadanos por motivos de raza, credo o ideología y, por lo tanto, se siente incómoda ante esta orden por parte del gobierno francés. Solamente el gobierno turco ostenta la responsabilidad de proteger los derechos de todos sus ciudadanos.

El tercer secretario, Muhlis, sentado enfrente de Tarik, empezó a tomarle el pelo:

–¿A qué se debe tanta violencia y pasión?

–Debería emplear el único tipo de lenguaje que esta gente parece entender.

–Solo entienden la blasfemia.

–Es una pena que los insultos no estén permitidos en diplomacia.

–Creo que esa pobre máquina está pagando por tus sentimientos.

–¿Y qué esperas? De alguna manera tengo que desahogarme. Si supieras lo que tuve que soportar la semana pasada…

–Sí, lo he oído, ¿no es así? De no haber estado fuera repartiendo las valijas, podría haber ido contigo. Sé que rescataste a Rifka Mitrani, Yakop Barbut y Eli Farhi de las garras de la Gestapo; he visto las cartas de agradecimiento en el correo de esta mañana, así que recuerdo los nombres.

–Fue verdaderamente trágico. Deberías haber oído la voz de la hija de Mitrani en el teléfono; era sobrecogedor escuchar sus gritos, gemidos y quejidos. Se habían llevado a su madre.

–¿Adónde?

–La llevaron de Lyon a París e iban a mandarla a Drancy. A veces los envían en tren hasta Berlín.

–Sí, y una vez allí nadie sabe qué les pasa.

–Así es. No creía que la gente civilizada pudiera comportarse así. ¿A qué viene esa animadversión? ¿Qué la motiva?

–Ojalá lo supiera. Me gustaría preguntárselo a Hitler si me lo encontrara algún día –contestó Muhlis.

–Nunca se sabe, a lo mejor le puso los cuernos una guapa judía cuando era joven, o algo así. ¿No dicen que siempre hay una mujer detrás de todo? ¡*Cherchez la femme*!

Muhlis Edin era nuevo en el consulado. Hubo un aumento increíble en la demanda de pasaportes después de que Tarik fuese destinado a París, así que le asignaron un ayudante. A diferencia de Tarik, que era serio y concienzudo, Muhlis se tomaba la vida en broma; era frívolo y le quitaba hierro a todo. Tarik aún no sabía si le gustaba este muchacho. Tenía que admitir, sin embargo, que en esos días oscuros Muhlis conseguía hacerle reír y contribuía a aligerar un poco el ambiente. A pesar de ello, Tarik no sabía si se podía confiar en él.

–Querido bey Muhlis, será mejor que dejes las bromas a un lado. Un día podrías enfrentarte a una situación parecida, ¿y qué harías entonces?

–Exacto, justo iba a preguntártelo: ¿qué hiciste exactamente después de recibir la llamada?

–Llamé inmediatamente a la Embajada de Alemania en París y les insistí en que la persona en cuestión era turca. Ellos me pidieron sus documentos; siempre es extremadamente importante tener todos los papeles importantes en regla. La chica había enviado a través de su marido el certificado de nacimiento de su madre. El hombre viajó durante toda la noche para entregármelos, estaba totalmente exhausto cuando llegó aquí. Nos disponíamos a subir a mi Citroën para ir a comisaría cuando volvió a sonar el teléfono. Al parecer había otros dos en la misma comisaría. Gracias a Dios, los alemanes parecen respetarnos de momento; como ya sabes, les estamos suministrando cromo.

»El caso es que llegamos allí. No sé si recordarás que rescaté a dos más de otra comisaría la semana pasada, parece que me estoy especializando en esto. Deberías haber visto la alegría, las lágrimas y abrazos al meternos después en el coche. La pobre mujer no podía dejar de llorar, e intentaba abrazarme para darme las gracias mientras conducía. Daba igual las veces que le repitiera que intentara no distraerme, ella seguía intentando besarme; parecía que no me entendiera. Podríamos haber tenido un accidente fácilmente. Con los demás pasó lo mismo: Yakop estaba en *shock*, de manera que casi no

podía ni hablar, pero el otro no paró de rezar en todas las lenguas que conocía. Finalmente llegamos aquí, llorando todavía.

»Lo que intento recalcar es que, si tienes los papeles necesarios para demostrar que son turcos, no debes dar ni un paso atrás. Una vez hecha la solicitud formal, no debes rendirte; tienes que seguir el asunto personal e insistentemente. Si es necesario, debes contactar con la embajada turca en Vichy para ejercer más presión, y si eso no funciona debes recurrir a nuestra embajada en Berlín para pedir ayuda.

–Entiendo –dijo Muhlis –. ¿Qué pasó entonces?

–Cogimos toda su documentación antigua y la sustituimos por pasaportes turcos fiables. Estaban muy agradecidos; nos dieron las gracias mil veces y se fueron del despacho.

–¿No les preguntaste por qué demonios habían abandonado Turquía para venir aquí?

–¡Claro que no, por el amor de Dios! ¿Cómo les vas a preguntar algo así en esas circunstancias? ¿Es que no hemos ansiado nosotros mismos ser europeos alguna vez? ¿No envidiamos el nivel europeo de civilización, cultura y orden? Esos pobres debían de sentirse así también, de modo que cogieron sus cosas y se fueron. ¡Qué gran error!

Cuando Muhlis iba a responder, les interrumpió una secretaria.

–El cónsul espera esa carta, señor. Me pregunta si ya está acabada –dijo la pequeña mujer de pelo oscuro.

–Se la llevaré en diez minutos –contestó Tarik, volviendo a teclear; tac, tac, tac, tac…

Marsella

Selva iba pensando de camino a casa en las buenas noticias que tenía para Rafo. Antes de volver al apartamento, se pasó por la farmacia para recoger a Fazil. Rafo había sentado a su hijo en la trona detrás de la caja registradora. Le había dado una hoja de papel y algunos lápices de colores para que estuviera entretenido. Cuando vio a Selva, cogió al niño en brazos y se lo dio a su madre.

–¿Dónde has estado? –le preguntó, irritado.

–Siento haberme retrasado. ¿Por qué? ¿Ha pasado algo?

–Se han llevado a Rosa y a su hijo. Benoît se fue corriendo a la comisaría; te estaba esperando para poder ir con él.

Selva abrazó fuerte a su hijo. Rafo prosiguió:

–No hagas preguntas estúpidas, por lo que más quieras. Parece que los detuvieron cuando subían al autobús esta mañana. Estaban haciendo una redada. Recibimos la noticia unos veinte minutos después de que te fueras.

Rafo se puso la chaqueta mientras hablaba.

–Venga, Selva, será mejor que te vayas a casa. Tengo que cerrar con llave.

–Espera, Rafo. Tengo que hablar antes contigo.

–¿Qué es tan importante? No puedo dejar solo a Benoît; estaba muy triste, casi desesperado.

–Lo entiendo, pero quizás yo pueda ayudarle.

–¿Quién? ¿Tú?

–Sí.

–Pero ¿quién te crees que eres? Ser la hija del pachá Fazil Reshat no te abrirá muchas puertas en Marsella.

–¿Sabes lo que estás diciendo, Rafo?

–Perdóname, Selva, tengo los nervios a flor de piel ahora mismo. Me estás retrasando, tuve que dejar a Benoît solo por esperarte; si no me hubieras dejado a Fazil, habría podido ir con él.

–Rafo, tienes que venir a casa conmigo. Tienes que decirme exactamente adónde los llevaron y a qué hora. Necesito sus nombres completos, sus direcciones y…

–¿Y puedo saber qué piensas hacer con esa información? ¿Piensas ir a

la comisaría y decir: «Atiendan. Soy *madame* Alfandari. Lamentarán lo que están haciendo».

Finalmente, Selva tuvo que alzar la voz:

–¡Cállate, Rafo! ¡Cállate y escucha!

Rafo, que no estaba acostumbrado a que su esposa le hablara en ese tono, se quedó estupefacto.

–Rafo, llamaremos al cónsul que me recibió hoy. Estoy segura de que podrá ayudarles.

–No seas ridícula –tomó a Selva del brazo y la llevó fuera de la farmacia. Cerró la puerta, bajó las persianas y cerró con llave.

–Venga, cariño, vete a casa. Puede que llegue tarde a comer, pero volveré tan pronto como pueda.

–¿Ni siquiera vas a preguntarme lo que he hecho hoy?

–Hablaremos cuando vuelva –respondió Rafo.

Selva cruzó la calle con su hijo en brazos y se dirigió a casa.

–Bueno, pequeñín, no seas caprichoso, juega ahí dentro –le susurró a Fazil mientras lo ponía en su parque–. Mamá tiene que hacer una llamada y luego te preparará algo de comer, ¿de acuerdo? ¿Te parece bien?

Al principio parecía que el niño iba a resistirse, pero al ver la expresión decidida en el rostro de su madre cogió su pequeño camión rojo y empezó a jugar con él.

Selva buscó en la agenda que estaba al lado del teléfono y encontró el trozo de papel en el que había escrito el número del cónsul. Respiró profundamente y lo marcó.

–¿Hola? ¿Es el Consulado de Turquía? Quisiera hablar con Nazim Kender, el cónsul, por favor; es muy urgente. Sí, realmente urgente. Soy Selva Kirimli, he ido a verle esta tarde. ¿Se lo dirá, por favor? Sí, espero, gracias.

Selva se llevó el dedo a los labios para indicarle a su hijo que debía estar callado.

–Hola… sí, sí… soy yo, Selva Kirimli, señor Kender. Siento molestarle, pero parece que mientras estaba con usted esta tarde, se llevaron a alguien muy cercano a mí y a su hijo. De hecho, se trata de la prima del socio de mi marido. Sí, por vía materna. Es una familia de Estambul.

Selva empezó a sollozar, las lágrimas ahogaban su voz.

–Lo cierto es que no sé a dónde, se lo haré saber si lo averiguo. Su nombre es Rosa, Rosa Hatem. Su hijo se llama Yako. Su dirección… vive en… Dios mío, ¿dónde era?… Calle Boissière, 48… Estoy segura de que es ahí; sí, así es. Su marido está en el hospital, le operaron de la vesícula hace tres días; supongo que él no sabe nada de esto. ¡Ayúdelos, por favor! Se lo ruego, señor Kender. Gracias. Nunca se lo agradeceré bastante…

Selva colgó el teléfono, fue a la cocina y se aseguró de que la puerta estuviera cerrada para que Fazil no la viera llorar.

Lyon

Rifka estaba ocupada en la cocina preparando los pastelitos cuando empezó a sonar el teléfono. La familia de Rifka había emigrado originariamente de Toledo a Estambul, pero ni siquiera veintisiete años en París habían cambiado sus gustos gastronómicos ni las costumbres que los rodeaban. Se acercaba la Pascua y Rifka ya había preparado una lista de los platos que pensaba cocinar para su pequeña familia, junto con el pan sin levadura para acompañarlos. Era una lástima, sin embargo, haberse dejado en París la porcelana que guardaba para esta fiesta sagrada. Si lo pensaba, se le ocurrían cosas mucho más importantes que la vajilla que también había tenido que dejar atrás. Pero si tuvieran los platos, estaría ocupada fregándolos para la noche del Séder de Pésaj.

Su primera reacción fue ignorar el teléfono. De todas formas, lo más probable es que fuera para su hija, que no estaba en casa. Pero como el timbre persistía, corrió hacia el comedor limpiándose las manos en el delantal.

–¿Diga? –contestó.

Escuchó durante un rato la voz al otro lado de la línea, empalideciendo poco a poco y alcanzando finalmente una silla para sentarse. Empezó a balancearse hacia delante y hacia atrás y se daba puñetazos en la rodilla. Tras colgar el auricular, corrió a la cocina y cogió un cuchillo afilado, abrió la puerta de la calle e intentó arrancar el mezuzá que estaba clavado en el margen superior derecho del marco.

Rifka Mitrani se había mudado de París a Lyon. Su marido y ella dejaron Estambul para irse a vivir a París tras la Gran Guerra. Sus ancestros habían emigrado originariamente desde España a Estambul en 1492, un desplazamiento causado por el edicto imperial que firmaron los Reyes Católicos en marzo de ese mismo año. El edicto ordenaba que los judíos, considerados herejes, debían abandonar el país antes de julio y no regresar jamás. Los que desobedecieran esa orden y se quedaran o regresaran, serían ejecutados sin reparar en edad ni en sexo. Tenían, además, que liquidar sus bienes y dejar atrás el dinero que hubieran generado, junto con el oro, la plata y las joyas.

Al mismo tiempo, Bayezid II –el octavo sultán del Imperio otomano– promulgó una invitación para que los 250 000 judíos expulsados de España fueran a su país. Dejándolo todo atrás, embarcaron en naves ruinosas para afrontar el temible viaje rumbo al único país que les ofrecía refugio. Quinientos años después, Moris Karako, uno de los descendientes de aquellos refugiados, escribía sobre la experiencia:

Los otomanos nos recibieron cordialmente y nos dieron alojamiento. Éramos libres de practicar nuestra religión y de hablar nuestra lengua, e incluso nos protegieron de quienes deseaban volver a expulsarnos al extranjero. Nuestro honor y dignidad fueron restaurados.

La declaración de Bayezid II en su momento, fue:

Dicen que Fernando es un rey sabio. Sin embargo, la verdad de este asunto es que expulsando a los judíos ha hecho más pobre a su país y al mío más rico.

Los refugiados se establecieron en su nueva patria, se sintieron felices y prosperaron en el proceso. Pero su nuevo hogar tenía problemas propios: durante siglos, sus habitantes habían padecido miseria y privaciones. Hacia finales del siglo XIX, un imperio de 500 años de antigüedad se empezó a desmoronar piedra a piedra.

Como los judíos acumularon fortunas considerables gracias al comercio, empezaron a extenderse a diferentes áreas y países. Muchos se instalaron en la sofisticada Francia; sobre todo en París, su estrella más brillante, que en aquellos días era el epicentro de la civilización, el arte y el entretenimiento.

Nesim Mitrani, el marido de Rifka, fundó una agencia financiera en París. Para cuando nació Maurice, su primer hijo, no solamente se habían convertido en una familia adinerada, sino que tenían pasaportes franceses válidos. Rifka sintió lástima de tirar los viejos y estropeados pasaportes escritos en caligrafía arábiga, así que los metió en la misma caja de cartón en la que guardaba las fotografías de su antigua familia. Era una mujer tan fiel a su religión como a las tradiciones heredadas de sus ancestros, la lengua ladina y los objetos que le recordaran el pasado. Tenía el instinto, compartido por los que están siempre en movimiento, de conservar cualquier cosa que haya significado algo en el pasado.

«Nuestro hogar no es un hogar –solía repetir su marido–, ¡es un mercadillo!».

Como resultado de sus negocios bancarios, acumularon riquezas a lo largo de los años y Rifka siguió coleccionando chucherías. Cuando nació su hija, ya eran enormemente ricos. Pasaban las vacaciones de verano en el sur de Francia y en invierno enviaban a los niños a esquiar a los Alpes. Vivían en uno de los barrios más elegantes de París, compraban en la calle Faubourg Saint-Honoré y cenaban en los

restaurantes más caros. Rifka cambió entonces sus pequeños caprichos por antigüedades y piezas de arte exquisitas. Pero este cómodo estilo de vida llegó a su fin en 1940. Fue como si les alcanzara un rayo. La propia empresa de Mitrani fue transferida en menos de tres días a un hombre de negocios francés y católico.

Nesim Mitrani pensaba que la pérdida de su empresa y de su fortuna sería el mayor desastre que tendría que afrontar, pero se equivocaba. Un día, mientras organizaba el traslado de su familia al sur de Francia, lejos de la zona ocupada, la Gestapo les detuvo a él y a su hijo y los mandó a Drancy. Nunca más se supo de ellos.

Rifka consiguió huir a Lyon con su hija Constance, con la esperanza de empezar allí una nueva vida. Aunque el gobierno francés parecía estar a favor de Hitler, ellas tenían pasaportes franceses, después de todo. Los días de vino y rosas habían acabado y fue difícil para ellas soportar la pérdida de sus seres queridos, pero la vida debía continuar.

Constance fue a la universidad en Lyon. Allí conoció a un chico francés y se casó con él. Aunque era de origen judío, no se parecía a su familia; era un francés de séptima generación, por lo que no se había mudado a Francia desde otro país. El amor que sentía por Constance hizo que aceptara vivir con su suegra, a pesar de tener gustos musicales y gastronómicos diferentes. La joven pareja no tenía mucho dinero, así que tenían que trabajar los dos. Cuando llegaban a casa cansados por la noche, siempre encontraban en la mesa un tazón de sopa caliente que había preparado Rifka y algo de comer. Como resultado de lo que les había sucedido a su marido y a su hijo, la propia Rifka había perdido todo interés por la vida. A eso se sumaban sus problemas cardíacos. Iba a hacer la compra por la mañana temprano y se ponía a cocinar para cuando la pareja volviera de trabajar. En su tiempo libre iba a la sinagoga a rezar por sus seres queridos y regresaba a casa. Sus únicos alicientes eran las raras ocasiones en que recibía noticias de viejos amigos o parientes. La mayoría de sus amigos parisienses se habían dispersado por el mundo: los que pudieron hacerlo, se fueron a Estados Unidos; otros, volvieron a Turquía, y unos terceros se mudaron a diferentes ciudades al sur del país, como ella había hecho. A pesar de no tener amigos en Lyon, la monotonía de su vida le daba cierta sensación de paz.

Al no poder arrancar el *mezuzah* con el cuchillo, se puso a registrar los cajones buscando un destornillador. Cuando Constance volvió a casa a mediodía, Rifka seguía forcejeando en la puerta.

–¡Por Dios, mamá! ¿Se puede saber qué haces?

–¡Ay, Constance! No sé cómo decirte esto… Tengo malas noticias, amor mío. Hoy ha llamado Rachel, desde Marsella.

–¿Qué Rachel?

–¿Cuántas Rachels conoces, Constance? La madre de Rosa.

–¿Y qué quería?
–Ay, mi querida Constance… no sé si alguna vez encontraremos la paz en este mundo.
–¿Qué ha pasado, mamá? ¡Dime!
–Esos malditos colaboracionistas… La policía se ha llevado a Rosa y a su hijo a comisaría.
–¡Dios mío!
Los sollozos hicieron que Rifka tardara siglos en contarle a Constance los detalles de lo ocurrido.
–O sea que, en otras palabras, el cónsul de Turquía consiguió salvarlas, ¿no es así?
–Así es. Rachel pensó que debía decírmelo para que nosotras nos anduviéramos con cuidado.
–¿Tú no tenías un pasaporte turco, mamá? Con tu costumbre de guardarlo todo, seguro que todavía lo conservas. ¿Por qué no lo compruebas?
–¿Es que no te acuerdas de cómo nos fuimos de París, cariño? Ni siquiera pude coger un segundo par de zapatos, y mucho menos la caja donde estaba el viejo pasaporte.
Constance reparó en que su madre seguía forcejeando con el destornillador.
–Déjalo ya, mamá, te vas a hacer daño. Marcel puede quitarlo cuando vuelva a casa esta noche.
–Supongo que puedo clavarlo sobre la puerta de mi dormitorio –comentó Rifka mientras se sonaba la nariz.
–Puedes ponerlo donde quieras –le contestó Constance, encogiéndose de hombros–, siempre que te mantengas alejada de la zona de la sinagoga. Te lo ruego, mamá, esto es serio. Dame el teléfono de la tía Rachel para poder llamarla. Deben de estar muertos de miedo.
–Y aun así son afortunados –observó Rifka–. Los detuvieron un día y los soltaron al siguiente.
Desgraciadamente, Rifka no tuvo tanta suerte: ella misma fue capturada poco tiempo después. Aunque le había prometido a Constance que no iría a la sinagoga, un día no pudo resistirse y fue allí a rezar. La Gestapo la acorraló al entrar, junto con los demás judíos que estaban en ella. Se resistió con todas sus fuerzas y protestó a voz en grito, repitiendo que era de Turquía. Nadie la escuchó. La obligaron a subir a un coche patrulla y la llevaron a comisaría; desde allí, la metieron en un autobús con destino a la estación de tren y la mandaron a París. El tren estaba completamente atestado. Una vez en París, la pusieron en una fila en comisaría, junto a muchos otros que iban a ser enviados a Drancy. Un oficial alemán pronunció su nombre:
–Rifka Mitrani, un paso al frente.
Rifka pensó que iban a pegarle un tiro. Por fin podría reunirse con su

esposo y su hijo… Avanzó un paso y siguió al oficial, quien le dijo que caminara hasta el final del pasillo.

Un joven estaba hablando con los policías, sentado en un pequeño cuarto. Le pidió a Rifka que firmara unos documentos y la llevó a su Citroën. Ya había dos hombres en el asiento de atrás.

–¿Adónde me lleva, *monsieur*? –le preguntó.

–¿Adónde quiere ir, *madame*?

–Con mi hija.

–Es adonde iba a llevarla.

–¿A Lyon?

–No, *madame*. Al Consulado de Turquía, donde la espera su yerno.

Cuando Rifka se dio cuenta de que la habían salvado, empezó a abrazar y a besar al conductor del coche. Estaba un poco avergonzada de hacerlo, no porque estuviera asfixiando al joven con sus besos –estaba realmente feliz por haber sido salvada de la muerte–, sino porque se sentía mal por su hijo y su marido. Se estremeció al pensar que hubiera plantado cara a la muerte de manera tan valiente.

–Es curioso –pensó– que una no tenga miedo a la muerte desde lejos, pero que, cuando te mira cara a cara, se convierta en un enemigo terrible al que tratas de evitar desesperadamente.

De regreso en Lyon, Rifka se encontró con otra sorpresa: su hija y su yerno le anunciaron que planeaban atravesar las montañas hacia España en unas semanas. Esperarían a la puesta de sol y cruzarían los desfiladeros bajo el cobijo de la noche. Ya estaban ultimando los detalles de su plan.

–Mirad, hijos –les contestó–, yo no puedo trepar por los Pirineos a mi edad. Tendría un ataque al corazón y moriría por el camino.

–Pero, mamá, si te quedas aquí, también morirás. Los nazis no van a dejarnos en paz. Date al menos una oportunidad –insistió su hija.

–Constance, te prometo que no pondré un pie más allá de esa puerta. Por favor, abandona esa idea.

–Madre, me parece bien que digas que no saldrás de casa, pero ¿qué hay de nosotros?

–¿Qué pasa con vosotros? Sabéis que no corréis tanto peligro como yo, ¿no?

–¿Cómo que no?

–¡Está claro! Nadie sabe que sois judíos, ni siquiera tenéis acento judío.

–Madre, ya es hora de que lo sepas: Marcel ha estado colaborando con la Resistencia. Algunos de los que trabajaban en su célula ya han sido detenidos. Es imposible que estemos seguros aquí, tenemos que dejar Francia cuanto antes.

Rifka escuchaba horrorizada.

Marcel quería cruzar a España lo más pronto posible, pero su suegra

rechazaba volver al país que había causado un sufrimiento tan indescriptible a su pueblo con la expulsión.

–Eso pasó hace siglos. ¿Qué sentido tiene seguir pensando en ello? –argumentó Marcel.

–Vosotros podéis iros, yo me quedaré aquí. A fin de cuentas, ¿qué diferencia hay entre acabar mis días a manos de los alemanes o de los españoles? Y por si eso fuera poco, esperáis que vaya dando brincos por las montañas como las cabras, a mi edad y con mis problemas de corazón. ¿Y para qué? ¿Para acabar siendo humillada? ¡Jamás!

–Mamá, no seas ridícula. ¿Son esas maneras de comportarse por algo que pasó en el siglo XV? ¿Es que no te das cuenta de que nos estás poniendo en peligro a nosotros también? Acabo de decirte que ya han capturado a dos hombres de la célula de la Resistencia de Marcel. Si les hacen hablar, estaremos acabados. ¿Es que no lo ves? Por el amor de Dios, no seas tan testaruda y actúa con un poco de sensatez. Tenemos que huir de aquí cuanto antes mejor.

–Entonces será mejor que os pongáis en marcha.

Constance estaba convencida de que su madre cambiaría de opinión, así que esperó pacientemente a que dijera que sí. Marcel y ella iban de un lado para otro; permanecían durante un par de noches en casa de unos amigos y luego se iban con otros, cambiando constantemente de escondite. Pero Rifka tenía otro plan: escribió al cónsul turco que la había salvado de la Gestapo y le preguntó si el consulado podría expedir pasaportes también para su hija y su yerno. El tono de la carta era suplicante. Si era necesario, estaba dispuesta a renunciar al suyo a cambio de los otros dos; cualquier cosa porque el Consulado de Turquía cobijara a sus hijos bajo sus alas.

Ankara, 1942

La señora Leman deshizo el lazo de satén que rodeaba la caja polvorienta que tenía en la mano. Sacó algunas fotografías y las esparció por encima de la cama. Su vida entera se desplegaba ante ella, captada en aquellas fotografías color sepia pegadas en gruesas tarjetas marrones. Cogió una al azar. Aparecía ella con su pelo ondulado recogido por una ancha diadema y cayéndole sobre los hombros hasta el pecho. Estaba apoyada en las rodillas de su padre y sujetaba un ramo de flores. Su infancia le devolvía la mirada con grandes ojos inocentes. Su padre se sentaba orgullosamente en una butaca labrada. En otra fotografía, tomada en el famoso estudio Michaelides, su pelo estaba sujeto en un moño del que salía un velo bordado en plata nupcial que llegaba hasta el suelo. Tenía un aspecto tan frágil en su vestido de encaje de volantes, con una cintura tan estrecha que parecía que una corriente de aire podría llevársela con ella. Otro retrato la mostraba vistiendo la misma ropa, pero esta vez su marido estaba a su lado. Él lucía un fino bigote, torcido hacia arriba, y un fez que le caía hasta la mitad de la frente. Parecía alto, guapo y con los hombros tan anchos en su uniforme de edecán.

Leman respiró hondo, soltó esas fotografías y se puso a hurgar de nuevo en la caja. Las siguientes que sacó habían sido tomadas en el Photo Sabah Studio. Eran retratos de sus hijas, las niñas más guapas del mundo para ella. Todos los años sin falta les hacían una fotografía por su cumpleaños. Aunque fueran en blanco y negro, se percibían inmediatamente los destellos en los ojos de Sabiha y el brillo de su pelo rubio. Era como la primavera, fresca y hermosa. A su lado, Selva abría unos ojos enormes y lucía sus trenzas. Aunque en algunas fotografías se notaba que ella era la menor, en la mayoría aparecía mirando a su hermana desde arriba.

«¿Qué fue lo que dijo Sabiha en el estudio aquel día?», pensó… y sonrió al recordarlo:

–Mamá, me gustaría estar sentada para la foto y que Selva esté detrás, de pie.

–Eso no puede ser, pequeña. Si tú estás sentada y tu hermana de pie, no podremos sacaros en el mismo encuadre. Debería sentarse ella y

ponerte tú detrás –intervino el bey Enver, el dueño del estudio, ignorante de lo mucho que molestaba eso a Sabiha, que se enfurruñó al momento. ¿De dónde le vendrían esos complejos con su estatura? Era absurdo que una niña tan bonita como ella se preocupara tanto por la altura.

Leman siguió escarbando entre las fotografías hasta encontrar la que estaba buscando: la última que se hizo Selva antes de marcharse. Llevaba puesto un sencillo traje sastre beis y tenía las trenzas recogidas alrededor de la cabeza, como siempre. Esbelta y elegante, Selva estaba sentada a una mesa del juzgado en el día de su boda; aparecía firmando el registro, ya con su anillo en el dedo. No llevaba ninguna otra joya; ni un pequeño anillo de diamantes, ni un broche en la solapa, ni un collar de perlas en el cuello… ¡y se suponía que era una novia! Leman sintió cómo las lágrimas corrían por sus mejillas.

«¡Ay, mi pequeña Selva! ¿Por qué? ¡Ay! ¿Por qué has hecho esto? Mi niña testaruda, ¡Lo que yo habría dado por verte con un largo velo de hebras de plata nupcial, luciendo como la novia perfecta! ¡Cómo quisiera haberte dado una reliquia de familia para que te pusieras en tu ceremonia!»

Besó anhelante la fotografía de su hija y la apretó contra su pecho. Estaba segura de que ese día se tomaron tres o cuatro más; buscó en la caja y las encontró. En una, que debió de hacer Macit, las dos hermanas estaban la una junto a la otra, con ese asqueroso de Rafo detrás. Nadie diría que ese era Rafo, porque Leman había rascado su rostro con una aguja. En otra, obviamente tomada por él, aparecía Macit entre Selva y Sabiha. La última mostraba a todos los invitados; habría sido tomada por alguien del juzgado. Cuánto le había costado a Leman ocultarle esas fotografías a su marido. Evitó ponerlas en el álbum familiar y se preocupó de colocarlas en el fondo de la caja. ¡Como si el pachá Fazil Reshat se fuera a molestar siquiera en buscarlas! De todas formas, no quería correr el riesgo de que las encontrara por casualidad; podría romperlas si lo hiciera. A fin de cuentas, se trataba de las últimas fotografías que tenía de su querida hijita, de su alta y esbelta hija en su traje de chaqueta beis. Aunque los retratos se borraran, el recuerdo de su amada hija permanecería vivido en su mente y en su corazón.

Cuando oyó abrirse la puerta, metió rápidamente las fotografías debajo de la almohada.

–No estarás mirando otra vez esas fotografías, ¿verdad, abuelita? –le preguntó su nieta al entrar en el dormitorio.

–Sí, cariño, lo estoy haciendo.

–¿Y no te cansas de mirarlas una y otra vez?

–No, nunca me canso. Son mi vida entera. Son mi pasado…

–Eso es lo que dices, abuelita, pero no las miras todas. Yo sé las que siempre miras.

–¿Ah, sí? ¿Y cuáles son?

–Las fotos de mi tía. ¿La echas mucho de menos?

–Mucho, sí. La echo mucho de menos.

–¿Y por qué no viene a visitarnos en verano? Aunque esté trabajando, puede venir a vernos en vacaciones, ¿no? Me encantaría ver al pequeño Fazil. Si pudiera traerlo…

–La guerra está por todas partes, cariñito. Están en guerra donde vive tu tía. Ahora no pueden venir, aunque estoy segura de que lo harán… *Inshallah*, cuando acabe la guerra.

–¿Entonces el abuelo la ha perdonado?

–¿Qué pregunta es esa?

–Venga, abuela, ya lo sé todo. Parece que el abuelo se enfadó mucho cuando se casó con ese hombre.

–¿Quién te ha dicho eso? ¿Tu madre?

–No, Hacer.

Leman frunció el ceño. «¡Qué poco tacto tiene el servicio! –pensó–. No solamente le ponen pegas a todo, sino que también lo escuchaban todo. Atrás quedaban los días en que eran tan leales, cuando eran casi como de la familia. En los buenos viejos tiempos.»

–¡Qué inadecuado por su parte! Hay cosas que no se les dicen a los niños.

–No digas eso, abuelita. Ya no soy una niña. Voy a cumplir nueve años el mes que viene.

–No exageres, pequeña, vas a cumplir ocho. Tienes mucha prisa por ser mayor, ¿no crees? Espera a que te hagas mayor y entonces será al revés –replicó Leman, entregándole las fotografías a su nieta. Luego suspiró–: El tiempo pasa volando. Ya hace cinco años que tu tía Selva se fue. ¿Te acuerdas de ella, Hülya?

–Sí que me acuerdo, abuelita. Me leía cuentos por la noche y me llevaba muchas veces al parque Kizilay. Me acuerdo de que bebíamos agua en vasos enormes. Abuelita, ¿me enseñas la foto en la que mi tía está sujetando un ramo de margaritas?

Leman se puso a buscar aquella fotografía de Selva con un vestido blanco que se ajustaba a su figura, con capas y capas de gasa en forma de pétalos colgando de las caderas; tenía en la mano un ramo de margaritas. Eran las flores favoritas de Selva. Leman pensó: «Son como ella; un poco salvajes, pero con los pies en el suelo». Recordó que el polen de las flores había manchado el flamante vestido. Encontró finalmente la fotografía y la miró mientras intentaba contener las lágrimas. Selva parecía triste, había un tinte de melancolía en su mirada. «¡Claro! –pensó–. Le hicieron la fotografía en la Universidad Americana el día en que se graduó. Debía de estar pensando que le

resultaría difícil seguir en contacto con ese desgraciado de Rafael».

–Aquí está, ¿qué te parece? ¿A que tu tía está preciosa?

Hülya cogió la fotografía y se quedó mirándola unos momentos. Contemplaba la cara triste de Selva, que tenía aspecto de haber sido labrada en mármol. Dirigió entonces su mirada al resto de fotos esparcidas por encima de la cama y vio una de su madre cuando era adolescente. Su pelo ondulado enmarcaba una cara ovalada y tenía la barbilla apoyada pensativamente en la mano.

–Mi madre parece más bonita, pero ¿sabes, abuelita? Me gustaría ser la hija de mi tía.

–¿A qué viene eso? ¿Qué quieres decir?

–Creo que mi tía me quería más que mi madre.

Leman se quedó petrificada, muda por unos instantes.

–¡Hülya, por favor! ¿De dónde has sacado eso? ¿Cómo no va a quererte tu madre? ¡Eres su única y amada hija, por el amor de Dios!

–Sinceramente, abuelita, creo que está harta de mí. Nunca quiere pasar tiempo conmigo.

–¿Es que tiene que estar todo el tiempo encima de ti? Ya sabes que el trabajo de tu padre hace que ella tenga que acompañarlo aquí y allá, a todas partes. Tiene que asistir a muchas cenas y cócteles, quiera o no quiera, y no puede descuidarse cuando tiene que hacerlo: está el peluquero, la costurera… Ya verás cuando seas mayor. *Inshallah*, si te casas con un diplomático como tu padre verás a qué me refiero.

–Nunca me casaré con un diplomático, eso seguro.

–¿Por qué, querida? No me digas que no estás orgullosa de tu padre.

–Sí, pero… es solo que… Bueno, preferiría casarme con alguien que pudiera pasar tiempo conmigo.

La respuesta de Hülya aumentó la presión arterial de su abuela. Esas palabras, esas palabras tan familiares, esa actitud… Rezaba para que no se repitiera la misma historia.

–Los hombres sensatos tienen trabajos importantes, no tienen mucho tiempo para estar con sus esposas. Únicamente los ociosos tienen tiempo para estar con sus familias.

–Pero el abuelo siempre está con nosotras.

–Tu abuelo está jubilado. Puedes estar segura de que no pasaba mucho tiempo conmigo cuando éramos jóvenes. Apenas si veía su cara.

–¿Qué quiere decir «jubilado», abuela?

–Los mayores se jubilan al hacerse viejos. Quiere decir que dejan de trabajar y se quedan en casa, como el abuelo.

–¿Y papá estará más tiempo con nosotras cuando se je… se ju…, como se diga?

–Todavía falta mucho para eso, querida, pero claro que estará siempre en casa cuando lo haga.

–Creo que es mejor que no lo haga. Siempre que está en casa, hay peleas.

–Nunca he oído a tus padres discutir –le corrigió severa Leman.

–Es verdad, no lo han hecho desde que vosotros estáis aquí. Ay, abuelita, ¿por qué no os quedáis con nosotros para siempre? Ojalá no os fuerais nunca. Cuando no estáis, mi madre está siempre enferma, de mal humor y llorando.

«¡Ay, Señor! Los niños y los borrachos…», pensó Leman. Hülya estaba dándole a su abuela una información que antes no conocía. Trató de sonsacarle un poco más sin dar la impresión de estar chismorreando.

–¿Entonces mami se pone enferma a menudo? –preguntó con voz amable–. Sabiha padece bronquitis, seguramente sea peor en invierno.

–No, no lo creo. Apenas tose. Pasa mucho tiempo en la cama y nunca me deja entrar en su cuarto. Además, tampoco va mucho a la peluquería ni nada de eso.

–¡Qué increíble! Nunca se ha puesto enferma desde que estamos aquí.

–A eso es a lo que me refiero, abuelita. No os vayáis, por favor; si os vais, mi madre volverá a encerrarse en el dormitorio y yo me quedaré sola otra vez.

Leman volvió a meter las fotografías en la caja, ató la cinta de seda alrededor y la empujó hasta el fondo del segundo cajón de la cómoda, debajo de su ropa interior. Estaban sucediendo cosas de las que ella no tenía ni idea; pero si una cosa era cierta, era que su hija no era feliz. Quizás ni ella misma se había dado cuenta, pero ¿y si Macit se estaba viendo con otra mujer?

–Vamos a la otra habitación, cielo; vamos a ver qué está haciendo mami. A lo mejor si se lo pedimos nos toca un nocturno de Chopin al piano.

Macit recibió el mensaje cifrado de manos del oficial administrativo, se puso los anteojos y lo leyó. Se trataba de la respuesta del gobierno de Vichy al comunicado del gobierno turco. En su nota, los franceses dejaban claro que, en lo que a ellos respectaba, un judío era un judío, no importaba la ciudadanía que tuviera:

Nuestro gobierno se complace en recordarle a la Embajada de Turquía que los sujetos en cuestión son invitados en Francia y, como tales, deben atenerse, si bien indirectamente, a las leyes del Estado. De acuerdo con este principio, nuestras acciones hacia la raza hebrea incluyen a los judíos, tanto franceses como de otras nacionalidades.

–¡Condenados bandidos! ¡Malditos granujas! Los hemos considerado durante años los apóstoles de la civilización y de la independencia, incluso los hemos envidiado y nos hemos esforzado mucho por intentar imitarlos. Y pensar que se trata de la misma Francia que ha producido el arte más refinado, la poesía más elevada, los mejores vinos del mundo… ¡Perfecto! ¡Sencillamente perfecto! Ni siquiera han

sido capaces de aguantar las presiones alemanas más de cuarenta y seis días. Se rindieron de inmediato y ahora esperan que mueran otros para que ellos puedan salvar sus pellejos. Y por si eso fuera poco, nos miran por encima del hombro. ¡Su arrogancia es increíble! Como que me llamo Macit que he de restregarles que nosotros luchamos y ganamos nuestra guerra de independencia con un ejército improvisado. ¡Malditos colaboracionistas!

Macit empujó hacia atrás su silla de manera ruidosa y se levantó del escritorio. Salió de su oficina llevando consigo el mensaje cifrado. Mientras avanzaba por el pasillo de camino al despacho del secretario general, seguía dándole vueltas a la respuesta más adecuada para ese mensaje. Pensaba que debían protestar contra las leyes discriminatorias del gobierno de Vichy. Un país honorable no podía contestar de otra manera. Quizás deberían llegar a un consenso con otros estados para hacer más efectivas las protestas contra el envío de judíos a los campos de trabajo. Qué enervante resultaba todo esto cuando tenía tantas cosas entre manos, pero lo primero que debía hacer era redactar una respuesta. Él consideraba que los judíos turcos arrastrados a los campos deberían presentar una solicitud para obtener sus papeles, y resistir tanto como pudiesen.

–¡Bey Macit! ¡Bey Macit! –Se giró y vio que Nihat corría por el pasillo hacia él–. ¿Tiene un momento, por favor? Tengo que decirle…

–Sí, sí. Ya sé lo que vas a decirme: las negociaciones entre Turquía y Alemania están a punto de comenzar. El ministro me ha pedido que asista a la reunión preparatoria. Allí estaré, pero antes debo ver al secretario general. Necesito unos veinte minutos para discutir nuestra respuesta a este mensaje. Me reuniré contigo en breve.

Macit siguió su camino por el pasillo.

–Espere, por favor, será solamente un momento.

Se paró y se dio la vuelta, reacio.

–Ha recibido una llamada, señor. Al parecer, su suegro ha sufrido un ataque al corazón.

Macit entró en el dormitorio de su suegro al mismo tiempo que el doctor. El pachá Fazil Reshat estaba tumbado de espaldas en el suelo, al lado de la cama; su cara estaba pálida como la cera. Sabiha le secaba el sudor de la frente con un pañuelo. La señora Leman estaba arrodillada al lado de su marido, realmente preocupada.

El doctor Fahri hizo que el anciano aspirara de una botella que sacó de su maletín, le desabrochó la camisa y, mientras comprobaba el pulso, ordenó a Macit que llamara a una ambulancia. También pidió un poco de colonia.

Sabiha reaccionó al instante. A Leman le temblaban las manos mientras intentaba colocar una almohada bajo la cabeza de su marido,

pero el doctor Fahri le dijo que no lo hiciera y ella se retiró.

–Necesita usted algo para calmarse. ¿No tendrá un ansiolítico, por ejemplo? –preguntó el médico.

–No, no. No me deis nada –protestó ella–, tengo que estar con él. He sido yo la que le ha provocado este ataque. Si muere, yo tendré la culpa.

–Está usted conmocionada –la tranquilizó Macit, agarrándola de los hombros–. Pero ¿qué está diciendo? Venga, póngase en pie y salgamos de aquí.

Macit la tomó bajo el brazo e intentó levantarla del lugar donde se había desplomado.

–Estoy perfectamente, no necesito ayuda. No te preocupes por mí, Macit; de él es de quien hay que preocuparse –respondió, señalando a su marido–. Soy yo la que ha provocado esto, ¿es que no lo veis? Fui yo la que se dejó esas fotografías bajo la almohada.

–Vamos, vamos, madre, cálmese. ¿De qué fotografías está usted hablando?

No fue hasta que formuló esa pregunta que Macit no se percató de que Fazil sujetaba unas cuantas fotografías contra su pecho. Al intentar abrir la mano de su suegro para desasirlas, cayeron al suelo. Macit se inclinó, las recogió y se dio cuenta de que se trataba de las fotografías que habían hecho en la boda de Selva y Rafo.

–¿De dónde ha salido esto? –preguntó confundido.

–Ojalá no las hubiera sacado. ¿Cómo iba yo a saberlo? Es todo por mi culpa, ya os lo he dicho; ¡todo esto es culpa mía!

El doctor Fahri estaba aturdido.

–Hace unos años, mi cuñada se casó sin el consentimiento de su padre. Estas son las fotos de la boda, tomadas en el juzgado –le explicó Macit.

–Señora Leman, le aseguro que algo así no puede provocar un ataque al corazón. Hay muchos otros factores que intervienen, así que no se castigue a sí misma de ese modo –intentó calmarla el doctor, en vano.

Ella seguía sollozando. Sabiha regresó con un frasco de colonia que el médico distribuyó por la frente y los brazos de Leman. Estaba ocupado con este masaje cuando llamaron al timbre.

–Menuda coincidencia que sea precisamente hoy el día libre de Hacer –se decía Sabiha mientras iba a abrir la puerta.

–Macit, hijo mío, esa debe de ser Hülya. No la dejes entrar aquí –suplicó Leman entre sollozos.

Se oyeron gritos y pasos apresurados en el pasillo que llevaba al dormitorio. Sabiha repetía:

–No entres ahí, amor mío… ¡Para, por favor!

Hülya apartó a su madre e irrumpió en la habitación. Se abalanzó sobre su abuelo, tumbado en el suelo, y empezó a abrazarlo.

–Abuelo… abuelito, no te vayas, por favor. ¿Qué voy a hacer yo sin ti? No podría soportar no tenerte. No me dejes sola, por favor.

¡Macit caminaba hacia el hospital sujetando fuerte la mano de su hija e intentando hallar la manera de enfocar el asunto que le acosaba.

–Mira, cariño, el abuelo está mucho mejor, pero has de recordar que no debes cansarlo –le advirtió.

–Te prometo que no lo haré, papi.

–Todavía está muy delicado, así que no debes encaramarte a él y asfixiarlo a besos. Tenemos que ser cuidadosos.

–Sí, lo comprendo.

–Sabía que lo harías, cielo. Tu madre va a dejar a la abuelita con el abuelo, así que he pensado que puedo llevaros a comer a Karpish. ¿Qué te parece?

–No, gracias, papá.

–¿Por qué no?

–Me gustaría quedarme con el abuelo en el hospital. Además, debes de tener mucho trabajo.

–Claro que lo tengo, pero le pedí a mi ayudante que ocupara mi puesto hoy. Creo que ya es hora de que nosotros tres pasemos un poco de tiempo juntos.

–Bueno, tú puedes comer con mami y yo me quedo con el abuelo. Con él y con la abuela.

–¿Entonces no quieres venir a comer con nosotros?

–Ya sabes que hace muchos días que no veo al abuelito. Le echo de menos.

–Hülya, aquel día… el día en que tu abuelo tuvo el infarto, ¿recuerdas lo que dijiste?

–¿Qué dije?

–Cuando estabas llorando y abrazándole, dijiste que si él te dejaba te sentirías muy sola…

–Creía que se había muerto. Cuando mami abrió la puerta, estaba llorando; me dijo que estaba muy enfermo. Intentó pararme para que no entrara en la habitación. Pensé que se había muerto.

–De acuerdo, pero eso no es lo que te pregunto. Lo que quiero decir es que no está bien que pienses que te vas a quedar sola si muere el abuelo. Nos tienes a mamá y a mí, ¿o no?

Hülya no contestó, pero Macit notó la tensión en su mano.

–Me gustaría saber por qué te sientes así.

–Quiero mucho al abuelo y a la abuela. Cuidan de mí y me quieren mucho. No quiero que se mueran.

–¡Que Alá los bendiga! *Inshallah*, que tengan una larga vida por delante. Pero mami y yo también te queremos mucho. Te queremos muchísimo.

Hülya seguía callada. Macit insistió:

–¿Es que no lo sabes, Hülya? ¿No sabes que te adoramos? Eres nuestra única y querida hijita.

–Sí que lo sé, papi.

–¿No ves que lo que dijiste hizo daño a tu madre? No solo estaba angustiada por el estado de su padre, sino que también se sintió herida por tu comportamiento.

–No creo que yo le haya hecho ningún daño, no se preocupa por mí.

–¿Qué quieres decir con eso?

–Bueno… quiero decir… Quiero decir que tiene muchas otras preocupaciones y que no se preocupa por mí.

–¿Y por quién iba a preocuparse entonces?

–Se preocupa porque mi tía está lejos, por no poder ver a Fazil, por cosas así. No lo sé exactamente, pero sí sé que no se preocupa por mí.

–¿Y eso cómo lo sabes?

–La oigo hablar, a veces.

–¿Con quién, por ejemplo?

–Pues por ejemplo con la abuelita, con sus amigas, incluso a veces con Hacer. Nunca deja de hablar de la tía Selva.

–¿Y eso te extraña? Claro que echa de menos a su hermana, pero eso no quiere decir que no se preocupe por ti.

–Pero es que nunca tiene tiempo para mí. Igual que tú, papá, tú tampoco tienes tiempo para mí; tú siempre estás ocupado trabajando y ella está siempre preocupada por una cosa o por otra. Menos mal que ahora están aquí los abuelos. El abuelo está bien, ¿no? ¿Verdad que volverá a casa pronto?

Esta vez fue Macit el que se quedó mudo. No sabía cuándo volvería a casa su suegro, pero lo que sí sabía era que, si Hitler ocupaba el sur de Francia, sería devastador para su familia. Los alemanes habían llevado a cabo ataques por toda Europa, y la ocupación de Atenas y Creta significaba que estaban a las puertas de Turquía. Por si eso fuera poco, ahora el gobierno de Vichy estaba acorralando a los judíos turcos y enviándolos a los campos. Era consciente de lo que eso significaba para su familia. Desde que Fazil Reshat había sufrido el ataque, era como si los ecos de la guerra estuvieran invadiendo el corazón de su pequeña.

–No me había dado cuenta de lo abandonada que te teníamos –se lamentó cariñosamente.

La niña no reaccionó. Se limitó a seguir caminando al lado de su padre.

Macit decidió no volver a insistir sobre ir a comer con su hija. Después de todo, quizás fuese mejor comer a solas con Sabiha; le daría la oportunidad que hacía tiempo que buscaba, de tener una charla con su esposa sin la presencia de su suegra.

Desde el nacimiento de Hülya, no habían tenido muchas ocasiones de mantener conversaciones privadas. Si estaban en el salón, corrían el riesgo de que les oyera la doncella o la niñera de Hülya; fue mejor despedir a la segunda cuando su hija empezó a ir a la escuela. Macit se sintió desconcertado por un momento al darse cuenta de que no habían tenido necesidad de charlar en privado desde que se casaron. Cuando el pachá Fazil Reshat y la señora Leman vinieron a vivir con ellos, ya hacía tiempo que habían dejado de utilizar el salón, a no ser que recibieran a alguien en casa. Sabiha se retiraba a su cuarto a leer mientras él se sentaba a escuchar la radio, o bien se metía en su estudio para repasar los expedientes del trabajo que acostumbraba a llevarse a casa. Era como si hubieran olvidado cómo comunicarse el uno con el otro. Macit se preguntaba cómo se las arreglarían más tarde, comiendo en Karpish.

El olor a desinfectante inundaba el ambiente cuando padre e hija subían los dos tramos de escaleras del hospital. Vieron a Sabiha y a su madre sentadas en el pasillo, al lado de la habitación de Fazil Reshat. El sol matutino que entraba por la ventana, detrás de Sabiha, formaba un halo alrededor de su cabello rubio. Hülya se soltó de la mano de su padre y corrió hacia su abuela para abrazarla. Su madre esperó pacientemente a que se volviera hacia ella, pero no lo hizo. En lugar de abrazarla, se limitó a quejarse por tener que esperar fuera de la habitación.

–Las enfermeras están lavando a tu abuelo, así que tendrás que esperar un poco –le anunció Sabiha a su hija. Estaba pálida tras varias noches sin dormir. Macit le dio dos besos.

–¿Qué tal fue anoche?

–Bien –contestó Sabiha.

–Bueno, esta noche podrás disfrutar de un sueño reparador.

–No puedo dejar de preocuparme cuando no estoy a su lado. Anoche no pude pegar ojo –intervino Leman.

–Ya lo supuse. Ya se había marchado cuando Hülya y yo nos despertamos.

–¿No tiene que ir al colegio hoy? –interrumpió Sabiha, mirando el reloj–. Todavía no es la hora del almuerzo. No me digas que se ha saltado las clases.

–Decidí no enviarla a la escuela, ambos nos hemos tomado el día libre. Ella hará compañía a su abuelo y tú, querida, vas a venir conmigo a una deliciosa comida en Karpish.

Leman dirigió a su yerno una mirada de desaprobación.

–Debes de estar bromeando –le espetó Sabiha–. ¿Esperas que disfrute de una comida mientras mi padre se debate entre la vida y la muerte?

–Primero esperaremos para ver cómo se encuentra. Además, tu madre estará con él y nosotros tenemos algunas cosas de que hablar.

–¿Qué tipo de cosas?

Macit la tomó del brazo e intentó llevarla al final del pasillo, lejos de los ojos curiosos de su suegra.

–Tenemos que hablar de cómo está Hülya, Sabiha. Tengo la impresión de que está deprimida.

–¡Tan solo tiene siete años, Macit!

–Ocho…

–Da igual, no tiene edad de atravesar una depresión.

–Tal vez no, pero no se puede decir que sea una niña feliz.

–Ella no es la única, Macit.

–Sabiha, no podemos arreglar nuestros problemas sin hablar de ellos. ¿Es que no lo entiendes?

–Así que piensas que vamos a arreglarlo todo durante la comida en Karpish, ¿no es así?

Cuando Macit se disponía a responder, Hülya se les acercó corriendo.

–¡Ya está! Podemos pasar, el abuelo está listo. Os está esperando –y corrió de nuevo a la habitación de su abuelo. Macit y Sabiha la siguieron, el uno al lado del otro.

Fazil Reshat estaba en la cama, recostado sobre varias almohadas. No le habían afeitado y miró a su yerno con apariencia exhausta.

–Tienes buen aspecto –le animó Macit, tratando de ocultar su verdadera opinión.

El anciano movió el brazo para indicarle que no se molestara en mentir.

–Está bien, gracias a Dios. Parece que lo peor ya ha pasado, el resto depende de él –dijo Leman–. Tiene que dejar el tabaco e incluso el raki que os tomáis juntos por la noche.

–¿Te lo puedes creer? –dijo el viejo con voz temblorosa.

Macit iba a contestar, pero se contuvo cuando vio encima de la mesita una de las fotografías que, según Leman, habían originado el ataque al corazón. Estaba apoyada contra la jarra de agua. No era una de las fotos tomadas por Macit, sino por un fotógrafo en el juzgado; en ella aparecía Selva firmando el registro. Macit tragó saliva y miró asombrado a su esposa, quien apartó la vista. Él hizo lo mismo, fingiendo no haber visto la fotografía.

–Pues si los médicos no nos dejan beber raki, tendremos que conformarnos con la cerveza, ¿no te parece? –bromeó.

–Macit, ¿cuándo se supone que me mandarán a casa? –preguntó el anciano–. Estas mujeres no quieren decirme la verdad. Había pensado que deberíamos volver a Estambul desde aquí. No quiero ser una carga para vosotros.

Hülya cogió la mano de su abuelo y la besó.

–¡De eso ni hablar! –exclamó Macit, sincero–. Nuestro hogar es el suyo. Tenerles con nosotros no es una carga, sino un placer.

–Seguro que papá no lo dice en serio, solamente está haciéndose el interesante –observó Sabiha–. De todas formas, el doctor Fahri le ha dado órdenes estrictas para que permanezca en reposo durante un mes, por lo menos.

–Podéis viajar todos a Estambul cuando el colegio… –Macit no pudo acabar la frase: un camillero del hospital vestido con bata blanca los estaba mirando. Se dirigió a Macit:

–Usted debe de ser el bey Macit.

–Así es.

–Tiene una llamada del despacho.

«¿Qué habrá pasado? –se preguntó Macit mientras seguía al camillero a toda prisa, afuera de la habitación y escaleras abajo».

Cuando Macit se hubo ido, Sabiha se dirigió a Hülya:

–¿Has pedido al menos permiso para tener el día libre?

–Papi llamó al jefe de estudios.

–¿Y qué le dijo?

–Le dijo que el abuelo quería verme esta mañana y le pidió permiso.

–Seguro que ya sabes que no está bien saltarse así las clases, ¿verdad, Hülya? Podrías haber visitado a tu abuelo al salir de la escuela. Por lo menos esta tarde deberías ir a clase.

Hülya se enfurruñó al instante y se encogió de hombros.

–Me pregunto a qué viene todo esto –dijo Leman.

–Probablemente será del ministerio. Cualquiera diría que está gobernando Turquía él solo. No tenemos un momento de paz, ni de día ni de noche. No sé qué harían sus compañeros si un día le dieran un puesto en el extranjero; seguramente llamarle para que volviera en momentos de crisis, sin duda.

Macit apareció en la puerta, con aspecto preocupado.

–¿Qué sucede? –preguntó Fazil Reshat con voz quebradiza.

–He de regresar al ministerio. Parece que hay noticias de última hora.

–¿Qué noticias? ¿Qué ha ocurrido?

–Me darán los detalles cuando llegue. Se los haré saber cuando le visite esta tarde –le prometió a su suegro. Luego le hizo a su esposa un gesto para que le acompañara.

–Pensaba que íbamos a ir a Karpish a arreglar nuestros problemas –se burló ella.

–Sabiha, no quería decirte esto delante de tu padre. No quería que se disgustara, pero la situación es muy seria: Hitler ha ocupado el resto de Francia esta mañana.

Marsella, 1942

Selva llevaba rato vigilando la calle desde detrás de los visillos cuando llamó a su marido:

–Vamos, Rafo, está despejado. Ahora puedes cruzar la calle, ¡no te entretengas!

Rafo besó la nuca de su esposa y se dirigió hacia la puerta.

–Te preocupas demasiado, Selva; hoy no va a pasar nada, ya lo verás –la tranquilizó antes de cerrar la puerta tras de sí. Selva se quedó escuchando hasta que el sonido de sus pasos se perdió bajando la escalera.

Rafo salió del edificio y esperó en la acera hasta que el policía que estaba en el cruce paró el tráfico. Selva respiró aliviada cuando vio que Rafo cruzaba corriendo la calle, entraba en la farmacia y cerraba la puerta. Recogió las cortinas, abrió la ventana e inhaló profundamente el aire húmedo. Hoy no llevaría a Fazil al parque: las nubes negras eran señal de tormenta.

Si al menos esas nubes se quedaran solo en el cielo…; pero desde que la ocupación se extendió al sur, era como si hubieran invadido su hogar y todo su ser. Había dejado de dar clases a sus alumnos, a pesar de que enseñar era como un rayo de luz en su monótona y solitaria vida. Nadie le había pedido que lo dejara, pero desde el principio de la invasión, el once de noviembre, había adoptado una nueva responsabilidad: proteger a su marido tanto como le fuera posible; al mismo marido al que ella había convencido para emigrar a Francia, arrojándolo así, sin querer, a la boca del lobo.

Al igual que el resto de judíos, Rafo era cuidadoso cuando iba a salir afuera. Atravesar la puerta con las SS patrullando era buscarse problemas. Gracias a Dios, el trabajo de Rafo estaba al otro lado de la calle. La misión que Selva se había asignado empezaba una vez que su marido había entrado en la farmacia: menos el tiempo que pasaba cuidando a Fazil, permanecía el resto de la jornada sentada en un taburete frente a la ventana, mirando a la calle. En cuanto oía el ruido de las motocicletas de la Gestapo o los veía patrullando las calles, llamaba a la farmacia para que Rafo se esfumara y se metiera en el almacén.

–Yo también oigo los motores, cariño –repetía Rafo–, y te aseguro que tomo precauciones de inmediato; pero si tú sigues así, acabarás volviéndote loca.

–¿Y si un día se acercaran sigilosamente y no te dieras cuenta?

–Debemos dejar que nuestras vidas sigan su curso natural. Recuerda que hay una cosa que se llama *kismet*. Puede que no sea musulmán, pero creo más que tú en el destino.

–¿Y si se te llevaran, Rafo?

–No podrían. Finalmente tenemos nuestros pasaportes turcos gracias a ti.

–Si bastara con los pasaportes para protegernos, el bey Tarik no nos llamaría diariamente desde París para comprobar si todo va bien.

–Por el amor de Dios, cariño, deja de preocuparte. Acuérdate de cómo se las arregló el cónsul para arrebatarles a Rosa.

–Y tú acuérdate de lo que dijo: «Es como una ruleta rusa. Esta vez ha habido suerte y lo he conseguido, pero podría no ser tan afortunado la próxima vez».

–Si ha podido salvar a uno de nosotros, seguramente será capaz de salvarnos a todos.

Por algún motivo, Selva no era capaz de pensar lo mismo que Rafo.

Noche tras noche tenía una pesadilla recurrente en la que ella y su familia eran hacinados en un tren atestado de personas gritando, a las que se llevaban. Saltaba de la cama y se ponía a caminar por el apartamento. Se arrepentía, ahora, de haber inscrito a su hijo como Alfandari; Tarik también se había enfadado con ella por poner en peligro la vida de Fazil, pero Selva no había podido tragarse su orgullo y admitir que había cambiado de opinión desde entonces. ¡Dios santo!, lamentaba parecerse a su padre en lo referente a su orgullo innecesario, pero no había forma de evitarlo. Era como si tuviera a otra persona dentro que le dijera lo que tenía que hacer.

Selva decidió dar un paso más en sus labores de vigilancia. La ventana esquinera de su apartamento tenía una situación privilegiada para ver si las SS estaban cerca. Podía verlos bajar por la calle principal, antes de que giraran hacia la suya. Llamó a las madres de sus antiguos alumnos y, después de presentarse, se ofreció a advertirlas si había peligro cerca. A sus vecinas les perturbaba esa entrometida mujer turca a la que apenas conocían. Rafo también la regañó por su comportamiento indiscreto. A Selva le desconcertaba que nadie pareciera apreciar su amabilidad.

Selva estaba dándole a Fazil una papilla de manzana cuando llamaron a la puerta. Todavía faltaba una hora para que Rafo viniera a comer, y como ya no daba clases, se preguntó quién podría ser. Antes de abrir la puerta, preguntó quién era. Una voz femenina contestó:

–*Madame* Alfandari, vivo en el barrio. Me llamo Afnaim, Camilla

Afnaim.

Selva abrió la puerta de inmediato y se encontró con una mujer de unos cuarenta y cinco años, impecablemente vestida.

–¿Deseaba hablar conmigo, *madame* Afnaim?

–Sí, *madame*.

–¿También es usted de Estambul, por casualidad?

–No.

–¿De alguna otra parte de Turquía, quizás?

–Mi familia es libanesa, nunca hemos estado en Turquía.

–Ah, en ese caso debe de haber venido por las clases. Siento decirle que ya no las imparto.

–Solo he venido a hablar con usted.

Selva estaba sorprendida: aquella mujer ni siquiera tenía su edad.

–¿Puedo preguntarle sobre qué?

–Es difícil hablar en la puerta.

–Le pido perdón. Pase, se lo ruego.

Selva cogió el bolso de la mujer y la guio desde el recibidor hasta el salón. Fazil estaba sentado en su trona, intentando comerse solo la papilla y derramándola por todas partes.

–Qué niño tan dulce –dijo la mujer.

–Siéntese, por favor –le ofreció Selva.

–*Madame* Alfandari, usted no me conoce, pero yo sé bastante sobre usted. Sé, por ejemplo, que su marido trabaja en la farmacia de enfrente, que usted impartía clases particulares en casa, y que hace dos semanas se puso usted en contacto con la madre de Lea, ofreciéndole mantenerla informada sobre los sucesos exteriores. Como ya le he dicho, yo también vivo en este barrio.

–¿En esta calle?

–No, dos calles más arriba.

Selva notó que la mujer miraba hacia el taburete enfrente de la ventana.

–Sí, esa es mi torre de vigilancia –señaló, con un gesto de la cabeza–. Puedo ver todo lo que pasa en los cruces, cerca de esta calle y más allá. Todo se me ofrece en bandeja desde esa posición. Quería ayudar a algunas familias de esta calle, pero, desgraciadamente, ninguna quiso saber nada.

–No les haga caso, todo el mundo está asustado hoy en día.

–Sí, ya lo creo; no lo tengo en cuenta. De todas formas, tengo que vigilar por mi marido…

La mujer no contestó y Selva prosiguió:

–¿Está relacionado con eso el motivo de su visita?

–No, *madame*. Es cierto que quiero pedirle un favor, pero no tiene que ver con eso.

–¿Cómo puedo ayudarla, entonces?

–Usted es turca, ¿verdad?
–Sí.
–Creo que el Consulado de Turquía está prestando una gran ayuda a los judíos.
–Están renovando los certificados de ciudadanía de las personas de origen turco.
–¿No podrían hacer lo mismo por alguien que no tenga origen turco?
–Disculpe, pero ¿cómo sería eso posible? No lo creo.
–De hecho, no lo pregunto por mí o por mi marido, pero tengo dos preciosos hijos pequeños –la voz de la mujer vacilaba–. Estoy muy preocupada por ellos. Fui yo la que insistió en venir aquí, ¿sabe? Convencí a mi marido para que cerrara el negocio que tenía en casa y arrastré a mi familia hasta aquí.
Dejó de hablar por un momento y se sostuvo la cabeza entre las manos. Selva aguardaba, desconsolada. La mujer continuó:
–Cuando la madre de Lea me contó lo de su llamada, me di cuenta de lo amable que debería de ser usted. Lea, por su parte, la adora.
–Lea es una chica con mucho talento, estoy convencida de que llegará a ser una pianista de éxito.
–Siempre que no acabe en un campo de trabajo, por supuesto.
Selva agachó, triste, la cabeza.
–Si usted conociera a alguien en el consulado, *madame*… Quizás si…, quiero decir… –titubeó la mujer.
–Conozco al cónsul.
–¿Podría usted hablarle de mis hijos?
–Honestamente, no creo que hablar con él sirva de nada.
–Quizás podríamos ir juntas. Si usted nos presentara, podría hablar con él yo misma.
–¿Quiere un poco de café? –le preguntó Selva, sin saber qué decir.
La mujer pareció sorprenderse.
–Lo siento, es costumbre en mi país ofrecer café o té a los invitados.
–Sí, nosotros tenemos la misma costumbre. Tomaré un café solo, gracias. ¿Le apetece un cigarrillo?
–No, gracias, no fumo. Lo dejé cuando me quedé embarazada y no he vuelto a fumar… todavía.
Fazil dejó caer su cuchara y Selva corrió a recogerla. Cogió a su hijo en brazos y se lo llevó consigo mientras preparaba el café.
–Será mejor que vigile por usted mientras está en la cocina –dijo la mujer mientras se sentaba en el taburete–. Es cierto que tiene una visión perfecta del cruce, desde aquí –añadió.
Momentos después, Selva regresó con dos tazas de café en una bandeja, y con Fazil agarrado a su falda.
–¿Puedo saber por qué abandonó usted su precioso país para venir aquí? –se interesó la mujer–. No es que yo conozca Estambul, por

supuesto, pero los que sí lo conocen no paran de hablar de él.

–Ni la familia de Rafael ni la mía aprobaban nuestro matrimonio. Yo soy musulmana, ¿sabe? –Selva vio arquearse las cejas de la mujer, sorprendida–. En lugar de vivir en la misma ciudad que nuestros padres, disconformes, decidimos que sería mejor irnos a otro país.

–Así que es usted musulmana… Jamás lo habría adivinado.

Selva dejó su taza de café sobre la mesita y preguntó:

–¿Y eso por qué? ¿No pueden amarse una musulmana y un judío?

–Lo siento, no he querido decir eso…

–¿Por qué no se sienta aquí? Yo ya puedo ocupar mi puesto –sugirió Selva.

–Es increíble que se pase usted vigilando todo el día –observó la mujer mientras caminaba hacia el sofá.

–En realidad no paso todo el día –precisó Selva–, pero cuando acabo las tareas de la casa, me siento aquí y escucho la radio, hago punto o leo el periódico, y al mismo tiempo puedo ver lo que pasa ahí fuera.

–Entonces, *madame* –retomó la mujer–, que sea usted musulmana y turca significa que su palabra tendrá más peso en el consulado…

–En lo que respecta al consulado, si eres turco, le aseguro que no importa la religión que profeses– se enorgulleció Selva.

Por cortesía, la mujer no quiso preguntarle por qué había tenido, entonces, problemas con su propia familia. Selva tomó un sorbo de café y miró a la calle.

–No puedo prometerle nada, pero voy a ir al consulado a preguntar si hay algo que puedan hacer por usted –dijo Selva.

–Oh, señora, *madame* Alfandari; no sé cómo darle las gracias.

–No me lo agradezca, por favor. Sinceramente, no albergo ninguna esperanza.

La mujer sacó una fotografía de su bolso y se la entregó a Selva.

–Quédese con esto, por favor. Quizás pueda usted entregársela al cónsul y ablandar su corazón al ver las preciosas caras de mis hijos.

–*Madame*, le aseguro que la fotografía no cambiará nada. Si el cónsul está en posición de poder ayudar, lo hará; pero debe entender que no puede abusar de su autoridad de ningún modo.

–Quizás si usted le dijera que los niños son muy amigos suyos, o incluso si existe un precio para algo así… Estoy segura de que habrá un precio.

Selva se puso seria. Desahogó su ira en Fazil, que estaba llevando todos los juguetes del dormitorio al salón.

–¡Devuelve ahora mismo todo eso a donde tiene que estar! –le gritó. Se levantó y cogió la taza medio vacía de la mesita de al lado de la mujer–. Bien, encantada de haberla conocido. Si no le importa, tengo cosas que hacer.

Era obvio que su invitada no esperaba que reaccionara así.

–Lo siento si la he ofendido, *madame* –se disculpó la mujer, con voz temblorosa.

–No me ha ofendido.

–¿Podría volver a visitarla; digamos, ¿la semana que viene?

–No, por favor, no vuelva a venir.

–¿Puedo llamarla por teléfono?

–No, no lo haga.

–Sé que la he ofendido, pero le aseguro que no era esa mi intención. Estoy tan desesperada… Le ruego que me perdone.

–No se preocupe.

–Aun así, me gustaría dejarle mi número de teléfono, en caso de que cambie usted de opinión.

Sacó un lápiz del bolso y escribió el número en el reverso de la fotografía de sus hijos. Selva esperaba de pie, a su lado. Por fin, la mujer se levantó y se dirigió a la puerta. Fazil siguió a su madre, que la acompañaba; la mujer le dio unas palmaditas en la cabeza.

–Usted también es madre –dijo, casi llorando–. Tengo fe en usted únicamente por eso, únicamente porque es madre…

Selva cerró la puerta detrás de la mujer, cogió a Fazil en brazos y regresó al salón, murmurando para sí: «¡Qué mujer más insolente!». Soltó a Fazil para coger el café que tenía a medias y miró por la ventana. Había alboroto en la intersección; al abrir la ventana, pudo oír los gritos. La Gestapo se estaba reuniendo en la esquina, con sus motocicletas. Veía a gente corriendo aquí y allá, más tumultuosamente en el cruce. Selva se asomó y gritó:

–¡*Madame*!…, ¡*madame*!…, ¡*madame* Afnaim!

La mujer acababa de salir por la puerta principal del edificio. Cuando oyó que Selva la llamaba, miró hacia arriba.

–¡Vuelva! –le advirtió Selva–. Vuelva a subir, ¡rápido!

Se abalanzó sobre el teléfono sin ni siquiera cerrar la ventana y marcó el número de Rafo.

–¿Rafo? Rafo, ¿eres tú? Escóndete ahora mismo, por el amor de Dios ¡Escóndete ahora mismo! Ni se te ocurra salir del almacén hasta que vuelva a llamarte.

Colgó el auricular y corrió a abrirle la puerta a la mujer a la que había echado de casa dos minutos antes.

–Es increíble, han salido de la nada. Están hostigando a la gente en el cruce, será mejor que espere aquí hasta que todo se calme.

La mujer llegó a la puerta temblando.

–Dios la bendiga, amiga mía –dijo mientras avanzaba hacia la ventana del rincón, sin haberse quitado siquiera el abrigo–. Hay demasiados judíos viviendo en este barrio; por eso no hemos tenido ni un momento de paz. Desgraciadamente, los que no son judíos también están teniendo que enfrentarse a esto todo el tiempo.

Selva y Camilla se empujaban, disputándose el poco espacio disponible en la ventana del rincón. Fazil empezó a llorar porque quería que su madre lo tomara en brazos, pero ella le regañó:

–¡Ya basta! No es momento para llorar, así que para de una vez, ¿me oyes?

Cuando Fazil oyó el ruido penetrante de las sirenas de fuera, se asustó y dejó de llorar. Selva se arrodilló junto a su hijo.

–Vamos, ¿por qué no te vas a jugar con tu camioncito rojo al dormitorio, cariño? –intentó convencerle.

–¡*Madame* Alfandari, mire lo que están haciendo! ¡Dios mío, no! ¡No, eso ya es demasiado!

Selva se levantó e intentó atisbar por encima del hombro de la mujer. Dos soldados alemanes sujetaban por los brazos a un joven que clamaba a voz en grito, mientras un tercero tiraba de sus pantalones hacia abajo. Sacando fuerzas de flaqueza, el joven forcejeó hasta conseguir que no le bajaran los calzoncillos, pero no le sirvió de nada. Selva cerró fuerte los ojos inmediatamente; cuando los abrió, llevaban al joven a rastras hacia un vehículo militar que les esperaba, donde lo metieron a empujones.

–Mire hacia allí, a la izquierda, han puesto a todos los hombres en fila. ¿Se da cuenta? ¡Han vuelto a las andadas!

Selva le cambió el sitio a la mujer y asomó ligeramente la cabeza. Tenía razón, estaban obligando a los hombres a desnudarse para inspeccionarlos. Vio a un niño corriendo calle abajo, escondiéndose en los soportales para escapar.

–¿Tiene unos prismáticos? –preguntó la mujer.

–¿Para qué los quiere?

–No puedo reconocer a los hombres de la fila desde aquí. Quizás pueda con unos prismáticos; me gustaría saber si entre ellos hay algún amigo mío.

–No tengo prismáticos –respondió Selva–. *Madame* Afnaim… su apellido era Afnaim, ¿no es así? Apártese de la ventana, por favor. ¿Qué podría hacer aunque conociera a alguno de ellos?

Cerró la ventana y corrió las cortinas. La mujer seguía mirando a la calle a través de los visillos.

–¡Mire, mire! Se llevan a otro más; están llevándoselo a la fuerza. ¡Dios mío! El pobre hombre lleva los pantalones por los tobillos.

Selva rodeó cariñosamente con su brazo los hombros de la mujer.

–Vamos, *madame*, no mire esa brutalidad. Deme su abrigo y siéntese aquí.

–Llámeme Camilla, por favor.

–Camilla, déjame calentar el café que no pudiste acabar antes.

–*Madame* Alfandari…

–Por favor, llámame Selva.

–Selva, ¿no crees que deberíamos hacer lo que habías pensado? Aunque hayan rechazado tu oferta, creo que deberíamos llamar a tus vecinos para prevenirles. Después, yo puedo llamar a los míos y decirles que no salgan a la calle.

–¡Una idea excelente! Empieza a llamar a tus amigos mientras yo busco mis números de teléfono.

Mientras Selva iba hacia el dormitorio a buscar la agenda, Camilla ya había marcado su primer número.

–Menahim, soy Camilla. La Gestapo está en el cruce, comprobando las circuncisiones a la fuerza. Llama a la escuela y diles que no deben mandar a los chicos a casa bajo ningún concepto. Advierte también a los Razon y diles que avisen a los vecinos de su calle. Deberían llamarse los unos a los otros. Yo llamaré a la familia Marcus…

Ankara

El doctor Sahir trataba de recordar dónde había conocido al atractivo joven que había insistido en concertar una cita a la hora de comer. Al no conseguirlo, volvió a mirar la tarjeta que tenía en la mano:

Macit Devres
Ministerio de Asuntos Exteriores
Departamento político
Director

–Lo siento –empezó–, su cara me resulta muy familiar, pero no consigo recordar dónde la he visto antes. Ankara es una ciudad pequeña, nuestros caminos deben de haberse cruzado con anterioridad.

–La verdad es que tiene usted una memoria excelente: jugamos al *bridge* en casa del doctor Celal, hace dos años…

–¿De verdad?

–… Pero no estábamos sentados en la misma mesa.

–En ese caso, mi memoria dista mucho de ser excelente. ¡Es terrible!, no sé cómo he podido olvidarlo.

–Seguramente yo tampoco me acordaría de usted si el doctor Celal no me hubiera recordado aquel fin de semana de verano en que jugamos al *bridge*. Para serle sincero, no le relacionaba con la descripción que me dio, pero le reconocí tan pronto como entré aquí.

–Así que usted también juega al *bridge*. Supongo, además, que juega usted bien, si se ha ganado un puesto en casa del doctor Celal.

–Podría llegar a ser mejor si tuviera la oportunidad de jugar más a menudo. Desgraciadamente, estamos muy ocupados en el despacho estos días. Estoy atado a mi escritorio.

Finalmente, el doctor Sahir decidió poner fin a las formalidades e ir directo al grano:

–¿Y bien? ¿Qué puedo hacer por usted? –preguntó, mientras le entregaba a Macit un expediente que sacó de su cajón–. Antes de nada, le agradecería que rellenara este formulario. Comprenderá que necesito algunos detalles.

Macit rechazó el expediente.

–Preferiría no hacerlo, doctor. Verá, no estoy aquí por mí.
–Ah.
–No quise decírselo a su secretaria. Mi esposa tiene una cita con usted mañana, así que decidí venir antes y tener una charla previa.
El doctor Sahir estaba desconcertado. ¿Se trataba de un marido celoso?
–¿Es usted de los que no cree en los tratamientos psicológicos?
–¡En absoluto! Todo lo contrario, de hecho. No puede usted ni imaginar lo que he tenido que hacer para que mi mujer accediera a ver a un psiquiatra. El doctor Celal es tanto el médico de la familia como un amigo. Fue él quien le recomendó y quien convenció a Sabiha para que viniera a verle.
–Entiendo. ¿Y de qué quería usted hablar conmigo?
–Sabiha, mi esposa, vendrá a verle mañana a las tres de la tarde. Creo que hace ya algún tiempo que está atravesando una crisis: no puede dormir por la noche, es infeliz, tiene siempre los nervios a flor de piel y es cada vez más retraída. No hay nada en nuestras vidas que le dé motivos para sentirse así. Es cierto que últimamente no estoy en posición de dedicarle mucho tiempo, dadas las actuales circunstancias en el trabajo. A consecuencia de ello, parece que nos hemos distanciado un poco; pero, aun así, no hasta el extremo de causarle una crisis.
–Sin duda, es usted consciente de que existen infinidad de detalles inimaginables capaces de afectar la vida de las personas.
–Estoy seguro de que mi esposa le hablará de su hermana en Francia y del reciente ataque al corazón de su padre.
–Ya veo.
–Todo eso es cierto, pero no es el motivo por el que hoy estoy aquí.
–Le escucho.
–Si he venido es, en realidad, porque estoy muy preocupado por mi pequeña hija. Nuestra querida Hülya solo tiene ocho años, pero me temo que mi esposa no…, digamos que no parece interesarse mucho por su hija. Es una niña muy lista y se ha dado cuenta de eso; creo que está reaccionando al hecho de que su madre no se preocupe por ella. Está falta de afecto. *Inshallah*, que mi mujer supere su problema, pero me preocupan las repercusiones que este pueda tener sobre mi hija. ¿Cómo vamos a enmendar el daño que ya se le ha hecho?
–Creo que debería ver antes a mi paciente, si no le importa.
–Por supuesto, doctor, lo entiendo. Sin embargo, estoy seguro de que Sabiha no le hablará de la situación de nuestra hija. Por eso he asumido personalmente la responsabilidad de explicárselo. Usted podrá ser capaz de llegar a la causa de su indiferencia, de resolver el misterio. Al parecer, mi hija busca desesperadamente en sus abuelos el afecto que su madre no puede darle. No creo que eso sea sano en

absoluto.
–¿No se ha parado a pensar que el estado de su esposa podría deberse también a la indiferencia?
–Disculpe, pero no le entiendo.
–La falta de amor afecta a los mayores tanto como a los jóvenes.
–Por supuesto.
–Me acaba usted de decir que su esposa está atravesando una crisis, y aun así está usted más preocupado por su hija que por ella. Me comenta también que su hija es muy espabilada y se da cuenta de la negligencia de su madre, y de que quizás no la quiera lo suficiente.
–Así es.
–¿Y no es posible entonces que su esposa sea también espabilada e inteligente, y que se dé cuenta de ciertas cosas que contribuyen a su infelicidad?
–Le puedo asegurar que yo soy completamente fiel a mi mujer, y que la tengo en muy alta estima.
–El amor y la estima son dos conceptos completamente diferentes. Por lo que me explica, es muy probable que esté usted escatimándole a su esposa el amor y el afecto, por más que la tenga usted en alta estima.
–¿En serio? –reaccionó Macit, confundido. Sacó el reloj de su bolsillo y miró la hora: la pausa del almuerzo estaba acabándose–. Es cierto que puedo haber descuidado a mi esposa por estar desbordado por el trabajo, últimamente, pero ese es el motivo por el que hemos invitado a sus padres a quedarse con nosotros.
–Ojalá fuera posible delegar en otras personas para que se ocuparan de nuestros seres queridos, pero por desgracia padres y madres no pueden sustituir a maridos y esposas, ni viceversa. Incluso a usted le exaspera que su hija tenga más afinidad con sus abuelos que con su propia madre.
»Hay una nueva terapia que se está llevando a cabo en Europa, ahora mismo. Se aplica a los familiares que están en desacuerdo y se llama, simplemente, «terapia familiar». Su uso no está muy extendido todavía, pero estoy seguro de que su utilidad será pronto reconocida. El terapeuta reúne a toda la familia en el mismo lugar, escucha sus problemas e intenta hallar una solución. ¿Estaría usted interesado en ese método?
–Francamente, no quisiera involucrarme. Además, me opongo a que mi hija vea a un psiquiatra a su edad. Fue mi mujer la que concertó la visita debido a sus problemas nerviosos. Mi intención era, tan solo, ponerle en antecedentes en lo referente a mi hija.
–Como desee… Sin embargo, quisiera que no considerara a los psiquiatras como una especie de hombres del saco. Nuestro trabajo es ayudar a gente de todas las edades.

–Le aseguro que no les veo como a hombres del saco, en absoluto; es solo que esa «terapia colectiva», o como se llame…, no es mi estilo.

–En ese caso, le agradezco que se haya tomado la molestia de informarme de esos detalles. Espero que cuando hable con su esposa pueda ocurrírseme alguna clase de terapia que les ayude a todos. Conocer su actitud hacia su hija me será útil; sin duda, me ha dado usted una pista en ese sentido –dijo el doctor Sahir mientras se levantaba para acompañar a Macit a la puerta. Mientras se daban la mano, añadió:

–Le pediré a Celal que organice una partida de *bridge* una tarde, cuando esté usted libre.

Al bajar la escalera que llevaba a la calle, Macit murmuraba: «Sí, que organice pronto una partida de *bridge* para poder darte una lección, listillo».

París

Tarik Arica se había alojado en un hotel barato desde que puso un pie en París. Sentado en el taxi con sus dos maletas, de camino a su nuevo apartamento, se sintió muy feliz. Mudarse a un piso de alquiler significaba que ya no tendría que vivir en una habitación que parecía una celda, con solo una cama, una mesita de noche y un armario. Su nuevo hogar tenía dos dormitorios, un pequeño salón, una cocina lo suficientemente grande como para que cupiera una mesita de desayuno, y un amplio lavabo con bañera y bidé. Y lo que era aún mejor: estaba completamente equipado y quedaba cerca del metro y de varias paradas de autobús. Resumiendo, era casi perfecto. Para Tarik, el único problema era de tipo financiero: el alquiler era demasiado alto, así que tenía que compartirlo con otra persona. Esa persona era Muhlis, su compañero en el consulado. Cuando Tarik le habló del apartamento que había visto y se lamentó porque era demasiado caro, Muhlis, que también estaba buscando un buen sitio donde vivir, se ofreció de inmediato a compartirlo con él. Como tenía dos dormitorios, Tarik pensó que sería una buena idea, pero cuando iban a firmar el contrato, le asaltaron dudas de última hora: ¿sería capaz de compartir un apartamento con alguien con quien trabajaba todos los días? ¿Podría aguantar a una persona que no paraba de hablar y de hacer bromas? De todas formas, la decisión ya estaba tomada, así que siguieron adelante, firmaron el contrato y pagaron el depósito.

El día que tenían que mudarse, Muhlis debía llevar unos documentos a la embajada turca de Vichy, así que Tarik hizo la mudanza solo. Después de colocarlo todo en sus respectivos armarios, iría a dar una vuelta, se sentaría en una cafetería y disfrutaría de un Pernod y un cigarrillo. Pensaba celebrar este día por varios motivos, el más importante de los cuales no era que hubiera cambiado de apartamento, sino que Sabiha le había llamado por teléfono.

Hacía casi dos años que no había vuelto a oír su voz. Estaba tan excitado que Muhlis, sentado en el escritorio, le hacía señales para preguntarle qué pasaba.

Sabiha le pidió a Tarik que protegiera a su hermana y a su familia de

los alemanes, que habían avanzado hasta el sur. Él se preguntaba quién podría proteger a nadie de Hitler; ¿acaso pensaba que era Dios? Tarik le aseguró que tanto Selva como su marido estaban en posesión de documentación válida y que podían, por tanto, volver a Turquía si lo deseaban. Sabiha le habló, también, del ataque al corazón de su padre. Si les pasaba algo a Selva o a su hijo, el corazón del anciano no podría soportarlo.

Tarik asimiló todo lo que Sabiha le había dicho como si hubiera recibido noticias de su propia familia. Le llevó bastante tiempo consolarla y convencerla de que nada iba a pasarle a su hermana. Le prometió que informaría a Selva de los horarios de los trenes entre París y Estambul, insistiría en que debía abandonar Marsella y adoptaría el papel de protector de ella y de su familia.

Pero una cosa era lo que le había dicho por teléfono y otra muy diferente, cómo iba a conseguirlo. Todo lo que podía hacer era contactar con Nazim Kender, en Marsella, y pedirle que vigilara a Selva. Sin embargo, si se paraba a pensarlo, ¿no sospecharía Nazim Kender de que Tarik le pidiera que protegiera a una mujer casada? No, estaba convencido de que no lo haría.

Al colgar, su amor por Sabiha le hizo sentirse obligado a comprobar, al menos, los trenes con destino a Estambul. Los viajes en tren a través de los países ocupados eran muy peligrosos. Las escaramuzas que sufrían por el camino hacían que los horarios fueran caóticos; era imposible saber exactamente a qué hora saldría un tren de París y cuándo o adónde llegaría. No podía obligar a Selva a hacer un viaje así; pero mientras hacía sus averiguaciones, se tropezó con otro atisbo de esperanza: descubrió que los diplomáticos turcos estaban ideando un plan para reunir en París a todos los judíos que habían salvado de los campos de trabajo, enviarlos a Estambul en tren y luego, por mar, a Palestina. Fue el embajador de Turquía en Vichy quien le habló de este proyecto. No iba a ser tarea fácil. De acuerdo con el plan, el gobierno turco arrendaría un vagón y lo uniría a uno de los trenes que se dirigían a Edirne. Como Turquía era un país neutral, haría valer sus derechos para tomar el vagón bajo su protección. Se estaba invirtiendo mucho esfuerzo para llevar a buen puerto este plan, que a él le capacitaba para hacer algo por Sabiha. Eso le agradaba.

Pero había algo más que le hacía sentirse satisfecho.

Sabiha le había dicho por teléfono que había empezado terapia con un psiquiatra. Al parecer, se trataba de un graduado en Austria que no era como los demás doctores. No era uno de esos psiquiatras que despachaban a sus pacientes recetándoles pastillas para dormir y tranquilizantes; muy al contrario, pasaba horas hablando con ellos y llegando, en consecuencia, a la raíz de sus problemas. Sabiha le visitaba dos veces a la semana y estaba muy contenta con él. No la

juzgaba, ni la hacía sentir culpable, ni siquiera le daba consejos; se limitaba a escucharla.

Sabiha había encontrado por fin a alguien con quien hablar y hablar de sus miedos internos y sus dudas. Tarik, que se sintió un poco celoso, le preguntó qué clase de hombre era ese especialista: ¿era viejo?, ¿era guapo? No, no era viejo, pero sí guapo. «¿De verdad?», respondió Tarik. La voz de Sabiha era como música para sus oídos. Ella le recordó que el psiquiatra, después de todo, no era más que un médico, y que nunca podría sustituir a un buen amigo. Sabiha echaba mucho de menos la cálida amistad de Tarik.

Al caer la tarde, Muhlis llegó a su nuevo apartamento cargado con la compra, que llevó directamente a la cocina y distribuyó en las estanterías.

–Pero ¿qué es todo esto? ¿Qué es lo que has comprado? –preguntó Tarik.

–Estas son el tipo de cosas que hacen que la vida valga la pena: quesos variados, vino y pan.

–Había pensado en salir fuera a cenar.

–Esto no es para la cena, querido amigo; son *delicatessen*.

–¿Dónde has encontrado este queso? Pregunté en la charcutería de enfrente al volver a casa, pero no tenía *brie*. Me dijeron que no era fácil conseguirlo hoy en día. ¡Dios mío! Mira todo ese vino. ¿Quién se va a beber todo eso, por el amor de Dios?

–Yo puedo encontrar cualquier cosa –contestó Muhlis–. Y en cuanto al vino, es para nosotros y nuestros invitados, por supuesto.

–¿Qué invitados?

–Espera y verás. Ferit y su esposa llegarán pronto. Es un amigo de Galatasaray, mi antigua escuela en Estambul. Estaba estudiando aquí su maestría cuando estalló la guerra y ya no pudo volver a casa, así que ahora da clases en la universidad. Estoy seguro de que te gustará: no es un caradura como yo, es serio como tú. Además tiene mucho talento: fue campeón de atletismo en el colegio y muy buen actor en las representaciones escolares. Nunca olvidaré la noche que entró en éxtasis bailando una danza de Kazajistán. Nos quedamos sin habla.

Tarik estaba molesto. Esperaba escuchar un rato la radio o leer un libro después de la primera cena en su nueva casa. Deseaba acostarse temprano y tener la oportunidad de pensar en la llamada telefónica de aquella mañana. Intentaría reconstruir la conversación palabra por palabra y, quizás, ser capaz de leer entre líneas. Analizaría fríamente el tono de voz de Sabiha, entre inquieto y feliz.

–Deberías haberme preguntado antes –le espetó Tarik.

–Puedes quedarte en tu habitación si no quieres unirte a nosotros. Pensé que sería buena idea celebrar el primer día en nuestra nueva casa.

–Sería descortés quedarme en mi dormitorio, pero te agradecería que consultaras conmigo antes de volver a invitar a nadie más.

–¡Cualquiera diría que todavía estamos en la escuela! Mira, Tarik, ya sabes que siempre te he tratado con respeto como mi superior en el trabajo, pero tienes que entender que, si vamos a compartir este apartamento, debemos tener el mismo estatus; de lo contrario, no funcionará. Ambos deberíamos poder ir y venir a nuestro antojo. Tenemos que ser libres para invitar a casa a quien queramos, ya sea compañía femenina o huéspedes a los que queramos recibir. ¿Te parece bien? Después de todo, ya no somos niños, ¿no crees?

–Me gustaría pensar en ello, si no te importa. Si no estuviera de acuerdo, creo que sería mejor si tomáramos caminos separados antes de poner en peligro nuestra amistad –razonó Tarik mientras se retiraba a su cuarto.

Se sentó en la butaca junto a la ventana. No encendió la luz, se quedó reflexionando a la luz de las farolas. Se preguntaba si estaría siendo extravagante. Las palabras de Muhlis le habían sobresaltado: ¿qué es lo que había dicho? Había mencionado que deberían traer libremente a casa a quien quisieran, incluida compañía femenina. Él también era joven, pero jamás se le había ocurrido que alguna vez querría traer a una mujer a casa, sobre todo con alguien durmiendo en la habitación de al lado.

Esa era una de las diferencias entre alguien criado en Anatolia y alguien criado en Estambul. La sola idea de algo así era capaz de ruborizar a cualquier antiguo alumno del Liceo de Sivas, pero era perfectamente normal para alguien que había estudiado en el Liceo Galatasaray de Estambul. Quizás era el momento de madurar; quizás Tarik debería darse cuenta de que la vida no era solo ir y venir del trabajo, y que el amor no consistía en estar enamorado de una mujer soñada que jamás podría ser suya.

Conocer a Muhlis podría haber sido una bendición. ¿Sería él el intermediario que le haría salir de su cascarón, que le presentaría amigos nuevos y que le llevaría a nuevos lugares? ¿Sería quien ampliara sus horizontes descubriéndole la vida nocturna parisina, los bares donde podría disfrutar de la compañía femenina?

Salió de su dormitorio y fue a la cocina, donde Muhlis estaba colocando los diferentes quesos en una bandeja. Tarik le puso la mano en el hombro y se dirigió a él en su habitual tono calmado.

–Tienes razón, amigo mío. Ya no somos escolares; estamos en nuestro apartamento, en nuestro hogar. Siéntete libre de ir y venir a tu antojo y, por supuesto, de invitar a tus amigos siempre que quieras. Solamente te pido que me avises cuando traigas gente para poder hacer otros planes si no me apetece quedarme con vosotros. Puedo ir al cine, o algo así.

Al final de la velada, Tarik se alegró de haber decidido unirse a los invitados. Ferit y su esposa eran realmente agradables. Trajeron una botella de vino y una interesante conversación fluyó con facilidad. Lejos de las expectativas de Tarik, Ferit resultó ser un hombre sensato y polifacético, en lugar del dandi que él esperaba. Era exactamente como Muhlis lo había descrito. Evelyn, su esposa, era una chica francesa encantadora a quien Ferit había conocido en la universidad. Se conocían desde hacía unos seis años y se habían casado seis meses atrás. Ella hablaba un poco de turco, aunque le costaba. Sin embargo, a medida que la noche avanzaba y tras algunas botellas de vino, las barreras lingüísticas quedaron abolidas. Todos se sentían cómodos juntos y hablaban de cualquier cosa imaginable. La conversación derivó, inevitablemente, hacia la guerra que asolaba Europa y las terribles condiciones de vida que había traído consigo. Ferit compartía sus opiniones acerca de la actitud cruel e inhumana de los alemanes hacia los judíos. Él mismo había ocultado a algunos amigos judíos de la universidad en su apartamento. Como les asustaba ir en persona al consulado, él había ido en su nombre y había rellenado los formularios por ellos.

Tarik les contó que él también había salvado a algunos judíos de las garras de la Gestapo. Muhlis añadió que una anciana a la que Tarik rescató no paró de intentar besarle en el coche, durante todo el camino al consulado. Todos rompieron a reír.

Evelyn también tenía historias que contar. Al parecer, había oído informes espantosos de la vida en los campos de trabajo, a través del prometido de una amiga suya. ¿Cómo se había enterado él? Parece que, como había sido progermánico, le habían permitido llevar provisiones al campo en un camión de reparto. Durante sus idas y venidas, había podido charlar con los que trabajaban allí y había descubierto las atrocidades espeluznantes que se llevaban a cabo en el interior. Ni qué decir tiene que ese fue el final de sus opiniones progermánicas.

Evelyn, Ferit, Muhlis y Tarik permanecieron despiertos hablando hasta primera hora de la mañana, a pesar de que se les trababa un poco la lengua como consecuencia del vino. Las desoladoras historias que compartieron les llevaron a la conclusión de que esa pobre gente necesitaba ayuda, así que todos prometieron hacer cuanto estuviese en sus manos por ayudarles.

–Tú ya estás haciendo todo lo que puedes –observó Ferit–, pero nosotros aportamos nuestro granito de arena, en la medida de nuestras posibilidades.

–¿De verdad? ¿A qué te refieres, una asociación o una organización, o algo así?

–No, no exactamente –respondió Ferit mientras se levantaba de al

lado de Tarik, encendía la radio y buscaba en el dial una emisora que emitiera música. De ese modo, la conversación llegó a su final. Para cuando Muhlis hurgó de nuevo en la radio y encontró música de baile, su estado de ánimo había cambiado un poco.

Cuando los invitados se hubieron marchado, Tarik y Muhlis recogieron y se retiraron a sus respectivos dormitorios. Tarik se tumbó de espaldas, con las manos detrás de la cabeza. Estaba un poco borracho, pero contento de que así fuera, ese compañero de piso con incontinencia verbal había añadido un poco de color a su vida.

Ankara

Sabiha estaba sentada en un sillón, con los pies reposando sobre una banqueta en la consulta del doctor Sahir, intentando relajarse.

–Esperaremos a que estés lista, como siempre –le dijo el doctor–. Por favor, no empieces a hablar hasta que te sientas preparada. Recuéstate y relájate, deja que tus pensamientos tomen el control. Hoy puedo ponerte un poco de música, si quieres. Sé que te gusta la música clásica; tengo el concierto para piano de Brahms aquí mismo, ¿te gustaría escucharlo?

–Oh, sí, por favor.

El doctor Sahir cogió el disco negro, le limpió el polvo con cuidado y lo puso en el gramófono. Tras el crepitar inicial de la aguja y las primeras notas de la melodía, Sabiha cerró los ojos y escuchó el concierto que tan bien conocía. Le ayudó decisivamente a relajarse, como si se quedara medio dormida; podía oír la voz del médico, pero no estaba segura de dónde venía. No estaba exactamente frente a ella, así que ¿estaría sentado detrás o caminando por la habitación? Él le habló durante un rato, haciéndole preguntas ocasionales.

–¿Recuerdas el día en que nació tu hermana?

–Casi como en un sueño… Yo tenía unos dos o dos años y medio. No puedo decir que lo recuerde con claridad.

–¿Compartíais el mismo dormitorio?

–No, Selva durmió en la habitación de mi madre durante un año, más o menos.

–Eso debió de enfadarte mucho.

–Sí, claro. No dejaba de quitarme cosas que me pertenecían.

–Esa es una variante muy normal de los celos, que la mayoría de niños sufren cuando nace un hermano.

–¡No lo creo! Era distinto conmigo. Recuerdo que a veces quería incluso matarla.

–¡No exageres!

–Bueno, quizás matarla sea decir demasiado, pero sí que había ocasiones en que deseaba que se muriera. Cuando pasó el sarampión, por ejemplo, me enviaron lejos porque no querían que yo también me contagiara.

–¿Adónde te enviaron?

–A casa de mi abuela paterna; porque cuando la enfermedad se agravó, mi otra abuela vino a quedarse con nosotros unos días, concretamente para cuidar de mi hermana. Recuerdo que me dijeron que rezara por Selva antes de irme a la cama. Yo rezaba, pero no para que se recuperara, sino para que se muriera.

–¿Te sentías abandonada?

–¡Y de qué manera! Solamente tenía seis años, quería estar con mi familia aunque corriera el riesgo de coger el sarampión.

–¿Qué pasó entonces?

–¿Entonces? Entonces… Selva empeoró; mientras yo rezaba para que muriera, quiero decir. Cuando le explicaron la situación a mi abuela, ella y mi abuelo salieron corriendo: pasaron allí toda la noche. Yo me asusté mucho y lloré todo el tiempo. Luego rezaba sin parar para que mi hermana se pusiera bien.

–Y lo hizo.

–Sí, gracias a Dios lo hizo, pero debo admitir que sufrí y tuve remordimientos durante mucho tiempo, después de aquello. Siempre me he sentido culpable por ella.

–¿Hubo alguna otra situación parecida?

–No exactamente como esa. Estábamos creciendo, así que supongo que habría más sentimientos infantiles.

–Háblame de ellos.

–A veces me enfadaba mucho con mi hermana y le deseaba cosas horribles.

–¿Como cuáles?

–Oh, no lo sé… Una vez, por ejemplo, le ofrecieron el papel protagonista en la obra de la escuela, y yo sentía que debería haber sido mío. Después de todo, yo era mayor que ella; creía que estaba en mi derecho.

–¿Por qué le dieron el papel a ella?

–Porque era una larguirucha: era un papel masculino.

–¿Y?

–Deseaba que se pusiera enferma y se perdiera el primer ensayo. Aquel día estaba nevando, un manto blanco lo cubría todo. ¡Adivine! Se cayó y se rompió el brazo.

–¿En serio? ¡Increíble! ¿Y qué hiciste entonces?

–Me sentí muy mal, me pesaba la culpa. No se lo podía decir a nadie, claro. Para aliviar mi conciencia, me convertí en su esclava hasta que se recuperó.

–¿Le confesaste a ella tus sentimientos?

–Quería hacerlo; con todo mi corazón, además, pero no pude. Ella no me habría creído, de todos modos. Es muy inocente y siempre piensa bien. Cree que la quiero mucho.

–Y es así, ¿no es cierto?
–Sí, lo es. La quiero mucho. Pero, ¿voy a estar celosa de ella toda mi vida?
–Mira, Sabiha, créeme si te digo que todos los primogénitos tienen sentimientos similares cuando el más pequeño concentra más atención que ellos. Sienten muchos celos al tener que compartir el amor de sus padres. Ese sentimiento desaparece gradualmente al crecer.
–Puede que sí, pero yo siento que sus huellas siguen ahí. No es algo tangible, es más bien como una conciencia culpable. Siento que puedo haber influenciado la vida de mi hermana de algún modo con mis estúpidos ataques de celos.
–Nadie es lo suficientemente poderoso como para influenciar por completo las vidas de los demás.
–¿Ni siquiera los primogénitos extremadamente celosos?
–¡En absoluto! ¿Crees que todos los primogénitos son celosos?
–Es lo que acaba de decir.
–Ese era mi punto de vista. Quiero saber el tuyo.
–Estoy de acuerdo con usted, creo que todos los primogénitos son como la ira de Dios.
–¿Por qué?
–Porque son astutos y capaces de maquinar planes. Intentan manipular las vidas de los que nacen más tarde que ellos, porque quieren todos los juguetes, toda la ropa y todo el amor para ellos mismos.
–¿Todos los primogénitos? ¿Te refieres tanto a los chicos como a las chicas?
–Bueno, en el caso de los chicos, no lo sé; quizás ellos sean diferentes.
–¿Por eso no te gustan las primogénitas? ¿Qué opinas?
–Escuche esa música, doctor. ¿Puede sentir la fuerza de su excitación? Ta… taaa ta tata taaa ta… ¡Qué concierto tan magnífico! Yo siempre he querido tocar bien el piano. ¿No tendrá por casualidad algún concierto de Beethoven? –preguntó Sabiha, moviendo las manos como un director de orquesta.
–Te prometo traer algo de Beethoven para nuestra próxima sesión. ¿Cómo te sientes ahora? ¿No estás más relajada?
–Sí, sí que lo estoy. Le aseguro que ha sido la primera vez que he admitido mis sentimientos por Selva. No podría haberlo hecho con nadie más; lo entiende, ¿verdad? Es usted como un padre confesor para mí. Cada vez que me siento en este sillón, empiezo a confesarlo todo, me relajo.
–Me alegra mucho oír eso.
–Antes había alguien más en quien podía confiar, un amigo mío. Era la única persona a quien podía hablarle de ciertas cosas; aunque no del modo en que lo hago con usted, claro.

–¿Y qué pasó con él?
–Le destinaron a París y se marchó.
–¿Te entristeció?
–¡Muchísimo! Él era mi único amigo en esta ciudad.
–Así que cuando se fue te refugiaste en las pastillas para dormir, tomándotelas como si fueran agua.
–Así es. Pero creo que ya no necesitaré tomarlas para poder dormir, al menos eso es lo que siento.
–*Inshallah*.
–Es todo gracias a usted, doctor. En cada consulta siento que se acerca usted más al tumor maligno que hay en mi mente. Creo que, finalmente, encontrará el sitio exacto, lo sajará para que salga el pus y yo me recuperaré.
–No, Sabiha, no seré yo el que haga nada, sino que serás tú la que realizará todo el trabajo. Puede que, con tu ayuda, yo me haya acercado al «tumor», como tú lo llamas, pero me temo que todavía no he hallado su ubicación exacta. Seguirás visitándome y, cuando lo encuentre y averigüemos juntos qué lo causó, serás tú quien lo saje. Pero aún falta un poco para eso.
–Lo que usted diga –convino Sabiha–. Así que la semana que viene toca Beethoven, ¿verdad?
–Trato hecho.
Sabiha se puso en pie lentamente y bostezó. Se sentía inestable, como si acabara de regresar de un viaje en barco.
¿No había retenido su mano el doctor Sahir un poco más de lo normal al despedirse, o solo eran imaginaciones suyas?
Al salir del edificio, el viento frío le sentó como si le dieran una bofetada. No quería coger un taxi, así que volvió a casa caminando. Doctor Sahir…, ah, doctor Sahir, ¡qué hombre tan extraordinario! Podía leer en su alma como si fuese un libro abierto. Leer en su alma…, su alma… Regresó a casa como si estuviera sonámbula.
Sabiha seguía soñando despierta durante la cena, sentada a la mesa con su familia. Hacía diez días que Fazil Reshat había salido del hospital, y se unía por primera vez a ellos para cenar.
–¿Qué le pasa a mi hija querida? –preguntó–. Pareces angustiada.
–Estoy muy cansada, padre. Hoy he caminado mucho.
–No deberías salir a pasear con este clima, cariño, acabarás resfriándote –terció Leman.
–Me sienta bien andar, madre, me hace sentir mejor.
–A mí me parece que lo que necesitas son unas vacaciones –intervino Macit, entusiasta–. Desgraciadamente, de momento yo no puedo tomármelas. De todas formas, he pedido un descanso para la próxima fiesta nacional del 23 de abril. Cae entre dos fines de semana, o sea que, si mis compañeros pueden arreglárselas sin mí, quizás podamos

escaparnos unos días los dos solos. ¿Qué te parece?
–Aún falta mucho tiempo para abril.
–Lo sé, pero tengo que avisarles con mucha antelación.
–¿Y adónde quieres que vayamos? Toda Europa está en guerra –objetó Sabiha.
–Yo no pensaba en Europa.
–¿Dónde, entonces?
–He pensado que podría estar bien ir a la granja de mi tía, en Gebze. La primavera allí es maravillosa. Podríamos dar largos paseos juntos… Suponiendo, claro, que no pase nada grave en el ministerio.
–No creo que podamos hacerlo. Como ya sabes, están mis sesiones con el doctor.
–Todavía falta muchísimo para abril. Estoy seguro de que tus sesiones habrán acabado para entonces.
–¿Puedo ir yo con vosotros, papi?
–Todo arreglado –dijo Sabiha–, puedes llevarte a Hülya contigo. Vosotros dos podéis marcharos de vacaciones juntos, y yo podré seguir con mis sesiones aquí.
–¡Válgame Dios! ¡Qué cantidad de sesiones! –exclamó Leman.
Sabiha fulminó a su madre con la mirada.
–Te aseguro que están haciéndome mucho bien. Me siento mucho mejor.
Macit miró a su mujer asombrado. Recordaba los esfuerzos titánicos que tuvo que hacer para convencerla de que visitara al psiquiatra que el doctor Celal le había recomendado.
–¿Estás diciendo que no quieres ir de vacaciones? ¿No eras tú quien se quejaba de que se sentía atrapada en Ankara, sin ninguna ocasión de estar los dos juntos?
–Macit, ¿por qué tenemos que convertirlo todo siempre en una discusión? –preguntó Sabiha.
–¡No puedo creer que me estés diciendo eso! ¿Ahora soy yo el que provoca las discusiones? ¡Señor, qué paciencia hay que tener!
–Papi, papi, vámonos nosotros, por favor. Si mami no quiere venir, podemos ir juntos, ¿no? De todas formas, en nuestro país el 23 de abril es el Día del Niño, ¡mi día!
–Tienes que tener en cuenta la escuela, amor mío. Únicamente te dan un día libre, no puedes faltar el resto. Había preparado esto para tu madre, pensé que le iría bien un cambio de aires.
–Pero, papi, este año, por culpa de la guerra, las vacaciones de verano empiezan el 14 de abril, ¿no te acuerdas?
–¡Cielos! Tienes razón, lo había olvidado por completo. He estado tan concentrado en el siguiente ataque de los alemanes y lo que querrán de nosotros los rusos, que había borrado eso de mi mente. Lo siento, amor mío. En ese caso, podemos irnos los tres juntos de vacaciones.

Inshallah, que tu abuelo se haya recuperado para entonces, para que la abuelita y él puedan venir también. Podremos ir todos en familia. Cogeremos el tren –dijo Macit, buscando la aprobación en los ojos de su mujer.

–¡Ya basta! Ya has hablado suficiente de ello, Macit –protestó Sabiha–. Sea como fuere, aún falta mucho tiempo. Podremos repensarlo cuando la fecha esté más cerca.

Cuando los padres de Sabiha se retiraron a su dormitorio, Leman empezó a criticar a Macit:

–Te juro que no entiendo a este hombre. Se pasa la vida quejándose de que su mujer no quiere ver a un médico, y ahora que la pobre dice que se encuentra mejor, insiste en que interrumpa la terapia para irse de vacaciones a Gebze. ¡A Gebze! ¿Qué clase de vacaciones van a tener allí, rodeados de vacas y de gallinas? ¡Por favor!

Marsella

Selva deliberó junto al teléfono unos momentos y decidió que sería mejor tener esa conversación cara a cara; se llevaría a Fazil con ella e iría al consulado en persona. Pensó que, si había la misma cola que últimamente, le darían prioridad a una mujer con su hijo. En cualquier caso, Rafo no quería que le volviera a dejar a Fazil, ya que tenía que seguir escondiéndose en el almacén. Selva contempló la posibilidad de concertar una visita con la secretaria armenia, pero la descartó porque, de no conseguirla, no podría ir al consulado en absoluto.

Tras tomar esta decisión, buscó en su armario algo adecuado que ponerse. Sabía que a una mujer bien vestida se le abrirían muchas puertas, pero no tenía nada que diera esa impresión. Finalmente, optó por volver a ponerse el abrigo verde y el pañuelo Hermès de seda, a conjunto con el bolso de piel de cocodrilo que Sabiha insistió en regalarle y que sacó del fondo del armario. Arropó bien a Fazil, lo tomó firmemente en brazos y salió del apartamento.

Se preguntó si no debería decirle a Rafo lo que pensaba hacer antes de dirigirse a la parada del autobús, pero sabía que él intentaría quitarle la idea de la cabeza diciendo que los hijos de alguien a quien apenas conocía no eran asunto suyo. Le recordaría que, hoy en día, cada cual tenía que arreglárselas solo; no estaba bien que fuera pidiendo favores para los demás cuando podía llegar a necesitar pedir un favor para ella misma. Sin duda, la instaría a no agotar sus oportunidades en el consulado. Tras pensar en ello, decidió no avisar a Rafo y se dirigió, decidida, a la parada del autobús.

La parada, normalmente atestada de gente, estaba casi vacía. La gente de Marsella había optado por quedarse en casa, a no ser que salir fuera absolutamente necesario.

Encontró un asiento cerca del conductor, acomodó a Fazil al lado de la ventana y se sentó junto a él. Cuando el autobús arrancó, el revisor se le acercó.

–Uno para la Avenida del Prado, por favor –pidió Selva.

–Dos billetes.

–No, solo uno.

–Está ocupando dos asientos, *madame*.

–Pero si el autobús está casi vacío, ¿no lo ve?
–Da lo mismo, está usted ocupando dos asientos.
Selva cogió a Fazil y lo sentó en su regazo.
–Ya está, ahora solamente ocupo un asiento.
–Pero ha viajado hasta aquí ocupando dos.
–¿Qué es esto? ¿Una broma?
–¿Tengo cara de estar bromeando? Los que viajáis sin querer pagar sois todos iguales.
–¿Qué quiere decir con eso?
–Bueno, vamos a dejarlo… Págueme un billete y tengamos la fiesta en paz.
–Se comporta usted así porque he subido al autobús en una zona predominantemente judía. En primer lugar, le informo de que ni soy judía, ni soy francesa, lo cual debería resultarle obvio por mi acento. En segundo lugar, soy de origen alemán; y no solo eso, sino que también… ¿cómo le diría? Tengo amigos importantes, amigos muy cercanos en la Gestapo. Créame, va a pagar usted por esto. Dígame su nombre.
–No estoy obligado a dárselo.
–No importa, he memorizado el número de su placa y tomaré el número de ruta cuando baje del autobús. –El revisor inició la retirada, pero Selva prosiguió–: ¡Espere!, aún no he pagado el billete.
–No voy a cobrarle el viaje, dejémoslo así.
–Si no coge mi dinero, me temo que tendré que denunciarle a la administración.
El revisor dirigió a Selva una mirada de desprecio y emitió el billete, que ella cogió y se metió en el bolsillo. Al llegar a su destino, se acercó al revisor.
–Se merece usted todo lo que le está pasando durante la invasión, *monsieur*. Parece que Dios le está castigando por ser tan arrogante –le espetó.
Selva estaba muy nerviosa al bajar del autobús y le temblaban las piernas, así que se sentó en el banco de la parada para calmarse. Pensó que era una suerte que Fazil no supiera hablar bien todavía, porque así no podría explicarle a su padre lo que había pasado.
Para cuando llegó al consulado, Selva estaba agotada por llevar a Fazil en brazos. Como la cola frente al edificio de madera era la habitual, decidió saltársela, se dirigió directamente a la puerta y llamó al timbre. El mismo *kavass*, el portero del consulado, contestó a la puerta y sonrió al niño al reconocer a su madre.
–Quisiera ver al señor Kender –dijo Selva.
–Imagino que tiene usted cita.
–¿Acaso vendría sin tenerla?
–Por favor, suba por esa escalera y encontrará a su secretaria.

–Sí, conozco el camino, gracias –respondió ella mientras ponía a Fazil en el suelo. Madre e hijo subieron la escalera cogidos de la mano. La secretaria se sorprendió al ver a Selva.

–¿Sucede algo, *madame*? Ningún error en su documentación, espero.

–No, nuestros papeles están en orden. He venido a tratar un asunto personal con el señor Kender. Me pregunto si tendrá unos minutos.

La secretaria abrió su agenda delante de Selva y la comprobó.

–Podría colarla diez minutos entre dos citas, pero me temo que tendrá que ser breve.

–Sí, por supuesto, muy breve; lo prometo.

–Este debe de ser su hijo. ¡Qué dulce es!

–Sí, es mi hijo.

–¿Cómo te llamas, hombrecito?

–Fafa… Fafa… Fa… –balbuceó el niño.

–Fazil. Se lo pusimos en honor a mi padre.

Selva se sentó en la silla junto a la mesa de la secretaria, como había hecho en anteriores visitas, y acomodó a Fazil en su regazo.

No sabía cuánto tiempo llevaba esperando –tenía la mente ocupada en lo que iba a decir–, cuando vio de pronto a Nazim Kender en todo su esplendor, de pie frente a ella. Se levantó de un salto. El cónsul parecía confundido.

–¡Caramba, señora Selva! No sabía que tuviera usted cita.

–De hecho, no la tengo. Esperaba que accediera a recibirme, si tiene usted unos minutos.

–Veo que ha traído a su hijo. ¿Hay algún problema?

–Sí.

Nazim Kender preguntó a su secretaria a qué hora tenía su siguiente visita y se volvió hacia Selva.

–Afortunadamente, el cónsul de Italia llega siempre tarde. Pase, por favor, Selva; aunque espero que entienda que cuando llegue mi próximo invitado…

–Me iré inmediatamente –interrumpió Selva. Luego se dirigió a Fazil–: Por favor, espera aquí a mamá, pequeñín.

Ignorando las quejas de su hijo, Selva siguió a al bey Nazim, que le abrió la puerta de su despacho. Este caminó hasta su mesa y se sentó, mientras que su invitada permaneció de pie.

–Entiendo que tenemos muy poco tiempo, así que iré directa al grano: quiero ayudar a los hijos de una vecina mía. Tienen trece y quince años; no son turcos: sus padres son del Líbano, pero considero que tienen tanto derecho a la vida como mi propio hijo. ¿Podría usted proporcionarles documentación, también?

–¡Señora Selva! ¿Se da usted cuenta de que lo que me pide es ilegal?

–Sí, lo sé; pero no estoy pidiéndole que haga nada inhumano. ¿Qué queda en este mundo que sea legal, de todas formas? Incluso nuestras

vidas están en manos de la Gestapo.

Selva abrió su bolso, sacó la fotografía que Camilla Afnaim le había dado y la puso encima de la mesa.

–Estos son los niños que le pido que salve. He venido hasta aquí, aun a riesgo de ser expulsada, porque creo firmemente que merecen vivir. Gracias por no echarme de su despacho.

En ese momento, llamaron a la puerta y la secretaria asomó la cabeza.

–Su visita ha llegado, señor –anunció.

Selva puso dos documentos de identidad encima de la mesa, junto a la fotografía; estaban a nombre de Sami y Perl Naim.

–Llamaré a su secretaria el lunes y vendré a recoger estos documentos, en caso de que no pueda usted ayudar. Prometo no volver a molestarle, señor Kender.

–Selva, supongo que es consciente de que, si alguien descubre, durante la deportación, que estos niños no son turcos, ellos no serán los únicos que sufran las consecuencias. Yo también estaría en un grave aprieto.

–Le aseguro que nadie se dará cuenta: hoy mismo pienso empezar a enseñarles turco. Aprenderán lo suficiente como para hablar entre ellos, se lo prometo.

–Yo no puedo prometerle nada.

Selva salió de la oficina. Fazil estaba en el suelo, jugando con los pedazos de papel que había sacado de la papelera. Su madre se arrodilló a su lado, volvió a ponerlo todo en su sitio y dio las gracias a la secretaria. Ella y su hijo bajaron la escalera cogidos de la mano, con gran dignidad.

Al abandonar el consulado, apenas podía mirar a las pobres almas que hacían cola fuera, interminable y desesperanzadamente. «¡Dios mío! –pensó–, ¿adónde podría yo ir para ahorrarle a mi hijo esta experiencia? Me pregunto si existirá un rincón en todo el ancho mundo donde la gente pueda vivir sin atormentar a los demás».

París

Tarik estaba bastante satisfecho consigo mismo mientras se anudaba la corbata nueva. Ni siquiera se había dado cuenta de que estaba silbando hasta que se vio a sí mismo en el espejo, fruncidos los labios al ritmo de *Lili Marleen*. Se sintió incómodo y paró. Meditó sobre el motivo de su alegría.

Se trataba de una mujer húngara, rubia y con los ojos verdes: su tipo. Su francés no era muy bueno y conservaba su acento, cosa que agradaba a Tarik porque, aunque el suyo estaba mejorando, estaba lejos de ser fluido, y a él le gustaba llevar la voz cantante. Lo que más inquietaba a Tarik era la posibilidad de no encontrar un buen tema de conversación para hablar con Margot, durante el tiempo que pasaran juntos esa noche.

Más allá de los miembros femeninos de su familia más cercana, la única mujer con la que Tarik había tenido la oportunidad de hablar a solas hasta la fecha había sido Sabiha. No tenía problemas al hablar con ella, aunque únicamente fuera porque era ella la que más lo hacía, mientras él se limitaba a escuchar y a decir algo de vez en cuando. Desde que invitó a cenar a Margot, se preguntaba si no sería ese el motivo de su obsesión con Sabiha; el hecho de no haber tenido ningún problema por quedarse a solas y charlar con ella.

Fue Muhlis quien le presentó a Margot. Era amiga de su novia desde que trabajaron juntas en una fábrica farmacéutica. Habían salido los cuatro juntos al cine y al teatro varias veces, e incluso a cenar en una ocasión.

Haría aproximadamente una semana que Muhlis le había preguntado si le gustaba Margot, a lo que él respondió que sí.

–En ese caso, ¿por qué no la invitas a cenar una noche? –le preguntó su amigo.

–¿Crees que aceptaría?

–Nunca lo sabrás si no se lo pides, ¿no crees?

Así que él se lo pidió y ella aceptó. Muhlis eligió el restaurante e hizo la reserva por él. Tarik no estaba muy convencido, pero poco a poco le fue gustando la idea.

–¿De qué se supone que tienes que hablar durante toda la noche con

alguien a quien apenas conoces? –le preguntó a Muhlis.

–¡Vamos, hombre! ¿Qué es eso de que apenas la conoces? ¿Es que no hemos salido juntos unas cuantas veces?

–Eso era diferente, no estábamos solos.

–Háblale de tu tierra, pregúntale por su familia, dile lo guapa que está. Si bailáis, no le des pisotones y dale un beso cuando os despidáis en la puerta de su casa.

–¿Perdón?

–Bésala, amigo mío, bésala. A las mujeres les gusta que las besen.

–¿Quieres decir en los labios?

–Supongo que es mejor ser cauto: intenta besarla primero en la mejilla, y después actúa sobre la marcha. Quiero que me lo cuentes todo cuando vuelvas a casa.

–¡De eso nada!

–¡Por Dios! ¿Es que no somos caballeros? Ojalá hubiera tenido una hermana a quien presentarte; nunca habría tenido de qué preocuparme si saliera con alguien como tú, ¿o sí?

En ese momento les interrumpió una secretaria que entró en la oficina para entregarle un memorándum a Tarik. Este se lo pasó a Muhlis y aprovechó para cambiar de tema.

–Olvida todo eso y volvamos al trabajo. Esto es un mensaje cifrado de nuestra embajada; ¿podrías descifrarlo, por favor?

Muhlis salió del despacho y volvió unos minutos más tarde con el mensaje descodificado.

–Bey Tarik, tengo noticias que te gustarán:

«De acuerdo con el informe fechado el 15 de diciembre de 1942, los judíos turcos que tengan sus papeles en regla no podrán ser retenidos en los campos de trabajos forzados. Si se diera tal situación, obviamente les ofreceremos nuestra protección. Las autoridades policiales deberán ser avisadas de esta orden, y la administración de las autoridades competentes deberá conservar informes detallados de tales casos». Estas instrucciones las envía el embajador.

Tarik respiró aliviado.

–Aunque no creía que fuera posible, todavía albergaba dudas que nos dijeran que no interfiriésemos –dijo–. Ahora puedo relajarme.

–Bueno, supongo que ahora tienes algo que celebrar esta noche –observó Muhlis, guiñándole un ojo a su amigo.

Tarik fingió no haberle escuchado, ya que no estaba a favor de las familiaridades excesivas en el trabajo.

En cuanto se sentaron a la mesa, cubierta por un mantel blanco, de la Brasserie Lipp, Tarik pidió una botella de Châteauneuf-du-Pape, el vino que Muhlis le había recomendado encarecidamente.

–Tu amiga dijo que te gustaba el vino tinto –adujo después–. Para serte sincero, también es mi preferido –añadió.

Poco sospechaba que, al final de la velada, iba a maldecir a Muhlis

por haberle recomendado un vino tan caro.

La preocupación inicial de Tarik resultó ser infundada: Margot era una chica muy habladora. Ambos sentían añoranza de sus hogares, de modo que sus países fueron el principal tema de conversación. Intentaron trazar paralelismos entre los húngaros y los turcos. Llegados a cierto punto, Margot empezó:

–Turquía es el único país europeo que trata de ayudar a los judíos. ¿Es eso producto de vuestro amor por la humanidad o de algún lazo afectivo hacia ellos?

–Nuestras ofertas de ayuda se remontan al siglo XV, así que supongo que puede considerarse una tradición. En 1492, cuando Fernando el Católico expulsó a los judíos de España y les despojó de todas sus pertenencias, el sultán otomano les ofreció refugio en su país, otorgándoles libertad de religión, lengua y comercio. Incluso habilitó barrios enteros para ellos.

–¡Vaya! ¿Y por qué?

–Probablemente porque era un sultán con visión de futuro. En consecuencia, los judíos se convirtieron en los súbditos más fieles del Imperio otomano. Jamás intentaron traicionar a sus anfitriones, como las demás minorías.

–No sabía que vuestra relación con los judíos fuese tan antigua.

–Muy muy antigua. De hecho, hace unos años estaba llevando a cabo una investigación y me topé con un firmán, un antiguo edicto imperial, emitido por Fatih, el Conquistador. De acuerdo con él, poco después de tomar posesión de Constantinopla en 1453, invitaba a todos los judíos que vivieran dentro de las fronteras de su país a instalarse en lo que hoy es Estambul.

–Me pregunto a qué se debería eso. ¿Podría ser porque se trata de una raza inteligente de buenos comerciantes?

–Puede que fuera por eso, Margot. No recuerdo quién dijo que los judíos son como semillas que el viento dispersa y que hacen florecer la tierra en la que caen. Es posible que Fatih pensara algo parecido. Además, hay algo que los cristianos europeos parecen no entender: nunca nos ha molestado que gente de diferente raza o religión viva entre nosotros. Nunca nos ha incomodado algo así, a diferencia de los alemanes, que dicen ser arios puros. Anatolia ha sido durante siglos un mosaico de colores y credos diferentes. Nuestra Urfa, por ejemplo, antiguamente llamada Edesa, fue una ciudad en la que florecieron el cristianismo y el islam.

–¿Por qué te refieres a ella en pasado?

–Bueno, desde la instauración de la república, todos nos hemos vuelto más nacionalistas. A consecuencia de ello, el mosaico se ha desmoronado en favor de los musulmanes turcos. Al igual que vosotros, nosotros también hemos tenido que dar prioridad a nuestra

raza y religión.

–Supongo que el patriotismo no es algo malo.

–Por supuesto que no. Sin embargo, cuando se exagera, acabamos teniendo el tipo de problemas que hay hoy en día. Gracias a Dios que nuestra tolerancia hacia otras religiones se quedó con nosotros cuando nos hicimos nacionalistas.

–¿Sabe, *monsieur* Tarik, que ya he tenido contacto con Turquía anteriormente?

–¡Caramba! ¿Por qué motivo?

–La empresa para la que trabajaba en mi país exportaba productos farmacéuticos a Turquía, especialmente sulfamida.

Aunque ese tema no era la especialidad de Tarik, recordaba vagamente que, cuando los británicos dejaron de abastecerles de muchos de los artículos que importaban –farmacéuticos incluidos–, Turquía pidió suministros a Hungría, sobre todo Atabrine, un fármaco empleado contra la malaria.

–¿Ves? –exclamó Tarik–. Resulta que nuestros países estaban cooperando mucho antes que nosotros.

Llegados a este punto, las preocupaciones de Tarik sobre la velada se habían disipado por completo. Cuando les trajeron el segundo plato, Margot no pudo evitar mirar el de Tarik con condescendencia. Su bistec estaba casi crudo, mientras que el de él estaba demasiado hecho.

–¿No te gusta la carne poco hecha? –preguntó ella.

–No soy un león –contestó Tarik.

Esto les llevó a hablar, durante un rato, de los diferentes hábitos culinarios de sus respectivos países. Tarik acabó admitiendo que le había resultado difícil acostumbrarse a comer caracoles. Su comida francesa preferida eran los vegetales cocinados con ajo, aunque anhelaba los *dolmas* hechos con aceite de oliva de su país. Margot se quejaba de no haber podido encontrar todavía un restaurante parisiense donde prepararan un *goulash* en condiciones, su plato nacional favorito.

Hacia el final de la velada, Margot se inclinó hacia delante en la mesa.

–¿Qué métodos empleáis para salvar a los judíos? ¿Habéis podido sacar a alguno de Francia? –se interesó.

Habían acabado el vino hacía un rato, pero Tarik no pidió otra botella por miedo a no tener suficiente dinero para pagarla. Cuando Margot le hizo esa pregunta, se inquietó. Era mejor no haber pedido una segunda botella: ¿quién era esta mujer sentada frente a él? ¿Podría ser una espía intentando sacarle información?

–Pero ¿qué dices? –prorrumpió Tarik–. ¿Se puede saber por qué me has tenido que preguntar eso, Margot? ¡Nos limitamos a expedir

pasaportes a quien pueda demostrar que es ciudadano turco, eso es todo! Que ellos se queden, se marchen u obtengan visados para otros lugares después de eso no es problema nuestro.

–¿Y cuál es el motivo de que algunos de ellos acabaran sin pasaporte, entonces?

«Ya está –se dijo Tarik–. Ha estado sonsacándome información sobre el mismo tema desde que estamos aquí. Esta mujer es de la policía, o bien una espía.»

–Hay judíos turcos que se establecieron aquí, en Francia. Al parecer, no se han molestado en actualizar sus pasaportes. Todo lo que hacemos al recibir las solicitudes es prorrogar su fecha de validez. Eso es todo.

–¿Y por qué crees que no lo hicieron antes?

–Quizás porque no pretendían viajar fuera del país, ¿no te parece? Toma a mi familia como ejemplo: como nunca han salido afuera, nunca han necesitado pasaportes.

–¿Cuánto tiempo se tarda en conseguir un pasaporte?

El humor de Tarik había cambiado por completo. Hizo gestos al camarero para que le trajera la cuenta, sin preguntar siquiera a su invitada si quería café.

–Cada caso es diferente. Tenemos que hacer averiguaciones en nuestro país, así que depende de cuánto tardemos en obtener respuesta.

Pagó la cuenta, salieron del restaurante y tomaron un taxi. Tarik le dio al conductor la dirección de Margot. Apenas hablaron por el camino, le sobrevino una pesadumbre. Cuando el taxi se detuvo en el lugar indicado, Tarik descendió y la acompañó a la puerta.

–¿Quieres pasar a tomar un café? –le ofreció Margot.

–En otra ocasión, gracias; es un poco tarde –contestó él mientras le daba la mano, antes de volver al taxi.

Cuando la chica hubo entrado, pagó al taxista y echó a caminar en el frío de la noche. Trató de recordar cada uno de los temas que habían tratado en el transcurso de la velada. «¡Maldito Muhlis! –pensó–. ¡Ha sido él quien me ha endilgado a esta mujer!».

Tarik se demoró un poco en la cama y, cuando entró en la cocina, Muhlis ya estaba desayunando.

–¡Vaya, vaya, vaya! ¿Cómo está el señor esta mañana? Se le han pegado las sábanas… Nunca te he visto levantarte tan tarde. Parece que seguiste mi consejo.

–¿Qué consejo?

–El de besar a la chica antes de despedirte.

–Si me apeteciera pelearme, te daría un puñetazo en la nariz.

–¡Pero bueno, qué susceptible! ¿Ya te sientes obligado a defender a

esa chica húngara?
–¿Qué se supone que quieres decir con eso?
–Solamente te he preguntado si besaste a la chica y te has ofendido de repente.
–Dime una cosa, ¿hasta dónde conoces a esa chica húngara que me encasquetaste?
–Jamás me he acostado con ella, lo juro. Ni siquiera la he besado, Tarik.
–¡No te hagas el gracioso conmigo!
–Sinceramente, no la conozco demasiado bien. Es la amiga de Jeanne, trabajan juntas. Un día en que había quedado con Jeanne en un café de Montparnasse, se presentaron las dos juntas y yo te llamé para que vinieras, ¿te acuerdas? En otras palabras, la conozco desde hace tanto como tú. Y ahora, ¿vas a contarme qué ha pasado?
–No me gustaban las preguntas que me hacía.
–¿Sobre qué?
–Cosas como si estamos ayudando a los judíos a cruzar la frontera; cómo expedimos los pasaportes; el criterio para decidir a quién se los damos… Montones de preguntas que me hicieron sentir muy incómodo, no me olía bien en absoluto.
–Bueno, en ese caso no deberías haberlas contestado.
–Esa no es la cuestión. Lo que me pregunto es si no se tratará de una espía o algo parecido.
–¿Cómo?
–O de una agente de la policía.
–¿De dónde sacas eso?
–Si te paras a pensarlo, hemos salvado a tanta gente de la policía y de los campos, que no me extrañaría que nos estuvieran vigilando. Posiblemente, incluso nos estén siguiendo.
–Pero nosotros no somos los únicos implicados, ¿no? Está también Hikmet y Selahattin en Rodas y Nazim en Marsella y…
–¿Y qué? Seguramente estarán también bajo vigilancia.
–Dicho de otro modo: anoche estuviste cenando con Mata Hari, ¿es eso lo que quieres decir?
–No estoy seguro, pero si ese es el caso, te considero responsable por haberme implicado.
–¡Venga ya!
–Y eso no es todo. ¿Sabes cuánto dinero tuve que pagar por el vino que tanto me recomendaste? No esperes que aporte ni siquiera una botella de cerveza a este apartamento en lo que queda de mes.
–Las cosas buenas de la vida son siempre caras.
–Para los que puedan permitírselas.
–¡Mira quién habla! El mes que viene te ascienden a vicecónsul, ¿te parece poco? En lo que respecta a la chica, déjamelo a mí. Trataré de

sonsacar información a Jeanne cuando la vea.

–¡Ni se te ocurra! No debes decirle nada, únicamente empeorarías las cosas. Si mis sospechas son ciertas, lo pasado, pasado está. Por otro lado, si me equivoco, quedaríamos como idiotas.

Al coger la taza de café que Muhlis le ofrecía, Tarik le miró directamente a los ojos.

–Muhlis, esto es serio. Te estoy hablando como tu superior. ¿Me has entendido? ¡Ni una palabra!

–¡A la orden, *mein Kommandant*! –contestó Muhlis–. Pero dime la verdad, ¿besaste a la chica, sí o no?

Marsella

Samuel y Perla intentaban leer en voz alta de sus cuadernos:

–El *ivierno* ha llegado. Hoy hace *muy frío*. *Trenemos* frío.

–No, no, chicos. Así no es. Escuchad con atención: «El invierno ha llegado»; «invierno», no «*ivierno*». «Hoy hace mucho frío»; «mucho frío», «mucho». «Tenemos frío»; «te-ne-mos»… «tenemos», no «*trenemos*». Venga, una vez más.

El chico de ojos castaños lo intentaba con todas sus fuerzas:

–El *inverno* ha llegado.

–«*Inverno*», no: invierno, «vie», como en «viernes». Inténtalo de nuevo.

–Iver…, invier…, invierno.

–Muy bien, eso es. ¿Ves cómo podéis hacerlo si lo intentáis? Solo tenéis que aprenderos unas cincuenta frases, y os prometo que os las voy a enseñar. Muy bien, ahora te toca a ti, Perla. Perdona, no es Perla. ¿Cómo habíamos quedado?

–Peri, como Perry.

–Bien, muy bien. ¿Y cuál era el tuyo, Samuel?

–Sami, de Sammy.

Selva miró los apuntes que tenía en la mano y siguió enseñando a los niños.

–Ahora quiero que escribáis estas palabras en turco, con su significado al lado. Os las tenéis que aprender de memoria: *ekmek*, pan; *peynir*, queso; *çay*, té; *kahve*, café; *gece*, noche; *abla*, hermana mayor; *abi*, hermano mayor; *tuvalet*, lavabo; *mutfak*, cocina; *oda*, habitación. De acuerdo, ya está bien por hoy.

Estaban los tres sentados alrededor de la mesa de Selva. Las clases habían empezado hacía dos semanas, al día siguiente de que Selva le hubiera entregado a Nazim Kender los documentos de los chicos. Aún no había llamado al consulado, pero tenía decidido que serían ellos quienes le darían las gracias al señor Kender en turco, en caso de que les consiguiera sus pasaportes.

–Ya te habrían llamado si hubieran decidido expedirlos –había observado Rafo.

–Y también me habrían llamado para recoger los documentos, de

haber decidido lo contrario.

–¡Ay, Selva! Mi querida Selva, no soy capaz de entender por qué metes las narices en los asuntos de los demás. Nosotros también somos inmigrantes y podríamos llegar a necesitar toda clase de ayuda.

–Nosotros tenemos nuestros papeles, Rafo.

–Pero no podemos marcharnos.

–Porque si quisiéramos irnos, tendríamos que atravesar el infierno.

–Vamos, cariño, admítelo, al haber salido de Estambul como lo hicimos, no podemos volver con el rabo entre las piernas. Estamos inventándonos excusas –dijo Rafo, riéndose–. No me plantearía regresar si no fuera por Fazil, pero tal y como están las cosas, tendremos que tragarnos nuestro orgullo por el bien de nuestro hijo. Eso en el caso de que ese asunto del tren se haga realidad.

–Rafo –contestó Selva–, tengo que confesarte algo.

–¿A quién más has intentado salvar?

–A nadie. Les estoy dando clases de turco para que no tengan problemas por el camino, si finalmente deciden marcharse.

–Si has vuelto a dar clases, deberías enseñarles inglés.

–No lo has entendido. Estoy impartiendo clases gratuitas.

–No sé qué decirte, Selva. Eres alucinante. ¿De qué les va a servir el turco?

–Es por si acaban subiéndose a ese tren y…

–¡Selva, no me digas que vas por ahí hablando de lo del tren!

–Rafo, no te reconozco cuando reaccionas de ese modo. Has cambiado tanto desde que llegamos aquí… Solamente quieres salvar tu pellejo, pero ¿y los demás? ¿Los abandonamos a la muerte?

–Mira, Selva, hablas así porque nunca te has enfrentado a la muerte cara a cara. Cuando es tu vida la que está en juego, tienes que pensar primero en ti mismo; si no lo haces, no sobrevivirás.

–Vaya, lo siento mucho, Rafo. Debo de haberme perdido algo. ¿Exactamente cuántas veces te has enfrentado tú a la muerte?

–Ninguna, pero el miedo a morir está en mis genes. Mi raza parece estar siendo acosada por la muerte desde hace miles de años.

–Exacto. Por eso intento esforzarme para salvar a tu gente, Rafo.

–No deberías responsabilizarte de eso en absoluto, amor mío. No es tu país el que les está robando sus vidas y sus posesiones.

–No hago esto porque me sienta culpable, lo hago por razones puramente humanitarias. No intentes detenerme, por favor.

Los chicos a los que Selva había bautizado como Sami y Peri habían acabado su clase, y Selva se preparaba para el siguiente grupo. Se trataba de once hombres y mujeres que Camilla le había presentado, todos nietos de judíos turcos que ya no tenían ningún lazo con Turquía. En una llamada telefónica desde París, Tarik le había insinuado que existía la posibilidad de que un tren partiera hacia

Edirne en unos pocos meses. Desde ese día, Selva se había arrogado la responsabilidad de enseñar turco a todos aquellos que tuvieran documentos de identidad de aquel país y que, en consecuencia, podrían tomar ese tren; al menos enseñarles lo suficiente para hacer eso posible. Aunque todos sus alumnos estaban allí voluntariamente, Selva se sentía incómoda al enseñar el alfabeto turco a los adultos y al hacerles repetir frases que se aprendían en las escuelas de primaria.

–¡Padre, cómprame un libro! ¡Lánzame una pelota! ¡*Tut*, atrapar! ¡*Koş*, correr! ¡*Git*, ir! ¡*Gel*, venir! ¡*Söyle*, decir! ¡*Al*, tomar! ¡*Ver*, dar! ¿*Kaça*?, ¿cuánto es? ¿*Nerede*?, ¿dónde? ¿*Nasil*?, ¿cómo?

Camilla no estaba entre los estudiantes, sino sentada en silencio en la esquina mientras Selva desempeñaba su tarea. Tras haber agotado todas sus energías en ayudar a sus hijos, no tenía valor de reclamar algo para sí.

–Si por lo menos mis niños consiguieran llegar a Estambul, podrían ir por sí mismos a Palestina –razonaba–. Si mi marido y yo salvamos a nuestros hijos, podemos darnos por satisfechos y aceptar nuestro destino. Hemos hecho y visto muchas cosas, buenas y malas; tendremos que conformarnos con eso.

–No me atrevo a llamar al consulado, Camilla –le había confesado Selva–. Sé lo frustrante que esto es para ti, pero tienes que ser paciente. Tengo la sensación de que ya me habrían llamado si la respuesta fuera negativa.

–Haz lo que creas mejor –respondió Camilla.

Las dos se habían hecho buenas amigas desde aquel primer encuentro en el que fueron testigos de lo que la Gestapo estaba haciendo en el cruce. Cuando los oficiales se marcharon, ellas se abrazaron llorando. Selva llamó entonces a la farmacia de su marido.

–Ya se han marchado, Benoît. Rafo ya puede salir del almacén –anunció.

Camilla reparó en que, a pesar de no tomar parte en las clases, estaba aprendiendo inevitablemente algunas palabras sueltas. Había aprendido, por ejemplo, que «*çay*» significaba «té», porque cuando llegaban los alumnos, Selva siempre les preguntaba en turco si querían tomar un té. También conoció la diferencia entre la pronunciación de la letra «ç», como en «*çay*», y la de las muchas palabras que tenían la letra «ş», que sonaba «sh». De hecho, hoy había ido un paso más allá y había sorprendido a todo el mundo al decir en turco «sí, té, por favor», lo que le valió la ovación de los estudiantes.

Selva dio por acabada la clase antes de lo habitual, porque el pequeño Fazil tenía un poco de fiebre y debía cuidar de él. Los alumnos salieron en grupos de dos y de tres, en intervalos de diez minutos, para no llamar la atención. Camilla fue la última en marcharse, tras darle a Selva un beso en la mejilla.

–Ten un poco más de paciencia –le recomendó esta mientras su amiga se retiraba.

Después de cerrar la puerta, Selva fue al dormitorio y se aseguró de que Fazil estuviera profundamente dormido. Luego, se dirigió a la ventana para decirle adiós a Camilla. Mientras esperaba que la mujer bajara la escalera y saliera a la calle, vio que una furgoneta se detenía de golpe frente a la farmacia. Descendían de ella unos hombres con brazaletes de las SS. Se precipitó sobre el teléfono y marcó el número de la tienda. Cuando Benoît oyó su voz, dijo: «se equivoca», y colgó. Al volver corriendo a la ventana, Selva fue testigo de cómo Rafo era arrastrado fuera de la farmacia. Abrió la ventana y empezó a gritar tan fuerte como pudo:

–¡Escuchen! ¡*Monsieurs*! ¡Soldados! ¡Déjenle en paz, es turco! ¡Turco, he dicho! ¡Déjenle en paz! Tengo sus papeles aquí, ¿por qué no les echan un vistazo? ¡Rafoooo…!

El viento barrió su voz. Fue corriendo al dormitorio, sacó la documentación del cajón de la mesita de noche y se abalanzó sobre la puerta. Al llegar al tercer piso, se tropezó con Camilla, que subía sin aliento las escaleras. Esta tomó a Selva de las manos.

–No vayas, Selva. No lo hagas. ¡Piensa en tu hijo! –le suplicó.

Selva apartó a la mujer de un empujón y siguió corriendo escaleras abajo, saltando los escalones de tres en tres. Cuando llegó a la salida, miró hacia atrás para ver a Camilla tambaleándose tras ella.

–Por favor, vuelve con Fazil. No le dejes solo, por el amor de Dios.

Con un rápido movimiento, Selva descorrió el pestillo y abrió la puerta de la calle, que su amiga había cerrado desde dentro hacía unos instantes. Corrió afuera cruzando la carretera sin prestar atención al tráfico. Un par de coches derraparon hasta detenerse y sus conductores empezaron a insultarla por las ventanillas abiertas.

La furgoneta estaba a punto de arrancar cuando llegó a la farmacia. Selva alcanzó la ventana del conductor y golpeó el cristal, pero él ni siquiera se molestó en volver la cabeza para mirarla. Como eso no funcionó, empezó a aporrear las puertas de la furgoneta y a gritar con todas sus fuerzas.

–¡Rafoooooo! ¿Puedes oírme? ¡Sal de ahí! ¡Diles que eres turco! ¡Rafoooo!

La furgoneta se alejó con un acelerón repentino y Selva cayó de bruces. Alguien intentaba levantarla cogiéndola de los brazos.

–No te molestes, puedo hacerlo sola –murmuró en francés mientras se ponía en pie. Estaba cubierta de fango de arriba abajo. Benoît la abrazó con fuerza, su rostro blanco como la cera.

–Entra en la farmacia, Selva. Mira cómo estás. No te quedes en el frío.

Benoît colgó el cartel de «cerrado» en cuanto hubieron entrado.

–Mira, te has hecho una herida en la pierna al caerte. Deja que la limpie y le ponga un poco de yodo.
–No. Déjalo, Benoît. Tienes que llevarme con el cónsul ahora mismo.
–Estás cubierta de barro, Selva. Lávate al menos las manos.
–No hay tiempo que perder.
–No hay por qué correr. No van a enviar a nadie a ningún sitio hasta mañana por la mañana, de todas formas.
–Tenemos que averiguar adónde se lo han llevado, Benoît. Venga, date prisa. ¿Dónde tienes el coche?
–Ahí detrás –contestó él, aturdido.
–Vamos a por él, entonces.
Benoît apagó las luces y salieron juntos a la calle.
–¡Date prisa! –suplicó Selva.
–Espera un momento, ¿quieres? Déjame cerrar antes.
Mientras Benoît iba a buscar el coche a la calle lateral, Selva se apoyó en el escaparate de la farmacia, se tapó la cara con las manos y empezó a sollozar. Al oír acercarse al coche, se limpió las lágrimas con el dorso de la mano. Alzó la vista hacia la ventana de su apartamento y vio la silueta de Camilla detrás de los visillos, como si fuera una triste aparición.
No había nadie a las puertas del consulado cuando Selva salió del coche y se apresuró a subir la escalinata que llevaba a la entrada principal. Con una mano empezó a llamar al timbre, mientras golpeaba la puerta con la otra. De pronto, oyó ruido de pasos en el interior. Obviamente, el *kavass* había mirado por la mirilla y había reconocido a Selva. Abrió la puerta preguntando:
–¿Qué sucede? ¿Ha pasado algo?
–Tengo que ver al cónsul, el señor Kender…
–La oficina está cerrada a estas horas.
–Da igual, debo verlo.
–Se marchó hará una media hora.
–En ese caso, tengo que ver a algún otro. Al cónsul general.
–Aquí no hay nadie. Todos se han ido a casa.
–Entonces deme la dirección del señor Kender.
–Me temo que no puedo hacer eso.
–Se lo suplico, por el amor de Dios. Necesito verle desesperadamente.
–Por favor, no me ponga las cosas difíciles. No se me permite hacer algo así. ¿Qué sucede? ¿Qué ha pasado?
–Se han llevado a mi marido –clamó Selva. Su voz sonaba tan desesperada que, aunque solo la había visto tres veces, el portero sintió lástima de ella.
–¿Quién se lo ha llevado? ¿Adónde?
–La Gestapo.
–¿La Gestapo? Debe de haber un error.

–Se lo suplico, por favor; ayúdeme a encontrar al señor Kender, por lo que más quiera.

–Por favor, no haga eso.

–Se lo imploro.

–Mire, por lo que sé, el señor Kender debía reunirse con alguien en el café del Hotel Louvre et Paix. Estará allí, si no ha cambiado de planes.

Selva cogió la mano del hombre e intentó besarla.

–Por favor, no. Le ruego que no lo haga –reaccionó el hombre, apartando la mano de los labios de Selva.

Selva corrió de nuevo al coche y, mientras se sentaba en el asiento del copiloto, ordenó:

–¡En marcha! Vamos al Hotel Louvre et Paix. Date prisa, por favor.

Nazim Kender estaba tomando té con el agregado comercial de Italia y su esposa en el café del vestíbulo del hotel. Como estaba sentado de espaldas a la puerta, no vio a la mujer que acababa de entrar como un tornado y que se dirigía derecho a él. Para cuando percibió la expresión casi aterrorizada de sus invitados, ya estaba cara a cara con Selva. Aunque hacía frío y humedad en el exterior, la mujer no llevaba abrigo, y su falda a cuadros y el suéter de cuello vuelto estaban empapados por la lluvia. Se arrodilló frente a Nazim Kender y le sujetó la mano con firmeza.

–Se han llevado a mi marido –le anunció con voz quebrada–. La Gestapo lo sacó de la farmacia a la fuerza. Lo metieron en una furgoneta y se lo llevaron. Encuéntrelo, por favor. Le suplico que salve a Rafael. Mire, he traído todos los papeles; lo tengo todo aquí: su pasaporte, su certificado de nacimiento, su permiso de residencia…

El cónsul se puso en pie.

–Señora Selva, levántese, por favor –Selva permaneció arrodillada y le abrazó las piernas.

–Por favor, salve a mi marido antes de que se lo lleven.

–¿Qué sucede? –preguntó el agregado italiano. Su mujer parecía asqueada ante esa mujer desmelenada que se agarraba a las rodillas del cónsul.

–Levántese, por favor, Selva.

Selva intentó hacerlo, pero no pudo. Las fuerzas la habían abandonado, le fallaron las piernas y se desplomó. En ese momento entró Benoît, que había estado aparcando el coche, y se asustó al ver a Selva en el suelo.

–¿Qué le ha hecho? –le preguntó al cónsul.

–Se ha desmayado –contestó este.

La gente que ocupaba las otras mesas empezó a reunirse a su alrededor.

–Yo la asistiré. Por favor, vaya a ver qué puede hacer –suplicó Benoît–. En caso de que haya algo que se pueda hacer.

–¿Y quién es usted?
–Soy soci… amigo de Rafael Alfandari. Trabaja para mí en la farmacia.
–¿Cuándo ha tenido lugar todo eso?
–Hace un rato. Fuimos al consulado a toda prisa e inmediatamente después vinimos aquí a por usted.
–¿Tiene idea de adónde le han llevado?
–No estoy seguro, pero creo que les oí hablar entre ellos de la estación.
–¿Cómo? ¿Me está diciendo que pretenden llevárselo fuera de Marsella?
–Bueno, creo que había otros, también. Creí escuchar a uno de los que se llevaban a Rafael decirle que no se resistiera. Le amenazaba con que se arrepentiría si les retrasaba.
Nazim Kender se inclinó para recoger los papeles que se le habían caído a Selva.
–Dejo a Selva en sus capaces manos, *monsieur* –dijo y, después de disculparse ante los italianos, se retiró a toda prisa.
–Por favor, no se aglomeren encima de nosotros –pidió Benoît a los curiosos que les rodeaban–. La señora se ha desmayado, pero se recuperará en un minuto.
–¡Qué vergüenza! ¿Qué ha pasado? –preguntó la mujer italiana.
–Por favor, llévense de aquí a esta persona –ordenó el *maître* de la chaqueta negra.
Una mujer mayor que estaba entre la multitud sugirió avisar a un médico.
–Espero que no esté embarazada –murmuró.
Benoît cargó con Selva a través de los confundidos espectadores y la sacó a la calle. El aire frío ayudó a traerla de vuelta.
–¿Qué ha sucedido? –preguntó.
–Has tenido un desvanecimiento. Te voy a llevar a casa.
–Pero ¿qué hay del cónsul? ¿Y de Rafo?
–No te preocupes. El cónsul cogió los papeles y salió de inmediato. Estoy seguro de que hará lo que sea necesario. No hay nada más que tú puedas hacer, tan solo irte a casa y esperar a recibir noticias.
Selva pidió a Benoît que la dejara en el suelo. Le temblaban las rodillas y le daba vueltas la cabeza. Entrelazó el brazo con el de su amigo.
–Benoît, creo que voy a vomitar –anunció.
–Por favor, intenta aguantar hasta que lleguemos a casa.
Selva avanzó tambaleándose hacia el coche, sujeta al brazo de Benoît.

El tren de la muerte

Cuando Nazim Kender descendió del taxi que le llevó hasta el consulado, le sorprendió ver a una multitud de personas que se arremolinaban a las puertas del edificio. Era algo inusual: normalmente no quedaba nadie fuera cuando acababan las horas de oficina. Se apresuró hacia la entrada. Halim, el *kavass*, agitaba los brazos e intentaba explicarle algo a la escandalosa muchedumbre. Al ver al cónsul, corrió hacia él y le informó:

–Parece ser que los han metido a todos en un tren. Se los han llevado…

Unas quince o veinte personas se abalanzaron sobre Nazim Kender y se agarraron a sus brazos y piernas.

–¡Basta! ¿Qué ha pasado? –preguntó el cónsul, perplejo. El llanto de las mujeres no le dejaba escuchar las explicaciones de los demás.

–¡Abran paso! –gritó el *kavass*–. Están haciendo perder el tiempo al cónsul.

El ruido cesó de inmediato.

–Se los han llevado. Les dijimos que eran turcos, pero no nos hicieron caso –explicó llorando un anciano.

–¿Adónde?

–A la estación Saint Charles.

–Por favor, déjenme pasar. Tengo que coger los documentos necesarios de mi despacho –dijo Nazim Kender, corriendo hacia el edificio. Regresó poco después, sujetando un expediente.

–¿Alguien ha venido en coche? –preguntó.

–Sí, yo –respondió un joven.

–Tráigalo inmediatamente.

–Está justo allí, junto a la verja; sígame, por favor.

El joven guio al cónsul y se apresuró a abrirle la puerta de su Citroën. Después lo rodeó y se sentó en el asiento del conductor, preparado para arrancar. La multitud se precipitó sobre el vehículo; unos golpeaban el parabrisas y otros intentaban forzar las puertas. Halim se abrió paso entre ellos.

–Llévenme con ustedes –dijo.

–Suba.

El *kavass* pudo arrojarse sobre el asiento trasero con dificultad.

–No hay tiempo que perder –anunció el cónsul–. Llévenos directamente a la estación Saint Charles.

El pequeño coche se lanzó como una flecha por entre la multitud congregada.

Un sonido de llantos, gritos y sollozos provenía de un vagón con un cartel que decía: ESTE VAGÓN TIENE CAPACIDAD PARA 20 CABEZAS DE GANADO Y 500 KG DE FORRAJE. Nazim Kender ignoró a los oficiales alemanes que pululaban por allí y se dirigió rápidamente hacia él. Unos ochenta hombres y mujeres se hacinaban en el interior. Se empujaban unos a otros, intentando alcanzar los barrotes de madera, suplicando ayuda a gritos mientras mostraban su documentación. Entre el clamor, el cónsul trató de discernir lo que decían e identificó una voz conocida gritando en turco:

–La mayoría de nosotros tiene pasaporte turco, pero no podemos hacer entrar en razón a la Gestapo.

Consciente de que el tiempo apremiaba, Nazim Kender se dirigió al edificio principal de la estación, seguido de cerca por el *kavass*.

–¡Quiero ver a su superior inmediatamente! –exigió al oficial de la entrada.

Otro oficial alemán se aproximó y se le puso cara a cara.

–¿Tiene usted prisa? –le preguntó.

–Sí, mucha. Me temo que ha habido un error. Al parecer, han detenido a algunos turcos y los han cargado en el vagón. El tren está a punto de partir: usted debe hacerles descender de inmediato.

–No se trata de ningún error.

–Mire, tengo una lista con los nombres de mis ciudadanos en este expediente. Los repasaremos uno a uno.

–No se moleste.

–Le aseguro que transportar ciudadanos turcos en ese tren le saldrá caro.

El oficial alemán arrebató el dosier de las manos del cónsul y hojeó la lista que este había preparado.

–¿Estos son turcos?: Alhadef, Jak; Alhadez, Izi; Alfandari, Rafael; Anato, Josef; Franco, Lili; Kalvo, Luna; Menashe, Isaac; Soriano, Morís… Si estos no son judíos, no sé lo que serán –dijo blandiendo el documento frente a la cara de Nazim. Fue este quien le arrebató esta vez el expediente.

–Sí, son turcos. Puede que la mayoría profese la fe judía, pero también hay musulmanes y cristianos entre ellos. De acuerdo con las leyes de mi país, su religión no es óbice para su ciudadanía. Tienen nacionalidad turca.

El oficial uniformado se disponía a replicar, pero cambió de opinión al oír el chillido penetrante del silbato del tren. Se encogió de

hombros, dio media vuelta y regresó adentro. El tren había empezado a avanzar lentamente.

Nazim Kender miró impotente al oficial. Por un momento pensó en seguirlo, pero el tren empezaba a coger velocidad. Echó a correr por el andén hasta alcanzar el vagón que se retiraba. Apartó de un empujón al soldado que intentaba detenerle y subió al tren de un salto. Halim corría detrás de él, pero estaba casi sin aliento cuando alcanzó la mano que el cónsul le ofrecía, puso el pie en el estribo y consiguió elevarse. A punto estuvo de caerse, pero le agarraron de los hombros desde dentro y le ayudaron a subir.

El soldado al que Nazim Kender había empujado corría gritando y agitando los brazos, tratando de llamar la atención de un oficial que se dirigía al edificio principal. Finalmente se detuvo, se volvió y miró frustrado al tren en marcha. Había tomado velocidad y ya no había nada que pudiera hacer. Iba cada vez más deprisa, zarandeando más violentamente a los viajeros a medida que aceleraba.

Nazim Kender y el *kavass* Halim se miraban mutuamente, incrédulos. ¿En qué se habían metido? ¿Por qué habían hecho algo así? ¿Cuál sería el resultado de sus acciones?

No había respuestas. El cónsul había saltado al tren sin pensar en las consecuencias. Quizás su valor nacía de un sentimiento de ira y rebelión, y del hecho de que aún conservaba el ímpetu de la juventud. Ahora que el tren se alejaba a gran velocidad de la estación Saint Charles, empezaba a darse cuenta de la gravedad de la situación y a temer sus repercusiones. Sin embargo, solo le quedaba una opción: acabar lo que había empezado. Como cualquier persona honorable, pensaba luchar hasta el final. ¿No era él, a fin de cuentas, el cónsul en Marsella de la gran República de Turquía? Esta pobre gente esperaba que él fuera su salvador. No debía demostrar temor. No había vuelta atrás. Estaría con ellos hasta el final.

–¿Tiene idea de adónde nos llevan? –preguntó el *kavass*.

–¿No hacía ya algún tiempo que te apetecía visitar París? Bien, pues ya está, ahí es adonde vamos. Y, además, piénsalo, ¡estás viajando gratis!

Halim quiso reírse, pero no pudo hacerlo. Viajar en un tren de ganado, aplastado entre una masa de personas que se caían unas encima de las otras no era cosa de risa. El hombre que estaba a su lado era bastante mayor y resultaba obvio que se había orinado encima de miedo. El hedor se extendió por todo el vagón. Aquellos que gritaban y se lamentaban antes de que el tren arrancara no emitían ahora sonido alguno. Nada podía oírse más allá del chirrido discordante de las ruedas del tren contra la vía y del viento que silbaba por entre los huecos de la madera. Parecía que todos se hubieran quedado sin habla.

«Este debe de ser el sonido del miedo», pensó el cónsul.

El extraño silencio fue perturbado por la voz ronca de una mujer que debía de ser una fumadora compulsiva. Sus ojos, inyectados en sangre, irradiaban terror.

–¿Adónde nos llevan?

–Creo que nos dirigimos a París, *madame* –respondió Nazim Kender mientras ella intentaba zafarse de su postura encajonada.

Finalmente, consiguió ponerse en pie sujetando la mano de un joven que se la ofrecía para ayudarla.

–Soy el cónsul de Turquía –prosiguió él–. ¿Pueden levantar el brazo aquellos que tengan nacionalidad turca, por favor?

Unas cincuenta manos se alzaron rápidamente.

–¡Muy bien! Haré cuanto pueda por ayudar a los ciudadanos turcos, pero me temo que no hay nada que pueda hacer por los demás. Lo lamento profundamente.

Una muchacha soltó un alarido y se desmayó. Volvieron a oírse algunos sollozos.

–*Monsieur le consul*, por favor, dígales que también somos turcos –gritó un hombre–. Adoptaremos la nacionalidad turca y seremos sus esclavos hasta la muerte.

–No hay esclavos en Turquía, *monsieur*, tan solo hay ciudadanos. Puede usted solicitar la nacionalidad cuando le suelten, pero me temo que no tengo autoridad para declararles ciudadanos turcos aquí y ahora.

–Por favor, no nos condene a muerte.

–Sálvenos a nosotros también.

–Escuchen, dejémoslo claro: ni siquiera estoy seguro de poder salvar a los turcos. Lo que estoy diciendo es que haré todo lo que pueda; para eso estoy en este vagón –argumentó Nazim Kender–. ¿Cuántos de ustedes tienen aquí su documentación?

Halim contó las manos que se habían levantado. La mayoría no llevaban sus papeles encima porque los habían pillado por sorpresa.

–Es más sencillo para los que tengan alguna forma de identificarse. En cuanto al resto…

Alguien gritó de pronto desde el fondo del vagón:

–¡Se muere…! ¡Dios mío, mi marido se está muriendo!

–¿Hay algún médico entre ustedes? Por favor, ¿hay algún médico?

Un joven intentó abrirse paso por entre la gente sentada en dirección a aquella voz. Un hombre de unos setenta años estaba tumbado en el suelo, con la cabeza apoyada en el pecho de su mujer y las piernas estiradas sobre los que le rodeaban. Su rostro era céreo y sudaba copiosamente.

–Permítanme, por favor…, déjenme pasar…

–¿Es usted médico?

–Soy farmacéutico. Permítame…

El joven le desabrochó el cuello de la camisa y le comprobó el pulso.

–Déjennos un poco de espacio. Retrocedan, por favor, este hombre necesita aire. Vamos, por favor, déjenle un poco de espacio…

–¿Por qué no le llevamos al borde del vagón, donde corre más aire?

–No, no. No lo muevan, podría estar sufriendo un ataque al corazón. ¿Tiene alguien algún medicamento?

–Atrás, atrás –gritó una voz.

–¡Qué suerte! Tiene suerte de morir aquí y no en manos de los alemanes –dijo otra.

–Retrocedan unos centímetros, eso es.

Los que rodeaban al paciente hicieron lo posible por moverse para darle más espacio, pero no hubo una gran diferencia; después de todo eran ochenta personas, hombres en su mayoría, atestando un espacio pensado para veinte cabezas de ganado. Rafael Alfandari miró impotente a su alrededor. Todo lo que podía hacer era intentar calmar al paciente. Le secó el sudor de la frente y del labio superior con su pañuelo y trató de pensar qué haría su padre en estas circunstancias. Recordó que solía decirle: «¡Moral! ¡Levántale la moral! Es algo básico para un paciente. Una persona debe sentir que su corazón tiene la fuerza suficiente para enfrentarse a la muerte.»

–Esto es un ataque de pánico, no un ataque al corazón –le dijo con convicción–. Por favor, intente mantener la calma. Relájese. Respire hondo, vamos. No le duele el pecho, ¿verdad? ¿A que ya se encuentra usted mejor? Se le nota en el color de la cara. Relájese.

Un hombre consiguió abrirse paso saltando sobre los que tenía alrededor. Tenía una pastilla en la mano.

–Siempre llevo una de estas; padezco insuficiencia cardíaca. Tenga.

–¿Y si usted la necesita?

–Vamos a morir de todas formas –contestó el hombre–. Yo no soy ciudadano turco, soy francés.

El vagón se sumió en la oscuridad al caer la noche. Los pasajeros habían perdido la noción del tiempo y no sabían cuánto llevaban allí. Ahora únicamente se escuchaba el murmullo de las oraciones. En voz alta o en susurros, los rezos constantes desplegaron una atmósfera de fatalidad por todo el vagón. El cónsul y el *kavass* hablaban continuamente entre ellos, haciendo suposiciones sobre cuándo y dónde acabaría aquel terrible viaje. Nazim Kender entregó a Halim todo el efectivo que tenía en los bolsillos.

–Ten, coge esto. Si el tren se detiene en alguna de las estaciones de su ruta, busca un teléfono y llama a nuestro Consulado en París mientras yo discuto con el jefe de estación. Explícales nuestra situación y diles que hagan un seguimiento inmediato. Que llamen a Berlín y a Vichy con urgencia.

–¿Y si no paramos, señor?
–Entonces harás lo mismo en París.
–Pero nadie responderá al teléfono de los consulados antes de las nueve de la mañana.
–¿Sabes el número de Hikmet Özdogan?
–Me temo que no. Conozco el número de su consulado; pero, como le he dicho, no contestarán a esta hora de la noche.
–Yo sabía su teléfono. ¿Cómo era…? Vamos, ¿cómo era…? Lo tengo en la punta de la lengua, acabaré recordándolo; te lo diré en cuanto lo haga. Debes memorizarlo y llamar tan pronto como puedas. Seguro que él podrá hacer algo. Calculo que mi discusión con el jefe de estación durará al menos media hora.
–No se preocupe, llamaré al cónsul… si recuerda usted el número, por supuesto.
–¿Sabe alguien en Marsella que estamos en este tren?
–No lo creo. No quedaba nadie en el consulado.
–Yo estaba tomando té con el agregado italiano. Él se dio cuenta de que algo horrible sucedía; puede que haya estado indagando.
–¿Sabe, señor? Algo me dice que esa señora turca, ya sabe, la que vino a verle con su hijo en una ocasión; ella fue la primera en llegar hoy… Apuesto a que estará siguiendo este asunto.
–¿Fuiste tú quien le dijo dónde estaba?
–Verá, señor, yo…
De repente hubo una fuerte sacudida. Los que estaban de pie se cayeron al suelo y los que allí había sentados se revolcaron unos encima de otros. El tren frenó hasta detenerse. Todos intentaron acercarse a los barrotes de madera para ver qué había pasado en el exterior.
–¡Atrás! –ordenó en francés un oficial con acento alemán.
Subió al vagón de un salto y permaneció erecto, como una estatua de bronce entre los caídos. También el cónsul se irguió frente a él. Era unos centímetros más alto que el oficial, a pesar de que un turco tan alto era algo poco común. El alemán le miró de arriba abajo; probablemente había llegado al andén esperando encontrar a un diplomático corpulento, bajo y de mediana edad. Debían de haber parado en alguna estación, ya que el tren de la muerte estaba lo suficientemente iluminado como para que Nazim Kender percibiera la sorpresa en los ojos del oficial.
–¿Es usted el cónsul de Turquía?
–Sí, lo soy.
Varios alemanes más subieron al vagón, pisando y empujando a la gente de dentro.
–*Monsieur le consul*, parece que el jefe de estación de Marsella ha cometido un grave error: dio al tren la orden de arrancar antes de que

usted se bajara. Le aseguro que los responsables de este error serán severamente castigados. Acompáñeme, señor, se lo ruego. Tenemos un coche esperándole; le llevará de vuelta a Marsella.

–Le agradezco su preocupación, pero me temo que debe de haber algún error. El jefe de estación de Marsella no merece ser castigado porque yo subí a este tren voluntariamente.

–Igualmente, él no debería haber permitido que el tren partiera con usted dentro. Por aquí, por favor –le invitó el oficial alemán señalándole la salida.

–Debo indicarle que este vagón está lleno de ciudadanos turcos. Exijo saber adónde llevan a nuestros ciudadanos. Es más: les han subido a un vagón para ganado en contra de su voluntad. ¡Exijo una explicación!

–Son judíos y están siendo llevados a París.

–Aun siendo judíos, son ciudadanos turcos. Tienen papeles perfectamente válidos.

–Se lo repito, señor: ¿sería tan amable de bajar?

–¿Bajar de este vagón para ganado? Haga el favor de comprender que pertenezco a un país que no tolera semejantes abusos hacia el ser humano por motivos de fe. Que quede claro, también, que mi ayudante y yo saldremos de este tren junto a todas estas personas o seguiremos con ellos hasta París.

–*Monsieur le consul*, me está poniendo las cosas muy difíciles. Está usted en un vagón de mercancías. Deben ustedes bajarse de él. Nos encargaremos de los que tengan documentación turca una vez lleguen a París.

–No me deja alternativa. Parece que tendremos que seguir todos juntos rumbo a París en un tren para vacas.

–¿Qué quiere usted decir?

–Quiero decir que me niego a abandonar este vagón para ganado sin mis ciudadanos.

–Y yo debo insistir en que se baje usted aquí y tome el coche que le hemos proporcionado.

–Me temo que yo también debo insistir, o nos bajamos todos juntos o continuamos el viaje.

–En ese caso, es su elección. Prefiere usted retomar el camino con los judíos y en estas condiciones.

–Así es. Se trata de nuestros ciudadanos. O nos bajamos juntos o continuamos juntos.

El oficial alemán intentó obligar a Nazim Kender cogiéndole de los brazos, pero el cónsul le detuvo apoyando las manos contra su pecho con firmeza.

–Le aconsejo que no lo haga, joven; sería un error irreparable. Soy un diplomático que representa a un país neutral, por no mencionar la

inmunidad de que disfruto. Tenga la certeza de que, si me pone una mano encima, provocará un escándalo diplomático.

–El escándalo ya lo ha provocado usted –replicó el oficial alemán con la cara roja de ira.

–Prevenirlo está en sus manos –le contestó el cónsul–. Uno de los pasajeros de este asqueroso vagón es bastante mayor y ha sufrido un ataque al corazón porque no ha podido soportar la tensión. ¿Está usted dispuesto a afrontar las consecuencias si no consigue llegar a París?

El alemán bajó del tren murmurando algo en su idioma. Los demás oficiales le siguieron. Era obvio que no sabían francés y no habían entendido ni una palabra de la discusión.

Nadie dijo nada durante un rato.

Finalmente, una tímida voz preguntó:

–¿Dónde estamos?

–Debemos de estar en algún lugar cerca de Nimes –contestó el *kavass*.

Nadie se atrevía a asomarse afuera para echar un vistazo. Nazim Kender lo hizo y pudo atisbar el exterior: aparte de los quince oficiales alemanes en formación con sus rifles, el andén estaba desierto. No podía ver dónde se encontraban porque un reloj ocultaba el nombre de la estación, pero intentó calcular su posición por la hora que marcaba.

–Sí, debemos de estar en algún lugar entre Arlés y Nimes –dijo mirando al *kavass* para confirmar su predicción.

El tren estaba en punto muerto. No se veía a nadie yendo o viniendo. Todos esperaban angustiados. Cada minuto parecía una hora. Todas las miradas se posaban en el cónsul, erguido y dispuesto a defender sus causas.

Se oyó de pronto la voz de una mujer que estaba en una esquina del vagón:

–Vamos…, vamos… –les repetía a unos niños, animándolos a hacer algo a lo que eran reacios.

–*Monsieur le consul* –gritó finalmente la mujer. Nazim Kender volvió la cabeza y la miró–. Estos niños tienen algo que decirle.

–Sí –contestó el cónsul–. ¿De qué se trata?

–Yo turco…, yo quiere agua…, mucho hambre…, yo tiene frío…, ¿cómo tú estás? –la niña, que ya estaba temblando, rompió a llorar: había pronunciado todas las frases en turco que se había aprendido de memoria.

–¿Eres turca, jovencita? –preguntó el cónsul en su lengua.

La niña afirmó con la cabeza.

–¿Cómo te llamas?

–Pe… Peri.

El cónsul se volvió entonces al chico.

–¿Y tú? –preguntó.
–Me llamo Sa… perdón: Sami.
Recordó de repente que ya había visto a esos dos niños; fue en una fotografía, estaban los dos en un jardín. Llamó entonces al *kavass*.
–Mira a quién tenemos con nosotros, bey Halim. Nuestros Peri y Sami están aquí.
Halim estaba confundido e intentaba comprender lo que el cónsul querría decir. En ese momento se oyeron unos pasos en el andén y se estiró para mirar por los huecos del lateral del vagón. El oficial con el que el cónsul había estado hablando regresaba con los mismos soldados. Nazim Kender les esperaba con las manos sobre los hombros de los niños.
El oficial no subió al tren tan rápidamente como antes; esta vez lo hizo agarrándose a los pasadores de hierro de la puerta del vagón.
–De modo que no piensa usted bajarse de este tren; ¿es así, *monsieur le consul*?
–Así es, no lo haré.
El oficial alemán respiró profundamente y, tras un breve silencio, ordenó:
–Desciendan; vamos, bájense.
–¿Perdón?
–Si no abandona usted el tren por voluntad propia, será mejor que lo hagan todos.
–¿De verdad?
–Sí, esa es la orden.
–Ellos bajarán primero. Todos ellos.
–¿Son todos turcos?
–Algunos no tienen aquí sus documentos de identidad, pero estoy convencido de que cuando lleguemos a París…
–¡He dicho que bajen! –gritó el alemán. Estaba claro que le molestaba tener que llevar a cabo la orden que había recibido.
–Mi ayudante y yo saldremos los últimos –anunció el cónsul cruzándose de brazos. El *kavass* permanecía a su lado en posición de firmes, como si se tratara de su ayudante de campo.
Los pasajeros del vagón empezaron a descender. Bajaron cuidadosamente al hombre que había sufrido el ataque al corazón. Los dos niños se quedaron junto al cónsul, reacios a separarse de él. La mujer que los había animado a hablar parecía contenta de que hubieran podido demostrar que eran turcos, aunque rehuía sus miradas por temor a lo que pudiera pasar a continuación.
–¿Son estos sus hijos, *madame*? –preguntó Nazim Kender.
–No, soy su tía. Estábamos comprando en el mercado cuando nos detuvieron.
–Venga, Peri y Sami; es vuestro turno –les dijo el cónsul.

El *kavass* tomó a la niña por las axilas y la bajó hasta el andén. El chico lo hizo solo. El cónsul fue el último en abandonar el vagón, como un capitán abandona su barco. Halim estaba junto a él.

El oficial alemán se les acercó.

–Su coche les espera a la salida de la estación –les indicó.

–Gracias, pero volveremos en un taxi. Agradecería que el coche se llevara al hombre que ha tenido el ataque al corazón. Espero que no le importe.

Una mujer intervino antes de que el oficial alemán pudiera responder.

–No, no; muchas gracias, pero estoy segura de que podremos arreglárnoslas solos. Se lo agradezco igualmente.

El oficial les dirigió una mirada que quería decir: «están locos». Se despidió del cónsul, les volvió la espalda y se marchó, seguido de los demás soldados en formación.

Al marcharse los alemanes, estallaron murmullos de alegría. Las ochenta personas rodearon a Nazim Kender, deseosos de besar sus manos o su cara e intentando abrazarle. Los que estaban más lejos alargaban las manos para tocarle la espalda o los hombros, como si se tratara de un objeto sagrado.

–Por el amor de Dios, no me suban a hombros –gritó el cónsul, pero no había manera de poder controlar las oleadas de amor que batían a su alrededor. No había palabras capaces de describir la gratitud de aquella gente.

–Les sugiero que aquellos de ustedes que no tengan nacionalidad turca se marchen y se refugien en un lugar seguro. Vuelvan a sus hogares tan pronto como les sea posible. –Tras decir eso, preguntó–: ¿Dónde diablos estamos exactamente?

–En Arlés –le contestó el *kavass*.

–Creo que hay un tren para Marsella en una hora, más o menos –informó alguien–. Siempre que no haya sido cancelado…

El cónsul y el *kavass* salieron juntos de la estación. El Mercedes Benz que los nazis les habían proporcionado estaba aparcado fuera.

–Me pregunto si habrá un taxi por aquí. ¿Por qué no lo compruebas, Halim? –sugirió Nazim Kender sentándose en un banco mientras el *kavass* se alejaba.

En lo más profundo de su mente, se preguntaba si la experiencia que acababa de vivir había sido una pesadilla o había pasado realmente. Unos instantes después le sobresaltó la voz de Halim.

–Parece que hay un coche a leña, señor. ¿Quiere que lo tomemos?

–Sí, tráelo de inmediato.

Nazim Kender se puso en pie, caminó lentamente en dirección al Mercedes Benz y cruzó la calle con dignidad.

París

Ferit observó a su mujer cruzar la calle y alejarse. Cuando Evelyn se había perdido de vista, corrió las cortinas, echó el pestillo de la puerta de entrada y se dirigió al dormitorio. Arrojó al suelo precipitadamente la colcha, el edredón y las almohadas. Palpó los lados del colchón durante unos momentos y encontró lo que andaba buscando: un desgarrón lo suficientemente grande como para meter la mano. Así lo hizo Ferit y alargó el brazo tanto como pudo. Los comunicados estaban allí, hacia la mitad del colchón. Los agarró, los extrajo y volvió a hacer la cama meticulosamente. Tras ahuecar las almohadas y colocarlas en su sitio, se sentó a la mesa de la cocina y le escribió una nota a su mujer:

Cariño, he ido a visitar a un amigo de la universidad que vive al otro lado del río. No te preocupes si llego tarde.

Metió los comunicados bajo su chaleco, salió del apartamento y echó a andar hacia el metro.

Hacía ya algún tiempo que Ferit era miembro de la Resistencia, una organización clandestina cuyas operaciones habían ido cobrando mayor importancia como resultado de la simpatía del gobierno de Vichy hacia Hitler. Podía no ser francés, pero amaba ese país como si hubiera nacido en él. Además, odiaba a Hitler.

Como no era natural de Francia, sus colegas del comité no compartían con él ciertos planes confidenciales de cariz nacionalista. Sin embargo, hacían la vista gorda ante su trabajo en las células, ayudando a cruzar la frontera a judíos y a comunistas.

Ferit nunca le había mencionado a Evelyn su conexión con esta organización. Ella pensaba que su marido se había presentado voluntario como ayudante de su querido profesor del Liceo; el mismo profesor que le había ayudado con su tesis. Esa era la coartada que le permitía explicar sus ausencias algunas mañanas, tardes, noches e incluso, muy a menudo, madrugadas. Como el profesor era miembro de la misma organización, no parecía posible que Evelyn acabara descubriendo la verdad.

Ferit había conseguido actuar como intermediario entre sus muchos

amigos judíos y la Resistencia, expidiendo pasaportes de países neutrales. El pasaporte más demandado últimamente era el de Turquía, ya que los turcos dedicaban más esfuerzo a proteger de la Gestapo a sus ciudadanos. Ferit había podido entrar en contacto con el consulado gracias a su viejo amigo Muhlis. Poco después de que este conociera a Tarik y de haberlo tanteado discretamente, Ferit le invitó a un café y discutió el asunto con él abiertamente. Le preguntó si el consulado turco podría expedir pasaportes a los extranjeros. Su respuesta fue muy clara:

–Quisiera tener autoridad para darte otra respuesta, Ferit. Cada una de las personas que salvamos de la muerte es una fuente de satisfacción para nosotros. De hecho, ya conoces el riesgo que corremos cada vez que visitamos uno de esos campos o una comisaría. A fin de cuentas, somos una nación justa y honorable y, como tal, no podemos implicarnos en nada ilegal.

–¿Debo abandonar completamente la esperanza?

–Así es, amigo mío.

Ferit dio una fuerte calada a su cigarrillo y exhaló anillos de humo.

–Bien, en ese caso no volveré a molestarte con este tema –le dijo.

–Prometo hacer cuanto esté en mi mano para ayudarte en cualquier otra cuestión. He de admitir que respeto verdaderamente lo que estás haciendo y, sinceramente, estaría de tu lado si no fuera un empleado del gobierno.

–Lo comprendo.

–Quisiera hacerte una pregunta, si no te importa: ¿cómo te implicaste en esto?

–Todos los que tienen corazón están implicados, Tarik. Es verdad que los franceses no están en el campo de batalla, pero te aseguro que tienen una organización encubierta excelente. En cuanto a mí, me uní a ella a través de un buen amigo de la universidad. Me llevaba a menudo a sus reuniones y acabé siendo miembro de la Resistencia yo también.

–¿Y no te sorprende entonces que Francia no se haya resistido valientemente?

–Mira, Tarik, convendrás conmigo que París es una de las ciudades más hermosas del mundo. En mi opinión, no quisieron arriesgarse a que fuera bombardeada.

–Bueno, supongo que esa es una perspectiva válida.

Durante un rato siguieron bebiendo sus cafés sin intercambiar una palabra. Estaban en una de las cafeterías de estudiantes del barrio latino.

–Permíteme que te cuente un secreto, amigo mío –retomó Tarik–. Los británicos y los estadounidenses no soportan a De Gaulle. No le toleran en absoluto. Si hubiera sido otro el que liderara el movimiento

de liberación nacional, podríais haber conseguido más apoyos.

–Los británicos no toleran nada que pueda perjudicar sus intereses –opinó Ferit–, y De Gaulle no es el tipo de persona que tiene esos intereses en cuenta. Es un hombre tozudo y cascarrabias que considera cada ataque hacia su persona como un ataque hacia toda Francia.

–Sea como fuere, y estrictamente entre nosotros, opino que, si vuestra cabeza visible fuese otra, probablemente conseguiríais más apoyos de los británicos e incluso de los estadounidenses.

–Buscaron a otro líder, pero desgraciadamente no tuvieron éxito. Todos los activistas de la Resistencia respaldan a ese hombre –respondió Ferit–. Espera y verás; apuesto a que incluso aquellos a quienes no les gusta especialmente De Gaulle acabarán tragándose sus palabras y le apoyarán.

–¿Qué te hace estar tan seguro?

–Finalmente los aliados tendrán que invadir Francia para ganar esta guerra. Cuando llegue ese día tendrán que reconocer tanto a De Gaulle como a su Francia Libre, ya que no podrán llevar a cabo con éxito la invasión sin el apoyo de las organizaciones clandestinas.

–Cuanto antes llegue ese día, mejor –concluyó Tarik.

Después de eso, pidieron la cuenta.

–Confío en que ni Muhlis ni Evelyn se enteren de nuestro encuentro. Puedo confiar en ti, ¿verdad? –preguntó Ferit.

–Por supuesto que puedes.

–Te lo agradezco.

–Ferit, espero que no te moleste el comentario, pero ¿no crees que está mal ocultarle esto a tu esposa?

–Sí, lo creo, Tarik; pero no quiero que tenga preocupaciones en este momento. Está embarazada, ¿sabes?

–¡Ah! –se sorprendió Tarik–. No tenía ni idea… Enhorabuena.

–Gracias. Hace poco que lo sabemos; aún no se lo hemos dicho a nadie. Hubiera preferido que tú tampoco lo supieras.

–Entiendo; pero ten cuidado, ¿de acuerdo? –respondió Tarik palmeándole la espalda a su amigo–. Tus responsabilidades en la vida no han hecho más que empezar. Por favor, amigo mío, no te involucres en nada peligroso.

Ferit iba pensando en esa conversación con Tarik mientras viajaba en el metro. Hubiera deseado haberle convencido para cooperar. Nada más verle le hizo sentir que podía confiar en él. Era un hombre íntegro, trabajador y valiente que se caracterizaba por su discreción. Poseía todas las virtudes de alguien que podría ser miembro de la Resistencia. Era una lástima que, como correspondía a un hombre como él, hubiera elegido atenerse a las leyes de su país. Sin embargo, Tarik había dejado la puerta entreabierta cuando dijo: «prometo hacer cuanto esté en mi mano para ayudarte en cualquier otra cuestión».

Ferit desconfió al ver, en la ventana del metro, el reflejo de un hombre escuálido que le miraba. Intentó atisbar su rostro detrás del periódico que sujetaba. Cuando el hombre empezó a mostrarse intranquilo, Ferit se preguntó si le habría alertado. «¿Debería bajarme en la siguiente estación?», pensó. Al ponerse en pie cuando el tren se detuvo, vio que el hombre se apeaba, así que él volvió a sentarse. Se había preocupado sin motivo. «¡La inquietud! –se dijo a sí mismo–. No será la Gestapo, sino esta inquietud la que acabará conmigo.»

Eran ese tipo de preocupaciones las que le hacían pensar que, después de todo, debería llamar a esa puerta que Tarik había dejado entreabierta. Si a él le pasara cualquier cosa, Tarik sería la única persona capaz de devolver a Evelyn a su familia en Estambul. Ni Muhlis, su amigo desde hacía cuarenta años, ni nadie más podría hacerlo. Se prometió a sí mismo en ese momento que, si completaba con éxito la misión en curso, lo primero que haría al día siguiente por la mañana sería ir a ver a Tarik. Pero, ¿qué le diría? ¿Cómo apelaría a un hombre al que no había visto más de cinco veces? ¿Qué podría decirle? «Te confío a mi mujer.» ¡Claro que no! Tarik pensaría que estaba loco. O quizás no. ¿No había confiado en él lo suficiente como para confesarle que pertenecía a la Resistencia después de muy pocos encuentros? Tarik le había escuchado sin inmutarse; no se había mostrado sorprendido, no había manifestado desaprobación ni había intentado aconsejarle. Sí, Tarik era el hombre a quien confiar a su esposa. *Inshallah*, que pudiera superar este día sin complicaciones y mañana a primera hora…

Al bajarse del tren y caminar hacia la salida, Ferit vio que se estaba formando una larga cola. Las mujeres salían directamente, pero los hombres tenían que presentar documentos que les identificaran. Unos oficiales alemanes estaban metiendo en un camión, aparcado a la salida del metro, a aquellos que no tuvieran identificación o a los que tuvieran sellos judíos en sus papeles.

–Justo lo que me faltaba –se dijo a sí mismo mientras buscaba angustiado en los bolsillos.

Gracias a Dios llevaba sus papeles con él. Respiró aliviado, aunque le inquietaba tener que esperar en esa cola en lugar de salir sin más. Afortunadamente, avanzaba con rapidez; esos malditos alemanes desempeñaban su labor rápida y eficientemente. Cuando llegó su turno, le presentó tanto su certificado de nacimiento como su acreditación de docente a un soldado con un brazalete de las SS. El granuja miró los papeles y dijo: «¡Pase!». Ferit recuperó su documentación y la metió en un bolsillo interior. Caminó apresuradamente durante unos cuantos kilómetros y entró en la horrible tienda de ultramarinos de un suburbio; tenía las ventanas sucias y las estanterías casi vacías. Detrás de la caja había sentado un

hombre con aspecto aburrido.
–Deme el *Paris-Soir*, ¿quiere?
–¿También desea el suplemento?
–¿Por qué no? Si es gratis…
Ferit dejó un billete en el mostrador.
–¿No tiene cambio?
–Yo no, ¿y usted?
–Por esa puerta, bajando la escalera a la izquierda –contestó el tendero sin levantar la vista. Después, continuó haciendo sus cuentas.
Ferit atravesó la puerta del fondo de la tienda, bajó la escalera y fue a dar a un garaje. Cinco o seis personas se sentaban en torno a una pequeña mesa, detrás de los vehículos.
–¿Dónde te habías metido, turco? –le preguntó uno de ellos.
–Lo siento, me he encontrado con…
–Siéntate, tenemos algo que podría ser de tu interés. Hoy hemos recibido alguna información.
Ferit cogió un taburete cercano y se sentó a la mesa, apretado entre los reunidos.
–¿De qué se trata?
–Según parece, los turcos están ultimando los preparativos para devolver a sus judíos a Turquía. ¿Sabías tú algo de eso?
–No.
–¡*Mon Dieu!* ¿Y de qué narices hablas con tus amigos del consulado?
–Verás, lo que no iba a decirles es algo como: «nuestra organización ha conseguido cierta información referente a la extracción de los judíos turcos. ¿Es eso cierto?».
–En ese caso se lo preguntarás ahora.
–Muy bien, lo haré. Y si piensan hacerlo, ¿qué?
–Conseguiremos que los que no sean de origen turco tomen también ese tren.
–No aceptarán hacer eso.
–Lo sabemos.
–¿Entonces?
–Lo harán de todos modos.
–¿Cómo?
–Encontraremos el modo.
–Suponiendo que lo hagáis, ¿de cuánta gente estamos hablando?
–Son veintiocho hasta ahora, pero podría haber más.
–¿Cómo? ¡Estáis locos!
–Dime, turco, ¿crees que estaríamos haciendo todo esto si estuviésemos cuerdos?
–No pudiste ayudarnos con lo de los pasaportes, pero quizás tengas éxito en esto –dijo el hombre de nariz aguileña que presidía la mesa.
–Antes de nada deberás proporcionarnos detalles específicos:

averigua si todo este asunto del tren es cierto y, de ser así, cuándo partirá.

–Haré cuanto pueda –prometió Ferit.

–Pasemos ahora al segundo punto del orden del día –dictó el hombre sentado en la presidencia–. Hay un grupo al que debemos ayudar a cruzar la frontera con Suiza esta semana.

La bombilla desnuda que colgaba del techo empezó a parpadear. Todos los reunidos se levantaron. Dos de ellos se pusieron a limpiar los vehículos; otro se montó en un coche con un destornillador en la mano; Ferit corrió hacia la salida con los dos últimos. La luz se encendió de nuevo.

–Muy bien, caballeros; ha pasado el peligro, volvamos a la mesa –dijo el hombre de nariz aguileña retomando su posición.

«¡Mañana! –pensó Ferit–. Mañana tengo que hablar con Tarik sin falta».

París

No resultó sencillo que Tarik recibiera el mensaje de Selva. De no haber sido por su pánico y su insistencia al teléfono, el guardia nocturno no se habría molestado en mandar el recado a su apartamento y Tarik no se habría enterado de los acontecimientos. La noticia de las ochenta personas que viajaban camino de París cargados en un tren para ganado habría tenido que esperar hasta el día siguiente.

El guardia de seguridad le había colgado el teléfono a Selva dos veces. ¿Sería posible que esa mujer no fuera capaz de entender lo que le decía?

«Escuche, el cónsul no está en su despacho. Aquí no queda nadie; ni el secretario adjunto ni el tercer secretario. Todos se han marchado a casa. Vuelva a llamar mañana, por favor». Esas habían sido sus palabras, pero ella parecía no escuchar.

A decir verdad, el vigilante se asustó un poco cuando llamó por tercera vez. Se preguntó si no sería alguien importante con contactos en las altas esferas. Fue entonces cuando decidió telefonear a la tienda que había en los bajos del edificio de Tarik Arica, tal y como le habían ordenado que hiciera en caso de emergencia. Le pidió al tendero que avisara al ocupante del apartamento cinco para que llamara urgentemente al consulado. Transcurrió una media hora hasta que aquel envió por fin al chico de los recados a entregar el mensaje.

Tarik se apresuró al consulado en cuanto recibió el aviso. Descubrió por el guardia de seguridad que una loca había estado llamando insistentemente desde Marsella. Llamó a Selva de inmediato, suponiendo que habría sido ella. Todo lo que supo de su boca fue que cierto número de judíos habían sido hacinados en un tren que saldría hacia París desde la estación Saint Charles, y que Nazim Kender también viajaba en él. Selva le suplicaba a Tarik que recibiera a ese tren a su llegada a la ciudad y salvara a su marido.

Tarik llamó acto seguido a la Embajada de Turquía en Berlín. Como París estaba ocupado por los alemanes, el consulado de esa ciudad debía recibir las órdenes de su embajada en Berlín durante el tiempo que durara la guerra. Informó también a Behiç Erkin, el embajador en

Vichy, porque sabía que estaba muy sensibilizado con la causa judía.

Behiç, quien había sido amigo íntimo de Atatürk, no era el tipo de diplomático que hubiera empezado su carrera desde abajo, sino que tenía una vasta experiencia en asuntos de Estado. Era un hombre inteligente y concienzudo con una buena carga de sentido común. Fueron estas cualidades las que le valieron su puesto en Vichy. Podría tratarse de un regalo del cielo.

–Caballeros –había dicho a sus jóvenes colegas–, aunque debemos tener cuidado de no provocar a la Gestapo, las servidumbres de la guerra no deben hacernos olvidar nuestra humanidad. Incluso los Urartu, que vivieron en la Anatolia oriental setecientos años antes de Cristo, mostraron respeto por los pueblos cuyas tierras habían conquistado y les concedieron libertad de religión. No alcanzo a comprender qué les pasa por la cabeza a los alemanes para comportarse como lo hacen en pleno siglo XX. No os enfrentéis a ellos, pero, por supuesto, intentad hacer lo que consideréis correcto.

Tarik solía preguntarse si tendría el valor suficiente para visitar los campos y las comisarías si no contara con el apoyo de un superior como él.

Una semana después de que Behiç Erkin hubiera alquilado un edificio adecuado para la embajada, los alemanes alquilaron el de al lado y establecieron allí su cuartel general. Los oficiales controlaban continuamente quién entraba y salía de la embajada, haciéndoles sentir nerviosos e inseguros. Para poner fin a esa situación, el embajador Erkin contrató a un francés corpulento que trabajaba en la lonja. Le dio un uniforme y lo colocó en la puerta como guardia de seguridad. Su cometido era escoltar hasta el final de la calle a los visitantes que abandonaran la embajada, disuadiendo así a los soldados alemanes de que les acosaran.

El embajador Behiç también había dado orden a sus subordinados de expedir en el acto el pasaporte a cualquiera que tuviera lazos con Turquía, sin importar lo débiles que estos fueran. Si habían olvidado el idioma con los años, o si nunca lo habían aprendido por haber nacido en Francia, bastaba con que demostraran sus conexiones con el país aprendiéndose de memoria frases como «soy turco» o «tengo parientes en Turquía». El embajador tenía la convicción de que, si podían hilar unas cuantas palabras para componer un par de frases, merecían la oportunidad de salvarse de la furia de los alemanes y de sus simpatizantes franceses.

Tras poner en antecedentes a sus superiores, Tarik volvió a telefonear a Selva.

–Ten por seguro que nuestros embajadores ya han puesto la maquinaria en marcha. Por favor, vete a la cama e intenta dormir un poco –le recomendó.

Incapaz de calmarla, decidió que, por el bien de la hermana de Sabiha, pasaría la noche en el consulado. Pensó que se sentiría segura sabiendo que él estaba al otro lado del teléfono. Además, de esa manera podría también avisarla en cuanto tuviera noticias de Rafael.

Tarik llevaba dos horas telefoneando a todas partes, tratando desesperadamente de conseguir alguna noticia, cuando el vigilante entró y se puso frente a él.

–En la puerta hay un hombre que desea verle. Dice ser amigo suyo.

–¿Cómo se llama?

–Ferit; Ferit Say…

–¿Saylan?

–Eso es: Saylan.

–Déjelo pasar, es amigo mío.

Tarik se inquietó al ver entrar a Ferit. Estaba muy pálido.

–¿Qué sucede, amigo mío? ¿Ha pasado algo? –le preguntó.

–Soy yo el que está preocupado por ti –respondió Ferit–. Me dejé caer por tu apartamento y Muhlis me dijo que habías salido corriendo hacia el consulado hecho un manojo de nervios. ¿Qué ha pasado? ¿De qué se trata? ¿Hay algo que yo pueda hacer?

–No lo creo, pero te lo agradezco. La Gestapo ha detenido a un grupo de judíos, incluyendo al marido de una amiga mía. Parece que los están trayendo a París. Ya he informado a nuestras embajadas de Berlín y Vichy, así que, como puedes comprobar, solo me queda esperar. Ellos me avisarán si hay alguna novedad.

–¿Quieres un poco de compañía?

–Gracias por el ofrecimiento, Ferit, pero no tiene sentido que te quedes aquí sentado tú también, con el ánimo por los suelos. Además, Evelyn debe de estar esperándote en casa.

–Evelyn no está en casa. Ha ido a visitar a una amiga que acaba de dar a luz. Pasará la noche con ella.

–Muy bien, pues entonces quédate. ¿Qué puedo ofrecerte? ¿Te apetece un té?

–¿A estas horas?

–Podría pedirle al vigilante que nos consiguiera una botella de vino, pero nunca se sabe: puede que su olor impregne la habitación y eso no sería apropiado para el consulado.

–Cualquier otro lo haría, pero tú no. Eres muy respetuoso con las reglas; por eso te admiro tanto.

Tarik se ruborizó por el cumplido de su amigo.

–¿Sabes qué? Si recibo buenas noticias, podemos ir al Café Procope a comer algo –fue su respuesta.

–Perfecto. Pídeme un té y esperaremos sentados y charlando. Tengo que comentarte algo muy importante. No podríamos hablar con libertad en el café.

–¿Qué sucede? ¿Estás en apuros?

Ferit no contestó. Tarik salió de su despacho para llamar al vigilante.

–Hasan Efendi, ¿podrías traernos dos vasos de té muy cargado, por favor?

–¿Vasos? ¿Qué vasos? Aquí no hay vasos de té como Dios manda; tenemos que bebernos el té en cuencos, como si fuese sopa.

Todos los preciosos vasos de té adornados que habían traído desde Turquía se habían roto; solo les quedaban unas enormes tazas francesas. El cónsul había prometido hacer que alguien trajera seis vasos de té estrechos desde Turquía. Afortunadamente era un hombre de palabra y pronto podrían tomarse sus infusiones en buenos vasos turcos; eso en el caso de que alguien estuviese lo suficientemente loco como para querer ir al infierno.

Nadie pensaba en aquellos días que París fuera el infierno salvo Hasan Efendi, que echaba de menos su patria y no salía nunca a la calle, y, por supuesto, los judíos perseguidos. La capital de Francia había sido declarada «ciudad abierta» y tenía una intensa vida nocturna. Los cabarés, cafés, teatros, los bares, los restaurantes y las salas de baile permanecían abiertos hasta el amanecer. Se había convertido en una ciudad única para el entretenimiento.

–Muy bien; dime, ¿qué sucede? –preguntó Tarik–. ¿Estás en apuros, Ferit?

–No, yo no tengo ningún problema; pero ya sabes que me preocupa la gente que sí los tiene.

–Sí, ya sé que caminas sobre arenas movedizas.

–Igual que tú.

–Pero yo tengo el apoyo del gobierno de Turquía y de nuestra embajada. Tú tienes tratos con una red clandestina. Además, ni siquiera eres francés; ¿quién va a salvarte si te metes en líos?

–Espero que tú.

–Ferit, yo no podría hacerlo. ¿Cómo podría ayudar a alguien que tiene vínculos con las filas del partido comunista y que pertenece a la Resistencia? Eres miembro de una organización que nosotros no reconocemos oficialmente. Yo te apoyaré de todo corazón, pero me temo que eso no bastará para sacarte del apuro.

–De eso me encargaré yo.

–Eres un ingenuo. Créeme, si Evelyn no estuviera embarazada no me opondría tan firmemente a que metieras la nariz en asuntos tan peligrosos, ni a que hicieras de correo.

–De eso precisamente es de lo que quería hablarte, Tarik. Si tengo algún problema serio, quiero que tú te ocupes de Evelyn por mí, que la cuides y la protejas.

Tarik se quedó asombrado. Ferit prosiguió:

–¿Podrás hacer eso por mí, amigo mío?
–¿Qué es lo que quieres que haga?
–Asegurarte de que mi esposa llega a Estambul sana y salva.
–¿Evelyn no tiene parientes aquí?
–En París, no. De todas formas, queremos que nuestro hijo nazca en Turquía. Queremos que mi madre conozca a su nieto.
–¿Y los padres de ella?
–Los dos están muertos. Únicamente tiene un hermano y ha puesto sus esperanzas en emigrar a Estados Unidos. Ya se habrá marchado cuando nazca el bebé.
–Ferit, ¿y no sería mejor que te lavaras las manos de estos temas tan peligrosos y te concentraras en llevar tú mismo a tu mujer a Turquía?
–Tengo una misión que llevar a cabo, Tarik. La última. Estoy demasiado implicado como para abandonarla ahora. Si Dios quiere, cuando la haya cumplido me subiré a ese tren y regresaré a Estambul.
–¿Tren? ¿Qué tren?
–El que tú mencionaste.
–No recuerdo haber mencionado ningún tren.
–Pero ¿existe?
–¿Muhlis se ha ido de la lengua?
–¿Acaso importa de boca de quién lo haya escuchado? Tan solo dime: ¿cuándo sale ese tren?
–Así que quieres subirte a él, ¿no?
–¿Es eso posible?
–Por supuesto que lo es; siempre y cuando se haga realidad. Hemos estado pensando en la manera de sacar a los judíos turcos de París y mandarlos de vuelta a Turquía. Aún seguimos trabajando en ello. Estamos intentando averiguar cuánto podría costar alquilar un vagón, cuál sería la ruta más segura y cuándo podría partir. En resumen: todavía quedan muchas cuestiones por resolver. Se está discutiendo el asunto con los países de la ruta. Sí, estamos considerando ese proyecto; sin embargo, aún no hay nada definitivo. Si quieres tomar ese tren, estoy convencido de que podré arreglarlo para ti y tu mujer.
–¿Estás seguro?
–Pues claro que lo estoy; pero, por el amor de Dios, no hables de esto por ahí con nadie. Si llega a oídos de los alemanes, tirarán por tierra todo el plan. Se está intentando hacer las cosas muy en secreto. Muhlis no debería haberlo mencionado en absoluto.
–Créeme, Muhlis no ha dicho una sola palabra.
–Entonces, ¿cómo es que lo sabes? Solo tres de nosotros estamos enterados aparte del embajador: Muhlis, Hikmet Özdogan y yo. Tú no conoces a Hikmet, así que quedamos Muhlis y yo. Ha debido de ser él quien ha levantado la liebre.
–Te juro por mi honor que no ha sido Muhlis. Además, él no tiene

conocimiento de que yo esté implicado en la organización.
–¿Entonces cómo lo sabes?
–No puedo decírtelo.
–Es fundamental que yo lo sepa.
–Un par de amigos míos del comité quieren que sus familiares tomen ese tren.
–¿Y se puede saber cómo se han enterado ellos?
–¡Ah, las paredes oyen! Y yo trabajo para una organización clandestina…
–Francamente, amigo mío, esto no me huele bien. ¿Cómo pueden filtrarse de ese modo cuestiones confidenciales?
–No te preocupes, Tarik, a los que lo saben no les interesa poner en peligro vuestro plan. Quizás solo quieran sacarle partido…
Se quedaron en silencio cuando el guardia entró con una bandeja. Puso las tazas de té en el escritorio de Tarik y volvió a salir. El teléfono empezó a sonar después de que le hubieran dado un par de sorbos a la infusión. Era de la embajada; el embajador informaba a Tarik de que el cónsul de Marsella, Nazim Kender, y los que viajaban con él habían sido liberados.
–Gracias por las buenas noticias, señor –dijo Tarik–. ¿Qué asunto…? ¡Ah, el tren…! Por supuesto, señor, me ocuparé de ello a primera hora de la mañana… Tiene razón, señor, antes de que vuelvan a detener a esa pobre gente. Acelerar los trámites ayudaría. Estoy seguro de que los de inmigración se mostrarán más solícitos tras el desastre de esta noche… ¿Perdón?
Tarik intentaba atajar la conversación porque, evidentemente, no quería hablar más de la cuenta delante de Ferit. Se limitaba a proferir respuestas cortas como «sí, señor» y «no, señor». Colgó por fin el teléfono y se volvió hacia su amigo.
–¡Hurra! La Gestapo ha puesto en libertad a la gente que traía desde Marsella. ¡Hemos vuelto a hacerlo! –exclamó entusiasmado.
–No cantes victoria, Tarik. Puede que esta vez los hayan liberado, pero apuesto lo que quieras a que pronto volverán a arrestarlos.
–Tal vez. Ahora, si me disculpas, debo telefonear a mi amiga de Marsella, que está esperando mi llamada. Antes de nada, he de comunicarle las buenas noticias; después saldremos de aquí –dijo mientras marcaba el número de Selva.

Selva descolgó el auricular en cuanto empezó a sonar. Era obvio que estaba pendiente del teléfono.
–Buenas noticias, Selva: al parecer, han soltado a tu marido y a todos los demás en Arlés. Supongo que se retrasarán un poco, con tanta gente buscando un medio de transporte a esta hora de la noche, pero estoy seguro de que estarán en sus casas por la mañana –le informó

Tarik.

No se oía nada al otro lado del teléfono.

–¿Selva…? ¿Selva?

–Te escucho –contestó ella débilmente–. Tenías razón, Tarik, tenemos que regresar a la primera oportunidad.

–Existe la posibilidad de que un tren parta para Edirne. Deberíais venir aquí por si acaso; seguro que entenderás que no podría esperar a que llegaras desde Marsella. Tendréis que estar aquí, en París.

–Sí, por supuesto que lo entiendo; pero lo que me preocupa es dónde alojarnos. Si aún no se ha fijado el día de su partida, podría ser una larga espera y ya sabes que también tenemos un niño pequeño.

–En última instancia, siempre podéis quedaros en mi apartamento. Tenéis que prepararos de inmediato; debéis estar aquí en menos de quince días –dijo Tarik.

Tras colgar el teléfono, dudó por unos instantes: «¿Pero qué diablos he hecho? –pensó–. ¿Cómo se suponía que iba a meter a tres personas más en su casa? ¿Qué diría Muhlis de eso?». Entonces, se volvió hacia Ferit.

–Puede que necesite algún sitio para quedarme –le anunció–. ¿Podrías encontrarme algo? Me pregunto si habrá una pensión cerca de mi apartamento.

–¿Para ti o para tus amigos?

–Ellos son tres; estoy seguro de que será más fácil encontrar algo para mí y que ellos se queden en mi casa.

–¿Hasta que salga el tren?

–Así es.

–¿Me confirmas entonces que existe definitivamente ese tren?

–Ferit, si el tren llegase a salir, ¿no planeabas subirte a él con tu esposa?

–Podría ser.

–En ese caso, has de prometer no ponerme en una situación comprometida. Nunca hemos tenido esta conversación y tú no sabes nada de ningún tren. Yo no te he dicho nada y eso es precisamente lo que tú sabes. ¿Está claro?

–Ya te he dicho que las paredes oyen; me habría enterado incluso sin que tú lo mencionaras. Bueno, déjame ver si puedo encontrarles un sitio a tus amigos. ¿Qué tal en mi casa?

–¿Tu casa?

–¡Claro! ¿Por qué no? Tenemos una habitación de invitados enorme que no usamos casi nunca. Un amigo mío vivía en ella, pero se mudó cuando Evelyn y yo nos casamos. ¿Para qué vas a irte de casa? Ellos estarán bien con nosotros.

–Te lo agradezco. Ni qué decir tiene que se te pagará un alquiler.

–Eso no tiene importancia. Ya pensaremos en algo –dijo Ferit.

–Venga, vámonos; podemos hablarlo por el camino –le respondió Tarik.

Se sentía acorralado; puede que Ferit no le pidiera un alquiler, pero ¿qué pensaría pedirle a cambio?

Ankara, 1943

La partida de *bridge* en casa del doctor Celal había acabado abruptamente cuando empezó a nevar. Mientras los demás invitados se preparaban para marcharse, Leyla, la esposa del doctor, intentaba convencer a Sabiha para que se quedara.

–No quiero que vuelvas sola a casa –decía–. Macit está fuera de la ciudad de todas formas.

–Te lo agradezco, querida, pero prefiero marcharme –contestó Sabiha–. Hülya está en casa y se preocupará si llego tarde.

–Le telefonearemos.

–Es muy amable de tu parte, pero prefiero irme a casa, gracias.

–Está claro que Macit sabe lo que le conviene –observó riéndose el doctor Celal mientras se unía a ellas–. Seguro que estará tomando el sol en El Cairo mientras nosotros nos congelamos en medio de una tormenta de nieve.

–Dándole el crédito que merece –apostilló el bey Adnan, uno de los invitados–, hay que reconocer que acabará frito sentado a la mesa junto a Inönü, con Churchill a un lado y Roosevelt al otro. Si os digo la verdad, no me gustaría estar en su pellejo ni por todo el té de China; prefiero quedarme aquí, en mi tormenta de nieve.

–Probablemente será Inönü quien reciba la reprimenda, no Macit –aclaró Leyla–. ¿Quién sabe cómo le estarán acorralando Churchill y Roosevelt?

–De hecho, son los rusos los que están provocándole más quebraderos de cabeza –dijo Adnan–. Rusia se mantiene firme en su opinión de que Turquía debe unirse a la guerra sin importar las consecuencias.

–¿Y eso por qué? –preguntó el doctor Sahir.

–Para poder enviar a sus tropas a ayudarnos cuando nos ataquen los alemanes.

–Ni los unos ni los otros –dijo el doctor Celal–. Muchas gracias, pero yo no quiero favores de nadie.

–Inönü no se dejará convencer fácilmente. Seguro que el viejo zorro se guarda algún as en la manga –opinó el bey Ahmet, otro invitado.

–Alguien debe tener al trote al viejo diablo –añadió su esposa, que era de las provincias del Egeo y a quien, por lo tanto, no le gustaba

Inönü.

–Estas charlas de despedida en la puerta podrían durar para siempre –dijo Adnan–. La compañía es muy grata, pero tenemos que marcharnos.

–¿Con quién has venido tú, Sabiha? –preguntó el doctor Celal.

–Antes hacía buen tiempo, así que vine dando un paseo –contestó ella.

–Estaremos preocupados si vuelves caminando bajo la nieve.

–Yo acompañaré a la señora –ofreció el doctor Sahir.

–No es necesario, gracias –le respondió Sabiha.

–Concédame el honor –insistió él.

Salieron todos juntos y caminaron hacia la plaza que había al final de la calle, donde tomaron direcciones separadas. Sabiha y Sahir siguieron andando en dirección a Kizilay. Lo que había empezado como aguanieve había cuajado luego en grandes copos y era ahora una ventisca en toda regla. Sabiha se resbaló y Sahir la sujetó del brazo.

–Así; agárrate a mi brazo, Sabiha –le dijo ofreciéndole su apoyo.

–¡Quién hubiera pensado que nevaría! –observó ella aceptando su oferta–. Estaba soleado esta mañana. No habría salido de casa de haberlo sabido.

Siguieron caminando del brazo contra la ventisca. Sabiha, siempre dispuesta a revelar sus más íntimos sentimientos en la consulta, permanecía ahora en silencio e incluso demasiado avergonzada como para devolverle la mirada a su psiquiatra.

Le había impresionado haberse encontrado con él en casa del doctor Celal esa tarde. Era en él en quien pensaba en sus noches oscuras; el hombre a quien anhelaba ver, la persona que le hacía contar los días, horas y minutos que faltaban para su siguiente cita. Era suya la voz que echaba en falta si no la escuchaba durante algún tiempo. Le había sorprendido verle allí, a pesar de que Leyla ya había mencionado la posibilidad de que sustituyera a Macit para poder ser cuatro, en caso de que este siguiera en El Cairo el fin de semana. Sin embargo, por algún motivo Sabiha no había imaginado que podría estar allí. Le desconcertó encontrarse en la sala de estar de Leyla con el hombre que conocía sus secretos más íntimos. Se sintió desnuda, completamente vulnerable. Todo aquello que compartía con su doctor –sus conversaciones, las cosas que solo ante él había admitido, sus lágrimas e incluso en ocasiones los sentimientos que le había confesado– le resultaba imposible de afrontar más allá de la tenue iluminación de la sala de consultas. De algún modo, coincidir con él en ese lugar no estaba bien; había rezado por no sentarse en la misma mesa que aquel hombre.

Al llegar a Kizilay, el doctor Sahir sugirió entrar en una cafetería.

–Hace tanto frío que te vendrá bien tomar algo caliente. ¿Qué tal un chocolate, por ejemplo?

–Me parece bien.

Sabiha se arrepintió en cuanto pronunció esas palabras. Entraron en un café vacío y se sentaron uno frente al otro en una mesita redonda al lado de la ventana. Ella se quitó los guantes y el chal que le cubría la cabeza. El doctor Sahir llamó al camarero, de pie tras la vitrina de cristal.

–Dos chocolates calientes, por favor.

Las manos de Sabiha estaban moradas por el frío. Sahir las tomó entre las suyas y empezó a frotarlas. Ella se ruborizó, pero no retiró las manos.

–¿Sabe? Me siento rara estando aquí sentada con usted, en lugar de en la consulta.

–¿Por qué «rara»?

–No lo sé, es un poco extraño.

–¿Y eso por qué?

–Hum, no sé qué decirle…

–En ese caso, ¿qué te parece si charlamos sobre las cosas de las que hablamos en nuestras sesiones?

–¿No sería eso un poco extraño, también?

–¿Por qué iba a serlo?

–Pues para empezar porque en la consulta soy su cliente y sé que voy a pagarle por su tiempo.

–Y ya que estamos aquí, ¿por qué no intentas hablarme como amigo? ¿No deberíamos serlo después de tanto tiempo?

–Pero, ¿cómo podré recompensárselo?

–El placer de tu compañía ya es bastante recompensa.

–¿Considera un placer estar conmigo, doctor?

–Completamente. Contemplarte ya es todo un placer; eres una mujer muy hermosa.

–Pero estar conmigo podría no ser tan placentero como contemplarme. Ya sabe que soy una persona muy complicada; parece que esté siempre nerviosa y preocupada. Quizás es por eso por lo que mi marido se ha cansado de mí, e incluso mi hija.

–¿Tu hija se ha cansado de ti?

–Bueno, digamos que no le gusta estar conmigo. Ya le dije que pasa todo el tiempo con mis padres desde que vinieron a vivir con nosotros. Parece estar más unida a ellos.

–Los abuelos ocupan un lugar muy especial en la vida de los niños. Son una fuente incondicional de amor y tolerancia.

–No, no; ya estaba distante conmigo antes de que ellos llegaran. Hülya es una niña extraña.

–¿Se trata de tu primera hija?

–Sí.
–En otras palabras: es una niña mimada, celosa y tozuda.
–¿Por qué dice eso?
–Porque tienes ciertas ideas preconcebidas acerca de los primogénitos, Sabiha.
–¿En serio? –dijo Sabiha mientras cogía una de las tazas, añadía un poco de azúcar y le daba un sorbo–. ¡Oh! Esto es genial…
–¿El chocolate o reconocer la verdad?
–Me da la sensación de que no tiene usted una buena impresión de mí. Me considera una mujer caprichosa y susceptible, ¿no es así?
–No, en absoluto. Te considero una mujer muy sensible y emotiva, que es lo que eres. Ese es precisamente el motivo de que el resentimiento, la sensación de injusticia y los celos que la mayoría de los niños sienten hacia sus hermanos pequeños, pero que pronto superan, hayan dejado una huella tan profunda en tu caso. Dicho de otro modo: no eres caprichosa ni susceptible, sino vulnerable y sensible.
Sabiha dio otro sorbo al chocolate que sujetaba entre sus manos temblorosas.
–¿Sabes, Sabiha? Opino que viajas con mucho exceso de equipaje. Es posible que sientas en ocasiones que tu hija debería ayudarte a cargar con él, pero en realidad no existe carga alguna. Tus experiencias pasadas con tu hermana forman parte de la rica estructura de la vida; lo que sentiste durante tu infancia es absolutamente normal.
–Creo que me he pasado con el azúcar.
–Sabiha, espero que no te ofenda que te trate con tanta familiaridad. No me evites. Sabes que no debes afrontar la verdad solamente en la consulta.
–¿Qué quiere decir?
–Creo que tu principal problema es con tu hija, no con tu hermana.
–Deberíamos irnos si ya ha terminado su chocolate –dijo Sabiha.
El doctor Sahir se volvió para llamar al camarero y retiró la silla para que la mujer pudiera levantarse. Ella volvió a ponerse el chal y los guantes y salieron a la calle. La ventisca había amainado.
–Te sugiero que vuelvas a cogerte de mi brazo –dijo el doctor Sahir–. El suelo está muy resbaladizo.
–Gracias, pero creo que debemos separarnos en la esquina. A partir de ahí cada uno puede seguir solo hasta su casa.
–Me gustaría acompañarte hasta la tuya. Quizás podrías invitarme a algo caliente, una vez allí.
–Mis padres y Hülya están en casa.
–¡Qué bien! Entonces podré conocer también a tu hija.
Caminaron en silencio durante unos momentos. Sabiha se detuvo de repente, miró a su acompañante a los ojos y le preguntó:

–¿Cree que estoy tratando mal a mi hija?
–¿Lo crees tú?
–No, pero tengo la sensación de que usted sí.
–Nunca te he visto con ella, pero creo poder leer claramente lo que hay en tu corazón; como no estás satisfecha con tu infancia, pareces culpar a tu hija, que representa a todas las niñas pequeñas; como resultado, la estás privando de tu amor.
Los ojos de Sabiha se llenaron de lágrimas.
–Yo no la trato mal.
–Estoy convencido de ello.
–¿Por qué?
–Porque tú…
–¿Porque yo qué?
–Porque eres maravillosa. Eres demasiado amable como para herir a nadie.
–¿En serio piensa eso? ¿Me está diciendo la verdad?
–Sí, así es.
–Dígame, doctor: ¿seré capaz algún día de librarme de todas las penas que tanto me atormentan?
–Por supuesto que sí.
–¿Cuándo?
–Sabiha, déjame preguntarte algo: ¿me acompañarías a mi consulta ahora mismo?
–¿Ahora?
–Sí.
–Lo haré.
–¿Estás segura de querer hacerlo?
–Lo estoy.
Desandaron juntos el camino hasta Kizilay, donde cruzaron la carretera y avanzaron unos metros por la calle Kazim Özalp, doblando la esquina en Karanfil. No se hablaron en todo el tiempo; era como si ambos temieran que una sola palabra estropeara la magia de un momento que tenía significados distintos para cada uno de ellos. Había parado de nevar un momento, pero ahora volvía a hacerlo.
Sahir abrió la puerta del edificio que albergaba su consulta y la aguantó para Sabiha. Al no poder encender la luz de la escalera, sacó una caja de cerillas, prendió una y la sostuvo frente a ellos.
–Parece que se ha fundido la bombilla. Dame la mano, Sabiha.
Subieron las escaleras cogidos de la mano. Sahir prendió otra cerilla para poder abrir la puerta de su apartamento. Una vez dentro, encendió la lámpara del recibidor. Tenían un aspecto cómico bajo aquella luz intensa, con sus cabellos y sus abrigos cubiertos de nieve como en un cuadro surrealista. Sabiha se sacudió y se quitó el chal, los guantes y el abrigo. Sahir entró en la consulta y encendió la lamparita

de su escritorio.
–Pasa, por favor, Sabiha. –Ella entró–. Siéntate, por favor.
Sabiha tomó asiento en la cómoda butaca de costumbre y reposó las piernas sobre la banqueta.
–¿No hay música?
–¡Claro! ¿Qué te gustaría escuchar?
–Sorpréndame.
–Te gusta el piano, ¿verdad?
–Sí.
–Dame un par de minutos; buscaré algo de Chopin.
Sabiha cerró los ojos mientras se estiraba en el sillón. Poco después empezó a sonar una polonesa de Chopin.
–Tiene una buena colección de discos.
–La empecé durante mis años de estudiante en Viena.
–¿Le pone música a todos sus pacientes?
–Si quieren, sí. La música es muy relajante. Es una lástima que en esta ciudad no haya mucha gente a la que le guste la música clásica.
Guardaron silencio unos minutos hasta que Sahir empezó:
–Bien, soy todo oídos.
–¿Qué quiere que le diga?
–Lo que desees.
–Quisiera limitarme a disfrutar de la música.
–No hagas trampa. Si no sabes por dónde empezar, yo te guiaré. Antes hablábamos de tu hija; ¿qué te parece si empezamos por ahí?
–No, no quiero hacer eso.
–¿Por qué no?
–Porque no.
–¿Por qué evitas siempre ese tema? ¿Hay algo en él que te moleste?
–¿Quién lo dice?
–Lo digo yo, esta vez en calidad de doctor. Sabiha, puedes contármelo todo. Te prometo que no voy a juzgarte me digas lo que me digas, ya lo sabes.
–Lo sé, pero esa no es la razón por la que no quiero hablar de mi hija.
–Si eso es cierto, insisto en que lo hagas, Sabiha. ¿No me has dicho antes que querías deshacerte de este tormento? Ahora tienes la oportunidad de hacerlo.
–Acérquese, por favor.
Sahir se levantó de su silla detrás del escritorio, se acercó a Sabiha y se sentó en la banqueta en la que había apoyado los pies.
–Vamos, Sabiha. Acabemos con esto esta misma noche; pongámosle fin, afrontemos lo que…
No pudo acabar la frase. Sabiha se incorporó, se inclinó hacia él y le rozó los labios con sus dedos.
–No hables, por favor; no digas nada más. Sí, afrontemos esto ahora

mismo.

Se miraron a los ojos durante unos momentos. Sahir fingió no percibir la desolación en los de ella.

–Muy bien, estoy preparado.

De pronto, Sabiha se enderezó como si se hubiera quemado.

–No, no; no puedo hacer esto. Yo no estoy preparada –se lamentó.

Entonces se puso en pie y añadió fríamente:

–¡Vámonos de aquí!

–¿Por qué estás tan enfadada?

Al no obtener respuesta, Sahir se dirigió hacia el recibidor para traerle su abrigo; se lo puso por encima de los hombros. Sabiha se volvió lentamente para mirarle. Su cara estaba tan cerca que él podía oler el chocolate en su aliento. Permanecieron de pie bajo la tenue luz. De repente, Sahir la atrajo hacia sí y besó sus cálidos labios. Por un segundo, Sabiha se sintió desfallecer; le temblaban las piernas. Dejó que le besara el rostro, el cuello y los labios una y otra vez. Se revolvieron apasionadamente durante un rato, pero Sabiha se apartó de golpe.

–¡No! No, por favor. No debemos…

–¿Te estás burlando de mí?

–No te entiendo.

–No creo que sepas realmente lo que quieres, Sabiha.

–Al contrario, creo que eres tú quien no sabe lo que quiere. Me encandilas para que te acompañe hasta aquí, me pones música y, lo que es peor, haces todo eso sabiendo que soy una mujer descuidada por su marido. Soy una mujer desdichada y sabes que tengo debilidad por ti. Luego tratas de deshonrarme con…

–¡Sabiha! ¿De qué estás hablando?

–Quieres… Quieres degradarme…

–Te pongo siempre música porque eso te relaja, pero eso ya lo sabes. Te aseguro que creía que estabas preparada para afrontar los hechos. Hay momentos muy especiales en los que las personas están listas para salir de sus caparazones. Sinceramente, pensé que ese momento había llegado para ti.

–Pero la manera de recuperar a mi hija no debería implicar el riesgo de perder a mi marido.

–Obviamente, ha habido un malentendido. Lo lamento profundamente.

Las lágrimas acudieron a los ojos de Sabiha, aunque su rostro carecía de expresión.

–¡Soy una idiota! –exclamó.

–No, en absoluto. Te traje aquí porque quería ayudarte a mirar en tu interior. Créeme, por favor; no tenía ningún motivo oculto. Sin embargo, incluso a los doctores nos resulta a veces imposible

reprimirnos.
–¿Estás enamorado de mí?
–No tengo derecho a estarlo. Eres mi paciente.
Sabiha tenía la sensación de que le ardían los ojos; también las mejillas y la palma de las manos.
–Yo también debo disculparme –susurró.
–Que al menos una cosa quede clara: tú crees que eres una mujer infeliz descuidada por su marido. Bien, pues no es así; tu marido está mucho más ligado a su familia de lo que piensas.
–¿Por qué dices eso?
–Me temo que no puedo contártelo; pero, créeme, lo sé.
–Así que piensas que soy yo quien no quiere a su marido, ¿es eso?
–¿Por qué debería pensar algo así?
–Porque te he acompañado hasta aquí esta noche.
–¡De ningún modo!
–No tendría que haberlo hecho. No debería haber hecho esto.
–No has hecho nada.
–Pero seguro que tú conocías mi debilidad por ti.
–Tal vez, pero eso se debe a que puedo leer en ti como en un libro. Puedo leerte de principio a fin. Esa es la causa de que muchos pacientes sientan lo mismo que tú hacia sus doctores.
–¿Quieres decir como los estudiantes que se enamoran de sus profesores?
–No exactamente.
–¿Entonces qué quieres decir exactamente, Sahir?
–Sabiha…
–Confiaba en ti. Me dejé llevar por ti porque eras bueno conmigo.
–Ser bueno contigo es parte de mi trabajo.
–Y debo admitir que lo hiciste bien haciendo aflorar todas las emociones que estaba reprimiendo. Ojalá esto no hubiera pasado nunca –dijo Sabiha.
El doctor se acercó a ella y la abrazó con ternura.
–Olvidemos este momento de debilidad, Sabiha; pero no olvides que soy tu amigo además de tu psiquiatra. En esta consulta estás sacando todo lo que tienes dentro y yo te estoy ayudando a hacerlo. Eso es todo.
–Vayámonos, por favor –pidió Sabiha–. Quiero llegar a casa.
–Muy bien, vámonos.
–No tienes por qué acompañarme; puedo volver sola.
–Ni pensarlo. No a estas horas de la noche.
Sahir ayudó a Sabiha a ponerse el abrigo, paró el gramófono, apagó la lamparita y los dos se dirigieron al recibidor intensamente iluminado. Al reparar en el rubor del rostro de su paciente y en su pelo alborotado, el doctor le preguntó si quería empolvarse la nariz.

–No, gracias –respondió ella.

Salieron del apartamento y bajaron las escaleras, esta vez por separado. Aún nevaba levemente.

–Agárrate a mí, por favor; podrías resbalarte –dijo Sahir.

Volvieron a caminar del brazo y se abandonaron a sus pensamientos.

«Es tan típico de mí –pensaba ella– sentirme avergonzada. Soy exactamente lo que mi padre quería que fuera: bien educada y supuestamente libre de prejuicios, pero en el fondo esclava de las presiones y de las nociones preconcebidas que han inculcado a mi subconsciente. Una cobarde que coquetea con el hombre por el que se siente tan atraída, pero que no puede llevarlo a las últimas consecuencias. Mi padre y yo somos como dos gotas de agua. ¿No fue él quien repudió a su hija simplemente porque se casó con Rafo mientras se jactaba de ser un hombre moderno y civilizado?».

–¿En qué piensas? –la interrumpió Sahir.

–En nada –contestó Sabiha.

«¿No serían más felices si pudieran desprenderse de los viejos usos y costumbres en los que se habían criado? ¿Si rompieran las cadenas que les ataban al pasado? Haciéndolo se convertirían, al menos, en personas más independientes».

Mientras avanzaba con cuidado, aplastando la nieve bajo sus pies sujeta al brazo de Sahir, no le cabía duda de que acababa de tomar la decisión correcta. También era consciente de que, al mismo tiempo, había perdido la oportunidad de ser feliz y, posiblemente, la única ocasión de tener la aventura con la que fantaseaba desde hacía meses. ¡Cómo había anhelado entregarse a los brazos de Sahir, tan desnuda físicamente como cuando le revelaba su alma! Había deseado durante mucho tiempo estar con él, ofrecerse a él, hacerle el amor…, y, sin embargo, no lo había hecho. No era tan valiente como Selva; no tenía el coraje que le daban sus convicciones. Seguía empleando como excusa la voluntad de no herir los sentimientos de los que la rodeaban. Acudieron entonces a su mente las famosas palabras de su madre: «No les estropees la vida a los demás». Bien, pues resulta que se parecía tanto a su madre como a su padre. No solo estaba preocupada por no estropearle la vida a los demás, sino aún más importante, le preocupaba lo que los demás pensaran de ella.

Caminaron en silencio hasta Kizilay. Desde allí, tomaron la calle que corría paralela al parque Güven. En un momento dado, Sabiha se resbaló y Sahir la sujetó con fuerza.

–Por aquí –indicó ella al llegar a su calle.

Torcieron a la izquierda. Una vez cerca de su casa, Sabiha se soltó del brazo de Sahir. Caminó con cuidado hasta la verja que rodeaba su manzana y esperó a que él la alcanzara.

–Me temo que no puedo invitarte a entrar.

–Lo comprendo.

–Tampoco podré acudir a la consulta el miércoles.

–No deberías hacer eso. Debes darte cuenta de lo cerca que estamos de llevar nuestras sesiones a un final satisfactorio.

–Sí, doctor; soy consciente de ello, pero, como le dije antes, recuperar a mi hija no debe significar perder a mi marido. –Sabiha extendió el brazo y dijo–: Adiós.

Sahir tomó su mano y le quitó el guante; la elevó y besó la punta de sus dedos. Aun en el frío aire nocturno, sus labios parecían calientes como el fuego.

–Adiós, Sabiha.

Sabiha le agarró impulsivamente de las solapas, se puso de puntillas y le dio un tímido beso junto a la boca. Se volvió después rápidamente y atravesó la puerta de la verja.

Sahir volvió a percibir un tenue aroma a chocolate en el aliento de Sabiha. Llevó su mano hasta el lugar en que ella le había besado y echó a andar por la calle cubierta de nieve, sin mirar atrás.

Sabiha le contemplaba alejarse bajo la nieve. Sintió entonces un intenso anhelo por estar con su marido.

El Cairo, 1943

Macit se sorprendió ante la imagen que le devolvía el espejo al ir a anudarse la corbata. Las grandes bolsas moradas bajo sus ojos eran el resultado de las muchas noches que había pasado en vela. Se sintió abatido.

Era como si hubiera envejecido cinco años en los últimos cinco días. Desde el cuatro de ese mes habían estado asistiendo a reuniones sin descanso. Una delegación formada por el presidente Inönü y su secretario personal, el ministro de Exteriores, el secretario general del ministerio y Macit había tomado dos aviones privados en Adana para reunirse en El Cairo con Roosevelt, presidente de los Estados Unidos, y con Churchill, primer ministro británico.

Se habían celebrado muchas cumbres y numerosas reuniones privadas en grupos de dos y de tres. Debían asistir, además, a cenas en las que se discutían temas muy importantes. La delegación turca al completo, desde el presidente hasta el miembro de menor rango, tenía que arreglárselas con solo tres horas de sueño. Macit no lograba entender cómo un hombre de la edad de Inönü podía soportar esa presión y tener la mente tan despejada.

Pensando en el día en que salió de Ankara, no pudo evitar sentir que Sabiha había sido sarcástica al observar que era afortunado por abandonar el frío de su ciudad por climas más cálidos. Todo lo que habían conocido de El Cairo eran largos pasillos, grandes salas de conferencias y mesas redondas; por no mencionar a los hombres de expresión adusta y ojos cansados que intentaban desesperadamente conseguir los mejores resultados para sus respectivos intereses nacionales.

Comparado con Roosevelt, que parecía tremendamente alto a pesar de ir en silla de ruedas, y Churchill, grande en todos los sentidos, Inönü parecía un zorro escuálido que luchara por burlar a los lobos y salir sin un solo arañazo. Barajaba muchas ideas en su mente y tenía cuidado de no ofender a nadie.

–Permanezcan alerta –les había dicho a los miembros de su delegación–. Deben estar atentos ante cualquier detalle que a mí se me pueda escapar. Vamos a caminar en la cuerda floja; han de estar ojo

avizor.

Macit y el ministro de Exteriores ya habían estado en El Cairo hacía aproximadamente un mes. Habían mantenido charlas inacabables para sentar las bases de ese ajedrez político al que ahora jugaban. Aquel había sido un viaje agotador, pero no era nada comparado con este. Por fin estaban llegando a los cruciales resultados de cuatro días de intensas conversaciones.

Gran Bretaña no solo obligaba a Turquía a invadir sin su ayuda las islas del Egeo, convirtiendo de ese modo su derrota allí en una flamante victoria, sino que también esperaba que se le permitiera tener bases al sur del país. También Rusia movía sus hilos entre bambalinas. Ansiaba desesperadamente que Turquía declarara que se uniría a la guerra y que cerraría el Bósforo a los barcos alemanes, tanto a los militares como a los comerciales. Insistía también en que los turcos debían abrir cualquier aeropuerto que las fuerzas aliadas quisieran utilizar, creyendo supuestamente que, de tomar esa decisión, Alemania iba a invadir Turquía y que Rusia acabaría librándose.

Este último punto era el que más preocupaba a Inönü. Consideraba que, si los alemanes invadían su país, Rusia tendría una coartada para mandar a sus tropas bajo el pretexto de ayudarles. El presidente estaba, de hecho, bailando un vals muy peligroso sobre una pista muy resbaladiza con tres grandes prima donna. Cuando Gran Bretaña agarraba su cintura intentando que se volviera hacia ella, Alemania tomaba sus manos para que siguiera su ritmo; mientras tanto, Rusia no dejaba de pisarle los pies con sus grandes botas de combate.

El pasado 5 de noviembre, Macit había llevado un registro de los ministros de Exteriores británico y turco, en El Cairo. Este último, Numan Menemencioglu, había podido preparar bien la reunión porque el embajador alemán Von Papen le había visitado justo antes de partir. Le había informado de que tanto los británicos como los rusos reclamarían el posicionamiento de Turquía.

–Excelencia –le advirtió–, Gran Bretaña, presionada por los rusos, le pedirá que se una a la guerra de inmediato. Esa es la única razón de que le hayan invitado a la cumbre de El Cairo.

–¿Cómo puede estar tan seguro, embajador? –preguntó Numan–. Ni siquiera he estado allí todavía.

Von Papen se rio; no le había mencionado que un espía llamado Cicerón, que trabajaba en la embajada británica, había fotografiado un mensaje codificado de Londres y se lo había vendido a los alemanes.

–No es necesario ser adivino para saber algo así –le respondió el embajador–. Les conviene asegurarse de rechazar las demandas de los aliados. Mi gobierno espera que actúen en consecuencia –añadió en tono serio.

Numan Menemencioglu tuvo esto en cuenta cuando asistió al encuentro en El Cairo con el ministro de Exteriores británico, Anthony Eden.

Mientras esperaban fuera de la sala de conferencias, Macit pensaba: «estamos entre la espada y la pared». Después de que todos hubieran entrado y ocupado sus asientos, observaba con admiración manifiesta el duelo verbal entre los dos ministros. Era como asistir a un disputado partido de tenis; le maravillaba la capacidad de Numan de devolver todas las pelotas, sin importar la velocidad a la que le llegaran.

El señor Eden demostró desde el principio que no iba a andarse con rodeos.

–Será una gran ayuda para Rusia que se unan a la guerra antes de que acabe el año; les obsesiona la idea de que la contienda acabe lo antes posible. La participación de Turquía allanará el terreno para establecer relaciones amistosas con los rusos, cosa que a su país le conviene.

–¿Y no daría eso pie a que invadan los Balcanes? –preguntó Numan.

–Si Rusia quisiera invadir los Balcanes no querría que Turquía se uniera a la guerra –le contestó Eden con convicción.

–¿Y no podría pensarse que ellos quieren que entremos en guerra simplemente para quitarse de en medio? Eso significaría que quedaríamos expuestos a una invasión por parte de Alemania, lo que conduciría a una segunda guerra de Liberación. No creo que sea una buena opción, ¿no le parece?

–Ya no es posible para los alemanes invadir Turquía. Solamente les quedan cincuenta bombarderos; no pueden competir con los cazas británicos. No están en posición de abrir otro frente.

–Si las fuerzas alemanas han quedado tan reducidas, ¿por qué no se plantea su país una operación en la zona?

–Es una cuestión relacionada con la planificación de las operaciones militares. Me temo que no puedo extenderme –respondió el ministro británico, evitando la pregunta.

–Me hago cargo, Excelencia, pero debe usted ponerse en nuestro lugar. No es posible para Turquía unirse a la guerra sin conocer sus planes para los Balcanes.

El señor Eden cambió de estrategia al comprobar la actitud del ministro turco.

–Mi querido amigo, su país podría ser de mucha ayuda incluso sin unirse a la guerra.

–¿Cómo?

–Permitiendo a Inglaterra hacer uso de los aeródromos del sur del país.

–Sin embargo, debe usted darse cuenta de que, si mi país les

permitiera algo así, estaría invitando a los alemanes a atacarlo.

–No, me temo que no comparto su opinión. Cuando se utilizaron las bases aéreas de las Azores, los alemanes no atacaron Portugal. Además, durante nuestras operaciones en las islas del Egeo, hicieron la vista gorda ante los servicios que ustedes nos ofrecieron, como espacio de almacenamiento y suministro de alimentos; eso por no mencionar la retirada de nuestras tropas a través de Turquía. Tenga usted todo eso en cuenta.

–Lo hago, no lo dude Su Excelencia; pero tenga usted en cuenta que, si ustedes utilizaran nuestras bases aéreas contra las islas, los alemanes nos atacarían de inmediato.

–Excelencia, tengo la impresión de que no quieren que usemos sus bases porque tienen miedo de los rusos, y por eso no quieren unirse a la guerra.

–No hay por qué interpretar así la situación, Su Excelencia. Podemos discutir sin problemas la entrada de Turquía en la guerra, pero únicamente después de haber establecido las garantías que ustedes nos ofrezcan.

–Mirémoslo así: si Turquía se une a la guerra hoy, tendrá un gran efecto; si lo hace en un mes, ese efecto se verá reducido, y si lo hace en seis meses no habrá efecto en absoluto. Y hay algo más que conviene tener en cuenta: si no aceptan nuestra petición, lo que nos sería de gran ayuda, nuestras relaciones cambiarán.

–¿En qué sentido?

–Me temo que en sentido negativo.

–Señor, somos el primer país al que le han exigido algo parecido. No le reclamaron nada a Rusia, ni a Estados Unidos, ni tampoco a Yugoslavia. ¿Me está diciendo que si rechazamos sus demandas nuestras relaciones podrían verse truncadas?

–Será mejor matizar ese punto, de no cooperar con los tres aliados, nuestra relación con Turquía se verá afectada tanto antes como después de la guerra.

Numan Menemencioglu se quedó blanco. Eden estaba profiriendo amenazas que implicaban incluso la posguerra.

–Tal como yo lo veo –dijo el ministro turco– la decisión que se tomó en Moscú fue que nosotros entraríamos en guerra.

–Sí, así es. Los tres aliados llegaron a la conclusión de que la guerra se acortaría si Turquía se posicionara. La cuestión de las bases aéreas es algo aparte.

–Ministro, estoy autorizado a tratar con usted el asunto de las bases. Es con esa autoridad con la que rechazo su petición aquí y ahora. Respecto a la entrada en guerra de Turquía, se lo dejo a mi gobierno; esa es una decisión que solamente puede ser tomada en la Asamblea de Ankara.

Una vez pronunciadas estas palabras, Numan se puso en pie, estrechó la mano de Eden y abandonó la sala.

Los diplomáticos turcos mantuvieron incontables reuniones en sus despachos durante los dos días siguientes. Se enviaban y se recibían mensajes codificados entre El Cairo y Ankara, se fumaba mucho y se bebían litros y litros de café mientras se analizaban y se evaluaban algunos detalles. Tres días más tarde, Eden y Numan se reunieron de nuevo en un encuentro extraordinario.

Los turcos estaban tensos porque sospechaban que los británicos podrían haber decidido cortar los suministros cediendo a las presiones de Rusia.

–Esta vez podría no ser capaz de atenerme a las normas de la cortesía diplomática, pero tal vez sea una táctica útil –le había comentado Numan a Macit antes de la reunión.

Incluso al recordar ese encuentro tiempo después, este no podía evitar que le sudaran las manos. Eden había lanzado un ultimátum diciendo:

–¡Tienen que unirse a la guerra!

A lo que Numan había contestado con voz contenida pero con palabras severas.

–Honorable colega, hasta ahora han tratado ustedes de influirnos en tres ocasiones. De haber actuado precipitadamente en cualquiera de ellas, ambos habríamos salido perdiendo.

–¿Como por ejemplo? – preguntó Eden burlonamente, con una sonrisa irónica en el rostro.

–Permítame que le refresque la memoria –le contestó Numan–. Nos pidieron que entráramos en la guerra cuando Italia se la declaró en 1940. ¿Puede usted decirme qué habría sido de nosotros de haberle hecho caso en aquella ocasión? Hicieron lo mismo en 1941, esta vez respecto a Yugoslavia.

–No. Lo siento, señor, pero entonces no les pedimos que se unieran –interrumpió el embajador británico Hugessen.

–¿Y qué es lo que nos pidieron?

–Les sugerimos que se marcaran un farol que animara al gobierno yugoslavo a resistir.

El bey Numan se empezó reír.

–Mi querido amigo, gracias por confirmar mis palabras. ¿Cómo habría sido interpretada esa bravata con Alemania en su mejor momento y avanzando hacia el sur?

El señor Eden tampoco pudo evitar reírse; pero aunque Numan había empezado así su intervención, la terminó con dureza.

–Como resultado, intentaron ustedes obligar a los alemanes a atacar Turquía antes que Rusia, sin darse cuenta de lo caro que acabaría costándoles sacrificarnos.

Macit y el secretario general se miraron. Ambos tenían en los ojos un destello de orgullo y preocupación. El bey Numan prosiguió con su ataque.

–Por si eso fuera poco, están a punto de cometer ese mismo error ahora que llevan las de ganar. Su petición no es otra que el sacrificio de Turquía. Aún peor, lo hacen para complacer a Rusia. En otras palabras: están ustedes dispuestos a sacrificarnos para nada.

Macit observaba a los británicos mientras estos escuchaban a su vez al ministro de Exteriores turco con rostros inexpresivos, evitando cuidadosamente el contacto visual. Numan parecía un tenor que hubiera subido al escenario con ronquera, pero que la hubiera superado poco a poco.

–¿Quién es capaz de encontrar un motivo para animar a los alemanes a atacarnos, cuando saben perfectamente que nuestro ejército no está en condiciones para atacar a nadie? ¿Qué provecho obtendrían de que Alemania controlara las zonas en torno al Bósforo? ¿Se supone que deberemos quedarnos de brazos cruzados mientras esperamos la victoria final que nos libere? ¿Nos quedaremos sentados esperando que lleguen los rusos, derroten a los alemanes y salven a Estambul? ¿O es que quieren decirme que Rusia salvará a Estambul gratuitamente?

Numan paró y tomó aire. Parecía que Eden quería interrumpirle, pero él continuó inmediatamente.

–Sabiendo todo esto, ¿no se dan cuenta de que amenazarnos con retirar los suministros de ayuda nos arrastraría a un círculo vicioso? Si no nos proporcionan el equipamiento necesario, no podremos unirnos a la guerra y viceversa. ¿Qué sentido tiene todo eso? –preguntó.

El señor Eden estaba sentado con rostro inexpresivo, como si llevara puesta una máscara. No estaba de acuerdo ni en desacuerdo; se limitó a decir:

–¿Sería Su Excelencia tan amable de hacer llegar a su gobierno los deseos de los tres grandes poderes: Gran Bretaña, Rusia y Estados Unidos?

Este asunto fue discutido durante largo tiempo en la Asamblea de ministros después de que la delegación regresara a Turquía. La decisión final fue un sí con reservas a unirse a la guerra, pero un no al permiso para utilizar los aeródromos.

Hubo mucho de lo que hablar en el mes que separó ambas cumbres. Macit estuvo tan ocupado cumpliendo con todas sus obligaciones en el ministerio que no tuvo oportunidad de pasar tiempo en casa, ni de ocuparse del estado mental de Hülya y de Sabiha. Marido y mujer se estaban alejando cada vez más. Hacía mucho tiempo que no habían hecho el amor, y ni siquiera habían intercambiado más que unas cuantas palabras en más de un mes. Macit iba posponiendo sus problemas familiares porque estaba inundado de trabajo en la oficina:

«cuando acabe esta reunión…, cuando firmemos este acuerdo…, cuando finalice esta cumbre…».

Ahora que por fin había terminado el maratón de cinco días de El Cairo, volarían de vuelta a Adana en el avión de Churchill. Seguramente, su suegro estaría aguardando impaciente su regreso. Estaba seguro de que el pachá Fazil Reshat le esperaría despierto junto a la ventana, sin importar lo tarde que fuese. Un oficial del gobierno lo es para toda la vida, así son las cosas aunque se tengan más de ochenta años y se esté jubilado. Habiendo sido él mismo ministro de la última Asamblea General Otomana, no podría irse a dormir sin dar antes la bienvenida a su yerno. Macit estaba convencido de que el padre de su esposa estaría allí, con su túnica color burdeos y las gafas cayéndole sobre la nariz. Dio un hondo suspiro; al menos había alguien deseando que regresara, aunque fuera su viejo suegro. Consciente de que este era su único lazo entre este y el mundo exterior, Macit se puso a pensar lo que iba a decirle.

Si le contaba, por ejemplo, que el ministro de Exteriores británico había mentido para intentar ponerles en la línea de fuego, actuando no en nombre de los estadounidenses sino de Rusia, sabía que el anciano le obsequiaría con viejos hechos históricos que ilustraran lo poco fiables que eran los rusos.

Por otro lado, Inönü había señalado que Turquía necesitaba más tiempo para poder unirse a la guerra. El presidente estadounidense se había mostrado comprensivo, pero el ministro de Exteriores británico había dicho en voz muy alta:

–Pero, señor presidente, olvida usted la promesa que hicimos a los rusos.

Cuando le contara eso a Fazil Reshat, este lanzaría una diatriba sobre la responsabilidad de los británicos en levantar a los kurdos y a los árabes contra Turquía.

Tras repasar en su mente las varias fases de la cumbre, Macit concluyó que su suegro iba a valorar la firme postura del bey Numan ante el insolente Eden.

Mientras negociaban las prestaciones militares que Inglaterra proporcionaría, Numan había observado:

–La ayuda que nos ofrecen no es suficiente para la defensa de Turquía, sino solamente para proteger las bases aéreas británicas.

–La ayuda es para defender nuestras bases de Esmirna y Zonguldak, en Estambul –respondió Eden.

–No me malinterprete, Su Excelencia, los turcos no esperan que Gran Bretaña defienda el país entero. Lo que sí quieren es ser capaces de defender su patria con su ayuda, si fuera necesario.

Macit sabía lo contento que se pondría su suegro cuando le contara que, al final de una ardua reunión, el presidente de Estados Unidos

había insistido al presidente Inönü para volver a verse a solas antes de despedirse. Disfrutaría especialmente al relatarle la agradable conversación que sostuvieron entonces ambos líderes.

Le sorprendía sentir ese afecto por su suegro. Se preguntaba si no habría empezado a considerar al pachá como un padre sustituto. «Si echo tanto de menos el cariño de mi padre –pensaba– es que estoy terriblemente solo.»

Para no llegar tarde al encuentro entre Churchill e Inönü a primera hora de la mañana en la casa de campo del primero, Macit había preparado la maleta la noche antes. Todo lo que le quedaba por hacer antes de cerrarla era meter en ella el pijama y el neceser; después se pondría la chaqueta, recogería los expedientes y saldría de la habitación.

Volaron de vuelta a Adana en el avión de Churchill y allí tomaron un tren hasta Ankara. En cuanto Macit llegó a su compartimento, se echó a descansar. Estaba completamente exhausto, pero llamaron a la puerta y se desveló.

–Disculpe, señor, el presidente desea verle para una última evaluación –le comunicó un miembro de la delegación asomando la cabeza.

–Iré en un minuto –respondió Macit bostezando.

Cuando el hombre hubo cerrado la puerta, se levantó y fue a lavarse la cara refunfuñando. ¿Qué clase de hombre era Inönü? ¿Es que no se cansaba nunca? ¿Es que nunca tenía sueño? Se prometió a sí mismo que, una vez en casa, dormiría durante todo el fin de semana.

Sin embargo, llegó después de lo que esperaba. La espesa nieve había bloqueado las vías y fue necesario esperar varias horas a que las despejaran. Cuando finalmente llegaron a Ankara, tuvieron que dirigirse directamente al ministerio porque el primer ministro quería revisar el informe que debía presentar ante la Asamblea al día siguiente. Macit telefoneó a casa para preguntar cómo estaban todos. Tras una breve charla, les dijo que no le esperaran. La conversación con Fazil Reshat sobre su aventura en El Cairo tendría que demorarse un día más.

Para cuando llegó a casa, Macit estaba destrozado. Los ojos le ardían, tenía la boca seca y le dolían todos los huesos. Pagó la cuenta del taxi, cogió su pequeña maleta y caminó hacia la puerta. Había sacado la llave durante el viaje en coche; abrió y entró por fin en su oscuro y silencioso hogar. Lo primero que pensó fue en darse un baño, pero enseguida cambió de opinión. Se planteó dormir en el sofá para no despertar a Sabiha, pero se dio cuenta de que los más madrugadores le despertarían a él; de modo que lo mejor sería desvestirse en la sala de estar, meterse en la cama sigilosamente y ceder finalmente al sueño. Dejó la maleta sin abrir en un rincón, se quitó la chaqueta, la corbata,

la camisa, se descalzó, se despojó de los pantalones y se dirigió hacia el dormitorio en calcetines, abriendo la puerta tan silenciosamente como pudo. Avanzó con cuidado hasta la cama, se deslizó entre las tibias sábanas y se tumbó boca arriba. Tenía el cuerpo entumecido. Cuando se estaba quedando dormido, Sabiha se movió y le sobresaltó. «Vaya –pensó–, la he despertado.» Sintió primero la seda resbaladiza de su camisón rozándole la piel y luego el súbito contacto de su cuerpo cálido. Ella se acercó a su marido y le dio un fuerte abrazo.

–Bienvenido –le dijo–. Te he echado tanto de menos… tantísimo…

París

Ferit subía las escaleras cargando con un colchón que había bajado de una vieja camioneta.

Tratando de descargar otro, el conductor le gritó:

–Oye, amigo mío, puede que tú seas fuerte como un toro, pero yo no. Será mejor que alguien me eche una mano con esto.

–Espera a que haya subido este –le respondió Ferit sin aliento.

Dejó el primer colchón arriba y fue corriendo por el siguiente.

–¡Por Dios! ¿Qué demonios piensas hacer con todos estos colchones? ¿Abrir un hostal o algo así? –preguntó el chófer.

–Voy a abrir un burdel –dijo Ferit–. ¿Por qué no te pasas de vez en cuando?

–¿Las chicas son guapas?

Ferit pensó: «¡Dios mío! El muy idiota me ha creído. ¿Y si una noche se emborracha y le da por llamar a la puerta?»

–No, era broma. Mi familia viene a vivir conmigo.

–¿Desde dónde?

–Anda, sé bueno y échame una mano con este –contestó Ferit, y acto seguido empezó a silbar una canción popular francesa.

El hombre decidió dejarlo cuando había subido solo un colchón. Ferit le pagó y cargó con otro que había apoyado en la puerta.

«Venga, hombre –se animaba a sí mismo–. Si los viejos porteadores de Turquía pueden llevar tres veces este peso sin parpadear, seguro que tú también puedes.»

Al llegar esta vez a lo alto de las escaleras cerca estuvo de derrumbarse, pero el timbre del teléfono hizo que recobrara la compostura.

Evelyn parecía enfadada:

–¿Qué quieres decir con «voy a alquilar el apartamento»? ¿De qué va todo esto?

–Entiéndelo, cariño, por favor. Ya sabes que tenemos que reunir dinero para los billetes. Como no basta solamente con mi sueldo, decidí alquilar el apartamento.

–¿Sin consultármelo?

–No había tiempo para eso. ¿No habíamos quedado, en cualquier

caso, en que debíamos ahorrar dinero para el viaje y el bebé?

–Pensaba que lo que habíamos decidido era que yo buscaría trabajo.

–No quiero que trabajes. Estás embarazada; no debes esforzarte. Además, el tren que queremos coger debe de partir pronto.

–Sigo diciendo que tendríamos que haber tomado esta decisión juntos. Deberías haberme consultado, al menos.

–Te olvidas de que soy turco, Evelyn. Tomamos nuestras decisiones sin consultar a la esposa. ¿Qué puedo hacer? A veces no puedo evitar comportarme como un turco.

–No intentes convencerme convirtiéndolo en un chiste, Ferit.

–Por favor, créeme, tesoro, no había tiempo. No solo no estabas conmigo, sino que, además, estabas muy lejos, en el campo. Tuve que tomar una decisión rápida y lo hice.

–Confío en que te des cuenta de lo ridículo que es esto. ¿Dónde vamos a vivir nosotros? ¿Qué se supone que vamos a hacer ahora?

–Sencillamente, tú seguirás en casa de tu amiga, en el campo, y yo tendré que apelar a la misericordia de Muhlis para vivir en su apartamento. Si no, puedo quedarme con ese profesor amigo mío.

–Así que vamos a tener que vivir separados, ¿no es eso?

–Evelyn, ¿cuántas veces tendré que repetírtelo? No podía dejar pasar esta oportunidad; nos hace mucha falta ese dinero. Volveremos juntos a Estambul en unas dos semanas y no tendremos que separarnos nunca más. Pensé que sería buena idea sacar algún dinero del alquiler del apartamento, eso es todo.

–No he oído algo tan absurdo en toda mi vida, mi marido alquila nuestro hogar sin ni siquiera consultármelo. Me manda con una amiga y espera que me quede con ella durante quién sabe cuánto tiempo.

–¿No eras tú quien tenía miedo de que me enfadara y le estuvo dando mil vueltas antes de decirme lo enferma que estaba y lo mucho que necesitabas quedarte con ella hasta que se recuperara? Bien, pues ya está. Ya puedes estar con ella, ¿qué te parece?

–¡Eres terrible! ¿Y por qué no me dijiste desde el principio que lo comprendías? ¡Eres muy egoísta cuando algo no te conviene!

–Fingí que no estaba de acuerdo porque sabía que te iba a echar mucho de menos. No quería estar sin ti tanto tiempo.

–¿Y dónde está ahora la diferencia? ¡Así que ya no me echas de menos…!

–Tu astuto marido ha encontrado a un idiota que está dispuesto a pagar una buena suma de dinero por el apartamento, y lo ha aceptado porque necesita ese dinero desesperadamente. Todo lo que quiere que hagas es ser razonable. No será por mucho tiempo. ¿Sabes qué? Si las estaciones de cercanías están abiertas cuando salga de trabajar mañana, iré a visitarte y podremos pasar todo el fin de semana repasando otra vez todo este asunto. ¿Qué te parece? Te prometo que

te lo compensaré, amor mío.

Después de colgar, Ferit respiró hondo.

–¡Caramba! Nunca hubiera imaginado que convencer a Evelyn sería más complicado que cargar colchones tres pisos escaleras arriba…

Atravesó la sala de estar, reconvertida en dormitorio, entró en la cocina y se preparó una taza de café. Había provisto la despensa con una gran cantidad de pan, queso y pasta; los preparativos habían concluido. Todo estaba listo para que llegaran sus invitados. Cogió la taza y volvió a la sala de estar. No estaba demasiado contento con la manera en que había dispuesto las cosas. Para empezar, aquello ya no era una sala de estar. Había seis colchones esparcidos por el suelo y uno más donde solía estar la mesa. Tres o cuatro personas más podrían dormir en jergones estrechos en el suelo. Había podido encajar un catre plegable en su dormitorio, lo que significaba que cuatro personas más podrían dormir en él. Selva y su familia podían usar el dormitorio pequeño y él se quedaría con el sofá.

Ferit tendría que esforzarse por ir a ver a Evelyn ese fin de semana costara lo que costara. De no visitarla, podría hacerlo ella y descubriría todo lo que había estado preparando. Sin embargo, ¿no le había comentado que se quedaría en casa de Muhlis? Si quisiera volver a París, podía pedirle que fuera directamente allí. Le llevaría a su mujer todas sus pertenencias ese fin de semana para evitar que se pasara por el apartamento para recoger algo. Podría ir también a una agencia inmobiliaria que le encontrara un inquilino para cuando abandonaran el país. Quizás sería bueno que se mudara realmente a casa de Muhlis para que otra persona pudiera dormir en el sofá. Tenía que hablar con Tarik de todo esto. Le resultaba extraño haber ido a confiar en él en lugar de en Muhlis, que era amigo suyo desde hacía cuarenta años.

Los invitados de Ferit llegaban desde toda la Francia ocupada. Los alemanes estaban deteniendo a los judíos y enviándolos a París antes de que acabaran en los campos de trabajo de Alemania. La Resistencia estaba haciendo algo parecido, solamente que los mandaban desde París a países amigos y neutrales. Aquella gente desesperada que conseguía escapar de sus casas y lugares de trabajo se reunía en los hogares de simpatizantes franceses o en hoteles como paso previo a emigrar a esos países de todas las maneras posibles.

Nadie sabía aún que los campos alemanes eran trampas mortales. El mundo ignoraba que las personas que eran enviadas a esos campos se convertían en jabón y en pergaminos, o eran utilizados como conejillos de Indias.

Había noventa y siete judíos turcos en París, a la espera de subirse al tren que el gobierno de Turquía había preparado desde Ankara para llevarles a lugar seguro. Aguardaban en varias casas y hoteles hasta

poder continuar su viaje. Vivían aterrorizados. Algunos de ellos ni siquiera tenían lazos con Turquía, lo que significaba que no poseían pasaportes ni visados turcos. Hacinados en los alojamientos que les habían proporcionado, todo lo que tenían era esperanza.

Sin embargo, Ferit nunca dudó que todos ellos se salvarían. Creía que podría convencer finalmente a Muhlis o a Tarik para que dieran su brazo a torcer. Si pudieran ver la expresión de los rostros de esta pobre gente…; si vieran las insignias amarillas que les obligaban a llevar en el pecho como si fueran portadores de una enfermedad mortal, a pesar de ser el símbolo de su fe…; si escucharan las historias que tenían que contar sobre cómo les habían separado de sus familias e hijos…; si…

Al oír el timbre, Ferit corrió a la ventana. No veía a nadie fuera; tal vez alguien se había dejado la puerta abierta y el que llamó había entrado directamente. Oyó pasos y voces que procedían de la escalera. Se apresuró al recibidor y abrió la puerta. Le sorprendió que se tratara de Tarik.

–Han llegado antes de lo que esperaba –dijo su amigo en voz baja.

Fue entonces cuando pudo ver a las personas que había detrás de Tarik, en la oscuridad.

–No hay problema. Entrad, por favor.

–Puedo entenderlo si no…

–No hay problema; está todo listo.

Tarik se dio la vuelta para presentarle el pequeño grupo a Ferit.

–Este es Rafael Alfandari; su esposa, Selva; el pequeño Fazil… y esos son Perla y Samuel.

La alta y joven mujer que tenía al bebé en brazos le corrigió:

–Peri y Sami.

–Pensaba que únicamente tenía un hijo.

–No son mis hijos, son mis jóvenes amigos.

–Yo también ignoraba que fueran cinco –se disculpó Tarik con una sonrisa avergonzada.

–No hay absolutamente ningún problema; pasad, por favor –dijo Ferit.

Fueron entrando de uno en uno. A Tarik le desconcertó el aspecto de la sala de estar.

–¿Qué es todo esto? Parece un pabellón hospitalario provisional.

–También estoy esperando a otros invitados.

–¿Nos quedamos en esta habitación? –preguntó Rafael.

–No, tenéis una para vosotros solos; aunque no sabía lo de vuestros amiguitos –contestó Ferit.

–Lo siento mucho –dijo Rafael–. Intenté explicarle a mi mujer que podría no ser apropiado traer a dos personas más, pero no me hizo caso. Será mejor que yo me vaya y encuentre un hotel ahora mismo.

De hecho, creo haber visto uno llamado Bonaparte que podría irnos bien. ¿Tienes una guía para buscar su teléfono?

–De eso ni hablar –respondió Ferit–. Además, no es prudente andar por la calle. Estoy seguro de que nos las arreglaremos aquí, con un poco de voluntad.

–Los niños caben en cualquier parte –añadió Selva.

Samuel y Perla estaban junto a la puerta intentando entender la conversación. Cuando reconocieron la palabra «*çocuk*», «niño» en turco, se miraron asustados.

–¿Hablan turco los niños? –preguntó Ferit.

–Están aprendiendo.

–Selva les está enseñando –intervino Rafael.

–¡Vaya, genial! –exclamó el anfitrión–. Venid, os mostraré vuestra habitación para que podáis instalaros. Está al final del pasillo; el baño está justo enfrente.

Se volvió después hacia los pequeños y les dijo en francés:

–Y vosotros dos podéis quedaros en el sofá. Iba a dormir en él yo mismo, pero vosotros estaréis más cómodos aunque tengáis que compartirlo. Yo me buscaré otra cosa. ¿Me repetís vuestros nombres?

–Samu… Sami –dijo el chico de pelo castaño–; y esta es mi hermana Peri.

–Muy bien, Sami y Peri, meted vuestras cosas en esos cajones y vuestros pasaportes y objetos de valor en el de arriba del todo.

–No tenemos nada de valor –intervino Perla; tenía el dinero que su madre les había dado en una pequeña bolsa cosida a las braguitas y no tenía intención de enseñársela a nadie.

–¿Para quién son estos colchones, Ferit? –le preguntó Tarik.

–Para la gente que esperamos traer a París desde toda Francia. Espero a tres más, pero nunca se sabe; quizás no vengan aquí.

–¿Por qué?

–Existe la posibilidad de que atraviesen las montañas hasta España.

–¿Y qué piensa Evelyn de todo esto?

–Ella no lo sabe.

–¿Cómo?

–Se lo explicaré más adelante.

Rafael se unió a ellos mientras Selva se organizaba y cuidaba de su hijo.

–Estamos en deuda contigo, bey Tarik –le dijo–. Seguro que tuviste algo que ver con que me soltaran.

Tarik quedó encantado del turco perfecto de Rafael, sin ningún tipo de acento.

–Por favor, no tiene importancia –contestó–. Todo lo que hice fue ponerme en contacto con nuestras embajadas y pedirles que interviniesen.

–También fuiste tú quien nos habló del tren.

–Habrá más gente en ese tren que habrá pasado por experiencias parecidas a las vuestras –interrumpió Ferit–. De hecho, algunos están en una situación peor. Vosotros al menos tenéis el amparo del gobierno turco; piensa en los que tienen nacionalidad francesa, alemana e incluso italiana. Adolescentes, madres con sus hijos, hombres con una familia, ancianos… Cientos o miles de personas que nunca han hecho daño a nadie.

Tarik agachó la cabeza.

–Toda esa pobre gente se está reuniendo en París en busca de un hilo de esperanza. O alguien hace la vista gorda para que tomen ese tren…

Se hizo un silencio absoluto.

–¿O…? –preguntó Rafael.

–Alguien hará la vista gorda, estoy seguro –concluyó Ferit.

–Yo también lo creo. Mirad, a ellos no les han negado el pasaporte –dijo Rafael señalando a los niños, sentados ya juntos en el sofá–. Estoy convencido de que nadie podría inventarse excusas para no salvar a las personas en su situación.

–Bueno, será mejor que regrese a la oficina. Tengo trabajo atrasado –se disculpó Tarik–. Parece que el hijo de los Russo lleva días desaparecido; debemos comprobar los campos de trabajo hasta encontrarle. No molestaré a la señora Selva; ahora está ocupada. Despedidme de ella, por favor. Vendré a veros al salir de trabajar.

Ferit acompañó a su amigo al recibidor. Rafael les oyó hablar en voz baja durante un buen rato.

–Ferit, tengo que pedirte un favor –le confesó Tarik un poco avergonzado.

–¡Lo que sea! ¿De qué se trata?

–Si esas personas que has mencionado no llegan finalmente, ¿te importaría que te enviara a otras dos que esperan poder subirse a cierto tren?

–Si estás en apuros, por supuesto. Puedo mudarme a tu casa, meter a los niños en la cocina y ofrecerles el sofá. ¿Estarán dispuestos a compartirlo?

–Claro que sí. Se trata de una joven pareja de Lyon. Quizás recuerdes que te hablé de una mujer a la que rescaté de la Gestapo; son su hija y su yerno.

–Sí, creo recordarlo. ¿Y dónde podemos acomodar a la mujer?

–Desgraciadamente ha fallecido –contestó Tarik.

Cuando Ferit regresó a la sala de estar, Selva estaba allí.

–Fazil estaba muy cansado y lo he acostado.

–Selva –dijo Ferit–, hay algo que quiero pedirte; solo si no te importa, por supuesto. Mientras estéis aquí, ¿podrías…?

No pudo terminar la pregunta porque Selva le interrumpió:

–Sí, bey Ferit. ¿De qué se trata? Has sido tan amable con nosotros que me gustaría poder recompensártelo. ¿Quieres que haga la limpieza, tal vez? ¿O que me encargue de la cocina?

–No, no, gracias. Como puedes ver por el estado de este sitio, estoy esperando a más gente que se quedará aquí.

–Sí, me doy cuenta. Supongo que estarán esperando el tren, como nosotros.

–Así es, pero ninguno de ellos tiene nacionalidad turca. Y tampoco hablan el idioma.

–Pero yo pensaba que únicamente los que tuvieran pasaporte turco podrían tomar ese tren.

–Nosotros nos encargaremos de sus pasaportes. Sin embargo, si sucediera algo durante el viaje y tuvieran que actuar como si fueran turcos, deberían ser capaces de decir al menos algunas palabras. Creo que tú impartes clases de turco. ¿Podrías…?

–Quieres que les enseñe, ¿no es así?

–¿Lo harías?

–De todo corazón. De hecho, he estado haciendo algo así en Marsella durante algún tiempo. Puedo ayudarles a memorizar algunas frases. Pero déjame preguntarte algo: ¿qué quieres decir con eso de «actuar como si fuesen turcos»? Tengo curiosidad por saber cómo se supone que actúan los turcos.

–Mmm…, buena pregunta. Pues, por ejemplo, beben mucho té y no le añaden leche. También están sus peculiares abluciones; algunos llevan sartas de cuentas; desayunan queso y olivas… Podríamos repartir algunas copias del Corán para que finjan que lo están leyendo.

Selva se rio.

–Podría preparar *köfte* y *dolmas* para que se las coman en el tren.

–Eso sería genial. Si sabes cocinar platos turcos, ¿por qué no haces alguno para cenar una noche?

–En realidad aprendí a cocinar en París, después de casada –explicó Selva–. No soy muy buena cocinera. Ojalá mis padres no se hubieran molestado para que aprendiera piano, violín e idiomas. Sus esfuerzos iban destinados a que encontrara un buen marido, mientras que los maridos prefieren que sus esposas cocinen bien. ¿Tengo razón, Rafo?

–No es así como yo lo veo. Yo quería encontrar a mi alma gemela.

–¿Y lo conseguiste? –le preguntó Ferit.

–Yo buscaba un alma gemela y acabé con una compañera de armas –respondió Rafo–. Selva cree que es un soldado y se ha cargado con la responsabilidad de salvar el mundo ella sola.

–Entonces podemos hacerlo juntos –dijo Ferit–. ¿Por qué no salvamos primero a los que tenemos cerca, en París, y luego probamos con el resto del mundo?

–Es la mejor oferta que me han hecho en mucho tiempo –contestó

Selva.

Lo que hubiera querido decir era «la mejor oferta desde que Rafo me propuso matrimonio», pero no lo hizo. Recordó que, en realidad, no fue Rafo quien se lo pidió; fue ella la que le dijo que había decidido casarse con él. Se volvió para mirar a su marido, que estaba hablando con los niños. Rafo había perdido mucho peso desde que lo metieron en aquel vagón para ganado. No podía dormir por las noches; tenía pesadillas frecuentes que le despertaban y le obligaban a salir de la cama.

Se preguntaba si su marido la amaría realmente y si la consideraría una bendición o un dolor de muelas. ¿Qué era ella para él? ¿Se habría arrepentido alguna vez de casarse con ella? ¿La culparía por ser la causa de la ruptura con su familia y su país? ¿Era posible que estuviera enfadado, en el fondo?

Selva decidió en el acto que, si finalmente regresaban a Estambul, tendría un *tête-à-tête* con su suegra y le suplicaría que perdonara a su hijo. Estaba decidida a devolverle a su familia al completo: madre, hermana y primos.

«¡Ay, mi querido Rafo! –pensó–. Me pregunto si me amas tanto como yo a ti».

Oscuridad a mediodía

David Russo se levantó de la cama esa mañana sintiéndose muy bien. Estuvo estirándose frente a la ventana durante un buen rato. Se acercaba el Año Nuevo. ¡París! ¡Ah, París! Ciudad maravillosa del arte, la música, la diversión y el entretenimiento. ¿Qué podría resultar más excitante para un chico de veinte años recién cumplidos que esperar la celebración de Año Nuevo en este lugar? Tenía una inclinación natural hacia la diversión por haber nacido en Beyoglu, el bullicioso y colorido barrio de Estambul.

El joven Russo siempre se había considerado afortunado. Era hijo de una familia adinerada y había gozado de una educación muy privilegiada. Poco después de graduarse en la escuela francesa de enseñanza secundaria Saint Benoît, se fueron a vivir a París. Su padre había comprado un bonito apartamento de lujo en el *arrondissement* XIV, uno de los distritos más elegantes de la ciudad. David continuó su educación en el liceo; a decir verdad, le llevó bastante tiempo acabarlo. Cualquier joven criado de manera similar coincidiría en admitir que hay muchas maneras de divertirse mientras se es estudiante. El mejor modo de evitar el servicio militar o de casarse, con todas las responsabilidades que ello implica, era prolongar esos años tanto como fuera posible.

La educación de David en el Liceo duró tanto tiempo, entre otras cosas, porque había sido transferido desde Estambul; sin embargo, él nunca se quejó. Después de eso, se inscribió en la Academia de Bellas Artes francesa. Era un chico alto y bien plantado, cosa que, sumada al aire melancólico de su mirada, le habría resultado perfecta para llevar la vida bohemia de un artista. Pero estalló la guerra. Su sueño de hermosas modelos desnudas haciendo cola para que él las pintara tendría que esperar un poco. No le importaba; aun así, su vida seguía llena de alegría y de diversión. Su padre jamás le negó el dinero que necesitara y él tampoco les negaba a las coristas el dinero que su padre le daba.

Él y sus amigos salían todos los días de la semana y ponían París patas arriba. Asistían a los espectáculos de cancán; bebían cerveza en diferentes bistrós y vino en las cafeterías. David se aseguraba de evitar

los lugares que frecuentaban los oficiales alemanes. Se sentía seguro por tener pasaporte turco; aunque, a fin de cuentas, tenía estampado en rojo la palabra «*juif*» –judío– en la primera página.

Tanto David como su madre se habían mostrado reacios cuando su padre insistió en llevar los pasaportes y tarjetas de identidad de todos los miembros de la familia a la comisaría para que los sellaran.

–¿Qué prisa hay? –le preguntaban.

–¿Es que os habéis quedado ciegos o sordos? –respondía el señor Russo–. Llevan días anunciando que los judíos han de sellar sus papeles; los periódicos están llenos de advertencias.

–Sí, pero ¿cómo podrían saberlo? –observó su esposa–. Vitali, por ejemplo, no lo ha hecho.

–Me gusta tener todos mis asuntos en orden. No quiero encontrarme en la situación de tener que darle explicaciones a nadie por nada.

–Solamente deseo que no tengas que arrepentirte, eso es todo.

–No entiendo por qué insistes en seguir con esta discusión. ¡Es solo un sello, por el amor de Dios! –Fue la respuesta de su padre.

Y así es como David acabó con un sello rojo estampado en su pasaporte.

Ahora, en esa fría pero soleada mañana de diciembre, padre e hijo tomaban su café en la mesa del desayuno.

–¿Vas a ir hoy otra vez a los Campos Elíseos? –preguntó el primero.

–Sí, me reuniré allí con mis amigos.

–Esta guerra os ha convertido a todos en unos haraganes. ¿No tenéis nada más importante que hacer que ir al cine?

–¿Qué otra cosa quieres que hagamos?

–¿Qué tal venir conmigo al trabajo?

–Después de Año Nuevo, papá. Dejemos que acabe este año horrible.

–Me pregunto qué año no has considerado malo; tengo la sensación de que vas a ir por la vida esperando que venga un buen año. Y respecto a esta guerra, no creo que vaya a acabar pronto. Me parece que tus amigos y tú solo buscáis una excusa para hacer el vago.

–Ninguno de nosotros considera que este sea un buen momento para iniciar nuestros negocios, papá.

–Pero sí que lo consideráis un buen momento para andar de bares toda la noche, ¿no?

–Somos los chicos de la guerra, papá –dijo David–. No somos una buena cosecha.

–Lamento estar de acuerdo contigo en eso; la guerra parece haberos afectado negativamente. Si te sientes inclinado a seguir callejeando con la excusa de ser un «chico de la guerra», como tú dices, haz al menos el favor de llevar siempre contigo tu tarjeta de identidad. Creo que nuestro vecino tuvo un serio problema el otro día por no llevarla.

–No te preocupes, papá; lo haré.

–De hecho, creo que será mejor que también lleves siempre el pasaporte turco.

Después del desayuno, David leyó la prensa e hizo algunos bocetos. Hoy era el día en que él y sus amigos iban a decidir finalmente dónde celebrarían la fiesta de Fin de Año y harían la reserva. Ahí estaban ellos, dando la bienvenida a un nuevo año a pesar de la guerra. Para los jóvenes como ellos, la vida aún tenía muchas cosas buenas que ofrecer. Los Campos Elíseos estaban iluminados en todo su esplendor, ya hacía algún tiempo que habían decorado las tiendas para Navidad, había luces de colores colgadas en todas las calles y los bulevares parecían puentes. Se diría que la guerra no hubiera afectado a París en absoluto. El resto de Europa estaba en llamas, pero esta ciudad era un árbol de Navidad gigantesco. Las calles rebosaban de caballeros elegantes con sus abrigos negros de cachemir y sus bufandas de seda blanca. Los oficiales alemanes se comían con los ojos a las refinadas mujeres empapadas de perfume, a las muy maquilladas coristas y a las insinuantes prostitutas de brillantes labios rojos. También David disfrutaba observando pasear a las mujeres.

Decidieron que probablemente celebrarían el Fin de Año en La Coupole o Café de Flore, frecuentado sobre todo por artistas. David llamaría a Stella y la invitaría a ser su acompañante esa noche. La besaría cuando fueran las doce; sí, la besaría en la boca. Seguro que ella no le rechazaría en una noche en que todo el mundo se estaría dando besos y celebrando la llegada del nuevo año. Nunca se sabe… después de haber paseado de la mano por las calles atestadas, de haberse besado y de haber ido a Les Halles a tomar una sopa caliente, quizás podría convencer a Stella para ir al piso de soltero de su amigo Manuel. ¿Quién sabe? Tal vez… Aunque no había necesidad de precipitar las cosas. Ese momento llegaría más tarde.

David silbaba *La vie en rose* mientras se vestía. Metió la cartera en el bolsillo interior de su chaqueta, como siempre. Al ir a ponerse el abrigo, recordó el consejo que su padre le había dado esa mañana durante el desayuno. Volvió a su cuarto, cogió el pasaporte del cajón y se dirigió a la salida.

–¿Vas a llegar tarde? –gritó su madre–. ¿Vendrás a casa a cenar?

–No, mamá; no te preocupes por mí. No creo que vuelva antes de medianoche.

–¡David, por favor! No es fin de semana, ¿no? Tómate un descanso, por el amor de Dios. ¡Sales todas las noches!

David no contestó. Tenía veinte años, vivía en París y estaba lleno de energía juvenil. Cerró la puerta tras él y corrió escaleras abajo, saltando los peldaños de dos en dos y de tres en tres. Al salir a la calle, respiró profunda y alegremente. Los pesados de sus padres quedaban atrás. París, la más hermosa, animada y chispeante ciudad le ofrecía

sus misterios en bandeja.

Al bajarse del metro en la estación de Marbeuf, se dio cuenta de que llegaba un poco tarde. Su amigo iba a enfadarse, porque esta no era la primera vez. Se puso a correr y a abrirse paso a empujones entre la multitud. Había algo extraño: en lugar de caminar hacia la calle, la gente se acumulaba a la salida de la estación. Eso le irritó. Adelantó costosamente a unas cuantas personas. ¡Madre mía! Esos viejos se quedaban una hora pensando antes de hacer un solo movimiento. «Si no sois capaces de caminar, ¿por qué no os quedáis en casa?», pensó. Se deslizó entre una pareja de ancianos que arrastraba los pies delante de él y alcanzó por fin las escaleras. El atasco continuaba escaleras arriba en la forma de una larga y lenta cola. Pensó que estaba claro que las compras para Año Nuevo habían empezado pronto esta vez. A los parisienses no podía importarles menos la guerra. La vida seguía su curso y las compras también.

–¿Por qué no se mueve la gente? ¡No tenemos todo el día! –gritó un hombre frente a él.

David saltó para intentar ver lo que sucedía más adelante. «Vaya, vaya, vaya… ¿Qué está pasando?», pensó al atisbar dos filas de soldados alemanes a la salida del metro. Parecía que estaban comprobando la documentación de los hombres y apartando a algunos de ellos; a las mujeres les permitían pasar sin detenerse. Menos mal que había hecho caso a su padre y llevaba el pasaporte encima. Obviamente, su viejo sabía lo que se decía. Buscó en el bolsillo interior y el pasaporte seguía ahí, gracias a Dios. Siguió junto a todo el mundo mientras la cola avanzaba lentamente.

Cinco hombres enseñaron sus papeles y salieron, el sexto fue apartado a un lado; siete, ocho personas más consiguieron pasar. Alguien al principio de la cola se volvió. Se oyó un silbido agudo. El hombre corrió unos pasos. «¡Alto! ¡Alto!» Se detuvo. Se puso pálido mientras volvía a su lugar en la fila. Uno de los soldados le hizo señas con el dedo para que se acercara; el hombre avanzó hacia él con los hombros caídos. ¡Ah!, si esos hombros hablaran… Por primera vez en la vida, David se dio cuenta de que la actitud física de un hombre podía explicar lo que le pasaba. «Estoy desamparado, ¡ayudadme!», parecía gritar este. Otro hombre fue alineado junto a la pared. Tres, cuatro, cinco personas más pudieron salir. David llegaba tarde, pero ¿y qué? Tenía toda una historia que contarles a los amigos que le esperaban, ¡y qué historia! Se sintió como el héroe del día. Podría contárselo todo a Stella en Nochevieja, no tendría que devanarse los sesos pensando un tema de conversación. «Casi me llevan al salir del metro. Si no hubiera tenido mi documentación conmigo, ahora estaría en un campo de trabajo. Imagínatelo, Stella». ¡Era genial!

–¡Los papeles! –le dijo bruscamente un soldado alemán.

David le enseñó el pasaporte que ya llevaba en la mano. ¡Gracias a Dios, esa prueba estaba a punto de concluir para él! El soldado abrió el pasaporte. Miró la fotografía, leyó el nombre, el apellido y la fecha de nacimiento y vio al fin el sello rojo: JUDÍO.

–Ponte contra la pared.

–Pero soy turco.

–¡Contra la pared he dicho!

Hizo lo que le decían y esperó en silencio junto a los demás. Otro soldado se les acercó más tarde y los separó en grupos de ocho.

–¡Moveos!

Así lo hicieron. Uno de ellos intentó decir algo.

–¡Cierra el pico! –le ordenó el soldado.

Les hicieron entrar en un vehículo gris. David miraba al muchacho que había sentado junto a él, más o menos de su misma edad; estaba temblando. Como David sabría más tarde, el chico se llamaba Lambroso. Escribió la palabra «judío» sobre su abrigo con el dedo y David asintió.

Se detuvieron junto a un autobús y los hacinaron en él. Poco después llegaron más vehículos como el primero e incluso más gente fue empujada al interior del autobús, ya de por sí atestado. Entonces arrancó. Tras unos momentos, David intentó adivinar en qué dirección viajaban. Estaban tan apretados que era difícil mirar afuera.

Cuando hubo recorrido cierta distancia, el autobús entró en un patio y se detuvo. Entraron en un gran edificio y se dieron cuenta de que estaban en la Escuela militar de Francia. Les hicieron sentarse en el suelo de los pasillos mientras esperaban. Tenían miedo de hablar entre ellos. Los que intentaban preguntarles algo a los soldados eran reprendidos. Permanecieron sentados en el suelo de piedra y esperaron…, y esperaron…, y esperaron… La luz que se filtraba a través de las estancias que daban al pasillo se volvió difusa y pronto les rodeó la oscuridad. Había caído la noche.

–¡En pie! ¡Moveos!

Se levantaron y echaron a andar. Grupos procedentes de varios edificios fueron apiñados en cinco autobuses que les esperaban en el patio. Finalmente, se pusieron en marcha.

Volvieron a descender en la estación de París Norte. Les hicieron caminar hasta el fondo del andén, donde los soldados se aglomeraban como hormigas, y les obligaron a subir a un tren. Tras un viaje de unas dos horas, el tren se detuvo y los soldados les hicieron formar una columna de a cinco.

–¡En marcha! ¡Desfilad!

Marcharon bajo la fría y amarga lluvia de diciembre. Estaban hambrientos y exhaustos. Había cerca de mil hombres de entre doce y ochenta y dos años. Ya no tenían miedo; había sido reemplazado por

un sentimiento anónimo. David descubriría más tarde que se trataba de resignación ante la muerte.

Tras una marcha interminable, la larguísima columna entró en un campo. Fueron separados en grupos de treinta y les asignaron unos barracones. El suelo estaba cubierto de paja. Habían estado de pie durante tanto tiempo que se derrumbaron sobre ella de inmediato. Se acurrucaban los unos contra los otros, intentando entrar en calor mediante el aliento y el calor corporal ajeno. Iban a dormir como animales en el suelo durante una semana antes de que llegaran sus literas.

Les despertaron a las cinco de la mañana y les hicieron esperar en un pasillo. Allí permanecieron durante tres horas y media bajo un frío desgarrador, esperando a que los contaran.

–¡Haced filas de tres!

Lo hicieron.

–¡Haced una sola fila!

Lo hicieron. Empezaron a avanzar entonces hacia un soldado que estaba sentado a una mesa en un amplio vestíbulo.

–¿Nombre?

–David Russo.

–Te entrego cuatro objetos muy valiosos; asegúrate de no perderlos. Aquí tienes: un cuenco de hojalata, una cuchara, una manta y tu número. ¡Cógelos!

Así lo hizo.

–Lee tu número.

–Tres, dos, tres, tres.

–¡Bien! De ahora en adelante, te llamarás 3233. Ese será tu nombre. Más te vale estar muerto antes que perderlo. ¿Entendido?

–Entendido.

–Ahora firma aquí, aquí y aquí.

David firmó. Lo hizo por el cuenco, la cuchara, la manta y el número 3233. Ya no era David Russo. Ya no le esperaban ni sus amigos en el Café Clossier de los Campos Elíseos, ni su padre y su madre en casa. David Russo ya no existía. Había firmado su certificado de defunción. Ahora era 3233, solamente un número. Un alto y pálido número sin futuro.

Reparó en que era mediodía cuando gritaron la siguiente orden.

–¡Alineaos! ¡Fila de a uno!

Lo hicieron.

Echaron a andar y se detuvieron frente a un caldero de sopa. Les sirvieron un cucharón a cada uno y se lo tomaron con sus cucharas de hierro. Al terminar, se las metieron en los bolsillos de las chaquetas para no perderlas. Los agruparon entonces en el patio en columnas de cinco y les hicieron desfilar. Tenían prohibido hablar con nadie más

que con la persona que tuvieran al lado, de manera que solo podían hacerlo entre dos, nunca entre tres.

–¿Por qué estamos aquí? ¿Qué delito hemos cometido?

–Ser judíos.

–¿No van a rescatarnos?

–No lo creo.

–Seguro que nuestras familias intentan seguirnos la pista.

–¡A ver, los del fondo! ¡Callaos!

Se quedaron en silencio y siguieron caminando alrededor del patio una y otra vez, como asnos en una rueda. Sus manos, pies y nalgas se congelaban a medida que andaban. Al regresar a sus barracones llenos de paja, intentaron entrar en calor apiñándose todos juntos. Al atardecer volvieron en filas al comedor. Esta vez, un pan negro había sido añadido al menú. Un soldado colocó una hogaza encima de la gran mesa de madera y escogió a alguien para que la cortara en cuadrados perfectos empleando una plantilla. Luego, los soldados distribuyeron entre los números las raciones de pan de 200 gramos. Entre los números… Ya no eran seres humanos, eran cifras. Se comieron su duro trozo de pan negro hasta acabarlo; engulleron hasta la última migaja. Se alinearon entonces frente a la puerta de un apestoso lavabo, esperando para aliviar sus necesidades antes de volver a sus barracones y rendirse al sueño sobre la paja.

El soldado que los encerraba les gritó en un francés con acento alemán:

–¡Ahora a callar, hijos de puta!

A la mañana siguiente, después de las tres horas en pie para ser contados y de un desayuno que consistió en un café tomado en sus cuencos metálicos, les condujeron al patio. Había rollos de alambre de espino apoyados contra la pared. Su trabajo iba a consistir en desenrollar el alambre y llevarlo al lugar que le correspondiera. David prefería tener algo que hacer, en lugar de andar por el patio arriba y abajo. ¿Cuánto tiempo haría que le había dicho a su padre que no le apetecía trabajar? No conocía la respuesta porque había perdido la noción del tiempo. ¿Qué pensaría su viejo si le viera desenrollando alambre de espino con las manos manchadas de sangre? Su viejo… Él no iba a llegar a viejo. Jamás tendría hijos que le llamaran «viejo». Él, Robert David Russo, ahora era solo 3233: un número sin edad ni futuro que tenía que transportar alambre de espino. Quiso compadecerse de sí mismo y llorar, pero no pudo hacerlo.

Después de una semana, más o menos, llegaron a los barracones las literas y los colchones rellenos de paja. Uno de los encargados de instalar las camas dijo:

–¡Buf! ¡Este sitio apesta!

Algunos números se miraron entre ellos. No se habían cambiado de

ropa desde que llegaron; habían dormido y trabajado con la misma muda y habían perdido el sentido del olfato.

Quince días más tarde, una nueva instrucción alivió la rutina de su existencia. Tras el café matutino y antes de salir a trabajar con el alambre de espino, les hicieron avanzar en filas de cinco hasta otro vestíbulo por un pasillo en el que nunca habían estado.

–¡Desnudaos!

Nadie se movió.

–¡He dicho que os desnudéis!

Estaban desconcertados, pero empezaron a hacerlo mirándose unos a otros hasta quedarse en ropa interior.

–¡Los calzoncillos también!

–¡Dios mío! –dijo un anciano.

–¿Tienes algo que ocultar, viejo decrépito? –le preguntó un soldado.

Se despojaron también de los calzoncillos y sujetaron sus ropas frente a ellos, intentando ocultar sus vergüenzas mientras esperaban y esperaban. Dos de ellos, incapaces de soportar estar de pie en el frío, se desmayaron y cayeron al suelo.

–¡En fila india!

Se pusieron en fila. Un soldado que sujetaba un bastón comprobó uno por uno que no tuvieran piojos. Otro arrojaba la ropa a una máquina de vapor y la sacaba acto seguido. Les enviaron entonces a una amplia sala de cuyo techo colgaban varias filas de duchas. Se ducharon tiritando bajo el agua helada. Al salir, les devolvían su ropa, húmeda por la máquina de vapor y les enviaban de nuevo a transportar alambre de espino.

Día tras día, el tiempo pasaba. Algunos de ellos se marchaban cuando gritaban su número y no se les volvía a ver. Muchos otros murieron. Varios ancianos enfermaron y se los llevaron. Sabían quién había muerto porque sus colchones eran retirados, pero nunca averiguaron qué les pasó a los jóvenes cuyo número habían nombrado y no regresaron jamás.

Una mañana, durante la tortuosa espera para ser contados, después de haber desayunado café en sus cuencos de hojalata, un soldado salió al pasillo.

–¡Tres, dos, tres, tres! –gritó.

Nadie movió un músculo.

–¡He dicho «tres, dos, tres, tres», hijos de puta!

«Ese soy yo –pensó David–. Soy el número 3233. ¿Qué hago ahora?». Dio un paso al frente.

–Así que tú eres 3233, ¿verdad?

–Sí.

–Ve a tu barracón, coge tu cuenco, tu cuchara, tu manta y tu número y vuelve aquí.

David fue a su barracón, quitó su manta de la cama y cogió su cuenco y su cuchara. Ya tenía su número en el bolsillo. Regresó con los demás.

–¿Lo tienes todo?

–Sí.

–¡Muévete!

David miró a sus compañeros, aún en fila. Unos agachaban la cabeza y otros le hacían un guiño de despedida.

–Seguramente le pegarán un tiro –susurró alguien.

David le oyó, pero no sintió pena. Se alegraba de librarse de ese líquido marrón al que llamaban café, de aquella sopa que era como fango, del trozo duro de pan marrón y de cambiar de sitio el alambre de espino. Ya no echaría de menos su hogar desde su colchón de paja, desesperado porque moriría sin haber besado a Stella y por haber sido despojado de su dignidad tras haberse convertido en un simple número. Siguió al soldado hasta un pequeño despacho. El civil que había sentado a la cabecera de la mesa tenía frente a él un libro enorme que parecía un registro de la propiedad.

–¿Número? –preguntó.

–3233.

El hombre abrió el libro.

–Busca tu nombre en esta página.

¡Su nombre! David recordaba haber tenido uno, pero ¿cuál era su nombre? ¿Cuál era?

Se inclinó para mirar el libro. Estaba todo borroso, como si las letras bailaran a lo ancho de la página. Se frotó los ojos y volvió a mirarlo detenidamente. Primero vio su número, el 3233; su nombre estaba escrito al lado. Lo señaló.

–¿Lo has encontrado?

–Sí.

–Léelo.

–Robert David Russo.

–Deja aquí tus cosas.

David le miró sin comprender.

–¿Por qué me miras así? Déjalo todo en la mesa: el cuenco, la cuchara, la manta y el número.

David depositó con cuidado el cuenco, la cuchara y la manta sobre la mesa; luego puso el número sobre la manta. El hombre contó los objetos y los revisó por separado, como si se tratara de joyas muy valiosas. Luego le ordenó a David que firmara por cada uno de ellos.

–¿Adónde me llevan? –preguntó el chico.

–¡Al infierno! –contestó el civil.

–¿Puedo hablar con mi familia por última vez antes de morir?

El hombre sonrió.

–¿O enviarles un mensaje, tal vez?
–¿Para decirles qué?
–Que me van a poner frente a un pelotón de fusilamiento.
–¿Eso crees?
–Si no se me permite hablar con ellos, ¿sería usted tan amable de contarles lo que me ha pasado si le doy su número de teléfono? Seguro que prefieren saberlo a esperar y hacer suposiciones.
–¿Saber qué?
–Que estoy muerto.
El hombre esbozó una sonrisa burlona. «Perro asqueroso», pensó David.
El soldado que había guiado a David le ordenó que se moviera. El chico volvió a seguirle afuera. Cruzaron el patio y atravesaron la puerta de un edificio de cuya fachada colgaba la bandera alemana y otra con una esvástica. Subieron las escaleras y caminaron por un pasillo.
–Espera aquí –dijo el soldado antes de entrar en una habitación.
David se desplomó en un banco junto a la puerta. Pensó incluso en estirarse en él. Ahora que iba a morir, suponía que podía hacer lo que quisiera. Podía, por ejemplo, escupirle a la cara al soldado que le escoltaba o al primer oficial que se cruzara. Podía maldecirlos e incluso desabrocharse los pantalones y empezar a orinar por todas partes. ¿Acaso iba a cambiar algo? Pensaba en todo eso, pero no hizo nada. El aire frío le tenía muy aletargado. Era como si no tuviera fuerzas para nada más que para transportar y desenrollar alambre de espino. Parecía que esa fuese la labor que le habían encomendado a las puertas del infierno y lo único que podría hacer jamás.
El soldado regresó sujetando un expediente.
–¡Muévete! –volvió a gritarle.
David intentó levantarse del banco, pero comprobó que no tenía la energía necesaria para hacerlo.
–¡Que te muevas!
Lo volvió a intentar y, arrastrando los pies, consiguió seguir al soldado. De no sentir vergüenza, habría ido a gatas. Bajaron las escaleras de nuevo, volvieron a atravesar el patio hasta la calle y, finalmente, llegaron a un jardín de crisantemos. Ante David se levantaba un elegante chalet.
«David –pensó el chico–, eres hombre muerto, pero aún no lo sabes. Esa calle, este hermoso jardín, esta casa…, no pueden ser ciertos. Debo de estar muerto. ¡Lo estoy! Gracias a Dios que lo estoy. No he sentido nada. Estoy salvado; estoy salvado al fin. ¡Hurra por la muerte!»
Un guardia saludó al soldado al pasar. David le devolvió el saludo inclinándose hasta casi tocar el suelo. El vigilante le miró asombrado y

le saludó a su vez. El soldado guio al muchacho escaleras arriba, hacia el chalet, y llegaron a un vestíbulo de mármol con asombrosos frescos en las paredes. David seguía esperando que apareciera una hurí desde cualquier habitación. Deseaba que tuviera los ojos de Stella y la voz de su madre. Era cierto que para los judíos no había huríes ni ángeles esperándoles en ningún paraíso, pero había escuchado que los musulmanes varones eran recibidos allí por preciosas vírgenes llamadas huríes; y como había muerto en posesión de un pasaporte turco… Sonrió para sí. En realidad, no estaba de humor para chicas guapas ahora mismo, era únicamente que necesitaba desesperadamente ver a una persona que conociera, una cara amiga, alguien que le recordara a su pasado. Por eso deseaba que la hurí se pareciese a Stella. Respecto a la voz de su madre, ni en sus sueños más disparatados hubiera imaginado que la echaría de menos. Todo lo que quería ahora era escuchar a su madre diciéndole: «Hijo mío, hijo de mi vida»; y poder responderle: «¡Madre! ¡Te he echado tanto de menos, madre!».

–Coge esto y entra en esa habitación. Te esperaré aquí –le dijo el soldado, entregándole el expediente. David hizo lo que le ordenaban.

La estancia estaba lujosamente amueblada. Había un hombre sentado tras una mesa de estilo Luis xiv.

–¿Está tu nombre en esta libreta? –preguntó.

¿Que si estaba? Definitivamente había muerto e iba camino del cielo. David se acercó y miró la libreta. Esta vez encontró su nombre sin que se le nublara la vista.

–Aquí. Mi nombre está aquí.

–Firma al lado.

David firmó.

–Aquí tienes. Esto es para Auschwitz y este es tu billete para París.

–¿Disculpe?

–Tu certificado de salida y tu billete de tren. Eres libre para irte. Adiós.

–¿Para irme adónde? ¿Quiere decir a casa?

–¿Qué clase de imbécil eres tú?

Saludó entonces como un soldado y señaló la puerta.

–Directo a París –dijo en un francés terrible–. Y una vez allí, asegúrate de ponerte de rodillas y besar la mano del cónsul turco.

David salió de la habitación y siguió escalera abajo al soldado que le esperaba. Salieron del chalet y atravesaron el jardín de crisantemos hasta la puerta. No, no estaba muerto; le estaban poniendo en libertad. «¿Cómo era ser libre?», se preguntó. El soldado se acercó a la garita de los guardias y les dijo algo. Uno de ellos salió y abrió la puerta. David la cruzó.

Pesaba sesenta y cinco kilos cuando llegó al campo dos meses atrás.

Ahora pesaba solo cuarenta y siete y parecía un esqueleto o un fantasma mientras avanzaba bajo los castaños desnudos. No sentía nada, ni felicidad ni hambre; no estaba excitado y no tenía ninguna expectativa. Era como si fuese a la deriva hacia la estación desde la que saldría el tren que le llevaría a casa. Pero, ¿quién era él? ¿Qué había sido de su corazón y de todo su ser? Ahora solamente era un número maldito.

Era viejo, muy viejo; más, incluso, que su padre, a quien solía referirse como «mi viejo». Ahora tenía 3233 años.

París

A Selva habían empezado a caerle muy bien algunas de las personas a las que impartía clases. Margot era una de ellas. Selva y ella se habían hecho muy amigas. Quizás por ser húngara le había resultado más fácil que al resto aprender el turco.

Un día, le dijo a Selva en ese idioma:

–Tengo amiga turca.

–Sí, claro que soy tu amiga –le había contestado ella dándole un abrazo sincero. Margot se sorprendió un poco y sonrió.

Después de ser despedida de su trabajo, Margot había empezado a visitar muy a menudo el apartamento de Ferit para intentar ayudar a Selva. Mientras esta daba clase, ella cuidaba de Fazil. Le sacaba a tomar el aire mientras hacía la compra.

Cuando Selva le preguntó:

–¿Les has preguntado al menos por qué te han echado tan repentinamente?

Margot respondió:

–Pensé que sería mejor no hacer demasiadas preguntas. A fin de cuentas, ¿qué podría haber hecho yo si me hubieran dicho que era porque soy judía?

Era una de las personas que habían decidido que, si no podían refugiarse en París, lo mejor era irse a Palestina a través de Turquía.

–Nunca se sabe, a lo mejor te gusta Estambul hasta el punto de querer establecerte allí definitivamente –observó Selva–. Podríamos buscarte incluso un atractivo turco.

–Los turcos no son mi tipo.

–No puedo creerlo, Margot. ¡A los turcos les vuelven locos las rubias!

Ella se limitó a sonreír y a murmurar:

–Si tan siquiera…

La estrecha amistad que había nacido entre las dos mujeres llevó a Selva a pedirle a Margot que la ayudara: pegarían las fotografías a los pasaportes turcos que Ferit había traído hacía poco, escribirían en ellos nombres turcos y lo tendrían todo listo antes del almuerzo.

Selva y Ferit habían intentado pensar en nuevos nombres que se asimilaran lo máximo posible a los reales. Así, Roxanne se convirtió en

Rüksan, Constance en Kezban, David en Davut, Lillian en Leyla y Marie en Meryem. Sin embargo, Selva tenía problemas para encontrarle un nombre a Margot. Cuando esta llegó a la mañana siguiente, le preguntó:

–Margot, ¿te gustaría llamarte Meral?

–¿No hay más nombres que empiecen por «M»?

–Hay muchos. Veamos: Makbule, Madelet, Mergube, Mehire…

–Me rindo. ¿Por qué no lo eliges tú?

–Creo que el mejor es Meral. Es un nombre de mujer joven.

–¿Qué quieres decir?

–Que es un nombre moderno.

–Sé que hay nombres que se ponen de moda, pero nunca he oído que un nombre sea moderno –observó Margot.

–Te aseguro que te aguardan muchas más sorpresas una vez lleguemos a Turquía –contestó Selva–. Te prometo que siempre habrá algo que te sorprenda, día tras día. Mi país es muy diferente a este.

–¿De verdad? –preguntó Margot con un suspiro.

«Sería maravilloso –pensó– poder volver a mi propio país tan fácilmente como esta mujer.»

Esparcieron los pasaportes sobre las encimeras de la cocina. Selva pegaba las fotografías y Margot las presionaba fuertemente con una pesada plancha. La mayoría de los documentos eran pasaportes expedidos a estudiantes por el gobierno turco. Las dos mujeres estaban quitando los retratos originales y sustituyéndolos por los de los judíos. Los más mayores tenían que usar otros pasaportes suministrados por la organización.

Ferit les había pedido que estuvieran listos antes de su pausa para la comida, para poder pasar a recogerlos y llevarlos a sellar. Por eso, Margot corrió a abrir la puerta cuando sonó el timbre, pensando que se trataría de Ferit. La voz que Selva oyó desde la cocina le resultaba familiar.

–¿Qué se supone que estás haciendo aquí?

–Perdona, pero yo podría hacerte la misma pregunta.

–Exijo una explicación ahora mismo.

–¿Cómo te atreves a hablarme en ese tono?

Selva se apresuró a la entrada cuando notó que las voces se volvían más violentas. Tarik y Margot se lanzaban miradas asesinas con aspecto perplejo y desconcertado.

–¡Bey Tarik! Creí que sería Ferit. Pasa, por favor.

Tarik tomó a Selva del brazo y la llevó a la cocina. Cerró la puerta y se dirigió a ella en turco.

–¿Conoces a esa mujer, Selva? ¿Se puede saber quién la ha invitado a venir?

–Tarik, se trata de Margot… Es amiga mía.

–Ya sé que lo es, pero ¿dónde la conociste?
–Aquí.
–¿Qué quiere decir «aquí»?
–La trajo el bey Ferit para que pudiera aprender un poco de turco, como los demás. También va a subirse al tren.
–¡Dios mío! ¿Te das cuenta de lo que estás haciendo?
–Pues claro que sí.
–Escúchame, Selva: esa mujer podría ser una espía.
–Debes de estar de broma. Es judía; una judía de nacionalidad húngara.
Oyeron girar el pomo de la puerta de la cocina. Margot pedía permiso para pasar y Tarik guardó silencio. La mujer entró.
–*Monsieur* Tarik –dijo con voz amable–, está usted muy equivocado conmigo. Por supuesto, la culpable soy yo por haberle inducido a error. Le debo una disculpa, aunque entenderá que todos vivimos aterrorizados. Tenemos miedo de todo el mundo. ¿Cómo iba a decirle que soy judía?
–Deberías habérmelo dicho abiertamente, Margot. Sabías a ciencia cierta que estábamos haciendo todo lo posible por ayudar.
–Traté de sonsacarte información. Intenté averiguar si me conseguirías un pasaporte de todas las maneras que se me ocurrió, pero tú me cerraste todas las puertas en las narices. Acabé pensando que te habías dado cuenta de que era judía y querías desentenderte de mí.
–Pues no podías estar más equivocada.
–Pero no volviste a llamarme…
–Yo había pensado algo completamente diferente. Es ahora cuando me he enterado de que eres judía. Muhlis no me había dicho nada.
–Muhlis no lo sabe. En realidad no lo sabe nadie. Todos nosotros tenemos que esconder incluso nuestras tarjetas de identidad para no perder nuestros trabajos.
–¿Cómo encontraste este lugar? –preguntó Tarik.
–Me trajo *monsieur* Ferit.
–¿Y quién te llevó a él?
–Es amigo de mi prima.
–Bey Tarik, ¿estoy en lo cierto al suponer que tú y Margot ya os conocíais? –intervino Selva.
–Sí, nos habíamos visto antes, pero debo admitir que me ha sorprendido mucho verla aquí –respondió Tarik.
Después, preguntó en turco si los pasaportes estaban listos.
–Sí, lo están.
–Os he traído unos cuantos certificados de bautismo. Supuse que también podríais darles un buen uso.
–Disculpa, pero no te entiendo –dijo Selva.

–Monseñor Angelo Roncalli, el nuncio del Vaticano en Estambul, nos ha enviado algunos certificados de bautismo falsos. Si no tenéis suficientes pasaportes, podríamos usarlos. Sobre todo para los niños.

–¿Desde dónde los han mandado?

–Te lo acabo de decir: desde Estambul.

Margot y Selva se quedaron perplejas.

–¿Quieres decir que un clérigo cristiano está intentando ayudar a los judíos? –preguntó la primera.

–Si realmente es un hombre temeroso de Dios, ¿por qué no iba a hacerlo? –señaló Selva.

–Aquí os los dejo –dijo Tarik, entregándoles los documentos–. Dadme vosotras los pasaportes que estén preparados.

–Pero iba a pasar a buscarlos Ferit.

–Mira, Selva, los vamos a sellar de todos modos. Dámelos y yo lo haré. No creo que Ferit pueda volver hasta esta tarde –anunció Tarik.

«¡Vaya! –pensó Selva–. Obviamente, las inacabables charlas a puerta cerrada entre Ferit y Tarik han dado fruto. ¿No había dicho Ferit que Tarik era el hombre más bueno del mundo?»

Margot metió los pasaportes en una bolsa de algodón y puso una barra de pan encima de todo, asomando para que pudiera verse. Cuando Tarik vio lo que estaba haciendo, le dijo:

–No te preocupes, tengo inmunidad diplomática.

Y tomó la bolsa de sus manos.

–¡Ah, sí! Por supuesto. No olvides que te debo un café –le recordó Margot–. Me ofreció una maravillosa botella de vino, *monsieur* Tarik. Lo mínimo que puedo hacer yo antes de abandonar París es ofrecerle una taza de café.

–Gracias. Te la aceptaré en cuanto tengamos ocasión –le respondió Tarik, un poco incómodo.

Al bajar corriendo las escaleras con la bolsa en la mano, se encontró con un grupo de unos ocho o diez chicos y chicas que subían.

Selva miró uno por uno a los jóvenes sentados en la cama, en las sillas y en el suelo. Había llegado a conocerles bastante bien y ya les llamaba por sus nuevos nombres. Los estudiantes, de edades diversas, ya los habían asimilado. Las chicas llevaban sus iniciales cosidas a los suéteres y los chicos al bolsillo de sus camisas.

Habían estado viniendo al apartamento de Ferit en grupos de quince a una hora concertada. Selva había podido enseñarles a contar hasta mil, los días de la semana, los meses del año y algunas formalidades de la conversación. Del mismo modo, y por si debían recurrir a algún tipo de antecedente, se había esforzado mucho en inventarse historias que les fueran apropiadas. Si, por ejemplo, unos extraños se sentaran junto a ellos en el compartimento del tren, los jóvenes dirían que eran estudiantes; otros dirían que estaban bajo tratamiento médico; otros

más, que venían de visitar a sus hijos; y, por último, algunos fingirían no entenderles. Todos tenían miedo: niños, adultos y ancianos. El temor nada entendía de edades, estaban todos aterrorizados.

En una ocasión en que Selva intentó infundirles confianza, les preguntó:

–¿De qué tenéis tanto miedo? De todos modos, los alemanes no hablan turco. ¿Cómo van a detectar vuestros errores? Si es necesario, limitaos a ir diciendo palabras sueltas en ese idioma, y ya está.

–¿Y qué pasa si alguno de ellos habla turco?

–Aunque ese sea el caso, ninguno lo hablará tan bien como vosotros. Se pueden haber familiarizado con algunas palabras que hayan escuchado. Solo tenéis que esforzaros por aprender tantas frases como podáis. ¿Qué os parece?

Selva era consciente de que había empezado la cuenta atrás para la salida del tren, a pesar de que Tarik todavía no había dado detalles. Tan solo había mencionado:

–El vagón está de camino.

–¿De dónde viene?

–De Ankara.

–Querrás decir el tren.

–No, el vagón. Se trata de un vagón grande que han unido a un tren que viaja a Europa.

–¿Cuándo llegará?

–¿Puede precisarse algo así en tiempos de guerra? Con un poco de suerte y si no se presentan complicaciones, debería llegar en menos de quince días.

–En ese caso, tenemos que avisar a todo el mundo.

–¡No! ¡Por Dios, no! Debemos avisarles con solo un día de antelación. Si esa información llegara a oídos equivocados, todo nuestro esfuerzo podría echarse a perder –advirtió Tarik.

–¿Qué? ¿Y cómo podrán estar listos?

–Vamos, Selva, llevan siglos preparados –interrumpió Rafael–. Todo lo que tendrán que hacer cuando se les diga será coger su maleta.

Tarik había empezado a visitar el apartamento más a menudo. Después de hacer la comida para todos los que se apretaban en el piso, Ferit se reunía a veces con él en un café cercano, acompañado por Selva o por Rafo. Los Alfandari se turnaban para hacer de canguro. Una de las nuevas residentes, llamada Constance aunque rebautizada Kezban por Selva, insistía siempre en que ella podía cuidar de Fazil para que sus padres pudieran salir juntos. Selva declinaba la oferta porque no se sentía cómoda dejando a Fazil con alguien a quien apenas conocía. Sentía que su hijo debía estar siempre con alguien con quien se sintiera seguro. Como la mayoría de los que iban y venían del piso se habían convertido ya en buenos amigos e iban a abandonar

pronto París, decidieron pasarlo tan bien como pudieran. Aunque no iban al cine ni al teatro, se sentaban en una cafetería mirando a la gente pasar. Disfrutaban viendo a las mujeres elegantes, ataviadas de ropas vistosas y estolas de piel, moviendo sus caderas mientras paseaban del brazo de oficiales alemanes de alto rango. También a las muchachas de clase media, dando vueltas en bicicleta con sus calcetines cortos y sus zapatos de tacón alto. Se divertían intentando adivinar qué mujer era una espía o qué hombre en chaqueta de cuero era un miembro de la organización. Lo pasaban bien inventando diálogos que se ajustaran a los personajes en los que se fijaban. Cuando Margot se unió a ellos, Tarik dejó de lado su seriedad habitual; logró deshacerse de su carácter aburrido y consiguió divertirse.

Una tarde en que le tocaba a Rafo cuidar de su hijo, Selva salió con Ferit y Tarik. Mientras esperaban a Margot en Le Café des Artistes, Ferit aprovechó para darle las gracias a Tarik por los pasaportes.

–Estoy convencido de que Dios recompensará todos tus esfuerzos –le dijo.

–No todo el mérito es mío –contestó Tarik–. Yo no habría podido sellar esos pasaportes sin la aprobación de mis superiores.

–Pero seguro que fuiste tú quien les convenció para que lo hicieran –intervino Selva–. Mi hermana me hablaba mucho de ti en sus cartas. Me decía que eras un hombre excepcional.

Tarik notó que se estaba ruborizando.

–Te aseguro, Selva, que tanto nuestro gobierno como nuestro Ministerio de Exteriores se están mostrando muy dispuestos a cooperar en este asunto humanitario. Yo solo no habría podido hacer nada.

Selva se volvió entonces hacia Ferit.

–Y respecto a ti, nadie podrá negar que lo que estás haciendo también es increíble. ¿Puedo preguntarte algo?

–Por supuesto, dime.

–¿Por qué haces esto, exactamente? Sobre todo sin que tu mujer sea judía, por lo que yo sé.

–No sé qué decirte, Selva. Quizás necesite demostrarme a mí mismo que sigo siendo humano en medio de todo este horror.

–¿Arriesgando tu vida?

–¿Y qué es la vida, a fin de cuentas? ¿No vamos a morir todos algún día? Creo que la vida solo merece ser vivida si aprovechamos el tiempo que se nos concede para hacer cosas honorables.

–Me descubro ante ti, bey Ferit –dijo Selva, con sus grandes e inocentes ojos rebosantes de admiración.

Margot llegaba tarde y Tarik miró la hora en su reloj de bolsillo.

–¿Estás preocupado? –le preguntó Selva, maliciosa.

–No, la verdad… Bueno, sí; un poco. Ya sabes que hoy en día nadie está completamente a salvo.

–¿Sabes que estoy intentando convencer a Margot para que se quede en Estambul?

–¿Por qué?

–Vamos, Tarik, no finjas que no lo sabes. Puedo ver a través de ti, sé lo que pasa en tu corazón. Entiendo mucho de esas cosas.

–Puede que sí, Selva, pero olvidas que soy miembro del Ministerio de Asuntos Exteriores y, como tal, no puedo casarme con una extranjera.

–¡No puedo creerlo! ¿Por qué?

–Lo tenemos prohibido.

–¿Aunque la extranjera esté dispuesta a adoptar la nacionalidad turca?

–Desgraciadamente, me temo que sí.

Selva se mordió el labio.

–No lo sabía –añadió con tristeza–. Me parece increíble; es como si nuestro país buscara constantemente excusas para separar a la gente. Ya no es solo su religión, sino también su nacionalidad.

–No solo pasa en nuestro país, Selva –aclaró Tarik–. Ese tipo de discriminación está extendido por todo el mundo. Únicamente tienes que ver lo que está pasando ahora en Europa, a pesar de su larga historia.

Margot doblaba la esquina apresuradamente. Llevaba puesto su abrigo rojo y sus rubios rizos se balanceaban a su paso. Selva agachó la cabeza al percibir el brillo en los ojos de Tarik. Se le partía el corazón.

Al final de la velada, cuando Ferit y Selva se levantaban para volver a su apartamento, Tarik se volvió hacia Margot y le dijo:

–¿Puedo acompañarte a casa?

–¿Te importa si damos un paseo? Me gustaría poder tomar el aire.

–¡Claro que sí! ¿Por qué no?

–Y cuando lleguemos a casa, quizás quieras subir a por esa taza de café que rechazaste la última vez.

–Me siento fatal por eso, Margot. ¿Podrás perdonarme alguna vez? Debo disculparme, sin duda, pero has de admitir que tú hacías demasiadas preguntas. Ojalá hubieras sido más directa.

–Olvídalo, eso ya es agua pasada.

–Pero hemos desaprovechado el tiempo. Especialmente cuando es algo tan valioso para nosotros dos.

Tarik apretó la mano de Margot y ella se acurrucó contra él como un gatito. Pasearon así por las calles iluminadas.

A la mañana siguiente, Tarik se molestó al percatarse de que Muhlis no le quitaba ojo de encima.

–¿Qué sucede? ¿Por qué me miras así?

–Llegaste tarde anoche.
–Cierto.
–Muy tarde, de hecho. Volviste cuando ya estaba amaneciendo.
–¿Y?
–¿Hay algo que quieras contarme?
–¿Algo como qué?
–No lo sé, pero algo hay.
–¡Muy bien…! La besé.
–¿Algo más?
–Ya está bien, Muhlis, estás yendo demasiado lejos –le advirtió Tarik–. Además, sé que tienes entradas para el teatro esta noche. Si no te andas con cuidado, no saldrás de la oficina antes de las siete. ¡Lo digo en serio!
Entonces se levantó, cogió su chaqueta y la camisa con el cuello manchado de carmín que había arrojado sobre el sofá al llegar a casa, y las llevó a su habitación.

Cuenta atrás

–Debemos elegir una ruta para el vagón –dijo Ferit–. Con un grupo tan numeroso a bordo, debería ser una que no levantara sospechas.

–Se están llevando a cabo, por ejemplo, muchas comprobaciones de identidad en los trenes que atraviesan Suiza, por su postura neutral.

–En ese caso, nuestro tren no debe pasar por Suiza.

–Me pregunto si no será más seguro que vaya hasta Lyon y atraviese luego Italia.

–¿Estás loco? Llevarlos a la Italia fascista sería como arrastrarlos al matadero. Los liquidarán uno a uno. Los acólitos de Mussolini son peores que los nazis.

–Pues el tren tiene que ir por algún sitio, ¿no te parece? Ha de cruzar Suiza, Italia o Alemania. No hay más opciones.

–Controles de ese tipo se llevan a cabo en todas partes, caballeros. Algunos empleados llegaron hará una semana desde Turquía y tuvieron que superar uno en cada frontera.

–Sin embargo, el bey Galip viajó hace poco a Estambul y creo que nadie le molestó.

–¿Quién es bey Galip? ¿Te refieres a nuestro cónsul en Hamburgo?

–Así es.

–Sí, he oído que no hay controles tan estrictos en los trenes internos de Alemania e, incluso, en los que abandonan el país –observó Tarik.

–¡Espero que no estéis sugiriendo que hagamos tomar esa ruta a catedráticos y científicos que están siendo buscados por los alemanes!

–Olvidas que a esas personas se las busca en Francia, no en Alemania.

–Dame un cigarrillo, por favor, Ferit; yo me he quedado sin –dijo Tarik.

–Aquí tienes –ofreció Hikmet, pasándole una pitillera de plata a través de la mesa.

Se habían reunido en el apartamento de Hikmet Özdogan, cónsul de París durante el tiempo que Tarik estuvo allí. La cuenta atrás había comenzado al fin. El tren estaba en camino. Debía pasar una revisión de mantenimiento en París y partir de regreso inmediatamente. Existía la posibilidad de que los alemanes se apropiaran de cualquier tren sin previo aviso para transportar a sus tropas, así que no debían

arriesgarse a que este pasara más de un día en París.

Al ser un grupo de diplomáticos el que se había reunido para decidir una ruta para el viaje de regreso, Hikmet no se sentía cómodo con la presencia de Ferit, un perfecto desconocido para él. Fue Tarik quien insistió en que debía asistir a la reunión debido a su relación con la organización. Tenía algunos contactos que podían serles de utilidad.

El tren iba a transportar a 176 pasajeros considerados personas no gratas por los alemanes. La mitad de ellos tendrían pasaporte turco sin ser ciudadanos de Turquía. Los que tenían alguna relación con el país, no hablaban necesariamente bien el idioma. Se decidió, por tanto, que a bordo del tren iría también alguien que tuviera la nacionalidad y cuya lengua materna fuese el turco, aparte de hablar otros idiomas. Esa persona sería el líder del grupo y sería capaz de comunicarse con los oficiales alemanes, la policía o los revisores, si fuera necesario.

Tras haber investigado exhaustivamente a Ferit en Turquía y después de que esa investigación fuese revisada por los embajadores turcos en Berlín y en Vichy, se acordó que se uniría al grupo como líder.

Ferit estalló de pronto:

–¡Eureka! ¡Eureka! He hallado la solución –gritó.

Se levantó de un salto y le llenó la cara de besos a Tarik, quien se disponía a encender su cigarrillo.

–¿Qué es lo que has hallado? ¿Qué te pasa? ¿Es que te has vuelto loco?

–Sí, sí, sí; me he vuelto loco. Debo darte las gracias, porque ha sido gracias a ti que he encontrado la solución a nuestro problema. ¡Eureka, amigos míos, eureka! ¡El tren debe atravesar Alemania!

–¡De eso ni hablar! –exclamó Hikmet–. Sencillamente, no podemos asumir ese riesgo. Si los descubren, no olvide que el vagón pertenece a nuestro gobierno.

–No lo harán, confíe en mí. No los descubrirán porque ni el diablo en persona se atrevería a pensar en enviar un vagón lleno de judíos perseguidos a través del mismísimo corazón de Alemania.

–¡De ningún modo!

–Pero es una idea brillante, bey Hikmet. Solo un genio idearía un plan como ese. Replantéeselo.

–¿Tú qué opinas, Tarik? –preguntó Hikmet, esperando apoyo de su colega.

Tarik guardó silencio.

–Como puede ver, Tarik tampoco está de acuerdo.

–¿Por qué no volvemos a pensarlo, bey Hikmet? Consultémoslo con la almohada.

–No tenemos tiempo de consultarlo con nadie, caballeros. Hemos de tomar una decisión y llevarla a cabo de inmediato. No olviden que también debemos pedir permiso a los países de la ruta.

–Pásame ese mapa –pidió Ferit.

El mapa que estaba apoyado en el aparador era enorme, no del tipo que puede ser movido sin problemas. Descolgaron un cuadro de la pared y lo pusieron en su lugar.

–¿Tiene algo que pueda utilizar como puntero?

Hikmet fue a la cocina y volvió con una cuchara de madera. Ferit la cogió y empezó a señalar las rutas en el mapa.

–Si vamos hacia el sur, tendremos que pasar por Suiza y después por Italia o por Austria. Los alemanes estarán haciendo controles en ambos países. De otro modo, si subimos hasta Berlín y nos sellan allí los documentos, puede que la ruta sea más larga, pero nadie se molestará en perder el tiempo haciendo más comprobaciones una vez tengamos el sello en los pasaportes. Eso es lo más importante para nosotros, ¿no es así?

–¿Y cómo se supone que vamos a atravesar Berlín? –preguntó Hikmet.

–Podemos pedir ayuda a nuestra embajada allí. El oficial puede venir a recibirnos, recoger los pasaportes, llevarlos a sellar y devolvérnoslos.

–¿Y por qué iba un oficial de la embajada a molestarse en hacer algo así?

–Porque recibirá instrucciones de su superior para hacerlo –dijo Tarik–. Estoy seguro de que nuestro embajador, el bey Saffet estará más que dispuesto a ayudarnos.

–Me pregunto si podríamos conseguir que alguien nos ayudara desde dentro.

–No te sigo. ¿Qué quieres decir con eso?

–Un soldado alemán, por ejemplo; un tipo decente que quiera ser de ayuda. No creo que todos esos nazis sean tan leales a la causa como todo el mundo parece creer.

–Estoy convencido de que algunos estarán en contra de esta animadversión hacia los judíos, pero sería muy arriesgado intentar encontrar a uno de ellos.

–Si sabemos el día y la hora exactos en que pasará el tren, yo podría arreglarlo –dijo Ferit.

–No acabo de entenderlo. ¿Me está diciendo que tiene usted amigos incluso entre los soldados alemanes? –preguntó Hikmet mientras le miraba asombrado.

Tarik miró enfadado a su amigo.

–Por favor, no te metas en algo tan peligroso. Las únicas personas con poder en las que podemos confiar son los oficiales de nuestra embajada o consulado –advirtió–. No deberíamos buscar la cooperación de ninguna otra.

–Estoy completamente de acuerdo con mi colega –dijo Hikmet

Ferit había pensado en pedir ayuda a la organización para utilizar a

su propia gente, infiltrada en todas partes, pero decidió no seguir con esa discusión. Se limitó a añadir:

–Veo que empieza a gustaros la idea de atravesar Berlín y viajar luego hacia el sur.

–Bey Ferit, amigo mío –replicó Hikmet–, no somos nosotros quienes estamos en peligro. Si se descubre la verdadera identidad de alguno de los pasajeros, todos ellos lo pasarán realmente mal. Hemos de ser cuidadosos para no hacer peligrar las vidas de quienes queremos ayudar. Digamos que conseguimos convencer a las autoridades de que los jóvenes de a bordo son estudiantes turcos, pero ¿qué hay de los catedráticos, doctores y científicos conocidos que los alemanes andan persiguiendo? ¿Cómo vamos a hacerles pasar por Berlín? ¿Les pondremos un disfraz o algo así?

–Le entiendo, Hikmet –respondió Ferit–. Pero, ¿cree que resulta sencillo alterar la identidad de las personas? Los calvos llevarán pelucas, quienes tengan el pelo rizado tendrán que afeitarse la cabeza, y lo mismo con los que lleven bigote. Unos llevarán gafas, otros se teñirán el pelo y otros más pueden incluso depilarse las cejas.

–Esto se está convirtiendo poco a poco en un vagón de circo –dijo Hikmet.

–¿Por qué no lo consultamos con la almohada, como se propuso antes? Quizás veamos las cosas con más claridad tras un sueño reparador –propuso Tarik con su voz más calma.

–Muy bien, pero no debemos vacilar –contestó él–. Hemos de tomar una decisión definitiva mañana. El tren llegará en unos pocos días; recuerden que no podemos atrasarlo más de una noche.

–Así pues, ¿nos encontramos de nuevo aquí mañana a la salida del trabajo? –preguntó Ferit.

–Lamentablemente no –le respondió Hikmet–. Mi esposa y mi hija regresan mañana por la mañana.

–Mi apartamento está lleno hasta la bandera –dijo Ferit–. Apenas se puede entrar, y no digamos sentarse.

–Y Muhlis estará en el mío. Tiene una idea general de lo que está ocurriendo, pero como intentamos mantener este asunto únicamente entre aquellos que necesitan saberlo, cuanta menos gente conozca los detalles, mejor.

–¿Qué tal si nos reunimos en el consulado, entonces?

–Está el vigilante nocturno y el auxiliar de guardia.

–Lo sé –dijo Tarik–. Yo tengo una amiga que va a ir en el tren y que vive sola, podemos ir a su apartamento. No habla mucho turco, pero de todas formas le puedo pedir que se vaya al cine o algo así.

–¿Por casualidad esa amiga es Margot? –le preguntó Ferit al oído.

–Sí.

–Quieres matar dos pájaros de un tiro, ¿eh?

–¡Pensaba que eras mi amigo!

–Y lo soy, créeme –le aseguró Ferit–, pero me encanta pincharte.

–Todo tiene un límite, te lo advierto.

–¿Se puede saber qué murmuráis? –preguntó Hikmet–. ¿Hay algo que no queráis que sepamos?

–No, nada de eso, bey Hikmet –se disculpó Tarik–; solo hablábamos del lugar de reunión de mañana. Me pondré en contacto con mi amiga y os haré saber algo.

Descolgó el mapa de la pared, lo enrolló y se lo llevó con él.

–Aún pienso que será peligroso que el tren cruce Berlín –repitió Hikmet.

–Algo me dice lo contrario –respondió Ferit–. Hacedme caso y no olvidéis que mi mujer embarazada también irá en ese tren. ¿Creéis que quiero poner en peligro las vidas de mi esposa y mi futuro hijo?

–En cualquier caso, serán nuestros embajadores en Berlín y Vichy quienes tengan la última palabra.

–No necesariamente. Ellos esperan que nosotros valoremos los pros y contras y que tomemos una decisión razonada antes de referírsela.

–Bey Hikmet, la decisión final comporta una gran responsabilidad. Además, no es prudente discutir ese asunto por teléfono. Estoy considerando seriamente dirigirme a Vichy mañana temprano. ¿Por qué no vienes tú también? –le preguntó Tarik.

–No creo que sea apropiado que ambos nos ausentemos del consulado –respondió él–. Será mejor que vayas solo; yo le enviaré un mensaje cifrado al embajador Saffet Arikan, en Berlín.

Mientras caminaban juntos hacia el coche, Ferit le preguntó a Tarik:

–Tu colega parece muy aprensivo, ¿no?

–No especialmente. Es un hombre muy cauto que quiere llevar a cabo sus responsabilidades tan bien como le sea posible –le aclaró Tarik–. Trabajar para el gobierno implica mucha responsabilidad. No se puede actuar por instinto o siguiendo preferencias personales. Uno debe tener en cuenta cada pequeño detalle antes de tomar una decisión.

–¡Que Dios me libre de los empleos gubernamentales que pueden acabar con mi creatividad! –exclamó Ferit.

Velada de despedida

Cuando Margot volvió del cine, la reunión que se había celebrado en su apartamento ya había concluido. Tarik estaba en el salón tomándose un vino. Al oír que Margot abría la puerta, fue corriendo a la cocina a servirle otro.

–¿Qué tal ha estado la película? Espero que te haya gustado –le dijo ofreciéndole la copa.

–He visto dos películas, una detrás de la otra, para no molestaros con vuestra reunión.

–Aquí tienes tu recompensa por ser una chica tan comprensiva. Recuerdo que este vino te gustó muchísimo la primera vez que salimos a cenar. –Alzó la copa para brindar con ella–. Te deseo *bon voyage*; que tengas un viaje cómodo y sin problemas.

Margot dio un sorbo, puso la copa sobre la mesa y abrazó a Tarik.

–¿Habéis tomado una decisión?

–Sí, lo hemos hecho. ¿Quieres que te la cuente o prefieres que sea una sorpresa?

–Estoy muerta de miedo, Tarik. Por favor, no me digas que vamos a ir por Berlín.

–Entonces, mejor no te lo cuento.

–¡Oh, no! ¿Me estás diciendo la verdad?

–¿A qué te refieres?

–A que vamos a cruzar Berlín.

–Ven aquí –le dijo.

Tarik la sentó en su regazo y la acunó durante un rato como si fuera un bebé.

–Confía en mí, Margot: Berlín es la ruta más segura. Hemos debatido el asunto, le hemos preguntado a otras personas e incluso nos hemos comunicado con Turquía. Al final, hasta Hikmet Özdogan estuvo de acuerdo en que era el mejor camino.

–Se me ponen los pelos de punta solo de pensarlo.

–Por eso es la ruta más segura. Si solo pensándolo tienes escalofríos, ¿quién podría suponer que un tren que transporta a tantos judíos se atrevería a pasar por Alemania? Ese pensamiento garantiza vuestra seguridad.

–Nadie podría imaginar algo parecido.
–Exacto, contamos con eso. Estamos haciendo algo que ni siquiera el diablo se atrevería a imaginar. Cuando comprueben que vuestros pasaportes han sido sellados en Berlín, ningún alemán, italiano o austríaco os molestará. De Austria en adelante, todo será coser y cantar hasta Constanza.
–¿No íbamos a Estambul?
–La mayoría de los pasajeros tomarán un barco en Constanza. Los que sigan para Estambul cambiarán a otro tren que vaya en esa dirección. Los Alfandari se dirigen allí, será mejor que te unas a ellos.
–¿Y cuánto durará esa aventura?
–Como es verdad que es una aventura, nadie lo sabe con certeza. Tendrás que tomártelo con calma. Puede que algunos tramos hayan sido bombardeados y otros desconectados. Si eso sucede, os desviarán. Habrá también lugares en los que suban al tren soldados que necesiten transporte, cosa que puede retrasaros.
–¿Podría durar un año?
Tarik se rio.
–Si se puede dar la vuelta al mundo en ochenta días, ¿cómo va a durar un año un simple viaje?
–Pero hay una guerra en curso…
–No te preocupes, Margot. Estoy seguro de que durara solo entre diez y veinte días. Tienes que enviarme un telegrama en cuanto llegues. ¿Me lo prometes?
Margot se echó a llorar en silencio en brazos de Tarik.
–No llores, por favor, querida. Recuerda que no estás sola, tendrás a tus amigos a tu lado. Los Alfandari prometieron cuidar de ti en Estambul. También están Ferit y Evelyn. ¿Crees que él dejaría que su mujer embarazada tomara ese tren si fuese tan peligroso?
–No estoy llorando por eso, Tarik. Me resulta extraño no querer marcharme ahora, cuando antes estaba tan desesperada por hacerlo. Yo… no quiero dejarte, ¿no lo ves?
Tarik besó a Margot por toda la cara y el cuello.
–Ojalá pudiera pedirte que te quedaras, cariño.
–¿Entonces por qué no lo haces?
–No puedo, Margot. No tengo derecho a pedirte que desperdicies los mejores años de tu vida. Eres joven y hermosa y, como cualquier mujer joven, querrás casarte y formar una familia.
–Sé que no puedes casarte conmigo sin dimitir, Tarik.
–Para mí no ha sido fácil llegar a donde estoy. Mi padre trabajó muy duro para darme una buena educación; no puedes imaginarte por lo que tuvo que pasar para que yo pudiera estudiar en Estambul. No era solo cuestión de reunir el dinero necesario para la escuela y el alojamiento, sino que estaban también los libros y la ropa… y yo no

podía ser menos que mis compañeros de facultad. Finalmente, su corazón cedió a la presión. Yo estoy ahora donde él hubiera querido, Margot; no puedo permitirme renunciar. Hacerlo sería como no respetar sus esfuerzos y faltar a su memoria.

–Jamás te pediría que renunciaras, Tarik; te entiendo perfectamente. Y respecto a lo de tener hijos…, bueno, lo que haya de ser, será.

–¡Ay, amor mío! No tienes ni idea de cómo somos los turcos. Tener un hijo fuera del matrimonio o no poder darle tu apellido es considerado, en Anatolia, un destino peor que la muerte. Puede que no te sientas así en tu actual estado emocional, pero, créeme: en unos años desearás lo que desea toda joven mujer y me culparás a mí por no tenerlo. No, Margot; no debemos hacernos eso el uno al otro.

–Entonces, vamos a aprovechar esta noche al máximo.

–Sí, hagámoslo. Que esta noche sea solo para nosotros; nuestra noche especial; la más bonita, valiosa y emotiva noche de cuantas hemos compartido; la que recordaré durante toda mi vida…

Tarik levantó a Margot de sus rodillas y la acostó suavemente sobre la alfombra. Comenzó a besarla y a desnudarla con ternura, quitándole las prendas una a una mientras aspiraba la fragancia de su cuerpo. Contemplaba sobrecogido la esbelta y pálida figura sobre la oscura alfombra azul, como si estuviera ante una obra maestra de Goya. Deseaba que este cuadro, la imagen de esta hermosa mujer rubia que se abandonaba a él ansiosa y amorosamente, se fijara para siempre en su memoria. Y que borrara así la imagen de aquella otra mujer rubia, que ahora ocupaba sus recuerdos.

Ankara

A Macit le sorprendió tanto la llamada telefónica que acababa de recibir que aún seguía con el auricular en la mano, buscando a su colega por el despacho. Estaba solo. Solamente quedaba su secretaria, en el despacho de al lado, pero prefirió no hablar con ella de la noticia hasta que hubiera sido confirmada. Colgó el teléfono y entró en su oficina.

–Señora Mediha, voy al despacho del bey Hüsnü; si hay alguna llamada, comunícamelo de inmediato.

Cuando se dio la vuelta para salir, se encontró cara a cara con Hüsnü. Ambos entraron en la oficina de Macit y cerraron la puerta.

–¿Es cierto? –preguntó el primero.

–Yo también acabo de recibir la noticia. Me dirigía a tu despacho para hacerte la misma pregunta.

–¿Cuándo ha pasado?

–Von Papen, el embajador alemán, pidió una cita a las once de la mañana para ver al bey Numan, nuestro ministro de Exteriores. Llegó puntual y fue directamente a su despacho. La reunión duró unos veinte minutos. Yo no vi marcharse a Von Papen, pero los que sí lo hicieron dicen que salió con cara de pocos amigos. Sea como fuere, sobre la una, el primer ministro llamó a Numan para que fuese a verlo, sin esperar a que acabara la pausa del almuerzo. Fui consciente de que pasaba algo raro, pero jamás hubiera imaginado que se trataría de una renuncia.

–Sin embargo, así fue.

–Hüsnü, te sugiero que mantengamos esto en privado, por el momento. Quizás el presidente Inönü convenza al bey Numan para…

–El Numan que yo conozco nunca se echará atrás si ha llegado al extremo de tener que dimitir.

–Me pregunto si habrá sido idea suya o habrá sido presionado. Todavía no conocemos los detalles –dijo Macit.

–Pronto lo sabremos. Mientras tanto, estaré en la cancillería.

–Ten cuidado, Hüsnü. No hables de esto con nadie, podría cambiarlo todo.

–No te preocupes, Macit. Soy plenamente consciente de que, siendo el

favorito del ministro, no quieres que se retire.

–¡De eso nada! No puedo creer que digas algo así. Soy un burócrata de vocación; llegué a donde estoy mediante años de duro trabajo, no mediante favores –replicó airado Macit.

–No te pongas así, solo bromeaba.

–Y yo solo te decía que esperemos un poco. No tiene sentido agravar una situación que podría sufrir alteraciones de por sí. Después de todo, nadie sabe si la renuncia será definitiva o no. Eso es todo; ahora, ¡haz lo que quieras!

–Te he dicho que lo sentía, ¿no es así? No hay por qué alargar esta discusión: te prometo que seré discreto. Tengo tan claro como tú que no sería inteligente hacer un cambio tan importante a mitad de camino, especialmente cuando el camino es tan accidentado. *Inshallah*, que nos hayan informado mal. He de descubrir los pormenores.

–Yo tengo que tratar con dos delegaciones distintas hoy, así que no puedo moverme de aquí. Si te enteras de algo, házmelo saber – le pidió Macit fríamente.

Estaba disgustado tanto por la renuncia del ministro de Exteriores como por la indirecta de su amigo. Se sentó a su mesa e intentó examinar unos expedientes, pero era incapaz de concentrarse. El teléfono sonaba continuamente: todo el mundo quería hablar del mismo tema y aportar su opinión personal.

Macit le pidió a su secretaria que no le molestaran durante las reuniones con las delegaciones, a menos que las llamadas fuesen urgentes. La segunda reunión se prolongó más tiempo del esperado y cuando Macit salió de la habitación para ir al baño, su secretaria le comunicó que Hüsnü había llamado varias veces. Sin embargo, no fue hasta el final de la jornada que Macit pudo visitar a Hüsnü en su despacho.

En cuanto vio la cara de su colega, supo que la noticia que había recibido esa mañana era cierta. Hüsnü ni siquiera tuvo que abrir la boca.

Aproximadamente una hora más tarde, Macit iba de camino a casa, absorto en sus pensamientos bajo la llovizna. ¿Por qué no podían irle bien las cosas? Cuando todo parecía marchar mejor en casa, tenía ese revés en el trabajo. Si su querida madre hubiera estado viva, habría dicho: «Déjame que te cure el mal de ojo, hijo mío».

Justo antes de alcanzar el punto de no retorno, su relación con Sabiha había mejorado de pronto. No sabía el motivo exacto de ese repentino cambio de actitud por parte de su esposa, de igual modo que nunca descubrió por qué se había empezado a mostrar tan distante, para empezar. Pero una cosa era innegable: la noche en que volvió de El Cairo, ella se había acurrucado contra él en la cama. Aunque no le gustaba admitirlo, Macit sentía que ese doctor

sabelotodo había sido positivo para Sabiha.

La relación entre madre e hija también había ido a mejor. Al menos, ahora estaba haciendo más de un esfuerzo por interesarse por su hija. Macit no daba crédito a lo que oía cuando Hülya le dijo que había ido al cine con su madre.

–¿Es eso cierto? –le preguntó a Sabiha.

–Pues claro que es cierto –interrumpió Hülya–. La tía Hümeyra y Pelin vinieron con nosotras; vimos una película de Esther Williams. ¿A que nada muy bien, papi? Me gustaría aprender a nadar como ella.

–En verano, cariño, cuando vayamos a Estambul. Podrás practicar cuando estemos en la isla.

–¿No necesitaré un profesor?

–¿Para qué? Tu madre es una nadadora excelente. Estoy seguro de que ella podrá enseñarte.

–En realidad, quisiera que tu tía Selva estuviera aquí. Ella era mucho mejor que yo; podría enseñarte muy bien –dijo Sabiha.

Macit percibió que su suegro, sentado frente a él en la mesa, adoptó una actitud irónica cuando oyó mencionar el nombre de su hija Selva. Al menos reflejaba tristeza en lugar de la ira del pasado. Ahora podían hablar de Selva bastante libremente en su presencia.

Al llegar a Kizilay, Macit se dirigió a la calle Sakarya, se detuvo en la floristería de la esquina y le compró unos claveles blancos a su esposa. Cuando se prometieron, él le dijo que siempre le compraría flores blancas y añadió:

–Porque tú eres pura y delicada como ellas.

Estaba claro que aquel reprobable psiquiatra había contribuido de algún modo a mejorar la situación en casa. El doctor Sahir le había acusado de descuidar a su esposa en favor de su apretada agenda laboral. Fue entonces cuando Macit se empezó a dar cuenta de que existían muchas maneras en que él podía intentar hacer las paces con Sabiha, cosa que significaría mucho para ella.

De camino a casa con las flores, se preguntaba por qué le habría tomado antipatía a ese doctor. El pobre hombre no había hecho nada malo, en realidad. Al contrario, había intentado ayudarle sugiriendo que la actitud de su esposa podía deberse a su propia negligencia. ¿Podía ser, entonces, que estuviera celoso porque Sabiha pasara tanto tiempo desnuda delante de ese hombre? No en sentido literal, por supuesto; y, sin embargo, ella le había dicho:

–Me siento desnuda frente a este médico. De algún modo, consigue despojarme de mis inhibiciones y mirar en lo profundo de mi alma.

De repente se sintió incómodo ante la idea de sentir celos de su esposa. ¡Sabiha se enfurecería si llegara a saber de esos pensamientos! Seguro que diría: «¿Por quién demonios me tomas?».

Macit aligeraba el paso a medida que las ideas se sucedían más

rápidamente en su cabeza. ¿Qué hacía Sabiha durante todo el tiempo que pasaba sola? ¿A quién veía? ¿Había alguien más en su vida que hubiera provocado su distanciamiento? Tropezó y miró a su alrededor. ¿Se había dado cuenta alguien de que había estado a punto de caerse? No, nadie se había percatado. Después de todo, Ankara estaba lleno de personas cansadas inmersas en sus pensamientos, repasando sus propios problemas mientras volvían a casa. ¿De dónde habían salido todas esas dudas, de repente? ¿Por qué tenía él esas extrañas fantasías sobre su esposa después de tantos años? ¿Por qué tenía dudas y celos si nunca antes se le había ocurrido algo parecido?

Su humor cambió de pronto y se sintió muy bien por dentro, a pesar del frío y de la llovizna. Recordó cómo su esposa se había acurrucado contra él la noche que volvió de El Cairo, la manera en que había reavivado el fuego en su interior al rozar contra su pecho sus senos desnudos. Sus cálidos labios le devolvieron el deseo, haciéndole sentir una pasión como no la había sentido en años. A decir verdad, le había desconcertado la intensidad emocional que se dio entre ellos aquella noche. ¿Podía ser que hubiera vuelto a enamorarse de esa coqueta y caprichosa mujer que era su esposa?

Al llegar a casa, Fazil Reshat le abrió la puerta.

–No debería haberse molestado. ¿Es que Hacer no está en casa? –preguntó Macit.

–No es ninguna molestia. Hoy es el día libre de Hacer –le respondió su suegro–. Yo estaba junto a la ventana esperando a la señora Leman y te he visto llegar.

–¿Hülya está con ella?

–No, Hülya está en casa del vecino, jugando con su amiga. Creo que Sabiha está en vuestra habitación. ¡Qué flores tan hermosas! ¿Vais a salir esta noche?

–No, las he comprado para nosotros. Será mejor que vaya a quitarme esta ropa húmeda –dijo Macit dirigiéndose a su dormitorio.

Sabiha llevaba puesto un albornoz y tenía la cabeza envuelta en una toalla. Estaba sentada en la cama, pintándose las uñas de los pies, y se sorprendió al ver a Macit.

–¡Caramba, Macit, llegas temprano! No te esperaba tan pronto.

Macit puso las flores en su regazo.

–¿Qué es todo esto?

–Son para ti.

Macit cogió el frasco de pintaúñas de manos de su esposa y lo dejó sobre la mesita de noche. Le quitó entonces el albornoz y la recostó sobre las almohadas. Sabiha intentó resistirse, pero él le bajó la braguita verde con una mano, mientras con la otra trataba de desabrocharse el pantalón.

–¿Qué estás haciendo, Macit? ¡Cuidado con el pintaúñas, lo vas a

manchar todo! Macit, ¿qué te ha dado de repente? Mi padre está en la habitación de al lado. Estás chafando las flores.

Macit tomó a Sabiha a la fuerza. Besaba sus labios apasionadamente para que no pudiese hablar. Mientras ella gimoteaba debajo, él miraba a esta mujer perfumada de jazmín y se preguntaba si realmente le habría sido infiel con ese doctor.

–¡Aaaah!

O con cualquier otro…

–¡Aaah!

Empezó a penetrarla profundamente una y otra vez hasta que finalmente se desplomó a su lado.

–¡Ay, Sabiha! –susurró.

Macit salió de la habitación sintiéndose un poco avergonzado. Se dirigió a la sala de estar, donde Fazil Reshat seguía mirando por la ventana, esperando a su esposa.

–Pareces cansado, Macit –dijo mientras le miraba por encima de las gafas.

–Sí, ha sido un día agotador –contestó su yerno–. Ha habido algunos acontecimientos inquietantes.

–Siento oír eso. ¿Qué ha sucedido?

–El primer ministro ha pedido la dimisión del ministro de Exteriores.

–¡No puede ser! ¿Por qué?

–Numan nunca ha estado a favor de alinearse con Alemania. De hecho, al contrario, siempre ha creído que, si finalmente tuviera que decantarse por alguien, lo haría por los aliados. Sin embargo, parece ser que ha hecho justo lo contrario.

–¿Qué es lo que ha hecho?

–Al parecer, se ha rebajado a pactar con los alemanes.

–¿Quieres decir que ha cambiado de bando?

–Sinceramente, no creo que el bey Numan haya sido capaz de algo así. No obstante, cuando el ejército alemán presionaba la frontera de Bulgaria, firmamos con él un acuerdo de no intervención. Además, está también el asunto del cromo, como ya sabes…

–¿Qué pasa con eso? ¿No se suponía que íbamos a vendérselo a los aliados?

–El pacto que firmamos con ellos ha vencido y los alemanes han solicitado poder comprarlo. Y no solo eso, sino que además se han mostrado conformes a firmar un contrato comprometiéndose a seguir haciéndolo hasta que acabe la guerra. Nosotros necesitábamos desesperadamente un contrato como ese.

»En otras palabras: aunque Numan esté en contra de los alemanes, no podía estarlo de un acuerdo que nos beneficia. Es una de esas personas que piensan que las naciones no tienen amigos ni enemigos, sino tan solo intereses.

–Pero, ¿qué ha pasado, entonces?

–Al parecer, se estaba permitiendo el paso por el Bósforo de navíos alemanes de bajo tonelaje sin ser registrados. Los acuerdos de Montreux prohíben el registro de los barcos comerciales, pero los británicos nos han estado enviando mensajes instándonos a pararlos. Cuando finalmente lo hemos hecho, el bey Numan se ha mostrado en contra de esa decisión.

–¿Cuándo ha pasado todo eso?

–Hoy. Según parece, los británicos enviaron una nota amenazándonos con no firmar nuestros acuerdos económicos si no deteníamos y registrábamos esos barcos. Según creo, el ministro de Exteriores señaló que tenía las manos atadas por los acuerdos de Montreux, pero el primer ministro no estuvo de acuerdo. Le obligó a llamar al embajador alemán para comunicarle que, de ahora en adelante, cualquier barco alemán sería obligado a detenerse para ser registrado. Después de eso, pronunció un discurso muy duro en el consejo de ministros. Al parecer, todos se sorprendieron mucho cuando concluyó pidiendo la dimisión de Numan, cosa que este presentó en el acto.

–Es raro que yo haya estado escuchando la radio todo el día y no haya oído mencionar nada de todo eso.

–Supongo que saldrá a la luz esta tarde. El ministro de Exteriores era muy estricto en lo referente a ajustarse a las normas y leyes internacionales, pero está claro que también hay que considerar la otra cara de la moneda; es decir, nuestros intereses económicos. El dinero es algo que hay que tener en cuenta, especialmente ahora que nuestro país atraviesa por tantas dificultades. Aun así, lo lamento profundamente por el bey Numan. Casi todo lo que sé lo he aprendido de él y siempre le estaré agradecido por ello.

–Los acuerdos económicos son armas de doble filo –observó Fazil Reshat–. Países como el nuestro aceptan esos préstamos como garantía de futuro, pero olvidan que quizás tengan que ponerse de rodillas para devolverlos. ¿No fue eso lo que le pasó al poderoso Imperio otomano? Dejando eso a un lado, ¿quién se ocupará del Ministerio de Exteriores?

–Aún no han nombrado a un sucesor. El propio primer ministro se hará cargo de él durante un tiempo.

–Espero que sea alguien a quien des tu aprobación –dijo el pachá.

–Nadie haría caso de lo que yo dijera. Sencillamente, tendré que seguir desempeñando mis tareas al servicio de quienquiera que entre.

El anciano se levantó, encendió la radio y volvió la vista hacia la ventana.

Sabiha apareció al final del pasillo con el ramo de claveles blancos. Entró en la sala de estar y cogió un jarrón de cristal del aparador. Estaba ruborizada y evitaba mirar a su padre a los ojos, por vergüenza. Tan solo dijo:

–Mira, papá, Macit nos ha traído flores.
Y regresó a la cocina para poner agua en el florero.
El pachá Fazil ni siquiera oyó a su hija. Estaba concentrado en mirar a la calle, a la espera de su esposa.
–¿Dónde diablos se habrá metido esta mujer? Ya está anocheciendo –rezongó.
–Mamá ha ido a ver a la señora Fazila, la modista, padre –gritó Sabiha desde la cocina–. No creo que vuelva pronto. Apuesto a que estará repasando todas las revistas de moda que tenga.
–¿Y por qué tiene que tardar tanto? Va a ser una noche oscura.
–No te preocupes, papá; Hacer está con ella –le tranquilizó su hija al regresar al salón con las flores.
El teléfono empezó a sonar de pronto y Sabiha fue corriendo al recibidor, con el jarrón todavía en las manos. Al oírla sollozar, Macit trató de escuchar la conversación a escondidas, pero la radio le impidió distinguir lo que decía.
Poco después, Sabiha entró por la puerta de la sala de estar. El rubor de sus mejillas se había transformado en una palidez similar a la de las flores del jarrón. Apenas era capaz de hablar.
–Macit, Tarik al aparato; Tarik Arica. Quiere hablar contigo. Dice que la Gestapo detuvo a Rafo en la farmacia y lo metió en un tren junto a muchos otros. Según lo que he entendido, lo pusieron en libertad más tarde. ¡Ay, mi pobre hermana querida! Lo que habrá tenido que sufrir…
Macit dio un salto adelante para evitar que el florero que Sabiha sujetaba se cayera al suelo. Al verlo, Fazil Reshat preguntó:
–¿Qué pasa? ¿Qué ha sucedido?
Marido y mujer se miraron sin atreverse a contestar.
–¿Qué es lo que intentáis ocultarme? –insistió el anciano–. ¡No me digáis que le ha pasado algo malo a Selva!
Era la primera vez que mencionaba el nombre de su hija.
–No se preocupe por Selva. Ella sabe cómo cuidar de sí misma –le respondió Macit.
–Tarik quiere hablar contigo –repitió Sabiha, y Macit se apresuró al teléfono.
–¿De quién se trata, Sabiha? ¿Quién está al aparato?
–Es un amigo nuestro de París, papá; es el cónsul de allí. Tiene buenas noticias.
–¿Cuáles son?
–La verdad es que no lo sé con certeza. Seguro que Macit te dará los detalles.
–Entonces, ¿qué pasa con Selva?
–Como dice Macit, ella sabe cuidar de sí misma. Estará bien, no te preocupes. Parece que los alemanes detuvieron a Rafo, pero después

lo liberaron.

–¿Y qué hay del niño?

–¿Te refieres a Fazil?

El anciano no contestó.

–Fazil está bien. Todos están bien… ¡Padre! Cálmate, por favor; te tiemblan las manos. Mamá volverá pronto, no dejes que te vea así. Relájate, por favor, hazlo por mí.

Al regresar, Macit encontró a Sabiha arrodillada a los pies de su padre.

–Tarik dice que, seguramente, los Alfandari volverán pronto a casa.

–¿Los Alfandari? ¿Te refieres también a Selva? –preguntó su esposa.

–Me refiero a los tres.

–¿Quién les convenció para hacerlo?

–Imagino que este último suceso ha sido la gota que colma el vaso.

–¿Cuándo llegarán?

–Todavía no se sabe. Tarik dice que probablemente en un mes.

–Tendríamos que encontrarles un sitio para vivir, ¿no te parece?

–¿Para quién? –preguntó Fazil Reshat, ausente.

–Para Selva, papá; parece que vuelven a casa –le repitió Sabiha.

Hubo un silencio absoluto. Fazil Reshat giró la cara para ocultar las lágrimas que inundaban sus ojos. Su mirada se perdió en la oscuridad de la noche.

En la estación

La estación de París Este estaba atestada de gente. Todo el mundo corría por todas partes cambiando de andén. Había mujeres cargando con niños, hombres que intentaban no perder su tren, porteadores llevando maletas, forasteros confusos que, obviamente, eran turistas y, sobre todo, soldados. Por toda la estación había jóvenes de rostro inocente con botas que crujían al caminar, yendo en grupos de un lado a otro, dispuestos a morir o matar. También personas que gritaban los nombres de otras personas; los que se volvían a encontrar llorando de alegría; los que se separaban, de dolor. Las campanas repicaban, pitaban los silbatos, las ruedas del tren rechinaban contra las vías y los soldados seguían marchando monótonamente. Y los diversos olores: ese característico olor a humo que invadía las fosas nasales; los húmedos efluvios del vapor; la fragancia del perfume de las mujeres que pasaban; el hedor a ajo y sudor que lograba filtrarse por los ásperos ropajes de los campesinos, y el aroma acre que emanaba del cuerpo de los jóvenes soldados. En la estación convivían la esperanza y el dolor.

Ferit corría de la mano de su esposa hacia el quinto vagón de un tren larguísimo. La sujetaba con fuerza mientras, con la otra mano, arrastraba una maleta bastante grande; llevaba dos bolsas más colgadas al hombro.

–*Monsieur*…, por favor, *monsieur*, ¿me ayuda con este billete?

El revisor, cuya gorra le caía sobre las cejas, le echó un vistazo y rezongó:

–¿Se puede saber qué hace aquí, *monsieur*? Su andén está al otro lado. Baje por esas escaleras para cruzar.

Ferit se dio la vuelta y siguió tirando de su esposa.

–Espera un momento, Ferit; suéltame la mano, vas a hacer que me caiga –se quejó Evelyn.

–No puedo hacerlo, cariño. ¿No ves lo lleno que está este sitio? Si te suelto y te pierdes, no podré volver a encontrarte. Intenta aguantar, por favor.

Corrieron de la mano escaleras abajo, cruzaron las vías y subieron por el siguiente tramo para ir a dar a otro andén donde esperaba otro

larguísimo convoy. Salía humo de la locomotora. En la cola, Ferit vio a alguien alto y pensó que se trataría de Rafael. Respiró aliviado y aminoró el paso. En la puerta del vagón, le enseñó el billete a otro revisor.

–Es en aquel, un poco más allá –dijo señalándole la dirección.

Siguieron caminando. El momento más difícil se acercaba. Ferit tenía la responsabilidad de distribuir a los pasajeros en los asientos, así que debía llegar pronto al coche correspondiente.

Había pasado la noche en la estación y Evelyn había acudido por la mañana temprano. Hikmet Özdogan y Tarik habían venido también para tomar posesión del vehículo y llevar a cabo las formalidades necesarias. El vagón se había unido a la cola de un tren que partía hacia Berlín a las nueve de la mañana. Cuando acabó con el papeleo, Hikmet volvió a casa, de modo que Ferit y Tarik decidieron ir a una cafetería que estaba abierta las veinticuatro horas. Pidieron café con coñac. Tarik estaba absorto.

–No lo olvides, Ferit –le había dicho–, es muy importante que la guarnición destacada en la frontera de Turquía esté informada de vuestra llegada con antelación. Nuestros oficiales en Bulgaria tienen instrucciones para hacerle saber que estáis en camino. Tan solo espero que nada salga mal.

–Todo va a ir bien, amigo mío; ya lo verás, no te preocupes. No entiendo el problema que planteas.

–La sincronización es muy importante: mientras vosotros estéis cruzando la frontera, esa guarnición estará jugando un partido de fútbol con otro destacamento vecino.

–¡Ay, Señor!

–Exacto. Así son las delicadas complejidades de la diplomacia. Es absolutamente vital que los soldados de la frontera no tengan conocimiento de vuestra llegada. Dios no lo quiera, pero alguno de ellos podría detectar algún error en vuestros pasaportes. En cambio, si están entretenidos jugando a fútbol, nadie se dará cuenta, ¿no te parece?

–¡Caramba! ¿Y contra quién se toman todas esas precauciones?

–Contra los alemanes, por supuesto. ¿Crees que es sencillo coquetear con los británicos y proteger a los judíos, asegurándonos, mientras tanto, de que los alemanes no se nos pongan en contra?

–¡Claro que no! Lo entiendo, amigo mío. Que Alá esté contigo –le deseó Ferit–. ¿Hay algo que yo pueda hacer para alertar a nuestra guarnición en la frontera?

–No lo creo. Sería arriesgado que llamaras a la embajada. Trataremos de arreglarlo con nuestros colegas de Bulgaria.

Permanecieron sentados el uno al lado del otro, bebiendo carajillo tras carajillo; no hablaron mucho. Teniendo en cuenta que su amistad

era relativamente reciente, se sentían cómodos compartiendo su preocupación por la aventura que les esperaba. Finalmente, Tarik dejó a Ferit solo con sus pensamientos. Su pintoresca y excitante vida pasó por delante de sus ojos como una película.

Se había ganado el apodo de «el sabiondo» durante sus años de estudiante en el Liceo Galatasaray de Estambul. Los recuerdos que le venían a la mente mostraban cómo se había hecho acreedor de ese título. Su vida estaba llena de éxitos y obsesiones, no importaba hacia dónde enfocara sus intereses: teatro, música, leyes, matemáticas… Paralelamente a sus logros académicos, centraba su atención en la lucha por causas en las que creyera. Tales eran las cosas que acudían a su memoria en ese sucio café parisiense. Más tarde, mientras estudiaba en París en 1940, Hitler invadió Francia y el gobierno turco pidió a sus ciudadanos que regresaran. Como la guerra estaba siendo promovida por un lunático, Ferit se unió a la Resistencia para luchar por el bien de la humanidad.

Nadie sabía cuánto más iba a durar aquello. Lo único seguro era que él estaría en el tren que saldría al día siguiente para Berlín, con todo lo que eso implicaba. Había alcanzado el punto de no retorno y sus recuerdos y preocupaciones acudían a él en tropel.

Por si eso fuera poco, mientras esperaba a Evelyn en la estación, le preocupaba cómo iba a poder explicarle que viajarían en vagones diferentes.

Al llegar al coche número cinco, Ferit ayudó a subir a su mujer y se encargó después de la maleta. Cuando él también estuvo a bordo, avanzaron por el estrecho pasillo mirando los números de compartimento.

–¡Aquí está! –exclamó Ferit–. Mira, te ha tocado sentarte al lado de la ventanilla, ¿no es genial?

El resto de los asientos aún estaban vacíos.

–Todavía no entiendo por qué tenemos que pasar por Berlín para llegar a Estambul –dijo Evelyn.

–¿Cuántas veces más tendré que repetírtelo? No estamos en situación de exigir nada, por eso –le respondió Ferit.

Subió la maleta a la rejilla portaequipajes y dejó la bolsa de mano en el asiento, junto a su mujer.

–¿Vas a sentarte a mi lado? Sería más cómodo si te sentaras enfrente y pudiéramos estirar las piernas.

Ferit fingió estar comprobando su billete.

–En realidad, me parece que yo no voy en este vagón.

–¿Cómo?

–Es inexplicable, pero me han dado un asiento en otro vagón del tren.

–¿Por qué?

–Tienes motivos para estar enfadada, Evelyn. Yo también lo estoy,

pero no hay nada que podamos hacer en estas circunstancias.

–Apuesto a que tú ya lo sabías.

–Verás, amor mío: cuando fui a sacar los billetes, el tren estaba casi lleno y solo pudieron ofrecerme dos asientos en vagones separados. Te prometo que hice todo lo que pude para que nos sentaran juntos; incluso les expliqué que mi esposa estaba embarazada. Me dijeron que harían cuanto estuviera en su mano, pero está claro que les resultó imposible. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

Evelyn alzó la voz:

–¡No me lo puedo creer! O sea que voy a hacer el largo viaje a Estambul yo sola y a ti te parece bien, ¿no es eso?

–¡Chist! No grites, cariño, por favor. La gente nos está mirando.

–Me trae sin cuidado. ¡Baja esa maleta! –Evelyn se levantó de su asiento e intentó alcanzarla.

–¡Estate quieta, Evelyn! ¿Es que te has vuelto loca?

–¡O viajamos juntos o no viajamos! Es mi última palabra.

–Cariño, siéntate, por favor. Si insistes en abandonar tu asiento, alguien más podría sentarse en él y tú te quedarías sin ventanilla. Mira a toda esa gente. ¡Mírala! –Ferit abrió la ventana y arrastró a su mujer hasta ella–. Contempla a esos miles de personas luchando por conseguir asiento en los trenes. ¿Tienes idea de cuántas tendrán que hacer el viaje de pie en los pasillos? Yo te conseguí un asiento; junto a la ventanilla, y encima tú no paras de quejarte. ¿Así es como demuestras tu gratitud? ¿Qué más da que no tengamos asientos contiguos?

–No entiendo por qué tenemos que estar separados si compraste los billetes con tanto tiempo de antelación.

–Mira, tú siéntate ahí como la buena chica que sé que eres y yo iré a buscar mi sitio. Nunca se sabe, a lo mejor podemos cambiarlo con alguien.

–Y si no podemos, ¿qué?

–Me temo que, en ese caso, tendremos que contentarnos con lo que tenemos. Si no nos sentamos juntos, te prometo que vendré a verte cada vez que el tren se detenga.

Evelyn iba a protestar de nuevo, pero se contuvo cuando alguien más entró en la cabina. Parecía estar a punto de ponerse a llorar.

–Evelyn, cariño…, ¡Sé razonable, por favor! Deja que me vaya y encuentre mi coche. Prometo hacer cuanto esté en mi mano. No te levantes de tu asiento, por lo que más quieras. Volveré tan pronto como pueda.

Ferit abandonó el compartimento, salió del vagón mochila al hombro y echó a caminar hacia el final del tren. Evelyn se levantó y se asomó a la ventana para observar a su marido. Se detuvo frente a un vagón a cierta distancia y se puso a hablar con un hombre alto.

–¿Le importaría cerrar la ventana, *madame*? Hace un poco de frío –le pidió una mujer mayor sentada frente a ella.

Evelyn se retiró y se la quedó mirando con lágrimas en los ojos.

–Permítame –dijo un joven que acababa de entrar.

El hombre cerró la ventana. Evelyn pegó la cara a ella, pero ya no fue capaz de ver dónde estaba Ferit. Sacó entonces un periódico de la bolsa, intentando aliviar sus nervios. El compartimento se fue llenando poco a poco. Ferit tenía razón: los asientos eran escasos. El matrimonio que había sentado enfrente tenía tres hijos pequeños, pero solo dos asientos; obviamente, tenía la intención de sentarlos en su regazo. Ferit regresó cuando Evelyn estaba haciendo un crucigrama. Ya no llevaba la mochila.

–¿Qué sucede? ¿Vamos a cambiar de asientos? –preguntó ella.

–Es muy difícil, voy en un vagón de segunda clase. No es tan cómodo como este.

Evelyn miró a su alrededor como diciendo: «¿Esto te parece cómodo?».

–Nadie aquí querría cambiarme el sitio –añadió Ferit.

–Yo lo haré –contestó Evelyn–. Le pediremos a alguien de tu vagón que me cambie su asiento por el mío junto a la ventana.

–¿Crees que no lo he pensado? Pero el caso es que, en mi compartimento, no hay nadie que viaje solo, son todo parejas y familias.

–¿Y qué vamos a hacer ahora? –preguntó Evelyn con los ojos llorosos.

–Vamos a tener que quedarnos como estamos, amor mío. A lo mejor se baja alguien, nunca se sabe; tendremos que esperar y ver qué pasa. ¿Quieres que te traiga algo? Otro periódico, una revista, cigarrillos, caramelos…

–No, gracias.

–¿Agua?

–No intentes engatusarme.

–Evelyn, por favor, no me mires con esa cara. Te prometo que vendré a verte en cada parada –dijo Ferit, inclinándose para besar a su esposa.

Antes de salir del compartimento, se volvió hacia un hombre mayor, sentado junto a Evelyn, y le pidió que cuidara de ella. Añadió:

–Desgraciadamente, solo pude conseguir un billete en segunda. Tendremos que viajar separados.

–¿Es que hay alguna diferencia de clases en este tumulto? –preguntó el hombre, señalando a su alrededor–. Tenga cuidado, joven, yo cuidaré de su esposa.

Ferit se abrió paso hacia la puerta por el pasillo atestado y saltó al andén. Fue corriendo hasta el último coche; se trataba del vagón especial que habían traído de Turquía. Los compartimentos estaban

repletos de personas con pasaporte turco. Ferit consiguió llegar al sitio donde había dejado el suyo, metido en la mochila. Selva había sentado a Samuel y a Perla uno al lado del otro, junto a la ventanilla. La niña tenía a Fazil en su regazo, mirando hacia el exterior. Cuando este vio a Ferit, empezó a dar palmas de alegría.

–Hola, hombrecito –le saludó él–. ¿Has vigilado mi mochila?

–¿Dónde está tu mujer? –preguntó Selva–. ¿Cuál es su asiento?

–Va en otro coche.

–¿Y eso por qué?

–No sabe nada de este. Únicamente sabe que nos dirigimos a Estambul, pasando por Berlín. Eso es todo.

–No lo entiendo.

–Selva, Evelyn está esperando un bebé. Tuvo pérdidas estando embarazada de dos meses. No le he dicho nada porque no quiero causarle más ansiedad de la necesaria. Ella no sabe nada de este vagón.

–¿Y va a hacer un viaje tan largo ella sola?

–En su compartimento hay gente muy agradable y su pasaporte es perfectamente válido. Puede que se aburra, pero eso no es nada comparado con otras posibilidades…

–Una de las cuales sería que no llegásemos a nuestro destino, ¿es eso lo que quieres decir?

–Ya sabes que esto es una apuesta. Te lo he dicho muchas veces, ¿no es así? De hecho, insistí para que Fazil y tú viajarais en un vagón normal, como Evelyn. Tanto tu marido como Tarik te suplicaron que lo hicierais, pero tú no les hiciste caso. Eres muy tozuda, ¿sabes? No puedo decirte otra cosa.

–Todo eso ya lo sé.

–Entonces no me hagas preguntas que no puedo responder. ¿Dónde está Rafael?

–Ha ido a la farmacia de al lado de la estación, a comprar unas cuantas cosas que hemos olvidado.

–Voy a comprobar dónde se sienta cada uno. Recuerda que tú, Rafael y yo tenemos que distribuirnos como hemos acordado.

–Sí, lo sé. ¿Cuántas personas irán aquí?

–Bueno, en circunstancias normales, solo tres en cada lado; pero incluso en la cabina de Evelyn viajan nueve pasajeros. Intentaré no ponerte en uno muy lleno al organizar los asientos.

–No, no. No lo preguntaba por eso. Ni se te ocurra hacerlo –dijo Selva.

Todos los que se habían alojado en el apartamento de Ferit se habían convertido en buenos amigos, especialmente durante su última noche allí. A pesar de estar esperando la noticia desde hacía tiempo, nadie

pareció entusiasmarse cuando su anfitrión les anunció que el tren saldría a la mañana siguiente. Iban a embarcarse en el que, probablemente, sería el viaje más largo y difícil de sus vidas. Ya no podían echarse atrás: o llegaban a su destino o no lo hacían. Todos estaban absortos en sus pensamientos mientras se comían sus *baguettes* de queso y lechuga y se bebían sus vasos de vino. Era indudable que sobre el corazón de cada uno de ellos pesaban los mismos temores. Puede que viajaran hacia un destino incierto, pero tenían el apoyo de todos los demás.

Tarik avanzaba por el andén con una bolsa de papel en la mano, mirando por la ventana de cada uno de los compartimentos. Al ver la silueta de Evelyn, se detuvo y golpeó el cristal. Ella se volvió asustada y miró hacia fuera. Se le iluminaron los ojos al ver a Tarik. Los ruidos de la estación no le permitieron oírle cuando dijo: «voy a entrar», pero pudo leerle los labios. Se levantó de inmediato y fue a recibirle al pasillo. Ambos se abrazaron.

–¿Es cómodo tu asiento? –le preguntó él.

–Sí, pero ¿sabes lo que ha hecho el espabilado de mi marido?

–Sí, Evelyn, pero te aseguro que no fue culpa suya. Él también está muy disgustado. Yo mismo he hablado con el revisor hace un rato, y me ha prometido hacernos saber si queda libre algún asiento. No te preocupes por eso, lo más importante es tener un viaje seguro.

Tarik hablaba sin mirar a Evelyn a los ojos. No podía decirle: «al menos tú estás segura aquí. Nadie sabe dónde acabará el vagón en el que viaja Ferit».

–Estoy muy angustiada, Tarik –repuso ella–. Tampoco entiendo por qué el tren ha de atravesar Berlín.

–Al parecer, otras líneas han sido bombardeadas. Es el tipo de cosas que suceden en la guerra. Olvídalo… Mira lo que te he traído –dijo Tarik, entregándole a Evelyn unos bombones y galletas que sacó de la bolsa.

–¡Ay, Tarik! Eres un buen amigo. Gracias por venir a despedirte de nosotros.

–No podía dejaros marchar sin deciros adiós, ¿no?

–Podríamos habernos visto antes, pero Ferit no quiso que volviera a París hasta el último momento. Seguro que sabes que el muy granuja alquiló el apartamento…

–Lo sé, pero es genial, ¿no te parece? Al menos tendréis unos ingresos mensuales fijos –opinó Tarik mientras la acompañaba a su asiento–. Procura no cansarte, relájate y que tengas un buen viaje.

Tarik la dejó allí y caminó hasta el coche que lucía en las ventanillas el emblema de la estrella y la luna creciente. Encontró a Margot en el mismo compartimento que Selva.

–¿Son estos vuestros asientos? –les preguntó.

–Sí, Selva y yo viajaremos juntas. Rafael va en otra cabina –contestó Margot, mucho más calmada que unas horas atrás.

Cuando dejó a Ferit en el café de la estación, Tarik se había escapado a casa para afeitarse y cambiarse de ropa antes de encontrarse con Margot por la mañana temprano. Ella estaba lista para el viaje, con la maleta cerrada y al lado de la puerta. Llevaba puesto un traje de chaqueta gris y su sombrero favorito. Tarik se sorprendió al encontrarla sentada, muy erguida, en una silla que había llevado hasta la ventana.

–¿Se puede saber qué haces ya vestida y preparada para salir a esta hora de la mañana?

–Estoy lista desde medianoche. Esperé un rato para ver si venías, pero como no lo hiciste, decidí arreglarme para el viaje y aquí estoy. No iba a poder pegar ojo, de todas formas.

–Margot, tenía que hablar con Ferit de algo muy importante.

–Ya lo sé. Lo sé, cariño. Gracias por venir igualmente.

–¿Por qué no preparas un par de tazas de café?

El café olía mejor que nunca, arropados como estaban el uno en brazos del otro. Se lo tomaron en silencio. Más tarde, Margot se puso el abrigo rojo sobre los hombros, se subió al coche de Tarik y se dirigieron juntos a la estación. Tras acompañarla a su vagón, fue a comprarle unas cuantas cosas para el viaje.

–Margot, no he podido encontrar lo que andaba buscando; algunas tiendas no han abierto, todavía. Aun así, os he traído montones de revistas y periódicos para que los leáis por el camino. También os he traído un bocado, por si os entra hambre… lo que he podido encontrar, claro.

Depositó casi todo el contenido de la bolsa en el asiento de al lado de Margot.

–No deberías haberte molestado tanto –dijo Selva–. Aquí hay suficiente comida para alimentar a un regimiento.

Finalmente, Tarik sacó un paquete del fondo de la bolsa y se lo dio a Fazil.

–Y esto es para que juegues durante el viaje, amiguito.

El pequeño rasgó enseguida el papel para abrir el paquete. Era un tren de madera.

–¡Caramba, Tarik! ¿Cómo has conseguido encontrar una juguetería abierta de madrugada?

–Es un regalo que compré hace tiempo; igual que este…

Antes de arrugar la bolsa, sacó de ella otro paquete y se lo dio a Margot. Ella lo desenvolvió con cuidado. Era una fotografía enmarcada de ellos dos en La Closerie des Lilas de París, que Rafael había tomado con su cámara una soleada mañana. Tarik la rodeaba con sus brazos y sus ojos brillaban de júbilo. Mirándola, recordó lo

felices que habían sido aquel día. Margot apretó la fotografía contra su pecho.

Ferit apareció de pronto en la puerta, acompañado de un hombre alto y bien vestido.

–Este es *monsieur* Brodd –dijo–, antiguo director general del Banco de Alemania en Turquía. Ahora trabaja para la Asociación de Inmigrantes y ha invertido mucho tiempo y esfuerzo en hacer posible este viaje. Ha venido hasta aquí para entregar el vagón en persona, y quiere desearos un agradable viaje; especialmente a ti, Selva.

Ella se sorprendió. Se puso en pie y le estrechó la mano. Ferit le presentó entonces a los demás.

–Esta es Margot Palley y estos, Samuel y Perla Afnaim; o, en otras palabras, Sami y Peri Naim.

El hombre le dio la mano a todos y les deseó buen viaje. Luego, se dirigió de nuevo a Selva.

–Señora, he tenido el honor de conocer a su padre en Estambul.

–¿De verdad? ¿Cuándo?

–Poco antes de venir aquí, de hecho. Estaba muy preocupado por usted y vino a verme. Le prometí que me aseguraría de conocerla si estaba usted en este tren.

Selva no daba crédito a lo que oía. Se le aceleró el corazón y le zumbaban los oídos.

–Es increíble. ¿Así que ha conocido a mi padre realmente?

–Así es. Poco antes de viajar hasta aquí. Vino a verme a la oficina de Inmigración de Karaköy. Me preguntó por este tren en concreto. Probablemente sepa que nuestra organización depende por completo de donaciones privadas. Su padre contribuyó generosamente y nosotros le estamos profundamente agradecidos.

Después de eso, Selva solamente era capaz de oír el zumbido de sus oídos. Tenía ganas de llorar, pero se mordió el labio y apartó la vista, intentando evitar que las lágrimas inundaran sus ojos.

Cuando Ferit y *monsieur* Brodd se hubieron marchado, entró otro hombre. Intentó encajar un maletín y una maleta bastante grande en la rejilla portaequipajes.

–Disculpe, *monsieur*, pero la maleta tiene que ir en el compartimento de equipajes –le informó un revisor que pasaba–. ¿Por qué no la dejó allí antes de subir?

El hombre no discutió. Dejó el maletín en su asiento y salió afuera con la maleta.

–Creo que conozco a ese hombre –murmuró Margot–. ¿Dónde lo he visto antes?

–No sé. A mí no me suena de nada –dijo Selva.

Su marido regresaba con algunos paquetes. Al entrar Rafael, Tarik se levantó.

–Es hora de despedirme. Si no me bajo ahora, acabaré yéndome con vosotros –dijo.

Se oyó el silbido de la locomotora al soltar el vapor, pero eran tantos los ruidos y los trenes, que se hacía difícil distinguir uno de otro. Mientras Tarik se levantaba, otro grupo de gente se amontonaba en la entrada. Un joven alto, Constance y Marcel –a quienes Selva había dado clase en París– y un hombre mayor entraron en el compartimento. Selva y Tarik se abrazaron. Él besó a Fazil en la frente mientras el niño jugaba en el suelo con su tren, y deseó buen viaje a Samuel y a Perla. Les hizo un gesto de despedida a todos los demás y salió al pasillo. Margot le siguió. Le dio un fuerte abrazo a Tarik mientras el tren empezaba a avanzar lentamente.

–Te recordaré siempre, Margot –dijo él antes de saltar al andén.

Se tropezó con Ferit, que volvía corriendo de ver a su esposa. Le faltaba el aliento y solo pudo darle un fuerte apretón de manos a Tarik antes de subir al tren.

–¡Cuídate y gracias por todo! –le gritó al arrancar.

Mientras iban tomando velocidad, Margot bajó la ventanilla y se asomó para decirle adiós a Tarik, agitando su pañuelo. Selva, Rafo, Perla y Samuel la aplastaban contra el cristal, intentando hacer lo mismo. Ferit, todavía en el estribo, agitaba el brazo. El joven alto también se despedía de alguien. Tarik atisbó brevemente la cara triste de Margot cuando el tren le adelantó. Permaneció con la mano en alto mientras se alejaba más y más. Se iba haciendo cada vez más pequeño en la distancia, hasta que finalmente desapareció en la nube de humo de la locomotora.

El tren

Cuando Margot ya no fue capaz de distinguir la silueta de Tarik en la lejanía, se sentó. Cerró los ojos y fingió dormirse para no tener que hablar con nadie. Volvió a abrirlos cerca de Reims y reparó de nuevo en el hombre que tenía sentado enfrente. Estaba segura de conocer ese rostro; no le cabía duda de que lo había visto antes. Al igual que el otro anciano del compartimento, no se había quitado la gorra. Llevaba puestas unas gafas e iba leyendo un libro. Perla y Samuel jugaban a los barcos. Selva había pasado toda la noche en vela y ahora se había quedado dormida, con su hijo en las rodillas. Todo estaba en silencio. Margot deseó que esa paz y ese silencio se prolongara. Era como si ya no esperara nada de la vida: no podía volver a su país porque lo gobernaban los nazis, toda su familia estaba desperdigada y ella se había visto obligada a abandonar su empleo y al hombre al que había empezado a amar. Deseó seguir viajando en ese tren mientras el mundo girara.

–¿Le apetece un cigarrillo, *mademoiselle*?

Margot casi se cae del asiento.

–No, gracias.

–¿Le importa si yo me fumo uno?

–No, en absoluto –contestó Margot.

El joven estaba sentado a su lado. Iba limpio y bien aseado, pero estaba extremadamente flaco y la piel bajo sus ojos era de color púrpura. Esperaba que no tuviera tuberculosis.

–¿Va usted a Berlín?

Se trataba de un parlanchín, cuando todo lo que ella quería era que la dejaran en paz. Deseó que aquel saco de huesos le diera la murga a algún otro.

–No, voy más allá –contestó.

–¿A Praga?

Ella no dijo nada y sacó del bolso un libro en húngaro para ponerse a leer.

–¿Qué idioma es ese?

–Húngaro.

–Entonces, usted debe de ser de Hungría.

–Sí –respondió Margot, ocultándose tras el libro.

–Siento haberla molestado. Es que echo de menos conversar, discúlpeme.

Sin embargo, era Margot la que lo sentía. Se preguntaba qué problema tendría el joven.

–No hay nada que disculpar –le dijo–. Es que me siento muy desdichada por tener que abandonar París. Además, estoy bastante cansada. ¿Adónde se dirige usted?

–A Estambul. Si es que llegamos, claro…

–¿De verdad?

–¿Por qué le sorprende? ¿Cree que es un viaje demasiado largo?

–Yo también voy a Estambul –contestó Margot.

–Entonces estaremos juntos durante algún tiempo. Me llamo David, por cierto –dijo el joven–. David Russo.

El tren cruzaba hermosos y verdes valles. Pasaba por delante de las casas de las afueras, en cuyos jardines jugaban los niños, saltaban los perros, las mujeres tendían la colada y los hombres cortaban el césped. También atravesaba pueblos y ciudades, las cúpulas de cuyas iglesias se divisaban en la lejanía. Mirando todo eso, uno tenía la sensación de que todo iba bien en el mundo. De hecho, si alguien que no fuera de la Tierra la visitara por vez primera viajando en ese tren, tendría esa misma sensación. El infierno europeo no era visible desde esas ventanillas.

Además de los niños jugando, los ocupantes del resto de asientos estaban leyendo, contemplando el paisaje o durmiendo. No les apetecía hablar en absoluto, tenían un gran pesar en su corazón. Los críos se entretenían haciéndose una pregunta tras otra de geografía o de historia. Selva se había despertado, pero no se atrevía a moverse para no molestar a Fazil, todavía dormido en su regazo. Rafael había ido y venido dos veces durante el sueño, para comprobar que su esposa e hijo estuvieran bien. Margot le había hecho gestos de que así era.

–¿Qué altura tiene el Everest?

–7500 metros.

–Muy bien. ¿Qué separa Europa de Asia?

Antes de que Samuel contestara, el hombre de la gorra habló por primera vez desde que se subió al tren:

–Tu respuesta anterior no era correcta, jovencito.

–¿Qué respuesta? –preguntó Samuel.

–El Everest mide 8848 metros, no 7500.

–¿Cómo lo sabe usted?

–Simplemente lo sé.

Margot se agitó incómoda en su asiento. No solo conocía el rostro, sino que también reconoció la voz. Decididamente, la había escuchado

antes. No pudo resistirse a preguntar:

–Disculpe, *monsieur*; creo que nos hemos visto anteriormente, pero no consigo recordar dónde.

–Son cosas que pasan, *mademoiselle*. A veces unas personas nos recuerdan a otras. Yo no la conozco de nada.

–En ese caso, permítame que me presente: me llamo Margot Palley; soy de Hungría.

–Encantado de conocerla.

Al no responder con su nombre, Margot dirigió a Selva una mirada interrogante. Al mismo tiempo, Constance se levantó para ir al baño.

–Tengo que hacer pis –le dijo a Selva en turco, para que los hombres no se enteraran.

Selva no pudo evitar reírse por la manera en que Constance se había expresado.

–Bien dicho, Constance –le contestó–. Veo que mis esfuerzos no han sido en vano.

David Russo se puso colorado. Se preguntó si debería decirles que él hablaba turco, para no avergonzarlas si hablaban de asuntos privados más tarde.

Se dieron cuenta de que se acercaban a una gran ciudad cuando las cúpulas y las agujas de sus catedrales se iban agrandando. El tren resopló, aminoró la marcha y, por último, se detuvo completamente con un quejido agudo. Selva leyó el cartel: Reinas

–¿Nos detenemos aquí? –preguntó Marcel.

–Ferit y Rafael tienen los detalles; debemos preguntarles a ellos –contestó Selva al aparecer su marido en la puerta.

El hombre de la gorra se puso las gafas y empezó a leer de nuevo, ocultándose detrás del periódico.

–Vamos a parar aquí un rato –anunció Rafo–. ¿Tenéis hambre?

–¿Crees que podemos bajarnos? –le preguntó Constance.

–No hace falta. Tenemos suficiente comida aquí –opinó Marcel.

Selva vio a través de la ventanilla que Ferit corría hacia los coches de cabeza. Fazil se había despertado y se movía inquieto en su regazo.

–El pobrecillo lleva horas sentado. ¿Crees que debería sacarle a tomar el aire?

–Solo estaremos aquí veinte minutos. No te vayas lejos, por favor –le advirtió Rafo–. Si vas a bajar, ¿por qué no traes algo para comer?

–Tengo una cesta llena de comida.

–Pero puede que no volvamos a parar hasta más allá de la frontera alemana. Si quieres bajar, será mejor que lo hagas aquí.

El viejo suspiró.

–¿Y qué diferencia hay, *monsieur*? Puede que nos hallemos en Francia, pero estamos bajo ocupación alemana. Francia, Alemania; Alemania, Francia… No creo que haya mucha diferencia. Allí o aquí,

los nazis están por todas partes.

–Sí, pero al menos aquí se habla francés. Podemos entender el idioma –observó Rafael.

Selva se había levantado y le estaba poniendo la chaqueta a Fazil.

–¿Vienes conmigo, Rafo?

–Tengo que ir a ver a los pasajeros de los que Ferit me ha hecho responsable. Podría haber una comprobación de identidad, será mejor que vayas tú sola.

–¿Hay algo que pueda traerle a alguien? –preguntó ella.

–Yo iré contigo –se ofreció Constance.

Cuando esta se levantó, también lo hicieron Margot, Marcel y David. En el compartimento solo quedaron los chicos y los dos hombres. Camilla les había hecho jurar a los primeros una y otra vez que no se moverían de su sitio, así que ellos fueron fieles a su juramento.

Mientras que Margot y Marcel cambiaban de andén para ir a comprar cigarrillos, Selva buscaba un lavabo para su hijo. Al ver a Ferit regresar del vagón de su esposa, le preguntó si quería tabaco.

–Gracias, pero no –contestó él–, tengo de sobra. Te recomiendo que no te alejes mucho: si el tren empieza a moverse, podría resultarte difícil subirte a él cargando con el niño.

–Volveré en cuanto salgamos del baño –le aseguró Selva. El lavabo del tren había empezado a oler mal después de unas horas de viaje.

Tras subir al tren, Ferit avanzaba por el pasillo cuando vio a un oficial de las SS entrando en la cabina de Selva. Se le erizó el vello, como si fuese un gato asustado por un perro. Se preparó para afrontar una posible situación de riesgo. Empezó a caminar lentamente y esperó detrás de la puerta.

–Billetes, por favor. Y también la documentación –reclamó el oficial.

Perla sintió de pronto una punzada en el vientre y se le puso la cara amarilla. Samuel alcanzó su bolsa y sacó los pasaportes.

–¿Cómo te llamas?

–Sami.

–¿Eres turco?

–Sí.

–¿De verdad?

Samuel repitió en turco la respuesta y le entregó la documentación. El oficial la comprobó.

–¿Es esta tu hermana?

–Sí.

–Soy turca –dijo la niña en ese idioma; le temblaba la voz.

–A mí no me pareces turca. ¿Se acostó tu madre con una zanahoria?

Samuel pensó en escupirle a la cara. Se vio a sí mismo aclarándose la garganta y lanzándole un gargajo. Al acabar con los niños, el oficial se volvió hacia el viejo, tranquilamente sentado.

–¡Billete! ¡Identidad!

El anciano sacó de su bolsillo el pasaporte y su tarjeta de identidad. El alemán les echó un vistazo y se los devolvió. Cuando le tocaba al otro hombre, Ferit entró.

–*Monsieur*, soy el líder del grupo –se presentó–. No tiene por qué molestarse, puedo reunir todos los pasaportes y entregárselos, si le parece bien.

–¿Es este un vagón de turistas? ¿Es usted el guía?

–Como usted sabe, no es posible organizar viajes turísticos hoy en día. Este vagón fue enviado desde Turquía para recoger a los ciudadanos turcos atrapados en Europa. Todas las estaciones de la ruta han sido informadas. ¿Ustedes no?

–Nadie me ha dicho nada al respecto.

–Qué raro… Nuestra embajada se aseguró de avisar a todas las estaciones antes de la salida del tren.

–Si toda esta gente está volviendo a Turquía, ¿qué es lo que hacen en un tren que se dirige a Frankfurt y a Berlín? Estos billetes solo son para Berlín.

–Los billetes para el resto del viaje los tengo yo. Tuve la precaución de ponerlos a buen recaudo, ya que hay un buen número de ancianos y niños en el grupo. No quería que se confundieran o los extraviaran. Y respecto al desvío a Alemania, hay pasajeros que se subirán al tren allí. El gobierno turco no ha podido permitirse habilitar un vagón para cada punto de origen. Gracias a Dios que enviaron este, por lo menos.

–Muy bien. Tráigame los billetes y los pasaportes. Estaré en el primer vagón, a la cabeza. No les dejaré marchar sin haberlos visto todos.

–No se preocupe, le encontraré.

–Espero que entre ellos no haya nadie que esté en la lista de perseguidos.

–¿Cree que iba a atravesar Alemania con una persona en busca y captura?

El oficial salió del compartimento. Ferit y el hombre de la gorra cruzaron sus miradas durante un segundo. Este se secó la frente con un pañuelo. Un pálido Rafael estaba de pie en la puerta.

–Será mejor que recojas los pasaportes y billetes de todo el mundo –le dijo Ferit–. Yo voy a buscar a los que han salido.

Algunos de estos últimos regresaban lentamente. Desde la puerta del vagón, Ferit les hizo señas para que se apresuraran. Luego, se bajó y corrió hacia los servicios para avisar a los que estaban allí. Unas treinta personas hacían cola en el andén para subir al tren. Se estaban poniendo nerviosos y empezaban a empujarse para ser los primeros.

A pesar del frío, Selva se puso a sudar cuando vio al hombre con el brazalete de las SS. Estaba agotada por llevar a Fazil en brazos, pero también por el miedo. Preparó enseguida los pasaportes y los billetes

para entregarlos. Rafael, por su parte, había reunido los de aquellos que no habían descendido y salió rápidamente. Todos estaban en el lugar que les correspondía excepto Perla, que permanecía erguida en el asiento de la ventanilla, con una expresión rara en el rostro.

–Deberías sentarte en tu sitio, Peri; ese es el asiento de Marcel –dijo Selva, pero la niña no se movió–. ¿Qué te pasa? ¿Te has asustado mucho?

Perla no respondía.

–Perla…, Peri, cariño, ¿estás bien? ¿Por qué no te sientas en tu sitio?

Al levantarse, Selva advirtió una mancha de sangre extendiéndose por la falda de cuadros azules de la chica.

–¡Dios mío! ¿Qué ha pasado? No me digas que ya tienes… No te asustes, Perla; todo va a ir bien, cielo. Yo me encargo –la tranquilizó.

Perla seguía nerviosa y avergonzada.

El tren prosiguió su viaje con un traqueteo monótono que indujo a todo el mundo a dar cabezadas, o incluso a dormirse completamente. Los nervios les habían agotado. En realidad, estaban más relajados ahora que cuando subieron al tren por primera vez. Habían superado una prueba y se habían dado cuenta de que era un problema posible de afrontar. Margot y Selva atendieron a Perla y le pusieron una falda nueva. Todavía sentía punzadas en el vientre, pero sobre todo estaba avergonzada. Siguió el viaje al lado de la ventanilla, evitando el contacto visual con el resto de pasajeros.

Iban a toda velocidad por una tierra cubierta de bosques de oscuros árboles, con vacas y ovejas en los montes, pastando aquí y allá. Las casas que iban quedando atrás tenían techos de tejas rojas, maceteros en las ventanas y espléndidos jardines separados por setos bien podados. Solo alguien muy observador se percataría de que se estaban aproximando a un país con una cultura diferente.

–Si no comemos algo, nos vamos a morir de hambre –dijo Selva, bajando la cesta de la comida del portaequipajes.

La tristeza que habían sentido al abandonar París, y el miedo al salir de Reims, les había hecho perder el apetito. Ahora se daba un cierto sentimiento de solidaridad entre los pasajeros que compartían un mismo destino, cosa que había contribuido a hacerlos sentir más relajados.

Margot y Constance siguieron el ejemplo de Selva y bajaron también su comida. Les ofrecieron algo a los hombres, que parecían llevar únicamente manzanas y pasteles resecos. El único de ellos que llevaba una bolsa con alimentos era David Russo. Les cambió el humor cuando este sacó un par de botellas de buen vino tinto para acompañar la comida.

–Iré a buscar a Rafo –le dijo Selva a Margot–. Seguro que él también

querrá comer algo.

Rafael, sin embargo, parecía bastante contento compartiendo una apetitosa cena en la mesa de su propio compartimento.

–Pásate a vernos si te apetece un poco de vino –le ofreció su esposa.

–Y tú pásate por aquí si te apetece un poco de coñac –repuso su marido en turco–. Tenemos a un joven que ha traído una bolsa llena de botellas. No me extrañaría que fuera alcohólico.

–Seguramente necesita relajar sus nervios –opinó Selva.

Habiendo comprobado que Rafo parecía feliz, ella regresó a su cabina sintiéndose mejor.

Los mismos pasajeros que habían empezado el viaje con desconfianza, estaban ahora más tranquilos, cómodos los unos con los otros. Empezaron a hablar entre todos y a hacerse todo tipo de preguntas. Todos excepto Perla, que seguía avergonzada mirando por la ventanilla, y el hombre a quien Margot creía conocer. Estaba empezando a oscurecer. Las luces de las ciudades lejanas se fueron encendiendo como estrellas en el firmamento.

De repente, el tren frenó en seco, haciendo que los pasajeros sufrieran una fuerte sacudida. Se oyeron disparos a lo lejos. Todos se miraron entre ellos con ojos llenos de terror. Fazil empezó a llorar.

David Russo se levantó, bajó la ventanilla y se asomó. Un olor a carbón inundó el compartimento.

–Esto no es ninguna estación. Parece que estemos en mitad de ninguna parte.

Algunos más se apresuraron a unirse a David para echar un vistazo afuera. Estaba muy oscuro y no se veía casi nada, pero estaba claro que los hermosos lugares por los que habían pasado aquella tarde hacía mucho que habían quedado atrás.

–Tengo que buscar a Rafo. Me pregunto qué habrá pasado –dijo Selva al abandonar el compartimento.

Cuando su hijo la vio salir, empezó a llorar de nuevo.

–Ven conmigo –le tranquilizó Selva.

Fazil caminó hacia ella con paso inseguro y cogió la mano que le ofrecía. Intentaron avanzar juntos por el pasillo. Estaba lleno de gente que había saltado de su asiento para ver qué sucedía. Selva cogió a Fazil en brazos para evitar que fuese aplastado y fue mirando cabina por cabina. No encontraba ni a su marido ni a Ferit. Empezó a sentirse acongojada y volvió sobre sus pasos hasta la salida del vagón. Marcel estaba en la puerta. Juntos, intentaron forzarla y finalmente lo lograron. Él puso un pie en el estribo y miró hacia la cabeza del tren.

–*Madame* Selva, hay unos hombres armados junto al tren.

Selva también se asomó para echar un vistazo. Unos soldados sujetaban unas lámparas en la cabeza del tren, junto a la locomotora.

–¡Dios mío! ¡Deben de haberse llevado a Rafo! ¡No le encuentro por

ninguna parte! –exclamó.

–Seguro que ha ido a ver qué es lo que ha pasado. ¿Por qué iban a llevárselo precisamente a él, de entre toda esta gente? –la calmó Marcel–. Además, ¿no tiene pasaporte turco?

–Seguro que tienes razón, pero es que tengo los nervios de punta. De todas formas, será mejor que vaya allí delante para comprobarlo.

–¿Es que te has vuelto loca? –preguntó Marcel–. Haz el favor de volver adentro.

Selva se sintió avergonzada y decidió regresar a su compartimento. Al darse la vuelta, se tropezó con David Russo, que estaba justo detrás. A pesar de la oscuridad, pudo ver el terror en sus ojos, que se salían de sus órbitas.

–¿Decís que hay soldados armados delante? –preguntó.

–Sí, cerca de la locomotora.

–A un lado. Haceos a un lado, por favor –les pidió a Marcel y a Selva–. Me quiero bajar.

–¿Para ir adónde?

–A donde sea.

–¿Disculpa?

–No importa a dónde vaya. Tengo que irme ahora mismo.

Selva y Marcel se miraron.

–Pero no estamos en ninguna estación. ¿Adónde piensas llegar desde aquí? –repitió el segundo.

–No importa. Me bajaré y caminaré hacia esas luces, a lo lejos.

–Pero no sabes dónde estamos, David. Te perderás.

–Puedo ir siguiendo las vías.

David Russo saltó afuera sin utilizar los escalones. Marcel, Selva y Fazil, en brazos de su madre, le siguieron. Marcel intentó retener a David agarrándole del brazo. Ambos empezaron a forcejear.

–Comportándote así nos pones en peligro a todos. Haz el favor de subir al tren de inmediato.

–No podría soportar que me volvieran a meter en un campo –dijo David–. ¡Nunca más! ¡Nunca!

–Espera un momento. Nadie te va a meter en ningún campo.

David se zafó de Marcel y echó a correr hacia el final del tren. Selva y Marcel corrieron detrás de él. Fazil, que parecía divertirse con la persecución, empezó a gritar de alegría. Oyeron entonces un ruido de pisadas que les perseguían, a su vez. David aceleró y se oyó un disparo. Se detuvo de golpe. Selva y Marcel llegaron hasta él y todos se derrumbaron. Los pasos se acercaban cada vez más, hasta detenerse a su lado. Dos soldados les apuntaban con sus rifles.

–¿Qué está pasando aquí? –preguntó uno de ellos.

–Nos hemos tropezado –le contestó Marcel.

–¿Intentabais escapar?

–¿Por qué razón? –dijo Selva.
–¿Adónde ibais, entonces? ¿De pícnic?
–Mi hijo quería hacer pis –les explicó Selva–. Estos caballeros querían hacer lo mismo y, ni que decir tiene, pensaron que debían alejarse de mí.
–¿Es que no hay retretes en el tren?
–Por supuesto que los hay, pero huelen fatal. Además, hay cola. El vagón está muy lleno.
–¿Y por qué corría usted detrás de unos hombres que querían orinar? ¿Por qué llevaba un niño en brazos y cómo es que se ha caído?
–Estaba intentando ayudar a mi hijo a hacer pis al lado de la puerta cuando escuché un disparo. Me entró el pánico y lo cogí en brazos por instinto. Empecé a correr para protegerle de las balas y me tropecé con ellos.
–¿Un disparo? ¿De qué está hablando?
–Hubo un disparo –intervino Marcel–. ¿No lo han oído ustedes?
–¡Ah, eso! Eran los campesinos ahuyentando a los jabalíes de sus tierras –dijo el otro soldado–. ¡En pie!
Tenían un aspecto cómico, tratando de desenredarse para ponerse en pie. Selva vio a Rafo y a Ferit detrás de los soldados, petrificados y con la boca abierta. No pudo evitar reírse.
–No veo qué tiene esto de gracioso –la reprendió su marido.
Selva no podía parar de reírse, las lágrimas le corrían por las mejillas. Ferit alargó el brazo para ayudarla a levantarse. Rafo cogió a su hijo, quien parecía estar pasándoselo en grande. Intentaba decirle algo a su padre mientras daba palmadas. Ferit ayudó también a Marcel y a David.
–¡Vuelvan a su vagón de una vez! –les ordenó el soldado–. Y enséñenme también las tarjetas de identidad. Veamos cuánto de todo esto es verdad.
–¿Qué quieren de mi mujer? –intervino Rafo.
–Estaba intentando escapar.
–¿Qué? ¡No me haga reír!
–Pronto lo averiguaremos –dijo el soldado.
Regresaron todos al tren. El resto de pasajeros estaban asomados a las ventanillas, intentando ver lo que pasaba. Cuando Selva entró en su compartimento acompañada del soldado, a todos les entró el pánico. El hombre de la gorra, ajeno a todo, estaba dormido con esta cayéndole sobre la nariz.
–¡Muy bien! Quiero ver los tres billetes y los documentos de identidad. También el del niño –dijo el soldado.
–El niño figura en mi pasaporte –le informó Selva
Se dio la vuelta y fingió regañar a su hijo:
–Todo esto es por tu culpa –le dijo sin que él la entendiera–. Todo por

no poder aguantarte un poco más.

Rafo también sacó su pasaporte y Ferit empezó a divagar sobre lo que estaban haciendo fuera. El otro soldado inspeccionó las documentaciones y los billetes de Selva, David, Marcel y Rafo.

–Mmm, nos han molestado para nada –dijo–. Será mejor que utilicen los lavabos del tren la próxima vez que quieran aliviarse.

Luego les dieron la espalda y se retiraron. En cuanto lo hubieron hecho, el hombre de la gorra se la ajustó bien y se irguió. David estaba sentado en su asiento, como en trance.

–¿Qué demonios estabais haciendo ahí fuera? –preguntó Rafo, furioso.

Selva no quiso contestar por miedo a volver a soltar una carcajada. Marcel le explicó lo sucedido y se volvió hacia David.

–¿No te dije que nos ibas a meter en problemas? –le gritó.

Acudieron lágrimas a los ojos extraviados de David.

–¿Por qué estás tan asustado? –le preguntó Selva, acercándose.

David no respondió.

–Antes mencionaste un campo. ¿Has estado en uno anteriormente?

–Sí, acabo de salir de uno –contestó él.

Selva se sentó a su lado y le rodeó con los brazos. Le acariciaba suavemente el cabello. Todos en la cabina guardaban silencio. Finalmente, Marcel lo rompió:

–¿Y por qué nos hemos parado? ¿Qué querían esos soldados armados?

–Parece ser que estamos esperando a más soldados que van a subirse al tren. Los van a llevar a alguna parte.

–¿Y cuánto se supone que pueden tardar? –le preguntó Margot.

–Quizás tengamos que pasar una o dos noches aquí. ¿Quién sabe? –observó Ferit.

Un murmullo de insatisfacción se extendió por el compartimento.

–Quisiera hablar contigo fuera –le dijo Rafo a su esposa.

Fazil, sentado en el regazo de Perla, estuvo a punto de armar un escándalo cuando vio que sus padres salían, pero una mirada de Rafo bastó para que no lo hiciera. Este y Selva se encontraban ahora cara a cara en el pasillo.

–Escúchame, Selva, te lo advierto por última vez. ¡Si vuelves a abarcar más de lo que puedes en tu intento por ayudar a los demás, te juro que pido el divorcio en cuanto lleguemos a Estambul!

Selva le volvió la espalda y regresó al compartimento, dándole un portazo en la cara.

Aunque el sol aún no estaba en su cenit, los rayos molestaron a David y le despertaron. El sedante que el anciano le había suministrado la noche antes le había sumido en un sueño tan profundo que amaneció

sintiéndose totalmente rejuvenecido y feliz. Cuando se hubo espabilado por completo, recordó el incidente de la jornada anterior y se ruborizó. Se había comportado como un idiota. Aunque sus compañeros de viaje se habían mostrado comprensivos y le habían tratado con compasión tras escuchar su historia, no pudo evitar sentirse avergonzado. «Ojalá hubiera escuchado a los que me decían en casa, una vez liberado del campo, que fuese a ver a un médico –pensó–. De haberlo hecho, es posible que no hubiéramos tenido ese incidente anoche.» Si Marcel y Selva no hubieran ido tras él, los soldados podrían haberle pegado un tiro, intentando evitar que escapara. Decidió que era afortunado, después de todo. Esta era la segunda vez que Dios había tenido a bien salvarle la vida.

Era el amanecer de un nuevo día; soleado y tranquilo, aunque aburrido. David, quien desde que salió del campo no podía soportar estar encerrado en lugares estrechos, sintió que le faltaba el aire ante la idea de pasar el día entero dentro de la cabina. Trató de calmarse:

«Te han vuelto a salvar la vida. Estás entre amigos. Vas camino de la libertad. ¡Vamos, hombre, mantén la compostura!».

Margot estaba durmiendo enfrente. Él sonrió: era una chica muy hermosa. Deseó que hubiera sido ella, y no Selva, quien se había mostrado tan solícita con él. Quizás eso añadiría un poco de color a este viaje tan monótono.

Selva, Perla y Fazil no estaban en sus asientos. Probablemente, habrían ido al baño. Los demás aún dormían, con la cabeza apoyada en el hombro del que tenían al lado. La de Samuel estaba en el regazo del hombre de la gorra. David salió para ir al lavabo y encontró a Selva hablando con Perla.

–Por el amor de Dios, David, no vuelvas a bajar aunque tengas muchas ganas de aliviarte. Podrían reconocerte y meterte en líos –le dijo Selva al verle.

–Te prometo que no lo haré, no te preocupes –le aseguró el joven.

–¿Has dormido bien?

–Muy bien. *Madame* Alfandari, quiero disculparme sinceramente por lo de anoche. De no haber sido por usted y por Marcel, habría tenido un grave problema. Lamento profundamente haberles puesto en peligro. Espero que puedan perdonarme.

–Por favor… No hay nada que agradecer. No hablemos más de ello, no hay nada más normal que asustarse al ver soldados armados después de lo que has pasado. Te aseguro que no necesitas disculparte. Ahora, me gustaría pedirte un favor: lo primero, que me llames Selva, por favor; lo segundo es que sepas que, si durante el viaje necesitas hablar conmigo sobre cualquier cosa que te preocupe, sea la hora que sea, puedes hacerlo libremente.

–Te prometo que no volverá a pasar.

–Lo sé, David. De todos modos, este tipo de cosas no suelen darse a menudo. Si lo hicieran, nos encerrarían a todos.

David vio entonces a Rafael saliendo de otro compartimento.

–Ahí viene tu marido –dijo, intentando animar a Selva.

A ella, sin embargo, no le agradó la noticia. Rafo se unió al grupo y abrazó y besó a su hijo.

–¿Has dormido bien? –le preguntó a su esposa.

Como Selva no contestaba, David se sintió obligado a responder:

–Muy bien. ¿Tú, qué tal?

–Gracias a ti, he estado teniendo pesadillas toda la noche.

David inclinó la cabeza y se puso colorado. Selva cogió a Fazil de la mano y le ayudó a volver a la cabina. Margot ya se había despertado y tenía la mirada fija en el hombre del rincón.

–¿Aún no has descubierto quién es? –le preguntó Selva.

–No, no acabo de ubicarlo.

La gorra se le había deslizado hacia atrás mientras dormía, así que Margot podía verlo ahora con más claridad, a pesar de la barba incipiente.

–¡Oh, cielos! –exclamó de pronto–. Selva, lo tengo. Ya sé de quién se trata.

–¿Y de quién se trata?

–Ven afuera conmigo.

Margot se recompuso y ambas salieron al pasillo.

–Me muero por saberlo… Por el amor de Dios, ¿quién es? ¿Se trata de alguien importante?

–Puedes jurarlo. Es uno de los científicos más importantes del mundo, una mente reconocida en el campo de la física. Hace dos años ganó un montón de premios por no sé qué descubrimiento, ¿no te acuerdas? Recuerdo haber visto su retrato en todas las revistas médicas del trabajo. Le entrevistaban constantemente por la radio. Se llama Meyer… Siegfried Meyer, ¡eso es! El famoso Siegfried Meyer.

–¡Claro! Ahora me acuerdo. ¡Cielos, Margot! –dijo Selva con la voz entrecortada por la excitación–. Los alemanes deben de estar buscándole por todas partes. Se lo llevarían en cuanto lo identificaran.

Quiso compartir ese descubrimiento tan emocionante con su marido, pero era una lástima que aún estuviera enfadada con él. Regresaron juntas al compartimento. Selva empezó a examinar la cara del hombre. Sí, estaba claro que era él. Tenía la certeza absoluta. A pesar de la cabeza afeitada y la ausencia de barba, se trataba de él.

El sol invadió finalmente la totalidad de la cabina y todos sus ocupantes se despertaron. Cuando Samuel abrió los ojos y se dio cuenta de que tenía la cabeza en el regazo de un desconocido, se incorporó de inmediato.

–¿Dónde está Perla? –preguntó.

Margot le miraba con una sonrisa.
–Iré a buscarla –añadió mientras se levantaba.
–Puedes ir si quieres, pero no tienes por qué preocuparte por tu hermana. Ella está bien, ahora. No hay de qué preocuparse.
A pesar de ello, Samuel decidió salir para ir a buscarla. Cuando Selva le oyó saludar fuera a Ferit, se puso en pie de un salto y se apresuró a abordar a este.
–Ferit, tengo que decirte algo –le anunció, estirándole del brazo para apartarlo de Samuel.
–¿Qué sucede, Selva? ¿Ha vuelto a pasar algo malo?
–Ferit, ¿sabes quién viaja a nuestro lado?
–¿Quién?
–Siegfried Meyer, el… –Ferit le tapó la boca con la mano.
–Sí, lo sé.
–¿Por qué no nos lo habías dicho?
–Es mejor que nadie se entere de esto. ¿Lo sabe alguien más?
–Margot. Fue ella quien le reconoció en primer lugar.
–Que no salga de vosotras dos, por favor.
–¿Lo sabe Rafael?
–Sí, era el único que estaba enterado, aparte de mí.
–¿Bajo qué nombre viaja?
Selva intentaba ocultar su enfado porque su marido no hubiera compartido esa información con ella.
–Kohen.
–¿Tiene pasaporte turco?
–Sí.
–Pero no habla el idioma, ¿verdad?
–Por eso lo puse en el mismo compartimento que David, tú y los que, gracias a ti, pueden decir algunas frases en turco. Los nazis tampoco suelen conocer el idioma, pero nunca se sabe. Puede acabar apareciendo algún oficial que haya pasado tiempo en Turquía y quiera demostrarlo. Sabiendo lo rápida y capaz que has demostrado ser en ese tipo de situaciones, pensé que sería mejor sentarlo contigo.
–¿Y cuándo se supone que debería haberlo sabido? Deberíais haberme advertido de esto.
–Tengo fe en ti al respecto, Selva. No se te escapa nada y me consta que tienes un talento especial para manejar asuntos delicados –la elogió Ferit.
Samuel interrumpió la conversación:
–¿Cuánto más creéis que tendremos que esperar aquí? –les preguntó.
–Eso es lo que estaba intentando averiguar –contestó Ferit–. Voy a ver a mi mujer y luego veré si alguien sabe cuándo seguiremos el viaje.
–Por favor, dale recuerdos a Evelyn de mi parte, aunque no nos

conozcamos. Pregúntale si necesita algo de beber o de comer. Tengo de todo.

–Te lo agradezco, pero me temo que no podré hacerlo; ella no sabe que viajáis en el mismo tren –le informó Ferit.

Aquel jueves junto a la frontera alemana se hizo bastante largo. Aunque fuese aburrido estar encerrado en el tren, el tiempo transcurría más rápidamente si aquel se movía atravesando el paisaje. En cambio, estar detenidos lejos de una ciudad o un pueblo, esperando de la mañana a la noche en mitad de ninguna parte, era algo agobiante, a pesar de que ahora se les permitiera salir para estirar las piernas. La mayoría de los pasajeros habían aprovechado la oportunidad para dar un paseo a lo largo de la vía y respirar aire fresco. Ferit pasó la mayor parte del tiempo con su esposa. A pesar de la insistencia de su hermano, Perla decidió no salir, sino estirarse a leer un libro en la cabina casi vacía. El único que estaba con ella era el hombre de la gorra, quien había estado haciendo crucigramas hasta primera hora de la mañana. Hubo un momento en que David y Marcel se pusieron a jugar al *backgammon* en el tablero que este había traído. Los pasajeros de los diferentes compartimentos, e incluso vagones, tuvieron ocasión de alternar y charlar entre ellos. Los que iban en el mismo coche se sentían unidos de algún modo; compartir el mismo destino empezaba a hacerles sentir como una familia. Incluso Selva, que había estado evitando a su marido durante todo el día, había empezado a relajarse un poco. Sobre las cinco, cuando el cielo vespertino pasaba de azul a violeta, la gente empezó a estar intranquila de nuevo. Comenzaba a refrescar y todos volvieron a sus asientos, en el refugio de las pequeñas cabinas, intentando calcular cuánto más se prolongaría aquel agotador viaje.

Marcel había podido convencer finalmente a un revisor poco dispuesto a cooperar, que durante todo el día no se había dignado a responder a ninguna pregunta, para que le diera algún tipo de pista sobre cuándo reanudarían el viaje.

–No me haga mucho caso, pero no creo ni por asomo que retomemos la marcha antes de medianoche –le había dicho entre dientes.

Después de cenar en los compartimentos, decidieron unánimemente hacer una excepción y ponerse a dormir pronto. Selva, que la noche antes había tenido que acompañar a Fazil al baño muchas veces, cambió su asiento para estar al lado de la puerta, junto a Siegfried. Cuando se apagaron las luces, solo unos cuantos encendieron sus focos de lectura y ella se dirigió al hombre cuya identidad ahora conocía.

–Disculpe, *monsieur*, ¿le molestaría mucho que leyera un rato, o prefiere que apague la luz? –le preguntó en voz baja.

–Adelante, se lo ruego; puede usted leer hasta que se canse, *madame*. No me molesta en absoluto.

–Se lo agradezco. Por cierto, yo soy Selva, Selva Alfandari. No he tenido ocasión de presentarme antes.

–Permítame presentarme yo también: me llamo Kohen –dijo el hombre.

–Encantada de conocerle, *monsieur* Kohen. Espero que la inquietud de mi hijo no le cause demasiadas molestias. Perdónenos si es así.

–No, de eso nada. Es un jovencito brillante y encantador –repuso el hombre.

Después de tanto tiempo juntos, incluso él empezaba a estar menos tenso. Cuando se quitó la gorra a la pálida luz del compartimento, Margot hizo un guiño a Selva.

Volvía a anochecer. ¿Quién sabe qué novedades les depararía la siguiente jornada? Los pasajeros del vagón de la estrella y la luna creciente se durmieron sintiéndose un poco más optimistas.

Selva soñó que llegaban a Estambul y que estaba con su padre, que había venido a recibirla. No viajaba en tren, sino en barco. Mientras este se acercaba al puerto, con su fondo de minaretes y cúpulas, ella se arrojaba al mar y nadaba en pos de su padre impaciente. Padre e hija buceaban de la mano hacia las profundidades del océano. ¡Cuánto añoraba estar unida espiritualmente a su progenitor! Nadaban cada vez más profundamente por entre los peces y las algas.

Una repentina sacudida despertó a Selva. También a Siegfried, a David y a Constance.

–¿Qué está pasando? –susurró esta última.

–Creo que nos estamos moviendo.

No tenían idea de qué hora era. Seguía estando muy oscuro afuera. El tren empezó a chirriar al ponerse en movimiento. Fazil murmuró un quejido y se revolvió en brazos de su madre. David salió al pasillo, asegurándose de no molestar a nadie; le resultaba imposible permanecer en el mismo sitio más de unas pocas horas. Encendió un cigarrillo. En la distancia, muy lejos, podían percibirse unas luces. ¿Volvería a iluminarse su vida de ese modo? Caminaba por el pasillo, arriba y abajo. El negro cielo daba paso, lentamente, a los tonos carmesí del amanecer. David volvió al compartimento.

Cruzaron la frontera con Alemania durante el desayuno. A Selva se le partió el corazón al ver que Ferit y Rafo se dirigían a la aduana. «Por favor, Señor, protégenos –rezó–. No dejes que nada salga mal». Se había despertado tan feliz de su sueño que no quería que nada lo estropeara.

–Me pregunto si podremos salir a tomar el aire –dijo Constance.

–¡Quédate donde estás! –le ordenó su marido.

Margot había hervido un poco de agua en el hornillo del final del pasillo. El pan ya se había endurecido, pero las galletas y las tartas todavía aguantaban. Selva le ofreció algunas al anciano, que nunca

había querido probar bocado.
–Tampoco cenó usted nada anoche. Ya sé que está todo un poco seco, pero déjeme cortarle al menos un trozo de tarta, por favor.
–Te lo agradezco, querida –dijo él–, pero no puedo.
–Supongo que un pastel reseco no es demasiado apetecible. ¿Qué tal un poco de salami?
–Solo un sorbo de té, gracias. Quizás coma algo más tarde.
Selva percibió, de repente, el hedor que desprendía el embutido que había sacado de la cesta. «Será mejor que tire esto a la basura cuando lleguemos a la estación», pensó. Dejó el cesto en su asiento y se levantó para ir al baño. Al salir vio que varios soldados alemanes avanzaban por el pasillo revisando las cabinas. Se puso a la cola del lavabo y esperó que llegara su turno. Al acabar, los soldados ya se habían retirado.
Encontró a Rafo preguntándole a Margot dónde estaba su mujer. Cuando la vio, le dijo:
–¿Todavía estás en huelga de silencio?
–¿No ibas a divorciarte de mí?
–No seas estúpida, por el amor de Dios.
Selva pasó junto a su marido sin dirigirle la palabra y Rafo la agarró del brazo.
–¿Es que no ves que me preocupo por ti? No haces más que ponerte en situaciones arriesgadas. Uno de estos días te vas a buscar un problema grave.
Selva entró al compartimento y levantó la cesta para apartarla. El salami ya no estaba dentro. Miró a su alrededor y vio a Fazil en brazos de Samuel, mordisqueándolo. Se apresuró a arrebatarle el trozo que quedaba.
–¿Te has comido todo esto?
Fazil la miró satisfecho y asintió.
–Pero ¿qué has hecho? ¡Este salami está podrido!
Selva se puso muy nerviosa. ¿Qué iba a hacer ella si Fazil enfermaba durante el viaje?
–Se ha comido un salami podrido mientras yo estaba en el baño –dijo volviéndose hacia Margot–. ¿Qué vamos a hacer?
–¿Estaba podrido, realmente? Parecía estar disfrutándolo a lo grande.
–Eso es porque le encanta el salami.
–No te preocupes. Lo peor que le podría pasar es que le diera diarrea.
El tren dio una nueva sacudida y se puso en marcha. Ferit se asomó al compartimento.
–¡Que tengáis un buen viaje! –exclamó–. Hemos conseguido cruzar la frontera alemana sin problemas.
–¿No te han hecho ninguna pregunta?
–¿Sobre qué? –interrumpió el anciano–. Venimos de un país que

tienen igualmente ocupado. ¡Esa frontera ha dejado de existir!

Su llegada a Alemania fue como la seda, no tuvieron ningún tipo de complicación. La alegría se extendió por todo el vagón. Todos hablaban a la vez, se reían y hacían bromas.

Siegfried y el anciano cuyo nombre, según habían podido averiguar, era Asseo, mantenían una profunda conversación en alemán.

Los rayos del sol otoñal invadían el compartimento. Estaban atravesando poblaciones muy tranquilas. Después de un rato, dejaron atrás las casitas de techos de adobe, los cuidados jardines y los campos donde pastaban las vacas. En su lugar, se sucedían los pueblos con casas de piedra y techos de tejas rojas, piscinas e iglesias. Cruzaron después ciudades de edificios barrocos. El tren marchaba a toda máquina, como si se tratara de una carrera a contrarreloj.

–¡Vaya, mirad esto! ¡Acabamos de pasar por la estación de Karlsruhe! –anunció Marcel.

–Karlsruhe está en el sur –observó el anciano, angustiado–. Me pregunto adónde nos estarán llevando.

El rostro de Siegfried también se ensombreció.

–¿Le apetece un cigarrillo, *monsieur* Kohen? –le preguntó Margot.

–Gracias, pero prefiero fumar de mi marca –respondió él mientras salía al pasillo.

Asseo le siguió. Margot vio cómo Siegfried se sacaba del bolsillo una cajetilla muy elegante y se la ofrecía al anciano. Ambos empezaron a fumar. La preocupación se extendió por el compartimento una vez más. Todos estaban inquietos excepto los pequeños.

–Voy a buscar a Ferit –dijo Marcel.

Los demás se quedaron esperando pacientemente su regreso.

–Al parecer, no hemos podido seguir la ruta prevista porque han bombardeado algunos tramos de las vías y han cerrado otros –les informó al volver–. Vamos a tener que continuar la marcha oscilando entre el norte y el sur, como ahora. ¿Qué otra cosa pueden hacer? El viaje será más largo, por supuesto, pero parece que no hay por qué preocuparse.

Tras abandonar Karlsruhe, el tren se dirigió al norte a través de Mannheim. Se volvieron a tranquilizar.

–Si esto sigue así, Selva, esta angustia va a acabar con nosotros, estoy segura –dijo Margot.

–Cuanto más dure, peor será. Podré soportarlo –le contestó Selva.

Llegaron a Frankfurt sobre la hora del almuerzo. Aunque estaba repleta de soldados, era agradable encontrarse en una estación abarrotada y bulliciosa después de haber pasado tanto tiempo en mitad de ninguna parte. Sin embargo, la presencia de militares y de agentes de las SS se hacía cada vez más patente. Como lo peor que habían experimentado hasta ahora había sido la espera en la frontera,

los pasajeros se atrevieron a bajarse del tren. Iba a ser una parada de media hora. Esperaban que fuese suficiente para reabastecerse de alimentos, comprar algunos periódicos y, tal vez, tomarse una buena taza de café en el bar de la estación.

Selva no se movió de su asiento. No quería molestar a Fazil, que llevaba más de una hora con dolor de tripa. Consiguió calmarlo dándole una taza de té y se quedó dormido en su regazo. En el compartimento solamente quedaron ellos dos, Siegfried y Asseo. La cara de este último estaba muy pálida.

–¿Por qué no sale afuera a tomar aire fresco, *monsieur* Asseo? –le preguntó Selva.

–Sinceramente, no me siento con ánimos para aguantar a la multitud –contestó él.

–Pues claro que no se siente con ánimos, apenas ha comido nada. Le serviré un poco de tarta cuando Fazil se despierte.

–Debo decir que ustedes, los turcos, son extremadamente generosos –observó Asseo–. Ojalá que mi salud me permita llegar a su país.

–Por favor, no diga eso, *monsieur* Asseo. Seguro que se pondrá bien, ya lo verá. Solo quedan unos cuantos días más para llegar a Turquía.

–Siempre y cuando no nos tengan dando vueltas y esperando. Si seguimos como hasta ahora, el viaje podría prolongarse incluso durante un mes.

–Así es la guerra –dijo Selva.

Al no ver a su mujer entre la multitud del andén, Rafo volvió a subir al tren.

–¿Qué sucede, Selva? ¿Por qué no bajáis Fazil y tú?

–¡Ay, Rafo! A Fazil le duele mucho el estómago. Esta mañana se comió un buen trozo de salami podrido.

La preocupación por su hijo le había hecho olvidar su riña.

–¿De dónde sacó el salami?

–Estaba en mi cesta de comida.

–¿Y por qué dejaste que se lo comiera?

–Lo cogió mientras yo estaba en el baño.

Recordó entonces que le había ofrecido el embutido al anciano.

–*Monsieur* Asseo, le aseguro que no sabía que estuviera pasado cuando se lo ofrecí –se disculpó–. Menos mal que usted no lo aceptó.

El anciano sonrió.

–Créame, *madame*, he tenido que alimentarme de cosas peores que esa –dijo él–. Era más importante no pasar hambre.

–Rafo, ¿por qué no vas ahora mismo a buscar una farmacia a la estación y compras algo para el estómago de Fazil? –le propuso Selva.

Rafo les preguntó a los demás si necesitaban algo. Siegfried le pidió cigarrillos y él salió. Asseo y Siegfried se pusieron a jugar al *backgammon* de Marcel, colocado entre ellos. Selva esperaba

impaciente.

Rafo tardó un buen rato en regresar. Cuando volvió, lo hizo cargado con todo tipo de cosas.

–¿Por qué has tardado tanto? Estaba preocupada –le dijo Selva.

–¡Vaya! ¿En serio, jovencita? Pues ahora ya sabes lo que se siente.

–¿Es que crees que no lo sabía, Rafo?

Le recordó la angustia que había pasado cuando le detuvo la Gestapo. Rafo le dio un cariñoso beso en la mejilla.

–Desgraciadamente, no he podido encontrar ninguna farmacia, Selva. No podía arriesgarme a buscar una fuera de la estación con el poco tiempo que tenemos. Le pregunté a una enfermera que viaja en otro vagón y me recomendó que le hiciéramos vomitar, o bien que le diéramos algún alimento diurético para que su organismo se librara del problema. Me aseguró que eso le haría ponerse bien.

–¿Y de dónde se supone que vamos a sacar algo diurético? ¿Quieres que le cocine unas verduras en el tren?

–Ella me recomendó agua con sal, para hacerle vomitar.

Selva puso cara de fastidio.

–Ahora está tranquilo. Vamos a ver cómo se encuentra al despertar –sugirió.

Rafo miró a los jugadores de *backgammon*.

–¿Quién va ganando, caballeros?

–¿Es que se puede ganar, jugando contra él? –dijo Asseo.

–No me diga que *monsieur* Kohen es un campeón del *backgammon*.

–Siempre le gano –contestó Siegfried.

Selva pensó entonces que los dos hombres debían de ser viejos amigos. No se había dado cuenta antes porque apenas les había visto entre ellos. Creía que se habían conocido en el tren.

–A mí también se me da bien –dijo Rafo.

–En ese caso debería jugar contra el ganador –le propuso Siegfried.

–Será un placer. Quizás tengamos la oportunidad esta misma noche.

Los que habían descendido empezaron a regresar a sus asientos. Selva respiró aliviada; quería continuar la marcha sin volver a detenerse. Deseaba volver a su país cuanto antes, aunque no tuviese a nadie esperándola allí. Su padre había contactado con el director de la Asociación de Inmigrantes, de modo que estaba al tanto de su inminente viaje. ¿Iría al menos su madre a recibirla? Si supiera la fecha de su llegada, seguramente lo haría, a pesar de su padre. Se entristeció al pensar en ellos. No podía soportar que padres e hijos no se dirigieran la palabra. ¿Cómo podría explicarle todo eso a Fazil, alguna vez? Gracias a Dios, todavía era pequeño, pero estaba segura de que llegaría el día en que empezaría a hacer preguntas.

Margot, Marcel, Constance, David y los niños volvieron al compartimento cargados de comida, bebidas y periódicos. Siegfried y

Asseo se abalanzaron de inmediato sobre estos últimos.

–Rusia y Checoslovaquia han firmado un acuerdo –anunció Siegfried tras revisar su ejemplar. Todos le escuchaban con atención–. Los rusos van a permitir que los checos entrenen a sus tropas en su territorio, de cara a luchar contra los alemanes.

–A Polonia le pasó lo mismo –observó Asseo–. Los alemanes iban a dejarles adiestrarse en su territorio para sus propios fines, pero no dudaron en invadir el país en 1939. Y a día de hoy todavía se resisten a abandonarlo.

–Todo es culpa de los británicos –añadió Siegfried–. Churchill mantiene que no puede obligar a sus nuevos aliados a renunciar a lo que él considera territorios estratégicos. Sin embargo, si hubiera insistido, el asunto de la frontera entre Rusia y Polonia ya se habría resuelto.

–Miren lo que dice aquí…

–¿Qué? No he visto nada interesante.

–Afirman que el acuerdo de 1939 ya no es válido. En otras palabras: Polonia puede redibujar sus fronteras –explicó Asseo.

–Eres demasiado optimista. No es más que un ardid para retrasar las cosas. Si de mí dependiera, no permitiría entrenar en Rusia ni a los checos ni a los polacos.

–Existe un dicho turco, *monsieur* Kohen –intervino Rafo–: «El que se cae al mar, se agarra hasta a una serpiente».

–Es un refrán muy apropiado –opinó Siegfried–. Se ajusta perfectamente a la situación.

–¿Ambos son polacos? –preguntó Marcel.

–Ninguno de los dos lo somos –respondió el anciano con una sonrisa triste–. Tenemos pasaportes turcos.

Asseo y Siegfried empezaron a recoger el tablero de *backgammon*.

–¿Quién ha ganado? –preguntó Rafo.

–El resultado estaba claro desde el principio –contestó Siegfried sonriendo alegremente.

Margot y Selva se miraron, satisfechas al darse cuenta de que había conseguido vencer su nerviosismo.

El tren se puso en marcha. El revisor delgado había sido sustituido por uno de complexión más recia.

–¿Dónde más nos detendremos de camino a Berlín? –le preguntó Marcel.

El nuevo revisor también era más accesible.

–Tenemos por delante una etapa de entre ocho y diez horas. Si no hay percances ni nuevas instrucciones que lo impidan, deberíamos parar en Kassel y en Magdeburgo.

Empezó a llover mientras atravesaban bosques de árboles altos, cuyas hojas se estaban volviendo marrones. Más tarde, volvieron a pasar por

nuevos pueblos del extrarradio. La lluvia hacía imposible ver nada a través de las ventanillas. Los pasajeros de los diferentes compartimentos se sentían seguros, juntos en sus entornos aislados. Los hombres jugaban al *backgammon* y las mujeres intercambiaban recetas de cocina. El dolor de estómago molestaba a Fazil de vez en cuando, pero siempre se le calmaba. Parecían haber perdido toda noción del tiempo.

Estaba oscuro a su alrededor y empezó a soplar un fuerte viento. Volvió a aparecer comida por todas partes. Al verla, Fazil se olvidó de su malestar y quiso probarla. Su madre se lo prohibió y él empezó a refunfuñar.

–No ha comido nada en todo el día, *monsieur* Asseo –dijo Selva–. ¿Por qué no prueba unas galletas y un poco de queso?

El anciano cogió unas cuantas y le dio las gracias.

–Voy a abrir mi última botella de vino –anunció David–. De ahora en adelante, tendremos que reabastecernos en cada nueva parada.

Sirvió a todos un poco de vino en sus tazas de hojalata.

–Un brindis por el sabor exquisito de nuestro último vino francés.

Se desearon lo mejor los unos a los otros, por un viaje retomado sin problemas, y alzaron sus tazas como si fueran copas.

–Aún queda una gota en la botella –le susurró David a Margot al oído–. La he reservado para ti. ¿Quién sabe si volveremos a beber un vino tan bueno alguna vez?

–¿Por qué para mí?

–Porque las mujeres hermosas como tú merecen que se las mime.

–Veo que te encuentras mucho mejor, David.

–Bueno, digamos que me he resignado a mi destino. Aun así, todavía no soporto estar encerrado en lugares estrechos.

–Estoy convencida de que lo superarás pronto. Intenta que no te obsesione. Dios nos ha dado la capacidad de afrontar cualquier cosa.

–¡Mirad! –gritó Selva de pronto–. Acabamos de pasar por Magdeburgo… ¿No se suponía que parábamos aquí?

–Eso no es posible. ¿Estás segura? –le preguntó Marcel.

–Por supuesto que lo estoy. Aunque hemos pasado a toda velocidad, la señal era enorme.

–Entonces, tampoco hemos parado en Kassel –observó Asseo.

–¡Qué raro…! Estaba concentrado en el juego y no me he dado cuenta.

–Me pregunto qué habrá pasado –dijo David.

Rafo, que estaba jugando al *backgammon* con Siegfried, se alarmó.

–Será mejor que vaya a buscar a Ferit para averiguar por qué no nos hemos detenido.

–¿Y cómo va a saberlo Ferit?

–Puede que haya hablado con el revisor.

El tren taladraba la noche a toda velocidad. No habían viajado tan rápido desde que se subieron al tren. Sus esfuerzos por mirar al exterior eran en vano. La estación que Selva decía haber visto había quedado atrás hacía tiempo. El ambiente agradable y relajado de hacía unos minutos se había vuelto tenso. Fazil había vuelto a convertirse en un incordio.

Rafo regresó al compartimento junto a Ferit.

–He hablado con el revisor –dijo este–. Selva estaba en lo cierto: no hemos parado en ninguna de las estaciones. Vamos de camino a Berlín.

–Pero, ¿por qué no nos hemos detenido?

–Parece que el tren tiene que estar en Berlín antes de medianoche.

–En ese caso, puede que recuperemos algo del tiempo que habíamos perdido –opinó Constance.

–Pero yo iba a comprar más vino en Mannheim –protestó David.

–Podrás comprarlo en Berlín.

–¿A esa hora de la noche?

–No sé si podrás comprar vino, pero estoy seguro de que conseguirás cerveza, jovencito –dijo el anciano–. En este país, la cerveza parece manar incluso de las fuentes.

Rafo volvió a su cabina cuando se convenció de que no había la más mínima posibilidad de parar y bajarse a tomar el fresco. Los demás sacaron sus libros para leer o se dispusieron a dormir.

Las luces se habían apagado. Todos dormían, con la excepción de Siegfried, que tenía la mirada fija en la oscuridad de la ventana. De pronto, Fazil empezó a llorar y a gritar.

–Duele… Me duele la barriga…

–¡Chist! Fazil, no llores, por favor, todos están durmiendo. Dime dónde te duele.

El niño se señaló el estómago con sus pequeños deditos. Selva le quitó los pantalones para que no le apretaran la cintura y le acunó en los brazos, pero el niño no dejaba de llorar. Uno a uno, todos fueron encendiendo sus luces de lectura. Selva miró a su alrededor sin saber qué hacer.

–¿Aviso a Rafo? –le preguntó Margot.

–¿Qué puede hacer él con un dolor de barriga?

–Recuerda que mencionó que había una enfermera en el tren…

–Pero no podemos despertar a la pobre mujer a esta hora de la noche.

–¿Por qué no, si se trata de una emergencia?

–Aguarda, Margot. Déjame probar antes con el agua con sal. Si vomita, podría sentirse mejor. Si no es así, llamaremos a esa señora –dijo Selva.

Todos empezaron a sugerir soluciones a la vez, pero nadie podía ayudar realmente. Mientras preparaban el agua con sal, el tren frenó

abrupta y repentinamente, tal y como lo había hecho con anterioridad. Selva, que estaba de pie, casi se cae de bruces. Margot miró afuera.

–Parece que hemos parado en un pequeño apeadero –anunció–, pero no veo ninguna señal. Me pregunto dónde estamos.

–Solo le pido a Dios que no nos quedemos aquí parados durante horas.

Mientras le daba el agua a Fazil, Selva oyó el crujido de unas botas militares en el exterior. Cada vez que lo había oído durante los últimos años, se le había puesto la piel de gallina. Los demás también habían percibido ese sonido familiar. Se levantaron de sus asientos y se empujaron mutuamente para mirar por la ventana. Había un escuadrón de soldados en el andén. Un murmullo de gente nerviosa llegaba desde el pasillo. Selva seguía de pie, con el vaso de agua salada en la mano. Cuando todos los viajeros se incorporaron, Fazil se asustó y dejó de llorar. Siegfried cogió la gorra que tenía en la rodilla y se la volvió a encajar hasta la nariz. Rafo apareció en la puerta, muy pálido.

–Dicen que va a haber un registro.

–¿Qué clase de registro?

–Creo que tiene que ver con un fugitivo, o algo así.

Se podía oír cómo subían al tren los soldados. Empezaron pidiendo los documentos de identidad en el primer compartimento. Las caras de sus ocupantes eran lívidas. Rafo se quedó tieso en la puerta, sin saber qué hacer exactamente.

Un soldado saludó y entró.

–¡Pasaportes, por favor!

Ferit los trajo corriendo.

–Soy el responsable de este vagón. Aquí están todos los pasaportes.

–Que cada uno tenga el suyo.

Ferit los repartió entre sus propietarios.

–Kezban Alltel, Yakup Mitel, Peri Naim, Sami Naim, *monsieur* Russo, *monsieur* Kohen, *monsieur* Asseo…

Mientras se distribuían los pasaportes, Selva seguía intentando que Fazil se tomara el agua con sal.

–Bébetela toda…, de un trago. Ese es mi niño. ¡Buen chico!

El pequeño forcejeaba, pero su madre consiguió obligarle a acabarse todo el vaso. El soldado empezó a comprobar los pasaportes. Miraba primero atentamente los rostros y luego los comparaba con la fotografía del documento. No se oía ni una mosca. Al anciano empezó a temblarle un párpado. Mientras el soldado comprobaba los pasaportes de los que estaban enfrente de Siegfried y Selva, esta le metió los dedos a Fazil hasta la garganta. El niño empezó a hacer arcadas una y otra vez, como si se estuviera ahogando. Estaba sentado

lateralmente en el regazo de su madre, mirando hacia Siegfried. Se puso a bracear de nuevo, con los ojos llenos de lágrimas. Dio otra arcada y empezó a vomitar encima del científico. Aparte del hedor a vómito, la cabina se llenó de otro olor desagradable. Selva se puso nerviosa. Levantó a Fazil de sus rodillas para ponerlo de pie y poder quitarle los calzoncillos que acababa de ensuciar. Madre e hijo forcejeaban y este lanzó una patada que hizo que los calzoncillos salieran despedidos para aterrizar encima de Siegfried. El hombre no dijo ni una palabra. Siguió sentado en posición erguida con la gorra puesta, sus piernas cubiertas de vómito y excremento y una expresión lastimosa en los ojos.

–*Pardon*, *monsieur* Kohen, *mille pardon*. Es que el pequeño está enfermo…

David intervino entonces:

–Deme el pasaporte, yo se lo entregaré a él.

Cogió el maltrecho documento de manos de un inmóvil Siegfried y se lo dio al soldado.

La peste era insoportable y Fazil lloraba a voz en grito, porque él también estaba cubierto de excremento y de vómito.

–¡Malditos niños! –exclamó el soldado.

Miró de lejos el pasaporte que David le ofrecía, como si se tratara de algún insecto repugnante. Retrocedió rápidamente hasta el pasillo. Antes de bajarse del tren, le ordenó a un estupefacto Rafo:

–¡Abra la ventana del pasillo, deprisa!

Nadie se movió de su asiento, incluso después de que el soldado se hubiera marchado. Tan solo Rafo lo hizo; primero, para abrir la ventanilla del pasillo y, luego, la del compartimento. Después se apresuró afuera, incapaz de soportar aquel hedor nauseabundo. Nadie pronunció una sola palabra hasta que el tren volvió a ponerse en marcha. El único sonido era el de Fazil, que seguía llorando a gritos.

Mientras el tren iba tomando velocidad, poco a poco, Selva se volvió hacia Siegfried.

–Por favor, no se mueva, *monsieur* Kohen –dijo–. Voy a limpiar a mi hijo y luego me ocuparé de usted.

–Se lo agradezco, *madame*. Le doy las gracias a usted y a su hijo.

Selva cogió a su hijo en brazos y salió.

Cuando Siegfried se hubo acabado de limpiar, un aire fresco y húmedo se coló por la ventanilla. Una vez ventilado el compartimento, la cerraron. Fazil se sumió en un profundo sueño en brazos de su madre. Asseo se levantó para coger algo del portaequipajes. Al no poder alcanzarlo, se dirigió a David:

–¿Puede ayudarme, joven? No llego a la caja que hay detrás de mi maleta.

David bajó de la rejilla una funda de violín. El anciano la abrió, sacó

el instrumento y se volvió hacia sus compañeros de viaje, que le miraban asombrados.

–Quisiera tocar un poco de música para todos ustedes. Espero que les ayude a relajarse. Del mismo modo, creo que deberíamos celebrar la oportuna recuperación del pequeño Alfandari.

Asseo se colocó el violín bajo la barbilla y empezó a tocar con toda la energía que le quedaba.

Las notas de uno de los conciertos para violín de Paganini flotaban por la cabina como un vapor que se ondulara por la ladera de una montaña nevada. La melodía conmovió el corazón y el alma de los pasajeros, llevándolos lejos de donde se hallaban. Siegfried se vio transportado a la sombra de los pinos de su hogar. Marcel y Constance regresaron a Lyon, donde se habían conocido, enamorado y casado. Margot, por su parte, revivía la última noche antes de subirse al tren, la noche que deseó que no acabara jamás. La música los elevó muy por encima de las nubes que flotaban sobre ellos.

Adagio… Era como si el arco arrancara las notas de sus corazones y no de las cuerdas del violín. Mientras se deslizaba sobre ellas, era como si estuviera relatando las tristes historias de unos viajeros que compartían el mismo destino que aquel instrumento. Daba voz a sus temores, a su degradación, a su exclusión… Expresaba su destierro, sus anhelos, su sufrimiento.

Algunas personas del resto del vagón se reunieron a la puerta del compartimento. Se amontonaban en el pasillo para escuchar, sobrecogidos. Casi evitaban respirar, por miedo a romper el hechizo de una música que parecía estar describiendo su dolor.

Allegro spirituoso… El viejo violinista se transformó en un joven que llevaba a los que le escuchaban, a través del amor y la esperanza, hacia días soleados en un país independiente. Les prometía paz de espíritu y una vida feliz en una tierra fértil. La exuberante melodía les excitaba y les elevaba hacia los más hermosos rincones del paraíso. Parecían estar ascendiendo una escalera hacia la esperanza. La vida era maravillosa. Merecía ser vivida, aun en un estrecho pasillo. Tan solo una nota, una simple nota bastaba para simbolizar el poder de la humanidad.

Llegaron a la estación de Berlín hacia medianoche. La locomotora chirrió sobre las vías como de costumbre, despertando a los que se habían quedado dormidos.

Evelyn, que había tenido un sueño inquieto y que se aferraba a la bolsa que tenía en las rodillas, se despertó. Se tranquilizó un poco cuando vio que la bolsa estaba bien. No se sentía segura en su compartimento. Estaba con gente que no conocía de nada y, cuando empezaba a acostumbrarse a la persona que estaba a su lado o

enfrente, esta se apeaba y otra ocupaba su lugar. Sus acompañantes cambiaban siempre que el tren hacía una parada. Ferit también iba a visitarla cada vez. Le compraba todo lo que quería en las tiendas de las estaciones, pero ella no podía evitar seguir enfadada con él. En su mente quedaban todavía algunas preguntas sin respuesta sobre su marido. ¿Por qué le había prohibido, prácticamente, volver a París? ¿Por qué había decidido de repente alquilar su apartamento? ¿Por qué había insistido en encontrarse en la estación? ¿Por qué había vaciado los armarios y cajones de su casa para hacerle la maleta incluso a ella? ¿Es que había otra mujer? ¿Sería eso?

Evelyn se enamoró de su marido en cuanto lo conoció. Había encontrado al joven turco atractivo e intrigante. Era un hombre misterioso llegado de un mundo diferente, moldeado en otra cultura. Al principio de su relación estaba un poco asustada. Le preocupaba que acabara comportándose como un turco, cualquiera que fuese ese comportamiento. Existía, por ejemplo, una expresión francesa un tanto condescendiente y alarmante: «*tête de Turc*», «cabeza de turco». Ferit, sin embargo, era el hombre más civilizado y cortés que había conocido, incluido su padre. Era una síntesis perfecta de las culturas oriental y occidental. Era valiente, digno de confianza, cariñoso, sensible y muy culto. Un hombre de esas características no traicionaría a su esposa estando embarazada. No podía haberlo hecho. Y, sin embargo, ¿por qué se sentía ella así? Se le quebraba el corazón cada vez que tenía dudas.

El tren se detuvo y Evelyn miró por la ventanilla. Estaban un poco retirados de la estación. Casi todas las estaciones importantes tienen, a cierta distancia, cruces de vías donde los trenes se juntan y se separan en todas direcciones. Este era uno de esos lugares. Aunque estaba muy tranquilo, podía oírse el trajín de la estación a lo lejos. Estaba segura de que Ferit iría a verla si se detenían durante un rato. Evelyn salió al pasillo. Había más gente allí, bien fumando un cigarrillo o bien simplemente intrigados por saber el motivo de la parada. Bajó la ventanilla del pasillo y respiró el aire húmedo. Olía a carbón…, ¡otra vez a carbón! Anhelaba el momento en que dejaría de percibir ese olor.

Deseaba respirar el aire fresco de un día soleado, llenar sus pulmones con la brisa del mar y de los prados, tal y como Ferit le había prometido. Le había asegurado que el sol en su país brillaba tanto como en Francia, que el mar era de un azul intenso, incluso oscuro a veces, y que el aire era mucho más limpio. Sus parientes de Estambul irían a la estación a darle una calurosa bienvenida. Decía que la soledad, que en París se siente incluso entre la multitud, era algo desconocido en Estambul. Hasta en los lugares más insospechados, uno podía sentir la calidez del más leve contacto. Así se lo había

descrito Ferit.

Algunos operarios en mono de trabajo iban de acá para allá afanosamente, por el laberinto de las vías de tren. Un hombre que había salido de un compartimento vecino, se asomó a la ventana y se dirigió a ellos. Hablaron durante un rato. En un momento dado, a Evelyn le pareció que mencionaban Estambul.

–Disculpe. ¿Habla francés?

–Un poco.

–¿Qué es lo que acaba de decir ese hombre? –preguntó ella–. ¿Ha dicho cuánto tiempo vamos a estar aquí?

–Parece que saldremos en breve.

–¡Menos mal! Me preguntaba por qué hemos parado aquí, tan lejos de la estación.

–Creo que están cambiando las agujas.

–¿Para qué?

–Algo sobre un vagón del final –dijo el hombre–. Lo van a acoplar a otro tren que no para en Berlín.

–¿Y eso por qué?

–Sinceramente, no he entendido los detalles. Va a tomar una ruta diferente hacia Estambul, o algo así.

El tren dio una sacudida como si fuera a moverse. Evelyn estaba aterrorizada.

–¿Y qué pasa con nosotros? –preguntó.

–Nos dirigimos a la estación.

Corrió hacia la puerta e intentó abrirla sin éxito. Avisó al hombre:

–Por favor, ayúdeme, *monsieur*. Se lo ruego…

Él caminó aprisa hacia Evelyn, cuyo embarazo aún no era muy evidente.

–¿En qué puedo ayudarla? ¿Ocurre algo?

–Ayúdeme a abrir esta puerta, por favor.

–¿Por qué quiere abrirla? Ya hemos empezado a movernos.

–Se lo suplico –dijo Evelyn intentando forzarla.

–Si lo que necesita es aire fresco, la ventana está abierta de todos modos.

–Lo que quiero es bajarme. ¡Tengo que bajarme!

–La vida es bella, *madame*. Por favor, no lo haga.

Finalmente, la puerta cedió. Evelyn puso un pie en el estribo. El tren había empezado a avanzar y ella saltó en dirección opuesta. La bolsa salió despedida hacia un lado y ella hacia el contrario. Tropezó y cayó de rodillas. Dos de los operarios que estaban haciendo el cambio de agujas corrieron a socorrerla. No entendía lo que le decían, pero por la manera en que agitaban los brazos, dedujo que pensaban que estaba loca.

–¿Francés? –les preguntó.

Uno de ellos negó con la cabeza.
–¿Inglés?
–*Nein, nein…*
Otro la cogió por debajo de los brazos y la ayudó a levantarse. El anterior recuperó la bolsa. Evelyn se recompuso y vio que el tren seguía avanzando.
–¡Dios mío! ¿Qué he hecho? –gritó–. Pero, ¿qué es lo que he hecho?
Los trabajadores estaban tan horrorizados como ella. Evelyn continuó caminando siguiendo las vías.
A lo lejos había un vagón esperando en la oscuridad, debía de ser en el que viajaba Ferit. Sabía que era el vagón de su marido porque recordaba que le había dicho: «Desgraciadamente, querida, no va a bajarse nadie en ninguna parada, porque todos los pasajeros de mi coche se dirigen a Estambul». Sin embargo, si aquel no era el vagón de Ferit, podía ser el final de todo. Cuando finalmente acoplaran el coche de su marido a otro tren y entrara en la estación, este iría a verla, pero no la encontraría. Se echó a llorar. Caminaba y lloraba al mismo tiempo. Si no encontraba a Ferit en aquel lejano vagón, regresaría a la estación a pie. Su marido no iba a marcharse sin ella. Estaba segura de que habría escuchado lo de la loca que había saltado del tren y que repararía en que se trataba de ella. ¿O tan solo pensaría que una mujer había intentado suicidarse? Recordó a aquel hombre del pasillo que le había dicho que la vida era bella. «¡Hombre estúpido! –pensó–. Debió de creer que intentaba matarme». Se dio cuenta, entonces, de que alguien corría hacia ella. Evelyn también echó a correr. Unos hombres le gritaban y hacían sonar sus silbatos. Se detuvo asustada al oír ladrar a los perros. Los hombres, uniformados, se le acercaban. Uno era policía; los demás, obviamente, jefes de estación.
Se pusieron a chillar y a decir cosas en alemán. Evelyn señalaba el lejano vagón e intentaba explicarles que trataba de alcanzarlo. La agarraron de los brazos para retenerla. Ella intentó oponer resistencia, pero cuando empezaron a arrastrarla, gritó con todas sus fuerzas:
–¡Feriiiiiit! ¡Feriiiiiit! ¡Feriiiiiit!
Gritó y gritó, pero el pitido de los trenes sofocaba su voz.
–¡Soltadme! –repetía.
Finalmente, sin embargo, cuando se dio cuenta de que la iban a arrastrar de vuelta de todas formas, dejó de luchar y decidió caminar a su lado obedientemente.
Se oyeron unos pasos que se acercaban. Un hombre corría a toda prisa hacia ellos. Le faltaba el aire.
–¡Deténganse! –les gritaba en alemán.
Se detuvieron y se dieron la vuelta. Cuando Evelyn vio a su marido, con el pelo alborotado y claramente afligido, se derrumbó.
–¿Qué le están haciendo a mi esposa? –preguntó Ferit–. ¿Adónde se

la llevan?

–Honestamente, deberíamos llevarla a un manicomio, pero solo la escoltamos hacia la oficina del jefe de estación. Ha saltado del tren.

–¿Cómo?

–Oiga, ¿quién es usted? ¿Qué demonios hace aquí fuera, en la oscuridad? Será mejor que nos acompañe, también. Tendrá que declarar.

Ferit se arrodilló al lado de su mujer.

–¿Qué es lo que has hecho? ¿Es cierto que has saltado del tren?

–Aún no había acelerado.

–¿Te has hecho daño?

–Estoy bien –dijo Evelyn mientras Ferit la ayudaba a levantarse–. No pensabas dejarme abandonada en Berlín, ¿verdad?

–Hace solo unos minutos que me he dado cuenta de que nos habían desacoplado. Iba corriendo a la estación para buscarte. Me entró el pánico al pensar qué podría hacer si el tren…

No pudo acabar la frase. Ferit abrazó a su esposa con un profundo sentimiento de culpa. Ambos caminaron con los alemanes hacia los edificios de la estación.

Tras escuchar la explicación de Ferit, el jefe de estación le preguntó:

–¿Y por qué viajaban usted y su esposa en vagones diferentes?

–Mi mujer está esperando un niño. Quería que viajara en primera clase.

–Hay cabinas de primera clase en todos los coches.

–Pero acabo de explicárselo: el nuestro es un coche especial. Lleva de vuelta a su país a los turcos que han querido salir de Francia. Está abarrotado.

–¿Y por qué iban a querer todos esos turcos volver a casa en esas condiciones, especialmente después de haber vivido en París? –añadió sarcásticamente.

–Van huyendo de la guerra.

–Pero en Francia no hay guerra.

–¿No cree que estemos en guerra?

–Por supuesto que sí, pero no Francia.

–Es tiempo de guerra, *mein Herr*, puede extenderse a cualquier lugar en cualquier momento.

–También puede extenderse a su país.

–El nuestro es un país neutral, y estamos haciendo todo lo posible para que siga siéndolo, a pesar de la insistencia de los aliados para que cambiemos de actitud.

–¡No me diga!

–Así es. Por ejemplo, estamos vendiendo cromo a Alemania a pesar de la oposición de los británicos.

–No intente cambiar de tema. Ha dicho que quería que su mujer

viajara en primera y, en cambio, su compartimento estaba igualmente atestado.

–Pero, ¿cómo podía yo saber que eso iba a ser así?

–¿Y quiénes son exactamente los pasajeros de ese coche especial suyo? ¿Son judíos?

–La mayoría son turcos musulmanes, aunque también hay judíos y cristianos. Sin embargo, todos son ciudadanos turcos, nacidos y criados en Turquía.

–¿Es eso cierto? –preguntó el alemán con una sonrisa provocadora.

–Indudablemente, *mein Herr*, no se le ocurrirá ni por asomo que Turquía iba a habilitar un vagón para transportar judíos, en un momento en que está luchando tan duramente para permanecer neutral. ¿O acaso lo ha pensado? En mi país hay un dicho al respecto: «Hasta los cuervos se reirían de eso».

El alemán soltó una carcajada. Pareció gustarle la broma. Como Evelyn no hablaba alemán, estaba sentada junto a su marido, escuchando pero sin entender ni una palabra.

–En ese caso, si desalojara a esos pocos judíos, a Turquía seguramente le traería sin cuidado.

–Me temo que en eso se equivoca. Mi país luchó por sacar a sus ciudadanos de los campos incluso en Francia. Si hiciera usted tal cosa, sería, por supuesto, bajo su responsabilidad, pero yo debería informar a nuestra embajada en Berlín. La embajada tendría que hacer todo tipo de pesquisas y acabaría enviando aquí a sus oficiales para tratar el asunto. Podríamos estar aquí parados durante días. Y no solo eso, sino que estaríamos ocupando también una de sus líneas. Y todo por unas cuantas personas… Permítame preguntarle si merece la pena. Sinceramente, si por mí fuera, podría usted quedarse con todos.

–¿No ha mencionado antes que Turquía no pondría en peligro su postura habilitando un vagón para los judíos? ¿Y ahora resulta que va a molestarse tanto por un puñado de ellos?

–Es una cuestión de prestigio, *mein Herr*. Como somos una nación laica, el mundo ha de saber que nos ajustamos a las reglas de nuestra constitución. Y respecto a proporcionar un vagón para los judíos, convendrá conmigo en que nadie puede culpar a Turquía por ayudar a sus ciudadanos en apuros. Debe entender que se trata meramente de un gesto simbólico, ¿no le parece?

–No hay duda de que posee usted el don de la palabra. Les dejo marchar porque sus documentos están en orden y porque su esposa está embarazada. Asegúrese de no causar problemas a sus compañeros de viaje, ni al personal de las estaciones dentro de nuestras fronteras. ¿Queda claro?

–Sí, por supuesto, *mein Herr*. Quédese tranquilo.

–Muy bien. Ahora llévese a su mujer y asegúrese de que permanezca

sentada a su lado el resto del viaje.

Ferit y Evelyn salieron cogidos de la mano de la oficina del jefe de estación. Caminaron hacia el vagón de la estrella y la luna creciente, que permanecía a la espera al final de la terminal.

–¿Por qué no me dijiste la verdad, Ferit? –le preguntó Evelyn.

–No quería ponerte en peligro.

–¿Por qué iba a ser peligroso para mí viajar en un vagón enviado por Turquía para recoger a los turcos?

–Esa es solo una parte de la historia. Hay personas en el tren que tienen pasaporte turco, pero no lo son. Si acabaran descubriéndolas, no querría que tú estuvieras allí.

–Cometiste un grave error –dijo Evelyn.

Le sorprendía tener sentimientos encontrados. Por una parte, se sentía aliviada; por la otra, aterrorizada.

Al acabar el andén pavimentado empezaba lo difícil. Se agarraban el uno al otro mientras avanzaban dando tropezones por las vías, hacia la tenue luz amarilla en la distancia.

Los viajeros se apoyaban en los demás para poder mirar por las ventanas. Al ver a Ferit y a Evelyn, todos aplaudieron efusivamente. Ella se sintió desconcertada. El revisor le pidió el billete en la puerta del vagón. Ferit deseaba decirle que metiera las narices en sus propios asuntos y que ese coche era propiedad de su país. Sin embargo, hizo gala de sus mejores modales y le entregó el billete de su esposa.

–Aquí tiene. Está pagado hasta Estambul.

–¿Queda sitio en el interior?

–Se sentará en mi regazo –le dijo Ferit guiñándole un ojo.

Subieron al vagón. Al pasar por delante del compartimento de Selva, Ferit se volvió hacia Asseo y le dijo:

–Quiero que conste, *monsieur* Asseo, que espero celebrar este regreso con un concierto.

No fue hasta la mañana siguiente cuando el vagón prosiguió su camino. El coche de la estrella y la luna creciente había sido acoplado a un convoy de mercancías con destino a Bucarest. Viajarían más despacio, pero no había paradas previstas durante el camino, lo que significó un alivio para todos. Aunque las SS les detuvieran al azar, sus controles ya no serían tan exhaustivos. Pasarían por Leipzig, Praga, Bratislava, Budapest y, finalmente, Bucarest. Una vez allí, los que se dirigieran a Constanza se apearían, mientras que los que siguieran para Estambul tendrían que esperar a ser conectados a otra locomotora.

Esperar. Escapar. Esconderse y volver a esperar para partir otra vez en una nueva huida. Marchar, ir, viajar sin descanso. Estar esparcidos por los cuatro puntos cardinales, buscando refugio en todos los rincones, luchando por sobrevivir. Trabajar dura y largamente, sin

respiro tras haber sido desarraigados y teniendo que partir de nuevo hacia un nuevo lugar. ¿Era ese el precio a pagar por no tener un sitio al que llamar patria? Su destino era pertenecer a una raza sin patria.

El viejo Asseo tenía los ojos cerrados. Sus compañeros de viaje creían que se había quedado dormido, pero solo estaba pensando. El tren iba bordeando los países vecinos a su tierra natal, la tierra a la que no había podido regresar desde los doce años.

Lech había nacido en Polonia. Su padre había muerto cuando él tenía diez años. Su madre conoció a un ingeniero alemán mientras trabajaba como secretaria. Se casaron y se trasladaron a Alemania, llevándose a Lech con ellos. Su padrastro se portaba bien con él. Le envió a la Academia de Música de Salzburgo cuando percibió que tenía talento musical. Lech estudió diligentemente para no decepcionarle. Su mayor ambición era unirse un día a la Orquesta Filarmónica de Viena como violinista.

Lech tenía quince años cuando su madre dio a luz a su hermano. Nunca tuvo celos de él, sino al contrario. Cuando el pequeño empezó a ir a la escuela, descubrieron que era un genio. Fue en esa época cuando su padrastro falleció de un ataque cardíaco. Repentinamente, como su padre.

Al volver a casa después del funeral, su madre tomó su rostro entre las manos y le dijo:

–Lech, de ahora en adelante tendrás que ser un padre para tu hermano; te lo confío. Quiero que le protejas como tu padrastro hizo contigo.

Desde ese día, Lech abandonó su sueño de convertirse en un violinista famoso y tocar en una orquesta. Se dedicó a actuar en cualquier lugar donde le pagaran. Tocaba y tocaba para que su hermano pudiera estudiar. Actuaba para que aquel pudiera continuar su educación en las mejores escuelas de secundaria; tocaba para conseguir dinero que pagara los cursos de verano, para pagar las clases especiales, para ver cómo su hermano acababa la universidad. Había seguido tocando el violín continuamente. No se había casado nunca, ni tampoco había tenido hijos, pero no se lamentaba. Desde los veinte había sentido a su hermano como si fuera su hijo. El éxito de aquel era el suyo propio; su felicidad le hacía feliz a él.

Gracias a las becas, su hermano consiguió una maestría en Estados Unidos. Todos esperaban que se estableciera allí, pero él decidió regresar a Alemania para ser útil en su propio país. Se casó y fundó un hogar. Desde entonces, disfrutaron de una vida feliz y llena de esperanza, unidos como una familia. Su hermano había llegado a la cumbre de su carrera. Era famoso, estaba sano y tenía éxito. Los sacrificios de Lech no habían sido en vano. Entonces ya era demasiado tarde para que él persiguiera sus propios sueños, pero no lamentaba

haber renunciado a ellos por su hermano.

Vivieron todos juntos y felices hasta que Hitler hizo acto de presencia. Entonces se desató el infierno. Primero huyeron a Bélgica. Cuando su hermano perdió a uno de sus hijos en unas revueltas callejeras, escaparon a Francia. Habían ofrecido a su hermano un puesto como profesor en una universidad de París. Fijaron allí su residencia y se acostumbraron a la vida de esa ciudad hasta que Hitler llegó también a ella. Huyeron entonces hacia el sur, más hacia el sur cada vez. Su cuñada, enferma desde la muerte de su hijo, acabó perdiendo las ganas de vivir durante una de esas fugas y murió.

Se trataba solamente de un ejemplo más de la eterna huida de los judíos. Una huida que duraba ya cinco mil años. Ahora los alemanes estaban por todas partes. Parecían estar impregnando Europa como el humo: Holanda, Bélgica, Polonia, Francia, Checoslovaquia, Austria, Hungría. No se podía escapar de ellos. Se extendían como se extiende un tumor maligno hacia los órganos de un cuerpo. La gente intentaba escapar de ellos constantemente, escondiéndose detrás de nombres y pasaportes falsos. Lech había llegado a un punto en el que únicamente deseaba reposar su cansado y miserable cuerpo, y encontrar la paz en la muerte. Anhelaba descansar en la tierra prometida, lejos de los soldados alemanes, de los oficiales de las SS, de la Gestapo y de los colaboracionistas.

Pensar cansó tanto a Asseo que acabó quedándose dormido antes de que cuatro agentes de las SS subieran al tren. No oyó a Rafo ni a Ferit discutir con ellos.

–Este es un vagón privado. Como puede ver, está completamente lleno –insistía Ferit.

Finalmente, sin embargo, tuvo que dar su brazo a torcer y hacerles sitio en uno de los compartimentos. Los oficiales custodiaban unos equipamientos militares que habían cargado en el tren de mercancías al que iban enganchados. Obviamente, optaron por gozar de la comodidad de un lujoso compartimiento. Pensaron que podrían estirar las piernas en el asiento de enfrente y echar una cabezada.

Monsieur Asseo no abrió los ojos hasta la mañana siguiente. Se sentía feliz de estar con sus compañeros de viaje, que se habían convertido en una familia para él. Le aliviaba sentir la calidez de estar junto a ellos. Se dirigía a Estambul para averiguar el modo de llegar a Palestina desde allí; para poder morir en la tierra prometida, por así decirlo. Sin embargo, después de conocer a estas personas empezó a cambiar de opinión. Deseó que fuese posible continuar este largo viaje para siempre, como si estuviese acurrucado en una larga cuna negra que le arrullara con su traqueteo.

Volvían a atravesar una campiña de increíble belleza. Aldeas preciosas con casas hechas de adobe, pequeños huertos, verdes prados

donde las vacas rumiaban alegremente, pueblos con pequeñas iglesias abovedadas, riachuelos que discurrían montaña abajo, exuberantes y verdes valles. Las vistas desde la ventana se sucedían rápidamente. Recordaban a las postales que la gente se envía, con pequeñas y afectuosas notas garabateadas en el reverso.

Fazil estaba jugando con Samuel, gorjeando felizmente. Las mujeres bajaron las cestas y empezaron a ofrecer comida a todo el mundo: queso, mermelada, pepinillos, carne fría y fruta. Siegfried jugaba al *backgammon* con Marcel.

El tren seguía su marcha, traqueteando por el calidoscópico paisaje. No solo transportaba a sus pasajeros a través de diversas peculiaridades geográficas, sino que les exponía a la vida misma, mostrándoles diferentes modos de vida, países y culturas.

En el transcurso de sus muchas conversaciones, los pasajeros habían podido saber que *monsieur* Asseo, Samuel y su hermana continuarían su viaje hasta Palestina. Margot había decidido probar suerte en Estambul, esperando poder regresar a su país si cesaba la agitación en Europa. Marcel y Constance permanecerían en Estambul hasta que consiguieran un pasaje a Estados Unidos. Tenían un amigo que trabajaba en el consulado estadounidense de esa ciudad y que podría ayudarles. Habían contado con ello antes de embarcarse en este viaje. El de David acabaría en Estambul, igual que el de Rafo, Selva y Fazil. ¿Y qué pasaba con *monsieur* Kohen? Siegfried no había mencionado qué planes tenía.

Si alguien le preguntaba: «¿Adónde se dirige?», él daba una respuesta vaga, como:

–Mientras sigamos moviéndonos, estaré contento.

Era plenamente consciente de que, si la Gestapo subía al tren y le reconocía, le devolverían a Alemania de inmediato. Era un temor constante.

Le horrorizaba pensar que, si le echaban el guante, los alemanes podrían emplear su divino genio para desarrollar proyectos que acabaran exterminando a su pueblo. Al igual que miles de otros judíos, se había visto obligado a abandonar su trabajo, su fortuna, a su familia y hasta su nombre. Iba huyendo con un pasaporte en el que figuraba un nombre falso, un nombre al que no había logrado acostumbrarse desde el día en que se lo dieron. Ni siquiera era capaz de responder a la pregunta «¿adónde se dirige?». Tal vez evitaba hacerlo porque no sabía si su destino era la muerte. De hecho, había decidido acabar con su vida en cuanto fuese aprehendido, y había tomado las medidas oportunas. Pero, ¿y si se salvaba? En primer lugar, debía mantener la promesa que le había hecho a alguien; una promesa que tenía por sagrada, hecha a una persona muy querida. Tras cumplirla, podría dedicarse finalmente a consagrar su

conocimiento, su experiencia y sus hallazgos al provecho de la humanidad.

El tren seguía traqueteando por entre bosques de robles y hayas que crecían juntos, resonando sobre los estrechos puentes que conectaban pronunciadas laderas, bordeando las montañas a través de profundos valles.

Atardeció. Los ocupantes del compartimento bajaron sus cestas de alimentos y, como empezaban a escasear, los compartieron. Abrieron una de las botellas de vino del Rin de David.

–¿Ya no queda vino tinto? –preguntó Marcel.

–Me temo que no, solo queda blanco. Si nos retrasamos mucho más, tendremos que pasar sin vino el resto de las cenas –contestó David.

–¿Cena? ¿Llamas a esto cena? –exclamó *monsieur* Asseo–. Para alguien que ha tenido que esconderse agazapado entre las vigas de una casa durante doce días, esto es todo un banquete.

Marcel se sintió avergonzado. Era cierto que Constance y él habían tenido que ir moviéndose de un lado a otro, yendo de casa en casa, pero, en cambio, no habían tenido que ocultarse en una estrecha buhardilla. Reparó en la suerte que habían tenido, y en la que estaban teniendo ahora. Al menos les quedaban restos secos de tarta, algo de queso y un poco de pan duro que comer.

Como se habían alimentado de productos secos, Fazil y el resto de viajeros se habían estreñido. A aquel, siendo un niño, la incomodidad le hacía llorar.

–Si llegamos a parar en una aldea o en un pueblo, debemos conseguir verduras frescas y fruta –dijo Selva a su marido.

–¡No me digas que vas a preparar espinacas!

–No te hagas el gracioso, Rafo; estoy hablando en serio. Tendríamos que conseguir, al menos, algunas lechugas, huevos frescos y tomates.

–No creo que los soldados nos lo permitan.

–¿Por qué no? También podríamos ofrecerles un poco.

–Veré lo que puedo hacer. Hablaré con uno de ellos. El moreno parece ser el jefe, se lo preguntaré a él –dijo Rafo.

Los pasajeros estaban cansados y aburridos mientras el tren los seguía zarandeando en su avance. Las nubes colgaban bajas en el cielo.

–Creo que va a llover –anunció Margot–. Se está haciendo oscuro.

–Se hace oscuro porque es tarde, no porque vaya a llover –repuso David.

–¡Maravilloso! Ha pasado un día más –dijo Selva.

Llevaban nueve días de viaje. A veces habían tenido que esperar durante horas; otras, durante toda la noche. Habían cambiado de ruta: al sur, al norte y de nuevo al sur. Habían tenido que cambiar hasta de locomotora. A menudo reanudaban la marcha sin saber dónde o cuándo sería la próxima parada. Pero una cosa era cierta: aunque

fuese a paso de tortuga, se iban aproximando a su destino; lentos pero seguros.

–Esto es como jugar a la gallinita ciega –había observado David–. Nos vendan los ojos, nos mueven, nosotros nos quitamos la venda y, ¡sorpresa!, nos encontramos en un pueblo o en una ciudad inesperada.

–Bueno, ya va siendo hora de daros las buenas noches –dijo Asseo mientras cerraba el tablero de *backgammon*–. A ver dónde amanecemos mañana.

–Ya debemos de estar cerca de Bucarest. Si no nos desvían, deberíamos cruzar la frontera búlgara por la mañana.

–¡Gracias a Dios! La tortura llega a su final.

–No seas tan optimista –dijo Margot–. ¿No te acuerdas de la noche en que pensábamos que nos despertaríamos en Leipzig y lo hicimos Dios sabe dónde?

–Sí, la recuerdo. Y también de cuando nos acostamos creyendo que amaneceríamos en Rumania. Te sentiste tan feliz al despertarte y darte cuenta de que seguíamos en Hungría, que lloraste de júbilo.

–Ya que no hay posibilidad de regresar a Hungría, esperemos que todo esto acabe pronto. ¡Ay! –se quejó *monsieur* Asseo.

No había acabado de hablar. Se agarraba el costado izquierdo.

Siegfried saltó de su asiento, bajó su bolsa del portaequipajes y sacó un medicamento.

–¿Qué es eso? –preguntó Margot.

–En ocasiones tengo el mismo problema. ¿Me alcanzas un poco de agua, por favor?

Añadió unas gotas del medicamento a medio vaso de agua y se lo dio a su amigo.

–¿Por qué no se estira, *monsieur* Asseo? –le propuso Selva–. Sentaré a los niños en otro sitio.

–No, no lo haga, por favor. Estoy bien. Creo que solo son gases, justo aquí. Solo eso.

–Yo espero que mis gases no acaben saliendo. Si lo hacen, olerá como el infierno –le susurró David a Marcel al oído.

–El lavabo también apesta. Ya hemos tenido suficiente de todo esto; cuanto antes lleguemos a nuestro destino, mejor –respondió Marcel.

Vista la insistencia de Selva, tendieron a Asseo en el asiento, con la cabeza apoyada en las rodillas de su amigo y las piernas en las de Perla y Samuel.

–Por favor, no se preocupe por nada e intente dormir un rato –le dijo Siegfried–. Tengo la medicina en el bolsillo, por si vuelve a dolerle.

El resto de pasajeros acabó cediendo al sueño mientras el tren los arrullaba a través de la noche.

Unos ronquidos despertaron a Constance de madrugada. Todos sus compañeros parecían estar profundamente dormidos, gracias al

monótono traqueteo. Pasó en silencio sobre los pies de su marido y salió sigilosamente. Decidió ir al baño mientras todos dormían y no había que hacer cola. Puso la cabeza un momento bajo el grifo oxidado, que goteaba. Hizo sus necesidades y salió del baño, con la cara y las manos todavía húmedas. El pasillo estaba oscuro. Veía la luna en el cielo, amarilla como un melón. Era como una rebanada de pan a la que le habían dado un mordisco. Cuánto deseaba ella hincarle el diente a una buena rebanada de pan tierno. Abrió la ventanilla para tomar el aire, pero la cerró de nuevo cuando notó el frío que soplaba. Apoyó la frente contra el cristal y miró hacia las siluetas de las montañas, afiladas o llanas. Iluminadas por la luna desde atrás, proyectaban sombras azul oscuro. «Qué adorable –dijo para sí–. Yo estoy aquí de pie mientras la naturaleza se pasea ahí fuera.» El calor del vagón parecía envolverla por completo. Le ardían las palmas de las manos. Alzó los brazos y los apoyó también en la ventanilla, para sentir su fría humedad. Permaneció un rato en esa posición, hasta que notó que alguien le respiraba en la nuca. Unas manos la agarraron de las caderas y un cuerpo se apretó contra ella.

–Marcel –susurró–. ¡Oh, Marcel!

Intentó volver la cabeza, pero su marido se lo impidió con una mano, mientras con la otra sujetaba sus brazos contra la ventana. Constance había echado mucho de menos esto. Le encantaba que Marcel la besara en la nuca, que su lengua acariciara su cuello, sentir su aliento en el pelo. Se resistió cuando él quiso ir más allá.

–Marcel, no. Aquí no, por favor, alguien podría tener que ir al baño.

Marcel le subió la falda a la fuerza con la rodilla. Constance deseaba tanto que se detuviera como que continuara. ¿Y si alguien salía al pasillo?

–¡He dicho que no!

Pero en el fondo quería que siguiera, que no parara en absoluto. Cuando Marcel le soltó las manos para bajarle la ropa interior, ella intentó volver la cabeza, pero la empujaron violentamente contra el cristal. «¡Dios mío! –pensó–. ¡Ay, Dios mío! Este no es Marcel. ¡Este no es mi marido!».

Forcejearon como locos frente a la ventana. Mientras él le sujetaba la cabeza con una mano, le tapaba la boca con la otra para sofocar sus gritos. Ella intentó morderle sin lograrlo. Tenía la braguita por las rodillas y él ya se había desabrochado el pantalón. Se dio cuenta de que debía de haberla seguido ya preparado… «¡Dios mío!». Gritaba con todas sus fuerzas, pero el sonido sordo quedaba ahogado por el ruido del tren. Movía las caderas de un lado a otro para intentar zafarse de sus manos, pero empezaba a debilitarse.

David se hallaba en una celda, dormido sobre la paja entre el hedor a pies. Estaba muy oscuro. Un manto negro lo cubría todo. Era como un

animal en un corral. La paja olía a humedad y a estiércol seco.

David abrió los ojos. La oscuridad le rodeaba como un muro. Saltó de su asiento, tropezó con el tren de Fazil y cayó sobre Selva.

–¡Ay!

–¡Chist! Fazil está dormido. Todos lo están. Ya puedes pasar.

David fue a tientas hasta la puerta y salió al pasillo. Le costaba respirar. Iba a abrir la ventana. Necesitaba que el aire frío le despertara y le devolviera a sus cabales. Quería que le salvara de la pesadilla que acababa de tener.

Se dirigió hacia la ventana cuando oyó… ¿qué? ¡Una voz! ¿Alguien estaba gimiendo? Sonrió para sí. Estaba claro que los instintos primarios eran más fuertes que las circunstancias. Mientras se retiraba a su compartimento, percibió que el gemido tenía un matiz: «Ayuda. Ayuda, por favor…». Aunque ahogado, provenía de una mujer. Se dirigió hacia su fuente. Pudo ver a un hombre de complexión robusta huir por el pasillo iluminado por la luna. Corrió tras él, pero tropezó con algo. Había una mujer en el suelo. Se arrodilló.

–¡Dios mío! ¡Constance!

Estaba en cuclillas, temblando bajo la ventana con las rodillas contra el pecho y los brazos alrededor de las piernas.

–¿Qué ha pasado?

Constance intentó explicarlo, pero lloraba y sollozaba lastimosamente. David la abrazó y le acarició el cabello.

–Vamos, vamos, ya ha pasado. Cálmate, por favor. Vamos a lavarte la cara. Por favor, no llores.

Oyeron un ruido y ambos alzaron la vista. Marcel les miraba confundido.

El tren proseguía su marcha. Todos los ocupantes del compartimento, excepto Constance, despertaron uno a uno a un nuevo día. Ella dormía junto a la ventana, hecha un ovillo y tapada con su gabardina. Asseo ya se encontraba bien, pero Marcel no. Era incapaz de tranquilizarse. Iba y venía del lavabo, fumando pasillo arriba y pasillo abajo. Siegfried estaba tan calmado como de costumbre. También David.

Selva y Margot volvieron a bajar las cestas de comida y prepararon un desayuno consistente en el café amargo que quedaba en el termo, huevos duros, pan y miel que les habían comprado a unos campesinos locales el día anterior.

–*Monsieur* Asseo, hoy no debe saltarse el desayuno –le advirtió Selva–. La miel está buenísima y tiene un delicioso aroma a flores.

–También usted, *madame*, y también es tan dulce como la miel.

Selva se ruborizó, a pesar de que el anciano tenía casi ochenta años. ¿Quién sabe? Quizás no fuese tan viejo. A veces, el sufrimiento y una vida difícil ponen años al aspecto de las personas.

Ferit y Evelyn pasaron a visitarlos. De no haber sido por aquel incidente en Berlín, Ferit le habría dado a su esposa un asiento junto a Selva y Margot para que se hicieran compañía. Pero después de aquella noche, Evelyn no quería separarse de Ferit ni un momento. Cuando entraron, David se puso en pie.

–Por favor, *madame*, tome mi asiento –le ofreció a Evelyn–. Yo ocuparé el suyo. Usted quédese aquí tanto tiempo como quiera.

–Un momento, David; tengo que deciros algo a todos –anunció Ferit–. Nos acercamos a Bucarest. Nos desacoplarán de este tren de mercancías cuando lleguemos allí. Parece que de ahí en adelante iremos unidos a otro tren de pasajeros. A los que quieran bajarse, les informo de que estaremos en la estación una media hora.

–Perfecto –dijo David–. Intentaré conseguir un poco de vino. Me conformo con un trago.

–He notado que no te comportas como siempre –observó Margot–. Supongo que ya estás harto, como todos nosotros.

–¡Y cuánto!

Yendo hacia la cabina de Evelyn, se topó con Marcel.

–¿Tienes un minuto?

–Sí, por supuesto. ¿Qué sucede?

–Es que no puedo entender cómo no fuiste capaz de ver al tipo, David.

–Te lo he repetido mil veces: solamente le vi la espalda mientras huía.

–¿De qué color era su ropa? ¿Llevaba uniforme?

–No debo de haberme explicado bien. Ya te he dicho que estaba muy oscuro. Seguramente llevaría ropa oscura, también. Era grande, eso es todo lo que vi.

–Hay exactamente cuarenta y nueve tipos fornidos en este vagón.

–No me digas que has estado revisando todos los compartimentos. ¿Es que te has vuelto loco?

–Tengo que encontrar a ese bastardo.

–Mira, Marcel, apuesto a que fue uno de los soldados. ¿Qué otra persona podía hacer algo así sin ser un maníaco sexual? ¿Qué puedes hacer tú? ¿Piensas preguntarles cuál de ellos violó a tu mujer?

–¿Por qué no?

–Marcel, te lo suplico, contrólate. Si no lo haces, nos meterás en problemas a todos. Solo nos quedan un par de días en este tren. Haz el favor de pensar un poco. Supongamos por un momento que uno de ellos admite haberlo hecho. ¿Qué harás entonces? No puedes darle una paliza.

–¿Quién lo dice?

–Si lo haces, nos pondrás automáticamente en una situación que hará que lo que hemos pasado los nueve últimos días no haya valido de

nada. Nos pudriremos en alguna cárcel rumana. De hecho, si atacas a un oficial de las SS, podrían incluso enviarnos a un campo de prisioneros en Alemania. ¿Quieres que vuelva a repetirte lo que es eso?

–Quizás debería darte un puñetazo a ti –le amenazó Marcel.

–Estás loco –dijo David empujándolo a un lado para poder pasar.

«¿Por qué demonios recae sobre mí toda esta bronca? –pensó el chico–. ¿Será por no rezar en el *Sabbat*?».

Al detenerse el tren en Bucarest, todos se precipitaron afuera de sus compartimentos. Los oficiales alemanes, que estaban en el pasillo, trataban de evitar que bajaran.

–*Halt*! *Halt*! –gritaban.

–¿Qué es lo que quieren ahora? –preguntó una de las mujeres.

–Creo que deben bajar ellos primero –le explicó Ferit–. Tienen que desacoplar el vagón. Nosotros bajaremos después. Al parecer, nos llevarán a otro andén una vez sueltos.

–¡Oye! ¡Marcel! ¿No los has oído? ¿Adónde vas?

–Al baño.

Marcel se detuvo frente a la puerta de salida. Los soldados fueron hacia él riéndose y bromeando entre ellos. Uno le hizo gestos a Marcel y le habló en alemán:

–¡No se baje ahora! ¡Después, después!

Era un joven atractivo. Marcel asintió para que viera que le había entendido. Luego se fijó en el que era más alto y grande. El más joven se bajó antes, después otro más y, en tercer lugar, el más corpulento. Marcel le puso la zancadilla para hacerle tropezar. Cayó al suelo de cabeza. El que iba detrás tropezó con él y también se cayó. Marcel vio cómo el fusil de este segundo soldado atravesaba el cuello del más fornido. Al verlo, corrió hacia el baño y cerró la puerta por dentro.

Llegaron a Bulgaria un tanto diezmados. Cuarenta y siete pasajeros se habían apeado en Bucarest para seguir viaje hacia Constanza.

Ferit se bajó del tren para intentar acelerar el proceso de desacoplamiento. No entendía por qué los soldados, que parecían enojados, estaban tomándose tanto tiempo. Finalmente, tuvo que sacrificar su último bote de café para sobornarlos y que se afanaran.

Aquel viaje inacabable tocaba a su fin. La frontera de Bulgaria había sido avisada de su llegada. En esta ocasión no los registraron meticulosamente. Como de costumbre, Ferit reunió la mitad de los pasaportes y Rafo la otra mitad, y los llevaron a sellar.

El policía les dijo:

–No se les permite detenerse en territorio búlgaro. Tienen que seguir.

Ferit pensó: «¿Y quién diablos iba a querer quedarse aquí?», pero, en cambio, preguntó astutamente:

–¿Ni siquiera en caso de emergencia?

–¿Hay alguien enfermo en el tren?
–No.
–¿Alguna enfermedad contagiosa?
–Por supuesto que no. ¿Por qué hace esa pregunta?
–¿Y por qué hizo usted la primera, entonces?
«Ojalá hubiera cerrado el pico», pensó Ferit.
–Era solo una broma –contestó finalmente.
–No es ninguna broma. En los tiempos que corren, los soldados heridos pueden morir en el tren y eso puede dar lugar a enfermedades. Si eso ocurre, deberá informar a las autoridades después de tirar de la cuerda de emergencia.
Ferit le interrumpió:
–En nuestro coche no hay soldados. Tan solo hombres, mujeres y niños que esperan regresar vivos a su patria, y cuanto antes mejor. Puede echar un vistazo, si quiere. Solamente estaba bromeando.
Ferit estaba empapado en sudor.
El hombre se quedó pensando por unos momentos. Se trataba, claramente, de un burócrata, un purista de las normas y los reglamentos.
–Bien, pueden coger sus pasaportes.
–Gracias.
Ferit volvió corriendo al vagón. Subió, se plantó en mitad del pasillo y gritó:
–¡Muy bien! Ya no paramos hasta Edirne. Nada de bajarse y prohibido morirse. ¿Está claro?
Todos los pasajeros aplaudieron efusivamente. Hasta Edirne…, Edirne…, ¡Edirne! Ninguna ciudad del mundo podía sonar tan bien en sus oídos. Edirne significaba liberación. Significaba que llegaban a su destino. Significaba paz. ¡Un nuevo comienzo, un renacimiento!
El tren se puso en marcha. Reinaba la alegría. Solo Constance seguía estando triste. No había bajado del tren en Bucarest y no había probado bocado en todo el día.
–No tienes buen aspecto, no sé si tendrás fiebre –le dijo Margot tocándole la frente–. De todas formas, ya casi hemos llegado. Estoy convencida de que te sentirás mejor cuando lleguemos a Edirne esta noche.
–¿Qué te sucede? –le preguntó Selva.
Constance no contestó. Cerró los ojos y fingió estar dormida.
Margot y Selva salieron del compartimento para ir a visitar a Evelyn.
–Creo que está pasando algo entre Marcel y su mujer –observó Margot–. No se han dirigido la palabra en todo el día.
–Jamás lo habría pensado –contestó Selva–. Si hubieran tenido una discusión nos habríamos enterado. Ahí dentro no se puede ni estornudar sin que se entere todo el mundo.

David estaba fumando junto a la ventanilla.

–David, hoy estás fumando como un carretero –le dijo Margot–. Espero que esta noche abras esa botella de vino que compraste en Bucarest.

–No compré ninguna.

–¿Cómo? ¿Por qué no? ¿No vendían vino en la estación?

–Para serte sincero, ni siquiera lo pregunté.

«Este viaje parece haber afectado a todo el mundo –pensó Margot–. Qué raro… Cualquiera pensaría que la gente estaría más animada cuanto más nos acercáramos a nuestro destino, pero parece que ocurre justo lo contrario».

Todos habían regresado ya a sus compartimentos. La euforia desatada cuando entraron en Bulgaria ya había desaparecido.

Marcel no quería jugar al *backgammon*, David tenía cara de pocos amigos y Constance seguía dando cabezadas en su rincón. El ambiente estaba cargado.

–*Monsieur* Asseo –dijo Selva–, ¿podría usted hacerme un favor?

–Por usted, lo que sea, *madame*.

–Me da la sensación de que habría que elevar el ánimo aquí dentro. ¿Qué le parece si David baja su violín del portaequipajes y nos toca usted algo?

–Será un placer –contestó el anciano.

David se estiró y alcanzó el instrumento. Asseo se puso en pie en medio del compartimento y saludó a todo el mundo.

–Concierto en re mayor, de Beethoven –anunció mientras se acomodaba el violín bajo la barbilla.

Empezó a tocar.

Había algo mágico en las interpretaciones de Asseo. En cuanto empezaba a actuar cautivaba a los que le escuchaban y les transportaba a sus propios mundos. Quizás cada nota les devolviera a su interior y les ayudara a responder a las preguntas sobre sus nuevas vidas.

Las lágrimas corrían por las mejillas de Constance. Había vuelto a girar la cabeza, mirando hacia fuera. Marcel deslizaba las manos tiernamente por su cabello, acariciando suavemente su cabeza. David dio un hondo suspiro.

El tren viajaba rápido. Asseo tocaba el violín como había hecho toda su vida, con amor y pasión. Su mente regresó de pronto al tiempo en que actuó como solista en la Ópera de Viena, un día de Año Nuevo. Tocó el mismo concierto que ahora para un auditorio repleto. El teatro estaba lleno de aristócratas, damas elegantes y jóvenes amantes de la música. Todos se quedaron sobrecogidos. Había empezado con entusiasmo el *Allegro ma non troppo* para seguir después, más lenta y profundamente, con las hadas que retozaban en los densos bosques. Su

violín reposaba sobre un pañuelo blanco inmaculado, el arco en la mano derecha, sus dedos acariciando las cuerdas y su cuerpo balanceándose al ritmo de la melodía. Se secó el sudor de la frente durante un silencio momentáneo y prosiguió con el *larghetto;* lento, reposado, relajante, como nadar en un mar cálido, dando brazadas cortas y pausadas, sin reparar siquiera en las notas, tocando, tocando… *Rondó*, más rápido ahora, con más entusiasmo; ahora es un gran pájaro blanco, níveas las alas, definiendo en su vuelo amplios círculos blancos contra el cielo azul, girando y girando entre las nubes… ¡La última nota! ¡El gran final! Toda la sala está en pie, toda Viena, los aplausos no acaban nunca, el director le felicita y aumenta la ovación… «¡Bravo! ¡Bravo, maestro!», clama el público. Él se inclina en una reverencia, una y otra vez mientras los aplausos se alejan y se acallan…

De repente, Siegfried se levanta de un salto.

–¡Dios mío! ¡Dios mío!

David y Marcel también se levantan, luego reaccionan las mujeres. Asseo ha inclinado la cabeza hacia adelante. Al principio parece que les saluda, pero se va inclinando más y más hasta que, finalmente, se derrumba. Intentan levantarle y sentarle en su asiento, pero no lo consiguen y le dejan donde está.

Siegfried se arrodilla junto a su amigo y le toca la sien con los dedos. Selva grita:

–¡*Monsieur* Kohen!

Siegfried asiente con las lágrimas corriéndole por la cara. Se sienta en el suelo y levanta el cuerpo de su amigo con cuidado, reposando la anciana cabeza sobre su pecho y acunando a Asseo en los brazos como a un bebé, meciéndolo suavemente.

–Tenemos que detener el tren de inmediato –dijo Ferit–. Debo informar de esto.

–Espere. No lo haga, por favor.

–Pero debemos hacerlo, *monsieur* Kohen.

Siegfried colocó la cabeza de Asseo en el suelo como quien acomoda a un bebé en su cuna. Se levantó y tomó las manos de Ferit entre las suyas. Todos a su alrededor contuvieron el aliento.

–*Monsieur* Ferit, le suplico que no pare el tren. No quiero abandonar su cuerpo en suelo búlgaro. No quiero que ningún búlgaro le ponga la mano encima. Solo quedan unas pocas horas de viaje. Podemos informar de esto en Edirne, después de cruzar la frontera. Tan solo unas horas. Por favor, no permita que los fascistas le toquen, le desnuden y se adueñen de sus objetos personales. Se lo suplico.

Ferit se detuvo. Todas las miradas se posaron sobre él como una sola. Constance, Selva, Margot, David, los niños, todos le miraban suplicantes.

–Muy bien, *monsieur* Kohen, pero nadie debe enterarse de esto; de lo contrario, tendremos problemas. No informar de una muerte se considera un delito –dijo, devolviendo las miradas una a una.

–Estaba durmiendo –repuso Margot–. ¿Cómo íbamos a saberlo si murió mientras dormía?

Levantaron a Asseo con cuidado y colocaron su cuerpo en el asiento.

–Poned su cabeza en mi regazo –pidió Siegfried volviendo a sentarse en su sitio.

Pusieron la cabeza de Asseo en sus rodillas. Siegfried le cerró los ojos como si los estuviera acariciando, alzó después la mano que le colgaba, la besó con cariño y la dejó reposar sobre su pecho.

Margot se quitó el abrigo rojo que le cubría los hombros y tapó con él a Asseo. Los que tenían su asiento donde ahora yacía el anciano se sentaron en el borde, a sus pies, o se apretaron enfrente.

El tren prosiguió su marcha. Todavía flotaban por el compartimento las notas del concierto de Asseo. Estaban todos sentados, escuchando en lo profundo de sus corazones la música que el anciano había tocado antes para ellos. Eran los últimos amigos que había tenido.

Un oficial búlgaro de uniforme entró a la cabina y saludó.

–Nos acercamos a la frontera –anunció–. Quiero que todos se pongan en fila cuando paremos, con sus pasaportes y sus billetes.

Se quedaron todos estupefactos.

–Nuestros pasaportes los tiene un amigo que viaja en otro compartimento –dijo Marcel educadamente.

–¿Por qué?

–Es el líder de nuestro grupo. Iré a buscarle, si no le importa.

Marcel caminó tembloroso hacia el compartimento de Ferit.

–¿Está dormido? –preguntó el oficial refiriéndose a Asseo.

–Sí, lo está.

–Despiértenle.

–Acaba de conciliar el sueño –le disculpó Margot–. Anoche no pudo pegar ojo.

–Puede volver a dormirse más tarde.

Ferit y Rafo regresaron juntos, ambos con aspecto demacrado.

–Aquí tiene los pasaportes –dijo el primero.

–Muy bien. Quiero que se bajen todos del tren en cuanto se detenga. Ya casi hemos llegado, estamos aminorando.

–Nadie nos ha pedido algo así desde que salimos de París –replicó Ferit–, y hemos pasado incluso por Berlín.

–Puede ser, caballeros, pero han estado viajando por países ocupados: Francia, Checoslovaquia, Hungría… Actualmente a todos se los considera parte de Alemania, ya que están bajo su control. Ahora van ustedes a entrar en un país diferente, esto es lo que se conoce como una frontera real.

–Entiendo. ¿Por qué no sigue con su trabajo en los demás compartimentos mientras yo arreglo las cosas aquí? –le propuso Ferit.

Intentaba ganar tiempo, aunque no sabía para qué. ¿Iba a poner a todo el mundo en peligro solamente por mantener a Asseo en el tren durante unos diez minutos más?

David se levantó y le susurró a Ferit al oído:

–Sobornémosle.

Ferit, nervioso, encendió un cigarrillo junto a la ventanilla.

–¿Cómo? ¿Quieres decir con dinero?

–¿Por qué no? Con dinero, con vino… Estoy dispuesto a sacrificar mi Moselle.

–Ya veremos –dijo Ferit.

–*Monsieur* Kohen me ha dicho que tiene dinero.

–Bien. Vamos a ver.

Ferit tiró la colilla por la ventana y miró hacia el exterior. Ya había pasajeros de otros vagones de pie junto al tren. Reacio, regresó a la puerta de su compartimento.

–¡Muy bien, todo el mundo abajo!

Nadie se movió.

–¿Queréis que el inspector os saque a la fuerza?

Ferit se volvió hacia Siegfried y le rogó:

–*Monsieur* Kohen, ¿sería tan amable de dejar a *monsieur* Asseo donde está y bajarse del tren?

Marcel y Constance, Selva, con su hijo en brazos, Margot, Samuel y Perla salieron del compartimento.

–¿Quiere que me quede, *monsieur* Ferit? –preguntó David–. Es decir, si puedo ser de ayuda.

–No, gracias, David, puedes salir. *Monsieur* Kohen, sígame, por favor.

David también salió. Ferit se sintió frustrado cuando vio que Siegfried no estaba dispuesto a moverse.

–Créame, me solidarizo con usted, pero le ruego que se haga usted cargo de mi situación.

–Usted cree que me entiende, *monsieur*, pero no es así. Sé que pretende sobornar al inspector y que necesita estar a solas con él para hacerlo, pero quiero estar presente para aumentar la oferta, si fuera necesario. Puedo aumentarla hasta que no la pueda rechazar.

El oficial se acercaba al compartimento mientras Margot se disponía a bajar del tren. De pronto, decidió regresar, movida por un impulso. Se topó con él en la puerta de la cabina y tomó sus manos entre las suyas.

–Ayúdeme, por favor –le suplicó–. El anciano que está estirado en el asiento es mi padre. Está gravemente enfermo. Estaba sufriendo mucho, así que le dimos una pastilla para ayudarle a dormir. No le despierte ahora, se lo ruego. Solo nos quedan un par de horas de viaje;

si le obliga usted a levantarse, puede que no lo acabe. Por favor, permítale quedarse donde está. Aunque no llegue a acabar el viaje, déjele al menos morir en su propio país.

El inspector se quedó mirando a Asseo desde la puerta. Caminó hacia él. Margot apenas podía respirar y le temblaban las rodillas. Por una milésima de segundo, Ferit y ella cruzaron las miradas. El color había abandonado el rostro de aquel. El inspector alargó el brazo de pronto para tocar el abrigo rojo que cubría al anciano, como acariciándolo.

–Bonito abrigo –dijo–. Es muy suave. ¿Es esto lo que llaman cachemir?

Margot se interpuso entre el inspector y Asseo.

–Me encantaría regalárselo como agradecimiento por no despertar a mi padre –dijo mientras destapaba el cadáver–. Tómelo, por favor. Puede usted dárselo a su esposa, o a su hija, quizás; tal vez a su novia. Sin embargo, como no puedo dárselo aquí, delante de todo el mundo, lo dejaré olvidado en la aduana.

Se puso el abrigo sobre los hombros y añadió:

–Ahora, sea usted tan amable de guiarme hasta allí.

Después de que Margot hubiera salido con el inspector, Siegfried posó la cabeza de Asseo sobre el asiento y bajó su gabardina de la rejilla. Cubrió a su amigo con ella y abandonó la cabina. Ferit le siguió, cerrando la puerta con firmeza.

El tren partió de la estación en cuanto se llevaron a cabo las formalidades. No mucho después, Selva gritó con alegría:

–¡Kapikule!

El tren avanzó muy despacio y finalmente se detuvo. Ferit salió al pasillo y gritó tan fuerte como pudo:

–¡Bienvenidos a Turquía!

Todo el mundo empezó a aplaudir, a abrazarse y a besarse los unos a los otros, con los ojos llenos de lágrimas. Unos se estrechaban la mano y se daban la enhorabuena, otros gritaban de alegría. El de Selva era el único compartimento donde no había ni una pizca de entusiasmo. Ni siquiera el resplandeciente sol turco, que había empezado a brillar a través de la ventana, fue suficiente para disipar la melancolía reinante.

Ferit saludó en la puerta al policía y al oficial de aduanas que subieron al tren.

–Me temo que tenemos malas noticias –les anunció–. Uno de nuestros compañeros de viaje ha fallecido.

–Nuestro más sentido pésame –dijo el oficial de aduanas.

–¿Tenemos que informar de esto a la guarnición de la frontera?

–No –respondió el policía–, esto no tiene nada que ver con ellos. De hecho, no se encuentran aquí en este momento; están disputando un partido de fútbol. Nosotros haremos todo lo necesario, no se preocupe.

Tras supervisar meticulosamente el traslado de Asseo en una camilla, Siegfried bajó del portaequipajes la funda del violín y la maleta de su amigo, y después sus propias pertenencias.

–Amigos míos –dijo–, es una lástima tener que despedirme de vosotros. Le pido a Dios que nuestros caminos vuelvan a cruzarse. Os doy las gracias de todo corazón.

Abrazó a todos y cada uno de los ocupantes del compartimento. Después le ofreció a Margot el violín de Asseo.

–Por favor, acepte este regalo, *mademoiselle* –le pidió–. Es un violín muy valioso. Aunque usted no sepa tocarlo, quizás sus hijos sepan, en el futuro.

Margot estaba desconcertada.

–No tiene por qué hacer esto, *monsieur* Kohen –contestó–. De verdad que no. Esto es mucho más valioso que mi abrigo. No podría…

–Me haría muy feliz si lo aceptara. No tiene nada que ver con su abrigo, es solo una humilde muestra de mi gratitud.

–¡Pero se trata de un Stradivarius! Seguramente, él tendrá algún pariente; tal vez…

–Lo tiene –repuso Siegfried–. Tan solo un hermano: yo.

El tren prosiguió su viaje de Edirne a Estambul con dos pasajeros menos. Selva entregó Fazil a Rafo, enrolló su chaqueta como una almohada, se estiró y cerró los ojos. ¿Por qué era incapaz de sentirse feliz? No tenía ganas de llorar, no era porque no iba a haber nadie en la estación para recibirlos. Era más bien como si se sintiera vacía por dentro, como si le hubieran extirpado los nervios y no pudiera sentir nada. Solamente era consciente de estar cansada, muy cansada. No era algo que se aliviara descansando unos días, ni unos meses, ni unos años… Se trataba del hastío de haber elegido vivir en el exilio.

El tren estaba acabando el viaje con un recorrido por su patria. El traqueteo era como una canción de cuna y arrulló a Selva hasta hacerla conciliar el sueño.

–¡Mira, Selva! ¿No es ese el antiguo puente de Sinan? –preguntó Constance.

–Selva está dormida –dijo Margot–. Parece hablar en sueños de vez en cuando.

Selva se hallaba ahora en una de las islas Príncipe, en el mar de Mármara. Parecía haber retrocedido a los días de su infancia y perseguía a Sabiha a través de los pinos.

Cuando estaba a punto de alcanzar a su hermana mayor, esta empezó a esconderse detrás de los árboles. El viento hacía que su vestido se inflara como si fuera de espuma. Cada vez que Selva se acercaba lo suficiente como para alcanzarlo, sus manos únicamente conseguían aferrar el aire.

–¡No me coges! ¡No me coges! –se burlaba Sabiha, apareciendo y volviendo a desaparecer entre los árboles.

El vestido cobra repentinamente un tono granate y Selva está a punto de alcanzarlo; sin embargo, este se transforma en una mariposa carmesí. Selva continúa corriendo detrás de ella mientras se aleja volando. La pequeña cae por un precipicio, una caída eterna por un abismo sin fondo. Cuando finalmente se aproxima al suelo, su padre la espera con los brazos abiertos. Selva grita:

–¡Papá, cógeme! ¡Cógeme, papá!

–Selva, amor mío, despierta. Despierta, ya casi hemos llegado.

–¿Llegado adónde? –respondió mirando a Rafo con ojos asustados.

–A Estambul, claro; a la estación de Sirkeci.

–¿Qué?

Se incorporó, se frotó los ojos y vio las columnas de hierro de la estación. También había un olor familiar, esa mezcla de mar y de algas: el aroma de Estambul. El tren se aproximaba a la estación lenta y reposadamente, casi como arrastra su velo una novia presumida.

Los contornos y colores de la ciudad que Selva había añorado tanto; los perfiles que reflejaban el estilo de Selkuc; la multitud en la estación; sus vidrieras coloristas como ejemplo del aire místico que se asocia con el Oriente; los porteadores, casi aplastados por la pesada carga que unas cuerdas sujetan a su espalda. Había caballeros con sombreros estilo fedora y chaquetas cruzadas, hombres con pantalones bombachos y damas con sombrero y fular, niños descarados consentidos por sus madres y, por supuesto, los vendedores de *simit*. Al ver a estos últimos, empezaron a correrle lágrimas por las mejillas.

El andén estaba atestado, eran miles de manos las que ondulaban a la vez. Selva lo escudriñó ansiosamente… No, no iba a venir. ¿No fue él, a fin de cuentas, quien había discutido con ella frente al gran espejo del salón? En aquella ocasión, le había dicho:

–¡No solo me has decepcionado a mí, sino que también estás rompiendo con seis siglos de tradición!

Seguro que no vendría. Unos niños se gritaban entre ellos, unas palomas agitaban las alas, una abuela saludaba a sus nietos, dos amantes se abrazaban… De pronto, en la lejanía, localizó a Sabiha en un traje de chaqueta fucsia. Su madre estaba junto a ella. Ambas agitaban unos pañuelos blancos para atraer su atención. Detrás estaba León, el hermano de Rafo. Parecía no saber qué hacer con las manos y las metió en los bolsillos, estirando hacia abajo. Se le notaba rígido. Sujetaba un cigarrillo entre los labios. Selva siguió buscando, pero él no había venido.

Agachó la cabeza para que nadie percibiera que se sentía contrariada. Fue doloroso arrancar aquella última brizna de esperanza. Pero, ¿por qué la había albergado en absoluto su corazón? ¿Acaso no sabía lo

mucho que se parecían su padre y ella? Un carácter fuerte que jamás se echaba atrás cuando tomaba una decisión. Una terquedad más allá de todo acuerdo mutuo. ¿No había tenido con su padre discusiones inacabables sobre política? Él se oponía a la formación de la república, pero ayudaba económicamente a las tropas, en secreto, durante la Guerra de Independencia en Anatolia. Respetaba a Atatürk, pero su lealtad era para con el sultán. Sabiha solía reprenderles:

–¡No me digáis que estáis otra vez con esa vieja historia! ¿Es que no os cansáis de discutir y no llegar a ninguna conclusión?

No, no se cansaban nunca. Selva señalaba constantemente que las ideas progresistas de su padre sobre la libertad se ajustaban a los ideales de la república; el pachá Fazil Reshat, en cambio, no dejaba de insistir en que era un error acabar con el sultanato. Acostumbraban a discutir durante horas. En realidad, ese era el motivo por el que ella había empleado su misma lógica al suplicarle que diera su bendición al matrimonio con Rafo. Por dentro, sin embargo, sabía que no lo haría jamás. Cuando se sentó junto a él en la cama, después de aquel humillante intento de suicidio, supo que nunca la iba a perdonar. Jamás podría olvidar cómo, una vez recuperado, abrió los ojos para mirar a su familia, reunida alrededor del lecho, pero los cerró al llegar a ella. No eran solo los ojos los que le había cerrado, sino también su corazón, y para siempre. Selva se preguntaba si fue la actitud de su padre la que había propiciado su decisión de abandonar el país. ¿No sería que decidió marcharse porque no podía soportar que él la ignorara? Dios sabe cuántas veces se había planteado esa pregunta. Había pensado en ello cientos, miles de veces, antes de quedarse dormida en brazos de su marido. Cuando el envite pasional de Rafo había concluido y él la abrazaba cariñosamente, ella cerraba la puerta de su pasión por él y abría la ventana del anhelo por su padre. En ocasiones pensaba en él hasta primeras horas de la mañana. Su corazón se hacía pedazos al añorarle, al echar de menos su amor y su cuidado. Había pagado un precio muy alto por ofenderle, pero nunca había sido capaz de hablar de su amargura con Rafo, ni con nadie más. ¿Cómo se llamaba aquel alemán robusto, el que trabajaba en la Asociación de Inmigrantes de Estambul? No había esperado el perdón hasta el día en que lo conoció y él le habló de la preocupación de su padre. Sin embargo, alguna vez le había dicho a Rafo:

–Puede que, un día, todo se arregle.

Ahora empezaba a darse cuenta de que el perdón y la preocupación por la seguridad de su hija eran dos cosas completamente diferentes. Como padre, Fazil Reshat haría todo lo posible por cumplir con su deber, pero nada más. Sus esperanzas habían sido en vano. Aún recordaba vívidamente el horrible estruendo que hicieron los vasos y el enorme espejo del salón al romperse, cuando él lo abandonó tras su

terrible discusión. Aquel sonido, similar al chillido de una soprano, todavía retumbaba en sus oídos. Un padre que rompe objetos tan valiosos, como quien rompe los lazos que le unen a su hija, no iba a venir a recibirla a la estación. No, nunca lo haría.

Rafo le entregó a su hijo para que pudiera mostrárselo a su madre, de pie tras la mampara de cristal junto a la salida. Ella intentó recobrar la compostura y alzó a Fazil para que su madre pudiera verlo. Fue entonces cuando vio al caballero de pelo canoso que, apoyado en un bastón, aguardaba más allá de la multitud. Estaba recostado contra una de las columnas de hierro, en la distancia, completamente inmóvil.

Agradecimientos

El último tren a Estambul no está basado en la vida de personas reales. Se basa en las experiencias relatadas por cierto número de diplomáticos turcos destinados en Europa durante la Segunda Guerra Mundial que lograron salvar a un gran número de judíos, turcos y extranjeros, de las garras de Hitler. También se basa en la experiencia de un joven de origen turco que fue miembro de la Resistencia francesa.

No puedo expresar mi gratitud hacia los ya fallecidos embajadores Namik Yolga y Necdet Kent, que en paz descansen, que dedicaron gran parte de su precioso tiempo a rememorar las experiencias que me capacitaron para escribir esta novela. Espero sinceramente que sus honorables carreras sean un ejemplo para los jóvenes diplomáticos.

Debo también un especial agradecimiento al señor Robert Lazare Rousso y a su esposa, por su ayuda general al narrar tanto sus experiencias y penalidades en un campo de trabajo, como su viaje en tren. Hago extensible mi gratitud a la señora Luiz Behar por contarme sus experiencias en uno de los vagones de la estrella y la luna creciente, en su viaje de regreso a Estambul.

Por la ayuda general prestada a mi investigación, me gustaría dar las gracias al consejero del 500 Year Trust (Fundación de los 500 años), el señor Harry Ojalvo, quien me proporcionó algunos documentos únicos. También a Naim Guleryüz y a mis queridos amigos Rami Aktash y Jak deLeon, cuya ayuda fue inestimable para ponerme en contacto con una serie de personas de quienes necesitaba documentos y fotografías. Quisiera también agradecerle al embajador Taylan Izmirli su relato de hechos importantes vía telefónica. No quiero descuidar a Meyzi Barin, Ayda Kóseoglu y Engin, que leyeron el libro capítulo a capítulo y cuyo entusiasmo me animó a continuarlo.

Y, por último, en una novela que se apoya de manera tan notable en la lucha de los diplomáticos turcos por salvar a personas inocentes de la Gestapo, debo expresar mi especial agradecimiento hacia Lale Akkoyunlu Bulak, que jugó un papel decisivo en la escritura de este libro, dirigiendo mi atención a sucesos de la época, así como al olvidado héroe Faruk Sayar y a los trenes enviados por el gobierno de

Turquía.

Transcribo a continuación una lista de los libros que he empleado como fuente de referencia para los aspectos sociopolíticos de mi novela, así como para los debates reales que tuvieron lugar en aquellos años entre los líderes políticos:

Gürün, Kâmuran y Yayınevi, Tekin; *Savasşan Dünya ve Türkiye 1939-1945*

Gürün, Kâmuran; *Selim ile Celiné* (editorial Cem Ofset Matbaacilik)

Öymen, Altan; *Bir Dönem Bir Çocuk* (editorial Doğan Kitap)

Karako, Moris; *Kalderon Ailesi* (editorial Belge Yayinlan)

DeLeon, Jak; *Eski Istanbul'un Yasşayan Tadi* (editorial Remzi Kitabevi)

Engin, Gülseren; *Cehennemde Bir Ada* (editorial Remzi Kitabevi)

Varios folletos, documentos y recortes de periódico proporcionados por *500 Years Trust*

Índice

Ankara, 1941
Estambul, 1933
Ankara
Un puesto en el extranjero
De Estambul a París
Marsella, 1940-1941
Ankara, 1941
Marsella
París
Marsella
Lyon
Ankara, 1942
Marsella, 1942
Ankara
París
Ankara
Marsella
París
Marsella
El tren de la muerte
París
París
Ankara, 1943
El Cairo, 1943
París
Oscuridad a mediodía
París
Cuenta atrás
Velada de despedida
Ankara
En la estación
El tren
Agradecimientos